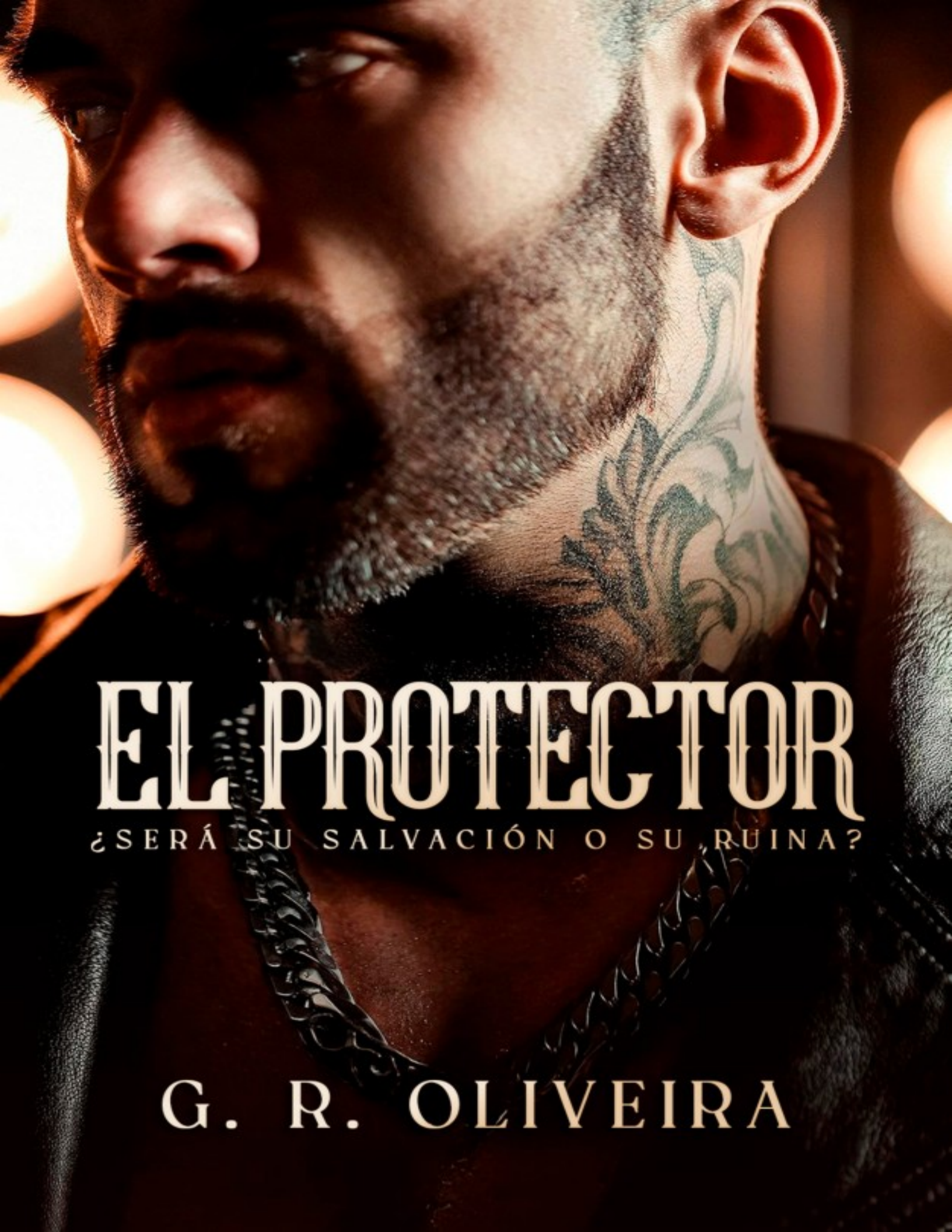




EL PROTECTOR

¿SERÁ SU SALVACIÓN O SU RUINA?

G. R. OLIVEIRA

EL PROTECTOR – ¿SERÁ SU SALVACIÓN O SU RUINA?

(2025)

Copyright © G.R. OLIVEIRA

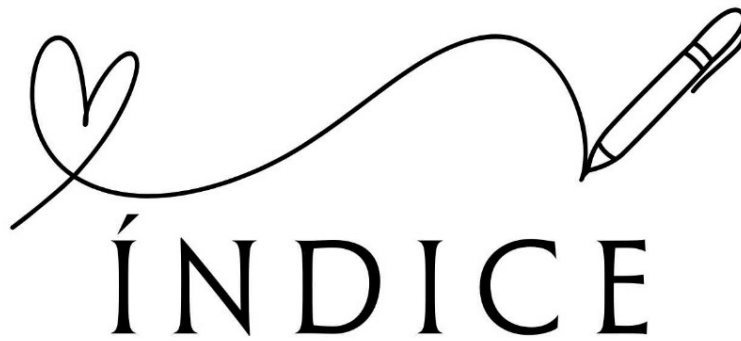
**Publicación Independiente | Todos los derechos
reservados.**

Esta es una obra de ficción. Nombres, personajes, lugares y acontecimientos descritos son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, es pura coincidencia.

Queda prohibido el almacenamiento y/o reproducción total o parcial de esta obra, a través de cualquier medio —tangible o intangible — sin el consentimiento previo y por escrito del autor.

La violación de los derechos de autor es un delito conforme las leyes internacionales de propiedad intelectual y puede ser sancionada de acuerdo con la legislación aplicable en cada país.

SUMÁRIO



[ÍNDICE](#)

[SINOPSIS](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

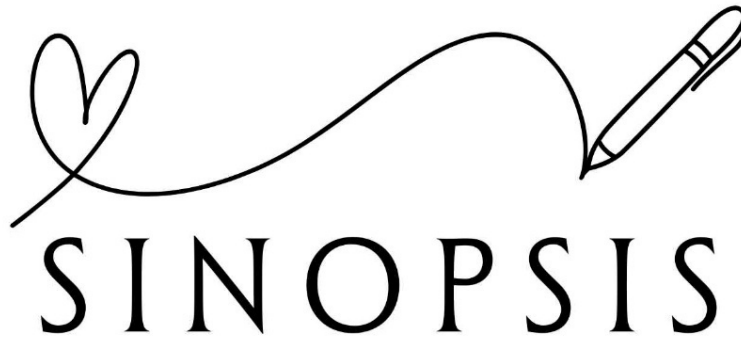
[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

EPÍLOGO

NOTA DEL AUTOR

SINOPSE



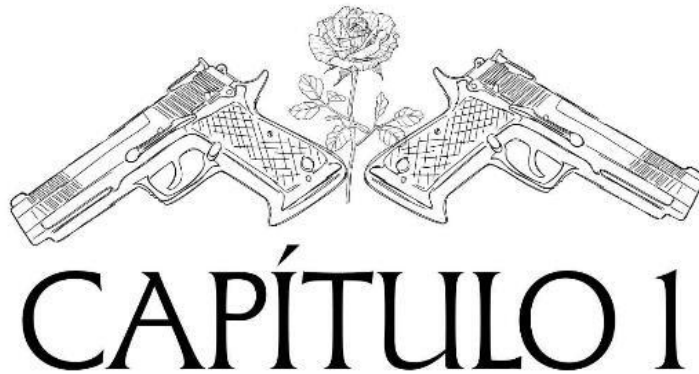
¿Confiarías en un hombre que guarda su pasado bajo siete llaves?

Hunter Smith es conocido como el mejor guardaespaldas privado de Estados Unidos. Implacable, preciso y con una autoconfianza que roza la arrogancia, jamás ha perdido un cliente en toda su carrera. Para él, el control es sinónimo de supervivencia, y la vulnerabilidad, un lujo que no puede permitirse. Pero detrás de su mirada fría y de sus gestos calculados se esconde un error del pasado que lo persigue como una sombra. Un error que le costó más de lo que nunca ha reconocido...

Stephanie Torres siempre ha tenido los pies en la tierra y la mirada puesta en el futuro. Hija única, aplicada y obstinada, pasó años preparándose para conseguir la ansiada plaza de posgrado en la Universidad de Pensilvania. Lo que no imaginaba era que, justo en el momento en que cumplía su sueño, le arrebatarían la libertad. La orden vino de su padre: tendría a un guardaespaldas vigilándola las veinticuatro horas del día. Y lo peor de todo... ese guardaespaldas es Hunter Smith, el hombre más insoportable, mandón y enigmático que ha conocido en su vida.

Decidida a no doblegarse, Stephanie promete convertir su vida en un auténtico infierno. Lo que no esperaba era descubrir que, detrás de su rigidez y de sus respuestas secas, se esconde un hombre roto, leal... y peligrosamente capaz de hacer temblar su corazón.

CAPÍTULO 1



«El presente nos obliga a tomar una decisión capaz de cambiar por completo el rumbo de nuestra vida...»

HUNTER SMITH

Nuevamente, una propuesta de trabajo cayó en mis manos.

“Buena” se quedaba corta: extraordinaria era la palabra exacta.

Irresistible.

Era el tipo de oferta que un hombre de mi ramo no piensa dos veces antes de aceptar. Solo quedaban algunos detalles por ajustar con el ricachón de turno.

Trabajo por mi cuenta. Sin jefes, sin reglas. Y, modestia aparte, soy el mejor del país.

¿Mi función? Proteger a personas importantes: políticos, empresarios, herederos de familias que mueven fortunas.

En otras palabras, soy guardaespaldas.

Mi trabajo exige más que fuerza o buena puntería. Exige atención constante. Dormir con un ojo abierto, respirar con el oído alerta.

Una sola distracción, y todo puede saltar por los aires.

En este oficio, la confianza es una moneda rara. Un error se paga caro, y yo no soy de los que arriesgan a ciegas.

No soy el tipo de guardaespaldas que presume de músculos y habla de lealtad. Yo cumplo el contrato.

Si me contratan, cumplo hasta el final, siempre que el pago sea generoso.

Y lo es.

Sí, me importa el dinero. Más de lo que debería, quizá.

Pero el dinero nunca me ha traicionado. No promete lo que no puede cumplir.

Y, a diferencia de las personas, no cambia de opinión cuando sopla otro viento.

¿Amor? No. Eso es para los débiles.

El amor no protege, no alimenta y, en mi caso, solo estorba.

He visto a hombres fuertes arrodillarse por una mujer y perderlo todo: reputación, carrera, incluso la vida.

Yo aprendí observando: el amor es una trampa con perfume dulce.

A veces, cuando camino por las calles y veo parejas riéndose a carcajadas, de la mano, mirándose como si el mundo fuera un lugar seguro...

me pregunto cuán idiotas serán por creer que eso es la felicidad.

Encantado, Hunter Smith.

El hombre que no cree en el amor verdadero. Y, si existe, es el tipo de cosa que puede destruir a un hombre.

—¿Viaje de negocios, Hunter?

La voz de mi hermano resonó en la habitación antes incluso de que notara su presencia.

Marcus entró sin llamar, como hacía siempre, con los ojos entrecerrados de desconfianza y el cuerpo apoyado en el marco de la puerta, como si quisiera medir cada una de mis respiraciones.

Odiaba cuando invadía mi espacio así, como si no tuviera derecho a la intimidad. Aun así, respiré hondo y lo dejé pasar.

Estaba a punto de irme, y probablemente estaría fuera mucho tiempo.

—Sí —respondí seco, con el mismo tono impasible de siempre.

Frunció el ceño, dudando antes de dar el siguiente paso.

—¿Y mamá? ¿Qué quieres que haga?

Sus palabras me golpearon con fuerza, aunque fingiera indiferencia.

Genevive —nuestra madre— era uno de los pocos temas capaces de hacerme detener lo que estuviera haciendo.

Y en ese momento, mientras doblaba la última camisa y la metía en la maleta, sentí que los dedos se me quedaban rígidos sobre la tela.

—Creo que ya sabes qué hacer cuando no estoy —levanté la mirada y lo observé, intentando descifrar el verdadero motivo de su pregunta. Sabía perfectamente que vivía fuera de casa, que mi trabajo me llevaba a distintos lugares del país... a veces del mundo.

Marcus desvió la mirada hacia un lado, la mandíbula tensa.

—No sé si estará bien conmigo —se pasó la mano por la frente, pensativo, con una expresión cansada—. Sabes que no está mejorando.

Inspiré hondo, conteniendo la rabia que siempre me invadía cuando adoptaba ese tono melancólico.

—Mamá estará bien contigo cuidándola. Estoy seguro de que estará mejor con el hijo normal que con un...

—¡Hunter! —me interrumpió, con la voz dura—. ¡Ni se te ocurra decir eso!

El silencio que siguió pesó entre nosotros. El tipo de silencio que arrastra recuerdos que nadie quiere revivir.

Aquel tema —el pasado— ya se había alargado demasiado. Y yo no estaba dispuesto a abrirlo de nuevo.

No ahora. No cuando necesitaba mantener la mente fría para lo que me esperaba.

Cerré la maleta con un movimiento rápido y me levanté, mirándole un instante.

—Cuídate —mi voz sonó más baja, casi como una súplica—. Ayuda a mamá como siempre haces. Ella no puede decirlo, pero lo haré por ella: eres un buen hijo. Y estoy seguro de que algún día serás recompensado por eso.

Por un momento, su mirada se suavizó, y algo dentro de mí se movió.

Culpa, quizá. O nostalgia de cuando las cosas entre nosotros eran más simples.

Pero no me permití sentirlo demasiado.

Cogí el abrigo, colgué el arma en la funda y salí de la habitación.

A mis espaldas, el silencio de Marcus quedó como un recordatorio: no importa cuánto intentara huir, el pasado siempre encontraba la forma de seguirme.



No me gusta esperar a nadie... a menos que me paguen muy bien por ello.

El reloj marcaba cada segundo con una precisión irritante, y yo miraba el techo, dejando que la mente vagara por lugares que llevaba años evitando.

Muchas cosas habían cambiado. Yo había cambiado.

Después de licenciarme en Administración en la UCLA, imaginé que mi vida seguiría un camino previsible: corbata, reuniones, objetivos y cafés fríos en salas llenas de gente ambiciosa.

Me tomé un tiempo para pensar qué haría después, pero la vida, imprevisible como siempre, tenía otros planes.

Hice algunas entrevistas. Ninguna parecía llevarme a ninguna parte... hasta aquella.

Aquella que dio un vuelco a toda mi historia.

Un instinto que ni siquiera sabía que tenía despertó de forma casi animal. Y, en un abrir y cerrar de ojos, abandoné mi título, mi carrera y eso que llamaban estabilidad.

Nunca volví a mirar atrás.

Salvé a una persona que ni siquiera conocía.

Fue instintivo, visceral. No pensé en las consecuencias, solo actué. Y, desde entonces, vivo siguiendo ese instinto.

A los treinta y cinco años ya había visto suficiente para saber que las segundas oportunidades son un lujo.

El sonido de los pasos de Andrew resonó en el pasillo, interrumpiendo mis recuerdos. Venía con prisa, comprobando el reloj de pulsera como si el tiempo fuera su enemigo.

Cuando llegó cerca, levantó la barbilla, intentando disimular el retraso.

—Hunter, ¿verdad? —preguntó, tendiéndome la mano.

—Así es. —La estreché con firmeza.

Manos frías, mirada tensa.

—Supongo que sabe quién soy, pero permítame presentarme. —Su tono era ensayado, propio de quien vive entre reuniones—. Me llamo Andrew, soy el vicepresidente de Ernest Mobile, y necesito sus servicios. Pagaré lo que sea necesario... para que proteja a mi hija.

¿Hija?

La palabra resonó demasiado fuerte dentro de mi cabeza.

Ya había recibido un resumen de la situación, pero todo indicaba que el cliente sería él, no alguien de su familia.

Me había encargado de investigar al hombre por mi cuenta, y los datos coincidían con su reputación: un ejecutivo metódico, ambicioso, con una única heredera.

—Entonces no es usted quien necesita protección —observé, cruzando los brazos.

—No. Tengo mi propio personal de confianza.

—Y, aun así, me busca —arqueé una ceja, estudiando sus facciones—. ¿Por qué?

Dudó un instante.

El silencio entre nosotros era denso, como si algo invisible se arrastrara por la sala.

—Sus credenciales son impresionantes, señor Smith. Su nombre aparece en informes y recomendaciones como el mejor guardaespaldas del país. Quiero comprobarlo por mí mismo. —Hizo una pausa—. Estoy poniendo en sus manos lo más valioso que tengo: mi hija.

Hablaba con una voz controlada, casi ensayada, pero el miedo estaba ahí, escondido entre las pausas y las contracciones sutiles de los dedos.

—Lo entiendo y estoy de acuerdo —respondí con calma—. Pero necesito saber a qué me enfrento. ¿De qué, exactamente, debo proteger a su hija?

—De todo. —La respuesta fue rápida, seca—. En breve seré nombrado presidente de Ernest Mobile. Y cuando se anuncie, preveo represalias.

—¿Las prevé? —repetí, dejando que un leve matiz de ironía se deslizara en mi voz.

Desvió la mirada, como quien calcula qué puede o no puede decir.

—Sí. La noticia debería filtrarse entre hoy y mañana. —Un músculo en su mandíbula se contrajo—. Muchos inversores no me quieren en el cargo. Prefieren a alguien de fuera del país. Y... digamos que sé lo que ocurre cuando ciertos intereses se ven contrariados.

Conozco bien ese tipo de respuesta.

He trabajado el tiempo suficiente para saber cuándo alguien me oculta la mitad de la verdad.

Y Andrew claramente escondía algo. La mirada inquieta, los movimientos de las manos, la forma en que evitaba los detalles... todo en él gritaba secreto.

Pero, al fin y al cabo, no me pagaban por investigar motivos.

Me pagaban por proteger. Y, si el precio era lo bastante alto, lo haría incluso con mi propia vida.

—Entiendo —murmuré—. Entonces cree que alguien podría atacar a su hija para alcanzarle a usted.

—Sí. —Su voz sonó dura, casi cortante—. Sin la menor duda.

Interesante.

Cuando el tema era su hija, el ejecutivo perdía la compostura. Aproveché la grieta.

— ¿Y si tengo que ausentarme unas horas? ¿Quién garantizaría su seguridad?

Fue una provocación, un anzuelo. Quería medir su reacción.

— Tengo gente de confianza que...

— Ahí puedes parar. — Se lo corté, firme. — ¿Cuánto tiempo crees que hace falta para confiar en alguien, Andrew?

Parpadeó, sorprendido. La mirada le vagó de un lado a otro, inquieta, buscando una respuesta que no existía.

Uno. Dos. Tres.

Silencio.

La confianza no se construye en días. Ni con hombres como él. Y en ese momento comprendí que el juego apenas comenzaba.

— Creo que... años. Conozco a mi equipo desde hace más de cinco, y...

— Exacto. — Lo interrumpí antes de que pudiera seguir. — Tú los conoces. Yo no. — Crucé los brazos, la voz firme, cargada de la calma de quien está acostumbrado a mandar en las situaciones—. Y ese es el punto. Yo monto mi equipo, elijo a quien me respalda, a quien me cubre las espaldas. Esa es la condición número uno para que siquiera considere aceptar el trabajo.

El silencio que siguió fue denso.

Andrew parpadeó despacio, como si fuera digiriendo lo que oyó, y el leve tirón en su mandíbula delató el malestar. Claramente no estaba acostumbrado a ser contrariado.

— No lo entiendo —murmuró, con cierta reticencia, la voz baja y cargada de incredulidad.

Di un paso adelante, reduciendo la distancia entre nosotros. El aire pareció cambiar de peso.

— Entonces voy a aclararlo. — Mis ojos no se apartaron de los suyos. — Por el correo que recibí, el trabajo exige tiempo completo junto a la persona que será protegida, ¿cierto?

Asintió, vacilante.

— Entonces necesita saber exactamente cómo opero. Trabajo con un equipo pequeño — cuatro personas. Dos de ellos son fantasmas. Cuando tenga que ausentarme unos minutos o unas pocas horas, ellos entrarán en acción. Siempre de forma discreta, sin que nadie lo note. — Incliné levemente la cabeza—. ¿Entendido?

Andrew me miró durante largos segundos, pero no dijo palabra. Su silencio era casi una forma de resistencia.

— Otra cosa —continué—. Me pagan para proteger, no para agradar...

— Stephanie —me interrumpió, contundente—. Mi hija.

— Exacto —respondí, manteniendo el tono frío—. Así que la trataré como trato a cualquier persona.

— ¿Y cómo tratas exactamente a la gente? —Su mirada se endureció; la pregunta sonó a provocación.

— Como me tratan a mí —repliqué sin dudar—. Así de simple.

Se instaló un pequeño silencio, pesado, como si las paredes observaran el intercambio.

Sabía que estaba probando los límites de Andrew, y parte de mí disfrutaba verlo perder la compostura.

— ¿Tienes... otras condiciones? —preguntó por fin, la voz controlada, aunque la tensión en las venas del cuello era visible.

— Algunas. — Una media sonrisa asomó en el borde de mis labios—. Y sí, pueden sonar algo extravagantes.

Esa era la parte que más me gustaba: la negociación. El momento en que el poder cambia de manos, aunque el otro no se percate.

— Primero: tendré libertad de movimiento allí donde me establezca. Cuando eso ocurra, su hija no estará presente. —Hice una pausa, observando su reacción—. Segundo: no tolero los gritos. Si alguien me sube la voz, respondo al mismo nivel... o peor. Tercero: cobro por semana, y no renuncio a eso. Y, lo más importante... —di un paso adelante, hasta que nuestras sombras se fundieron en el suelo—. Si sospecho que me estás ocultando algo serio, lo descubriré.

Andrew tragó saliva. La tensión en el aire era casi palpable.

La última parte —siempre igual en todas las reuniones— era pura estrategia. Un juego psicológico. Una advertencia suficiente para mantener a mis contratantes conscientes de que no solo los protegía... también los vigilaba.

—En fin —conluí, ajustando la manga de la chaqueta—, esas son mis condiciones.

—Eres un poco abusivo, ¿no crees? —arqueó una ceja, intentando recuperar el control de la conversación—. ¿Tienes idea de quién soy?

—La tengo, sí. —Me acerqué un poco más, lo justo para que sintiera el peso de mi presencia—. Un hombre que gana una fortuna por sonreír ante las cámaras y firmar papeles. Y lo respeto, Andrew. Pero recuerda algo: soy el hombre que va a proteger lo más valioso que tienes. Y, a diferencia de ti, yo no juego con lo que hago.

Su mirada osciló entre la irritación y el desconcierto.

Sabía lo que estaba pensando. Creería que yo no tenía ni idea de lo que esa hija representaba, pero lo sabía.

Había investigado lo suficiente para entender que, desde la muerte de su esposa, Stephanie era su único punto real de vulnerabilidad.

—Si no estás de acuerdo con mis reglas, te recomiendo que busques a otra persona —proseguí con calma—. No bromeo cuando se trata de trabajo. Y, para que quede claro, no es el dinero lo que me mueve, aunque cobre una barbaridad por lo que hago. —Incliné ligeramente la cabeza, manteniendo la mirada firme—. Soy el mejor en lo mío. Tú lo sabes, tus amigos lo saben. De lo contrario, no estaría aquí.

Andrew guardó silencio. Ya había dicho más de lo que suelo decir. Y aun así, no me arrepentí.

Cuando me di la vuelta para irme, finalmente preguntó:

—Si no es por dinero... ¿por qué lo haces?

Me detuve un instante, todavía de espaldas a él.

—Por mi conciencia —respondí sin emoción—. Cometí un error hace muchos años y le hice una promesa a alguien.

—¿Qué error fue ese? —insistió, con la curiosidad desbordándose en su tono.

Miré por encima del hombro, dejando que viera la media sonrisa que se dibujó en mis labios.

—Esa es una información que nunca vas a descubrir. —Di un paso adelante—. Mañana me pondré en contacto contigo y te enviaré mi contraoferta.

Y, sin esperar respuesta, abandoné la oficina.

El suelo de mármol reflejaba mi silueta distorsionada, y con cada paso que daba, la certeza crecía dentro de mí: aquella historia —y aquella familia— serían mucho más complicadas de lo que Andrew imaginaba.

STEPHANIE TORRES

Tumbada en mi cama, observaba el techo de la habitación como si las líneas blancas pudieran darme respuestas.

La luz suave que entraba por la ventana dibujaba sombras sobre el techo, y por un momento deseé congelar el tiempo allí, entre el silencio y la expectativa.

Aquella sería una de las últimas veces que haría eso en ese cuarto.

La noticia que había recibido unos días antes seguía vibrando dentro de mí, un secreto guardado en el pecho, esperando el momento adecuado para revelárselo a mi padre.

No veía la hora de contárselo.

Pero los últimos días en casa habían sido extrañamente pesados. El aire parecía cargado, como si cada conversación susurrada en su despacho dejara rastros de tensión por los pasillos.

Los inversores iban y venían, todos con el mismo gesto preocupado, la misma mirada urgente.

Algo grande estaba ocurriendo —lo sabía—, pero mi padre se negaba a decirme qué era.

Siempre había sido reservado con el trabajo. «Los asuntos de la empresa se resuelven en la empresa», solía repetir.

Solo que, esta vez, no era así. Las reuniones habían empezado a celebrarse en casa, el teléfono no paraba de sonar, y hasta la gobernanta parecía inquieta.

Decidí intentarlo una vez más.

Salí del dormitorio y, al pasar por el pasillo, vi a mi padre cruzar el salón con el móvil en la mano. Parecía cansado.

Sin pensarlo, me giré y fui tras él.

—Hola, papá. —Lo llamé con una sonrisa ligera, intentando disimular la preocupación.

Alzó los ojos, sorprendido.

—Stephanie... —respondió con un tono más tierno de lo que esperaba.

—¿Cómo estás? —pregunté por impulso.

—Bien. —Forzó una sonrisa, una de esas que solo quien lo conoce bien puede notar que es fingida—. Sé que no te he prestado la atención que mereces. Perdóname, hija.

Crucé los brazos y lo miré con fingido enfado.

—Te perdono, pero solo si me cuentas qué está pasando. Y además... tengo una noticia para ti.

El rincón de su boca se curvó, y por un instante el viejo Andrew que yo conocía volvió a aparecer.

—Yo también tengo una noticia que darte, pero di la tuya primero.

Nos sentamos. El silencio que precedió a mis palabras estaba cargado de expectativa.

Sentía el corazón acelerado, las manos inquietas sobre el regazo.

No le había contado nada sobre el proceso de inscripción; quería que fuera una sorpresa. Y era ahora o nunca.

—¡He sido aceptada, papá! —exclamé de golpe, incapaz de contener la sonrisa—. ¡Me han admitido en el posgrado de la Universidad de Pensilvania! —Las palabras salieron rápidas, ligeras, casi danzando por la sala—. ¡Por fin podré complementar mis estudios!

Esperé su reacción: el brillo en los ojos, el abrazo fuerte, el orgullo de padre. Pero nada de eso llegó.

Me miró en silencio.

La sonrisa se borró, sustituida por una expresión que conocía demasiado bien: preocupación.

—¿Papá...? —murmuré, sintiendo un vuelco en el estómago—. ¿No te ha gustado la noticia?

—No es eso, hija, es que... —vaciló, bajando la mirada hacia el suelo.

Se me encogió el corazón.

Mi padre nunca había sido de medir las palabras. Siempre directo, a veces demasiado. Ver vacilación en sus ojos me puso nerviosa.

—Papá —insistí, con la voz casi en un susurro.

Respiró hondo y se levantó, pasándose una mano por el cabello.

—No vas a ir, Stephanie. Lo siento.

La frase cayó sobre mí como un golpe seco.

—¿Cómo que no voy a ir? —me levanté de un salto, con la sangre hirviéndome en las venas—. ¡Papá, es mi sueño! ¡Siempre me has animado a estudiar, siempre dijiste que el conocimiento era lo único que nadie podía quitarnos!

—Lo sé. —Su voz seguía firme, pero había dolor en ella—. Han pasado algunas cosas... y voy a convertirme en presidente de Ernest

Mobile dentro de tres meses.

Parpadeé, confundida.

—Eso es fantástico, pero ¿qué tiene eso que ver con mi posgrado?

Me miró unos segundos y, con pesar, dejó escapar las palabras:

—Podrías estar en peligro, hija.

Tardé unos segundos en procesarlo.

—¿Qué...?

—Perdóname, pero necesito que te quedes en la ciudad. —La seriedad en su voz me asustó—. Y... tendrás protección durante el día.

Mi cuerpo se tensó. Sentí la garganta seca, el aire atascado en el pecho.

—¿Protección? —repetí, incrédula—. ¿Por qué, papá? ¿Qué está pasando?

Desvió la mirada, incapaz de responder. Y fue entonces cuando lo vi: algo que nunca había visto antes. Miedo.

El hombre que siempre lo controlaba todo —negocios, personas, destinos— tenía miedo.

Y, de algún modo, ese miedo llevaba mi nombre grabado.

—Sé que es mucho que asimilar, pero necesito que me escuches. —La voz de mi padre temblaba, y eso, por sí solo, ya era una advertencia de que algo iba realmente mal—. Estoy recibiendo amenazas de algunos inversores y... —Hizo una pausa, respiró hondo, como si las siguientes palabras le pesaran—. Han mencionado tu nombre, Stephanie.

Por un momento, sentí que el suelo se movía bajo mis pies.

—¿Cómo...? —murmuré, sin poder ocultar el asombro.

—Me están presionando para que no acepte el cargo de presidente, y no puedo correr riesgos. Eres lo único que tengo. —Se pasó las manos por la cara, agotado—. Voy a protegernos hasta que termine esta transición, cueste lo que cueste.

La indignación me abrasó por dentro.

—¿Protegernos? —di un paso atrás, el corazón acelerado—. ¡No estás pensando en mí cuando hablas así!

—¡Claro que sí! —replicó, alzando la voz—. Ya he contratado a un guardaespaldas para que esté contigo los próximos meses.

—Eso no puede ser verdad. —Reí con incredulidad, un sonido más amargo de lo que pretendía.

—Pero lo es. —Su mirada no titubeó—. Estará contigo las veinticuatro horas del día.

Todo mi cuerpo se tensó.

—Eso no va a pasar, papá. ¡De ninguna manera! —Crucé los brazos, intentando parecer segura, aunque por dentro todo hervía.

—¡Ya ha pasado! —replicó sin dudar—. ¡Stephanie, convertirme en presidente de Ernest Mobile es el sueño de mi vida! ¡He luchado por ello durante veinte años!

—¿Y el mío no cuenta? —grité, sintiendo las lágrimas subir, aunque me negué a dejarlas caer—. ¡He sido elegida entre cien mujeres para ese posgrado! ¡Cien, papá! —Me llevé una mano al pecho, la rabia desbordándose—. ¡He estudiado cada día, he renunciado a salir, a vivir, y tú siempre dijiste que el conocimiento era el bien más valioso que podía tener una persona! ¿Y ahora vienes a decirme que no voy?

El silencio que siguió fue asfixiante. Solo el tic-tac lejano del reloj llenó el espacio entre nosotros.

Respiró hondo antes de responder:

—Sí, eso es.

Las palabras me golpearon como una sentencia.

—¡Pues sí que voy a ir! —declaré sin pensar.

Se giró hacia mí, con la mirada dura, la expresión cargada de miedo y algo que nunca había visto antes: pánico.

—Si me quieres, si valoras tu propia vida... no vayas, Stephanie. —La voz le tembló—. No durará mucho. Te prometo que pronto todo volverá a la normalidad y podrás estudiar donde quieras.

—¿Ah, sí? —Las lágrimas me ardían en los ojos, pero no cedí—. ¿Y quién te garantiza eso? ¿Quién te asegura que estaremos a salvo cuando asumas esa maldita presidencia? ¡Dímelo, papá!

—Lo sé. —Su respuesta fue baja, casi un susurro—. No intentes entenderlo ahora.

—Papá... —mi voz se quebró, no por rabia, sino por miedo.

Se acercó y me agarró los hombros con fuerza.

—Mírame. —Sus ojos estaban húmedos, llenos de angustia—. Me siento un padre horrible por pedirte esto, pero recuerda todo lo que he hecho por nosotros. —La voz se le rompió, y por un instante pareció más viejo, más vulnerable—. He sido tu padre y tu madre durante años. Me he desvivido entre el trabajo y tú, y ahora... tengo la oportunidad de cambiar el rumbo de la empresa, de arreglar lo que está mal ahí dentro. Solo necesito que confíes en mí.

Se me encogió el pecho.

Parte de mí quería gritar, y la otra solo podía mirarle y ver al hombre que me había criado, que tanto había sacrificado.

—Tres meses, papá. —Respiré hondo, intentando no derrumbarme por dentro—. Te quiero, y haré esto por ti. Pero no vuelvas a ponerme en una situación así. Sabes cuánto significan mis estudios para mí.

Soltó un suspiro de alivio y me abrazó con fuerza, en un gesto rápido y tenso.

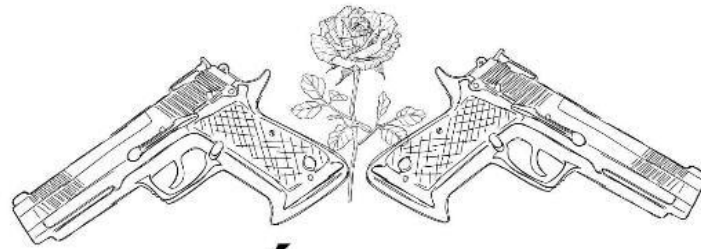
—Lo sé, hija. Gracias. Te prometo que todo se solucionará pronto.

Asentí, aunque en el fondo... no le creí.

Mi padre podía esconder lo que quisiera de mí, pero lo conocía demasiado bien como para no darme cuenta: aquel miedo en sus ojos era real.

Y, por primera vez, comprendí que algo mucho más grande —y peligroso— estaba a punto de empezar.

CAPÍTULO 2



CAPÍTULO 2

«¿Creéis en el odio a primera vista?»

HUNTER SMITH

No tuve que esperar ni treinta minutos. La respuesta de Andrew llegó rápido... y fue afirmativa.

Sonreí de medio lado al ver la cifra aprobada. Había pedido casi el doble de la oferta inicial, solo para probar hasta dónde estaba dispuesto a llegar, y aceptó sin pestañear.

Un hombre desesperado, sin duda.

Cogí el móvil y marqué el primer número de mi lista.

—He conseguido el trabajo —dije en cuanto contestaron—. Avisa a tu hermano y a los demás. Los quiero listos.

Dos segundos después, colgué. No hacía falta hablar más. Sabían perfectamente lo que tenían que hacer.

Mi equipo funcionaba como un engranaje perfectamente sincronizado.

Pocos hombres, todos de confianza. Siempre los mantenía en alerta, y los pagaba bien por ello. La generosidad es algo que respeto, siempre que venga acompañada de eficiencia.

Pero, en mi mundo, un solo error puede salir caro.

A veces, cuesta la vida.

Conocí a buenos profesionales que fallaron una única vez —un movimiento mal calculado, una distracción de segundos— y nunca regresaron a casa.

Aprendí con la sangre de otros que la vigilancia no es solo un trabajo; es una forma de existir.

Aun así, somos humanos. Ninguno de nosotros puede mantenerse alerta veinticuatro horas al día. El cansancio cobra su precio.

La mente divaga. Un olor, un recuerdo, un pensamiento fugaz... y el foco se rompe.

Por eso desarrollé mis propios métodos. Rutinas rígidas. Ejercicios diarios.

El cuerpo en movimiento mantiene la mente afilada. Cada gota de sudor es una garantía más de que seguiré vivo al final del día.

Decidí salir y resolver personalmente los últimos detalles del contrato. Me gusta ver las cosas de cerca: analizar expresiones, sentir el

ambiente, observar lo que no se dice.

La calle siempre habla con quien sabe escuchar. Mientras caminaba por el centro de la ciudad, el viento frío de la mañana cortaba el aire, y una sensación familiar me atravesó.

Aquel estado de alerta constante, la adrenalina silenciosa que recorría mis venas cada vez que aceptaba un nuevo encargo.

Soy metódico. Cada paso calculado, cada movimiento previsto. No porque me guste el control, sino porque aprendí —de la peor manera— que la suerte nunca está de mi lado.

He cometido errores. Pocos, pero los suficientes para dejar marca. Algunos casi me costaron la vida.

Y, por extraño que parezca, les estoy agradecido. Fueron esos momentos los que me moldearon, los que transformaron al hombre impulsivo que fui en el profesional frío y preciso en el que me he convertido.

Ahora había un nuevo contrato sobre la mesa. Y una nueva misión a punto de comenzar.

Era hora de concentrarse. De volver a ser el hombre al que nadie puede alcanzar.

De proteger a alguien que ni siquiera imagina la sombra que está a punto de cruzarse en su camino.



Ya estaba en casa de Andrew y, para ser sincero, más curioso que nervioso. Curioso por ver el tipo de chica a la que tendría que proteger esta vez.

Una «niña bien» era la expresión que ya rondaba por mi cabeza.

La hija de un millonario rodeado de inversores, amenazas y secretos corporativos. Ya podía imaginarlo: mimada, dramática, probablemente con un ego tan frágil como las copas de cristal que adornaban el vestíbulo de la mansión.

No sería la primera vez.

Había trabajado con mujeres así —socialités insoportables, rostros perfectos y cerebros... no tanto.

Recordé a una en particular: un día, en el centro comercial, después de una maratón de compras, tropezó con sus propias bolsas. El marido, un ejecutivo que parecía más su mayordomo que su pareja, tardó unos cinco segundos en ayudarla a levantarse.

Cinco segundos bastaron para que ella rompiera a llorar, pataleara y me acusara de no estar atento.

Mintió descaradamente. Y, para colmo, el hombre aún se disculpó con ella.

El mundo está lleno de personas así —mujeres que manipulan con una sonrisa, hombres que bajan la cabeza como perros bien adiestrados.

¿Amor? No creo en eso.

Existe el amor de madre, de eso estoy seguro. Pero esos otros amores que la gente idealiza... no son más que negocios disfrazados de sentimiento.

Esos pensamientos me acompañaban cuando vi dos figuras aparecer en la entrada. Andrew venía delante, con su habitual porte

rígido, y a su lado... ella.

La hija.

De inmediato percibí el parecido. Tenían el mismo tono de piel, la nariz fina, la boca dibujada con una perfección irritante. Los mismos ojos atentos, aunque los de ella parecían menos contenidos, más desafiantes.

Stephanie.

Era más baja de lo que imaginaba, quizá metro sesenta y ocho, morena clara, cuerpo esbelto, pero con una presencia que llenaba el espacio. Y, sin decir una sola palabra, me lanzó una mirada que lo dijo todo: te odio y ni siquiera sé cómo te llamas.

—Esta es Stephanie, mi hija —intentó decir Andrew con un tono distendido, aunque el aire entre nosotros era demasiado denso—. Espero que no os matéis.

Ni ella ni yo sonreímos.

—Encantado —dije, extendiendo la mano—. Hunter.

Ella arqueó una ceja y cruzó los brazos.

—¿Así que ese es el nombre de mi niñera durante tres meses? Interesante...

Ah, estupendo. Sarcástica.

Una sonrisa lenta se formó en mis labios.

—A juzgar por tus modales, parece que, al final, cuidaré de una cría.

Se sonrojó. Fue un instante, casi imperceptible, pero lo vi. Sus ojos chispearon, como si estuviera a un paso de lanzarse sobre mí. Y

por un segundo, tuve ganas de provocarla más, solo para ver hasta dónde llegaría.

Pero respiró hondo, dio un paso atrás e intentó recomponerse. Andrew carraspeó, rompiendo el silencio que se había instalado.

—Espero que os llevéis bien. Es necesario.

—¿Y por qué dices eso mirándome solo a mí, papá? —replicó Stephanie, entre ofendida e impaciente.

—Porque puedes llegar a ser insoportable cuando te lo propones, hija.

No pude evitar una ligera sonrisa, lo justo para que ella me lanzara una mirada fulminante.

Ah, sí. Aquella chica iba a ser un reto.

—¡Como quieras! —bufó, cruzando los brazos—. ¿Puedo irme a mi cuarto ya, papá? —pronunció la última palabra con desdén, arrastrando la sílaba como una adolescente contrariada.

—Puedes.

Giró sobre los talones y se marchó, sus pasos resonando en el suelo de mármol. En cuanto desapareció por el pasillo, Andrew soltó un largo suspiro.

—Creo que ya te haces una idea de lo que te espera —comentó, rascándose la nuca.

—No se preocupe —respondí con tono neutro—. Sé cómo manejar este tipo de situaciones.

—Lo imagino. —Alzó la vista, visiblemente cansado—. Viajaré con frecuencia los próximos meses, así que no estaré por aquí. Siéntete libre de usar la casa y avísame si necesitas algo.

—No habrá problema.

Asintió, pero antes de que pudiera marcharme, añadió:

—Como habrás notado, a mi hija no le ha hecho mucha gracia la idea de tener un guardaespaldas. Hará todo lo posible por librarse de ti.

Solté una risa discreta.

—Le deseo suerte. No soy un hombre que se rinda con facilidad.

Andrew me observó unos segundos, como quien intenta medir hasta dónde estás dispuesto a llegar.

—No la conoces.

—No —respondí, sosteniéndole la mirada—. Es ella quien no me conoce. No entro en juegos, y sé muy bien cómo tratar a la gente. Puedes estar tranquilo, Andrew. Todo saldrá bien. Tienes mi palabra.

El vicepresidente de Ernest Mobile asintió despacio, visiblemente más aliviado.

—Perfecto. Tus referencias son impecables. Estoy apostando por ti.

Incliné la cabeza en señal de respeto, aunque por dentro una chispa de curiosidad me atravesó.

Si ella era todo lo que decían —testaruda, arrogante, mimada—, quizá esta vez el trabajo resultara más interesante de lo que imaginaba.

Y, de alguna forma que aún no sabía explicar, tuve la sensación de que Stephanie sería el tipo de desafío capaz de cambiarlo todo.

STEPHANIE TORRES

Luiza apenas logró decidir adónde mirar cuando entró en mi casa. Sus ojos recorrieron el lugar con el mismo entusiasmo de siempre... hasta que se detuvieron en él. En ese instante, dejé de existir.

—Espera... —entrecerró los ojos, inclinando la cabeza—. ¿Ese pedazo de hombre de ahí es tu guardaespaldas?

—Uno de ellos. El principal —respondí, con el sarcasmo justo para disimular mi incomodidad.

—¡Dios mío bendito! —murmuró, acomodándose en el sillón, como si necesitara una mejor vista del espectáculo.

—¿De verdad te parece para tanto? —pregunté, entre la risa y la indignación.

Luiza estalló en carcajadas. Rió tan alto que el eco resonó por el pasillo, llamando la atención incluso de Hunter, que echó un vistazo rápido en nuestra dirección antes de volver a hablar con otro de los guardias.

—Por lo visto, el odio momentáneo te ha afectado la vista, ¿eh? —bromeó, abanicándose con la mano como si le subiera la temperatura.

Puse los ojos en blanco, pero tenía razón. Aunque quisiera negarlo, Hunter llamaba la atención.

Era imposible fingir lo contrario.

El tipo medía más de un metro ochenta y cinco, con un físico de quien parece hecho para pelear... y ganar. La mirada, firme, casi

arrogante, y los brazos... tatuados de una forma que hacía que la piel resultara aún más interesante. Había un dibujo que subía desde el antebrazo hasta el cuello, desapareciendo bajo el cuello de la camiseta. Desde donde estaba, parecía una calavera.

Pero claro, también tenía esa actitud irritante: siempre alerta, siempre serio, como si el mundo entero fuera una misión y yo solo una parte del problema.

—Mi padre dijo que hay más guardaespaldas, pero algunos serán como... fantasmas, no sé. —Gesticulé, impaciente—. Solo este armario y otros dos estarán pegados a mí.

—¿Armario, dices? —Luiza arqueó una ceja—. Luego me lo presentas.

—Amiga... —advertí con tono de reproche.

—Tranquila, mujer. —Levantó las manos en un gesto teatral—. No voy a lanzarme encima de él. Lo prometo.

No pude evitar reír.

—A veces olvido lo necesitada que eres.

—Y yo olvido que a ti te gustan los hombres “normales”, tipo empollones o torpes. —Me guiñó un ojo, maliciosa.

—Touché —murmuré, rindiéndome.

Tenía razón.

Hubo una época en mi vida en la que me gustaban los hombres despistados, de esos que tropiezan con sus propias palabras... y con sus propios pies. Mi exnovio era así: dulce, confuso, completamente inofensivo. Y quizá por eso fue tan fácil dejarlo ir.

Estaba distraída en mis recuerdos cuando percibí un movimiento acercándose hacia nosotras.

Hunter. Caminaba con paso firme, la mirada fija en mí.

El aire pareció volverse más denso al aproximarse; quizá era cosa mía, pero había algo en su presencia que llenaba por completo el espacio.

—Stephanie. —Su voz era grave, segura, y resonó con una autoridad que detesté al instante—. Tengo algunas reglas. Luego hablaremos a solas y te las explicaré.

Arrogante. Por supuesto que tendría reglas.

Antes de que pudiera responder, Luiza se adelantó, con la voz empapada de azúcar.

—¡Hola! Soy Luiza, la mejor amiga de Steph.

Estuve a punto de desmayarme con el tono aterciopelado que usó.

Hunter desvió la mirada de mí y se centró en ella, esbozando una sonrisa discreta... y peligrosamente encantadora.

—Perdón, ¿dónde han quedado mis modales? —dijo, acercándose un poco más—. Permíteme presentarme. Soy Hunter.

Le tendió la mano, pero en lugar de un simple apretón, se inclinó y le rozó la mejilla con un leve beso.

—Encantado de conocerte, Luiza. Puedes contar conmigo para lo que necesites.

Luiza, por supuesto, se derritió como mantequilla.

—¿En serio?

—Sí. Haré todo lo que esté en mi mano.

Ella soltó una risita nerviosa, completamente entregada.

—De acuerdo, Hunter...

—Voy a ocuparme de unos asuntos. —Se irguió, volviendo su mirada hacia mí solo un segundo antes de alejarse—. Hasta pronto.

Ni siquiera me miró bien. Simplemente se dio la vuelta y se dirigió hacia la terraza, dejando tras de sí un rastro de autoridad... y de perfume amaderado.

En cuanto desapareció de vista, Luiza se dejó caer teatralmente sobre mí en el sofá.

—¡Estoy enamorada!

Puse los ojos en blanco.

—Menos, Luiza.

—¿Has visto esos tatuajes? ¿Y esa mirada? —Suspiró, riendo sola—. Dios mío, ese hombre es un peligro.

—Lo que tienes es carencia acumulada. Deberías haberlo pensado antes de dejar a tu novio.

—Lucas era un desastre, y lo sabes. —Levantó un dedo, solemne—. Fue lo mejor. Estoy libre, ligera y oficialmente disponible en el mercado.

Crucé los brazos, intentando parecer indiferente, pero lo cierto era que el “mercado” del que hablaba ahora incluía a un guardaespaldas tatuado, con una voz que aún resonaba en mi cabeza... y que, lamentablemente, iba a pasar los próximos meses pegado a mí.

Quisiera... o no.



Después de que Luiza se marchara —no sin antes dejar mil comentarios sobre los tatuajes y la sonrisa de Hunter—, el silencio por fin se instaló en la casa.

Un silencio extraño, incómodo, como si el aire se hubiese vuelto más denso con la ausencia de mi amiga y la presencia insistente de él.

Hunter no estaba precisamente lejos. De hecho, nunca lo estaba.

Parecía tener una habilidad irritante para mantenerse siempre a una distancia calculada: ni lo bastante cerca como para resultar invasivo, ni lo bastante lejos como para que pudiera olvidarme de que seguía allí.

Rodé los ojos, respiré hondo y caminé hacia él.

Decir que me acerqué a Hunter era generoso: bastaron tres pasos para tenerlo delante, con los brazos cruzados, la mirada afilada y el mal humor colgando de mi piel.

—Entonces... ¿tienes reglas? —pregunté, cargando cada sílaba de ironía.

Alzó la vista del móvil y me examinó con la calma de quien está acostumbrado a las provocaciones. Ese tipo de calma que irrita más que cualquier respuesta sarcástica.

—Las tengo, sí —respondió con esa voz grave y contenida—. Y, por suerte para ti, serás la primera en ponerlas a prueba.

Puse los ojos en blanco.

—Ya es bastante tener que convivir contigo veinticuatro horas al día, ¿y encima vienes con reglas?

—Regla número uno —me interrumpió sin pestañear—. No creas que puedes tratarme como te dé la gana. —Avanzó un paso, acortando el espacio entre los dos—. Todo lo que va... vuelve. Y te trataré exactamente como tú me trates.

Su mirada me atravesó: firme, intensa, de esas que te hacen sentir desnuda aunque sigas completamente vestida.

Fingí indiferencia y aparté el rostro, aunque todo mi cuerpo me gritaba que retrocediera dos pasos.

—Ajá, entendido —repliqué con fingido desinterés, jugueteando con el pelo solo para aparentar que no me afectaba.

Él sonrió de medio lado, como quien sabe que ha conseguido descolocarte.

—Regla número dos. Estoy aquí para trabajar. —Su voz sonó firme, casi fría—. Me pagan para mantenerte a salvo, y lo hago porque es mi trabajo. Así que me da igual si te caigo bien o no.

Crucé los brazos, apretando los dedos contra los codos.

—Puedo adelantarte que no me caes bien —dije, con más filo del que pretendía.

—Y yo puedo adelantarte que eso no es problema mío —contestó sin perder la calma.

Durante unos segundos, el silencio llenó el espacio entre nosotros. Un silencio tenso, de esos en los que ninguno quiere ceder, pero ambos saben que la guerra no ha hecho más que empezar.

Su respiración era lenta y constante; la mía, completamente descompasada.

El problema era que Hunter parecía hecho de hielo... y yo estaba a punto de quemarme intentando demostrar que no.

—Regla número tres... —Se pasó una mano por el pelo, desviando la mirada un instante—. La descubrirás con el tiempo. Nada más.

Antes de que pudiera responder, se dio la vuelta, sacó el móvil del bolsillo y empezó a escribir, como si la conversación hubiera terminado.

Me quedé allí, inmóvil, debatiéndome entre cerrarle la puerta en las narices o reírme de su descaro.

—Este tío es increíble... —murmuré para mí misma, lo bastante alto como para que me oyera.

No dijo nada.

Simplemente siguió caminando por el pasillo, tranquilo, con esa seguridad exasperante de quien ya sabe que, de un modo u otro, acabaría prestando atención a cada uno de sus pasos.



Estaba encantada de ser prisionera en mi propia casa.

O al menos eso era lo que intentaba repetirme mientras caminaba de un lado a otro por la habitación, tratando de contener la irritación que crecía en mí como una llama difícil de apagar.

Técnicamente, todavía puedo salir, respirar otro aire, ver gente... pero con él pegado a mí.

Literalmente.

Mi padre se encargó de dejarlo bien claro: cada paso que dé será vigilado. Cada salida, acompañada.

¿Y lo peor? Que será por Hunter. El guardaespaldas más arrogante, irritantemente sereno y absurdamente atractivo que he visto en mi vida.

No sé cómo será la experiencia —y, sinceramente, ni quiero saberlo—. Ya estoy furiosa antes incluso de empezar.

Pese a lo que pueda parecer, no soy explosiva. Soy tranquila, racional... hasta cierto punto.

Pero adoro mi independencia. La necesito. Ser libre no es un lujo para mí: es una necesidad.

Pensé que por fin estaba siguiendo mi propio camino cuando me aceptaron en el posgrado.

Ya podía verlo todo: mi vida en otra ciudad, mi futuro en mis propias manos. Pero bastó una sola noticia de mi padre para que todo se viniera abajo como un castillo de naipes.

Sí, sigo dándole vueltas. Y sí, sigue doliendo.

Aun así, no soy de las que retroceden. Hice lo que él pidió, acepté la condición. Pero aceptar no es lo mismo que resignarse.

Intenté mantener mi rutina, pero fue imposible.

El ir y venir de gente en la casa no cesaba, y las voces se mezclaban por los pasillos. El sonido de la conversación de mi padre con Hunter y los demás guardaespaldas resonaba de vez en cuando.

Parecían entenderse demasiado bien... y eso me molestaba más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Evadí cualquier contacto con los otros dos, y cuando vi a Hunter hablando con mi padre en el jardín, volví a mi cuarto. Desde entonces, he estado aquí, intentando ignorar el mundo exterior.

Leí un artículo en el ordenador para distraerme, pero las palabras empezaron a emborronarse en la pantalla. Estaba a punto de cerrar todo cuando escuché unos golpecitos suaves en la puerta.

—¡Adelante! —respondí, más seca de lo que pretendía.

Mi padre entró con esa sonrisa de hombre cansado que intenta parecer sereno, y se sentó al borde del sillón, observándome como quien analiza un cristal a punto de resquebrajarse.

—Sé que no te gusta esta situación —dijo con una voz suave, casi culpable—. A mí tampoco. Pero te prometo que será rápido.

Crucé las piernas y respiré hondo.

—Lo entiendo, papá —dije, midiendo cada palabra—. Respeto lo que haces, aunque no esté de acuerdo. He luchado para conseguir esa plaza, y renunciar a ella duele. Pero... he tomado mi decisión.

Asintió, con una mirada cargada de preocupación y alivio al mismo tiempo.

—Gracias por eso, Stephanie. De verdad. Sé que no debería haber sido tan duro contigo, pero créeme, será poco tiempo.

Asentí en silencio.

Por dentro, sin embargo, mi mente gritaba. Tenía que encontrar una forma de mantenerme ocupada o acabaría perdiendo la cabeza con mi nuevo “protector”.

Hunter no tiene la culpa. Al menos, no del todo.

El problema es que parece hecho de piedra. No baja la guardia, no se inmuta.

Y yo odio sentir que alguien tiene el control sobre mi libertad.

—Hija... —la voz de mi padre me sacó de mis pensamientos—. Hoy me marcho de viaje y estaré fuera un tiempo. Tengo que resolver unos asuntos de la empresa, visitar filiales, entender qué está pasando.

Se levantó, ajustándose la chaqueta, y el peso de sus palabras cayó sobre mí.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera? —pregunté, intentando ocultar la inquietud.

—Aún no lo sé con certeza —suspiró—. Pero volveré cuanto antes. Los próximos meses serán intensos, luego todo volverá a la normalidad.

—Eso espero.

Se acercó y me abrazó sin previo aviso. Un abrazo familiar, cálido, pero lleno de incertidumbre.

De esos abrazos que intentan transmitir seguridad, pero también esconden una súplica silenciosa: cuídate.

—Cualquier cosa, llámame, ¿de acuerdo? —pidió antes de alejarse.

Asentí, sintiendo el nudo formarse en la garganta.

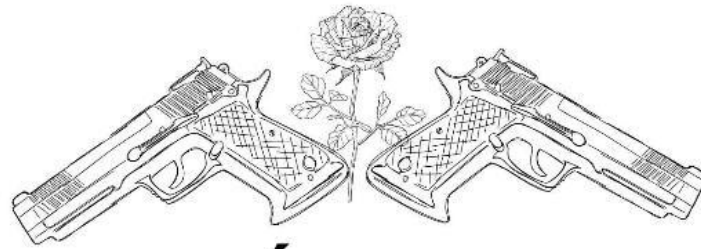
Mi padre siempre había sido el hombre que lo dio todo por mí. Siempre.

Y ahora era mi turno de corresponderle, aunque eso significara soportar una prisión disfrazada de protección.

Pero si él cree que voy a ponerle las cosas fáciles al tal Hunter...

Ah, está muy equivocado. Porque, por mucho que ese guardaespaldas piense que me conoce, aún no tiene ni idea de con quién se ha metido.

CAPÍTULO 3



CAPÍTULO 3

«Cuando provocas, dejas la puerta abierta para que te provoquen.»

HUNTER SMITH

Empecé el servicio de verdad y, como siempre hacía, mapeé cada centímetro de la casa de Andrew: pasillos, salidas, puntos ciegos, ventanas, conductos de ventilación. Visualicé mentalmente dónde debía situar a mis hombres en cada franja horaria, creando una red invisible de protección.

Tenía que reubicar al equipo con frecuencia; era la mejor forma de reducir vulnerabilidades, sobre todo cuando necesitaba ausentarme

unos minutos o un par de horas. Mi rutina establecía que pasaría unas veintidós horas al día junto a Stephanie; el resto del tiempo, John y Kenypher se encargarían de ella, informándome periódicamente por radio. Otros dos hombres vigilarían el perímetro exterior, patrullando, atentos a cualquier anomalía fuera de lo común.

Las leyes de California limitaban nuestro arsenal —no se permitían armas largas en zonas residenciales—, así que nos bastábamos con pistolas de porte reducido.

Por suerte, los civiles no tenían autorización para llevar armas a la vista en público, lo que nos daba un margen de seguridad. No tenía por qué gustarme; simplemente aceptaba el hecho y lo convertía en técnica.

Recordé mis años de formación, aquel curso intenso que me había moldeado: un año entero de teoría, técnica y práctica, seguido de reciclajes periódicos que jamás descuidaba.

Trabajar con vidas requería respeto absoluto por la mejora constante. Siempre que había una actualización o una conferencia relevante, interrumpía las operaciones privadas y me dedicaba al aprendizaje: era una deuda moral con el oficio que había elegido.

En cuanto a las armas, sabía exactamente qué llevaba conmigo: una Colt M1911, una Desert Eagle y mi favorita, la Glock G29. Solía salir con dos en la funda y, por precaución, dejaba la tercera cargada en la habitación segura. Chaleco, transmisores, baterías extra, bloqueadores de señal... todo bajo mi control. Municionaba y comprobaba cada pieza antes incluso de descansar. Rutina. Ritual. Protección.

En el cuarto que me habían asignado, dejé todo el equipo ordenado y al alcance, no solo para mí, sino también para los dos hombres del interior. Aunque cada uno contaba con su propio armamento, la munición y los suministros principales estaban a mi cargo.

Una vez asegurada la casa y revisado el plan, sugerí a Andrew la instalación de dos cámaras exteriores adicionales, solo como refuerzo: no quería restringir más de lo necesario la libertad de Stephanie, y las cámaras se limitarían al exterior.

Aceptó enseguida; parecía aliviado con cualquier medida que le diera una sensación de control. La instalación quedaría terminada ese mismo día.

La propiedad era demasiado grande para solo dos personas: cuatro dormitorios, dos cocinas, una sala de juegos y un jardín que requería mantenimiento. Un único portón de entrada facilitaba nuestro trabajo —menos accesos, menos variables—. La casa solo contaba con una empleada que venía cada quince días; Andrew prefería encargarse de la comida, lo cual me complacía —menos gente entrando y saliendo significaba menos riesgos—.

Mientras revisaba el plan de patrullas, la observé desde la terraza. Stephanie llevaba horas allí, con el portátil sobre las rodillas, y de vez en cuando me lanzaba miradas de desaprobación que atravesaban el aire entre nosotros.

No se molestaba en ocultarlo; y yo, por mi parte, mantenía la distancia que exigía el protocolo... y que ella, evidentemente, estaba decidida a desafiar.

Al cabo de un rato, decidió romper el silencio.

—¿Tienes que estar tan cerca de mí? —preguntó, la voz filtrada por el viento.

—Estoy a cinco metros —respondí—. En realidad, eso es demasiado lejos.

Frunció la nariz.

—¿Y esas gafas de sol? ¿Para qué las necesitas aquí dentro? —se burló, señalando los cristales oscuros que llevaba incluso a la sombra.

—Las uso cuando y como me da la gana. —Mantuve la respuesta breve; no era momento de charlas filosóficas sobre la imagen personal.

—Pareces Kobi —dijo encogiéndose de hombros, como si me comparara con un personaje de película—. Un tipo que va con gafas... solo te falta el bastón. ¡Es ciego!

Rió de su propia broma; yo simplemente mantuve la expresión impasible. No porque no tuviera gracia —la tenía, y lo admitía en silencio—, sino porque el trabajo no permitía distracciones que me apartaran del foco.

Enseguida cambió de tono.

—¿Cuántos años tienes? ¿Cuarenta y cinco? ¿Cuarenta y cuatro? —preguntó, con esa provocación que iba deshilachando los restos de mi paciencia.

Hablaba demasiado para alguien que decía no querer conversar.

Era evidente que lo hacía para ponerme a prueba. Ya había lidiado con gente mucho más difícil: hombres y mujeres que, comparados con Stephanie, parecerían santos. Eso solo aumentaba mi interés profesional. Sabía cómo manejar el ego, los mimados y los provocadores. Siempre los trataba como variables a controlar, no como enigmas imposibles.

—Eso no viene al caso —respondí despacio, conteniendo el tono para no sonar acusador.

—Ah, olvídale. —Resopló de forma teatral—. Solo quería hablar con mi niñera. —Remarcó la última palabra con desdén, como si fuera un insulto.

Miré de reojo el arma bajo mi chaqueta, recordándole mentalmente que no era una niñera, ni su entretenimiento.

Bajo aquella rigidez profesional, algo en mí encontraba divertido su atrevimiento: la arrogancia juvenil de quien cree que puede rebajarte con palabras.

Yo, en cambio, respondía con técnica y silencio, esperando el momento adecuado. Regla número uno: todo lo que va, vuelve. Y yo no perdía partidas por insolencia.

—Tengo treinta y cinco años —dije con naturalidad, cruzando los brazos.

Stephanie arqueó una ceja, los labios curvándose en una sonrisa burlona.

—Un poco estropeadito para tu edad, ¿no crees? Ups... —se tapó la boca fingiendo arrepentimiento—. A veces pienso demasiado alto.

—¿Cuántos años tienes tú?

—Veintitrés —contestó con el tono de quien se cree más madura de lo que es.

Sonreí apenas y negué con la cabeza.

—¿Qué pasa ahora? —frunció el ceño.

—Eres una cría —solté sin rodeos, dejando que mi mirada recorriera su expresión indignada—. Te comportas como una cría, hablas como una cría y hasta te sientas como una cría.

La reacción fue inmediata. Se irguió en el sillón, levantando el mentón, herida en su orgullo.

—Solo digo que...

—Entreno todos los días —la interrumpí, dando un par de pasos hacia ella—. Corro seis veces por semana, mido casi dos metros y peso cien kilos de puro control. Como cada tres horas, duermo bien, no

bebo, no fumo y, a diferencia de ti, no paso el día quejándome. ¿Y tú, princesa?

Abrió la boca, pero levanté una mano, cortándola de nuevo.

—Espera. Déjame adivinar. —Incliné la cabeza, fingiendo concentración—. Te levantas sobre las diez, pasas una hora en el baño, desayunas cuando ya es hora de comer... Luego te vas al cuarto a leer un romance empalagoso y lloras con las mismas historias que se repiten desde siempre. Cuando te cansas de soñar con el príncipe azul, echas una siesta, porque tu vida debe de ser agotadora —imagina, pensar ya es un esfuerzo considerable. Después, sobre las tres, te despiertas, picas algo, haces una videollamada con alguna amiga y pasáis horas hablando de maquillaje, ropa y del ricachón que ha dado “me gusta” a tu última foto en Instagram. —Me incliné un poco, bajando el tono hasta hacerlo casi provocador—. Tu amiga te anima a escribirle, pero necesitas tiempo para pensártelo. Dos horas, para ser exactos. Luego quizá te planteas ir al gimnasio, pero lo descartas: el sofá es más cómodo, al fin y al cabo. Y, por supuesto, terminas el día cotilleando en Facebook, cenando y subiendo algo para fingir que tienes una vida ocupada. ¿He acertado?

Se quedó mirándome, entre irritada y confundida, con esa mirada que oscilaba entre “te mataría” y “eres insoportable”.

—¿Y qué tienes contra los libros de romance empalagoso? —murmuró, con la mandíbula tensa.

—¿Eso es lo único en lo que te has fijado? —pregunté con una media sonrisa—. Tu mente debe de ser tan pequeña como tú.

—Eres un imbécil, ¿lo sabías? —se levantó de golpe, los ojos chispeando, intentando encararme de igual a igual.

—Sí. —Esbocé una sonrisa ladeada—. Pero un imbécil realista. Ahora dime... ¿en qué he fallado?

Respiró hondo, el pecho alzándose con rabia contenida.

—En todo, menos en lo del libro de romance.

—Ah. —Me pasé la mano por la barbilla, fingiendo sorpresa—. Entonces eso explica tu mal humor constante.

Su rostro se sonrojó al instante. Aquello me divertía más de lo que debería.

—Para tu información —empezó, la voz saliendo a ráfagas—, me levanto a las ocho, voy al gimnasio, como bien, estudio toda la mañana y, por la tarde, medito. Leo mis libros románticos, sí, porque me ayudan a relajarme, algo que tú, claramente, no haces. Por la noche estoy en internet, pero no soy adicta a las redes sociales ni necesito “me gusta” para sentirme viva. —Se sentó de nuevo, bufando—. Tengo prioridades, algo que tú probablemente nunca has tenido.

Parpadeé despacio, saboreando la irritación que intentaba ocultar.

—Vaya... —murmuré, llevándome el pulgar al mentón—. ¿Medita y aun así está tan estresada? No quiero ni imaginar cómo sería si no lo hiciera.

Se levantó tan rápido que la silla chirrió contra el suelo.

—Mira, idiota, ¡mejor quédate en tu sitio si no quieres que te despidan! —me señaló con el dedo.

Crucé los brazos, tranquilo.

—¿Y quién me va a despedir?

—Si quiero, hago que mi padre te eche.

—¿Ah, sí? —arqueé una ceja, fingiendo aburrimiento—. ¿Y cómo lo harías? Ahora me has dejado intrigado.

—¡Eso no importa! —replicó, nerviosa—. Me escucha, y...

—Ahorra tus fuerzas, princesa. —La interrumpí de nuevo, acercándome un paso—. Eso no va a pasar. Te sugiero que consigas un calendario y empieces a tachar los días. Solo son tres meses. Tres largos meses en los que tendremos que convivir. Te guste o no.

Me sostuvo la mirada durante unos segundos, respirando con fuerza, los labios apretados.

Y entonces, sin decir nada, pasó a mi lado como un relámpago, dejando su perfume flotando en el aire.

—¡Estoy harta de verte la cara! —gritó mientras subía las escaleras.

—Qué pena —respondí, avanzando con calma hacia el pasillo—. Tu padre me ha pagado para vigilarte.

—¡Menuda mierda de vida! —llegó su voz amortiguada, justo antes de que la puerta se cerrara de un portazo.

Sonreí de medio lado, apoyándome en el marco.

Sí, habíamos empezado con buen pie. Y ya sabía que aquella mujer iba a ser un infierno peligrosamente interesante.

STEPHANIE TORRES

No había pasado ni un día entero y ya estaba al borde de un colapso.

Y todo por su culpa.

Hunter.

El hombre más insoportable, arrogante y exasperantemente sereno que había cruzado en mi vida.

Era de esos que hablan poco, pero consiguen sacarte de quicio con una sola frase —a veces, ni eso: bastaba con una mirada.

Respiré hondo, intentando convencerme de que debía relajarme. Cálmate, Stephanie. Respira. Solo es un empleado. Nada más.

Pero no era tan sencillo.

Refutaba todo lo que yo decía, y su manera de ser —firme, autoritaria— me ponía de los nervios. Tenía que tener siempre la última palabra, como si fuese el dueño de la verdad.

Cogí el móvil y, sin pensarlo demasiado, marqué el número de mi padre.

Al segundo tono, contestó.

—¿Qué pasa, hija? ¿Estás bien? —Las preguntas salieron atropelladas, llenas de preocupación. Siempre era así.

—Estoy bien, papá. —Suspiré, frotándome la frente—. Pero... necesito un favor.

—¿Qué tipo de favor? —preguntó, ya con ese tono de sospecha que conocía tan bien.

Dudé un instante. Sabía que no le gustaría lo que iba a decir.

—Quiero que cambies a mi guardaespaldas. —Las palabras salieron más deprisa de lo que pretendía—. No quiero a Hunter. A él, no.

Al otro lado de la línea, silencio.

—¿Por qué, hija?

—Tengo mis motivos. —Apoyé una mano en la cintura, caminando de un lado a otro del dormitorio—. Habla demasiado, es arrogante y... simplemente no pasa desapercibido. Necesito a alguien más discreto.

—El problema —empezó mi padre, con una paciencia que solo me irritaba más— es que no estás acostumbrada a que nadie te lleve la contraria.

—No es eso, papá... —intenté replicar, pero me interrumpió.

—La respuesta es no, Stephanie. —Su tono cambió, volviéndose firme, tajante—. Hunter es el mejor profesional del país. Quizá del mundo. No voy a sustituirlo por un capricho tuyo.

—¡No es un capricho! —protesté, sintiendo cómo la voz me temblaba.

—Pues lo parece. —Hizo una pausa—. Tengo las mejores referencias de él. Lo importante ahora es tu seguridad, no tu humor. Hunter se quedará contigo los tres meses acordados, y punto.

Cerré los ojos, frustrada. No había margen para discutir. Mi padre estaba decidido.

—Todo se arreglará, hija. —Su tono se suavizó, y por un momento volví a reconocer al hombre que siempre intentó protegerme —. Solo ten paciencia, por favor. Tengo que colgar, entro en una reunión en diez minutos. Te quiero, Stephanie. Esto pasará pronto, te lo prometo.

Tragué el nudo que se me había formado en la garganta.

—Yo también te quiero, papá.

Colgué. Me quedé mirando el teléfono unos segundos, respirando hondo.

Sí, siempre había hecho todo por mí. Siempre. Pero esta vez, la forma en que estaba manejando las cosas me asfixiaba. Tenía que salir de esa casa antes de perder la cabeza.

Miré por la ventana: el sol se estaba poniendo, tiñendo el cielo de naranja.

Mañana —decidí— saldría. Aunque tuviera que arrastrar a ese hombre conmigo.

Cogí una blusa y fui hacia la puerta.

Y, por supuesto, no tuve que buscarlo. Estaba allí, apoyado en la pared, prácticamente pegado a mi puerta. Una sombra.

Crucé los brazos, intentando mantener la compostura.

—Mañana por la mañana voy a salir —dije, con firmeza.

Levantó la vista del móvil, imperturbable.

—Has conjugado mal el verbo —replicó con voz tranquila, demasiado tranquila—. Lo correcto sería: vamos a salir.

Apreté los dientes.

—Como quieras. —Rodé los ojos—. Total, no tengo opción.

—¿A dónde iremos? —preguntó con ese tono grave, seguro, que parecía hecho para provocar.

—A la playa —respondí, cruzando los brazos de nuevo.

Arqueó una ceja.

—Vaya, qué bien. —El extremo de su boca se curvó en una media sonrisa casi imperceptible.

Por un instante, me quedé allí, simplemente observándole.

La camiseta negra ajustada marcaba los músculos bajo la tela, y las tatuajes ascendían por su brazo hasta perderse en el cuello. Parecía completamente en control, como si nada en el mundo pudiera alterarlo.

Pero el ligero malestar que percibí en su mirada cuando mencioné la playa...

Ah, eso me hizo sonreír.

Quizá, solo quizá, este juego iba a resultar mucho más interesante de lo que imaginaba.

HUNTER SMITH

La princesa de Disney quiere ir a la playa.

Juro que he estado en lugares peores... pero ¿la playa? La playa es el infierno disfrazado de paraíso.

Arena por todas partes, visibilidad reducida, terreno imposible de controlar y, para rematar, demasiada gente. Es el tipo de entorno que me obliga a estar en guardia de principio a fin. La gente se relaja, se distrae, se hace fotos...

¿Y yo? Yo mantengo los ojos escaneando el entorno como si esperara un ataque en cualquier momento.

Y ahora ahí estaba ella —la señorita “no-necesito-protección”— diciéndome, con toda la naturalidad del mundo, que quería pasar la mañana al sol.

Respiré hondo. La princesa de Disney quiere ir a la playa.

—¿Qué pasa? —Su voz, ligera y burlona, rompió mis pensamientos.

—Nada.

Alzó una ceja, con esa sonrisa socarrona asomándole en la comisura de los labios.

—¿Seguro? —preguntó, sabiendo perfectamente que detestaba la idea.

Fingí indiferencia mientras ajustaba el reloj en mi muñeca.

—¿A qué hora? —cambié de tema, manteniendo el tono neutro.

Cruzó los brazos, mirándome con esa expresión divertida que ya empezaba a reconocer.

—Sobre las ocho de la mañana.

—Perfecto. —Asentí brevemente.

—Ah, y... —bajó un poco la voz— vístete como una persona normal.

Aquello me pilló por sorpresa. Giré la cabeza hacia ella, desconcertado.

—¿Perdona?

Desvió la mirada, como si acabara de decir más de lo que quería. Un rubor tenue le coloreó las mejillas.

Esa mujer era un enigma. En un segundo se burlaba de mí, y al siguiente parecía... tímida.

El problema era que no estaba acostumbrado a tratar con enigmas. Mis antiguos clientes eran ejecutivos previsibles: rutina cronometrada, cero emoción.

Salían de casa a las siete, regresaban a las seis. Y a mí me encantaba.

Con ellos, todo era control. Con ella... todo era caos.

Las mujeres son impredecibles.

Y Stephanie, por lo visto, había nacido para poner a prueba mi paciencia y mi profesionalidad al mismo tiempo.

Tras unos segundos de silencio, respondí:

—Voy así.

Me miró de arriba abajo —vaqueros oscuros, camiseta negra, botas— y cruzó los brazos con determinación.

—Ni hablar —replicó, alzando la barbilla.

La escena habría sido graciosa si no se tratara de mí.

La observé unos instantes, y en menos de un minuto confirmé lo que ya estaba aprendiendo sobre ella: Stephanie era un volcán a punto de estallar. Su humor cambiaba más rápido de lo que yo podía pestañear.

Pero entonces ocurrió algo distinto. Respiró hondo... y sonrió.

Una sonrisa leve, casi tímida, pero suficiente para desconcertarme sobre lo que venía después.

Dio un par de pasos hacia mí.

—¿Puedo pedirte algo? —preguntó, con la voz más suave esta vez—. Y te prometo que es una petición normal, sin ironías ni sarcasmo.

—Pide —contesté, con la cautela de quien camina sobre cristales—. Pero no prometo cumplirlo... sobre todo si sigues hablando con ese tono tan dulce.

Frunció el ceño, seguramente irritada, aunque volvió a respirar hondo, esforzándose por mantener la compostura.

—Por favor —dijo, y la palabra sonó sincera—, vístete normal para ir a la playa. No quiero que... se fijen en mí.

Ah. Así que era eso.

La princesita no quería parecer que tenía un guardaespaldas pegado a su sombra.

La observé durante un instante más de lo necesario.

La forma en que apartaba la mirada, cómo se mordía el labio inferior al decirlo... había algo más allá de la simple vanidad: odiaba sentirse observada.

Quería pasar desapercibida.

Por primera vez desde que nos conocimos, tuvo sentido.

—¿Y prefieres que se fijen en mí? —pregunté, acariciándome la barba solo para provocarla.

Entrecerró los ojos, desconfiada.

—¿Qué quieres decir?

Sonreí de medio lado.

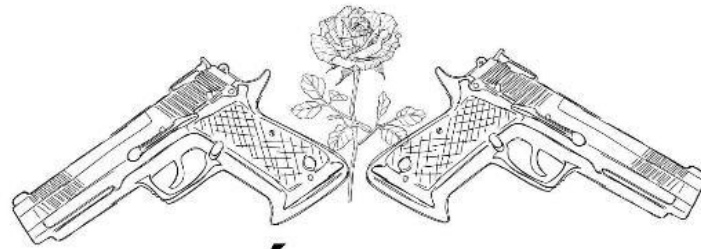
—Nada —respondí, dando un paso atrás—. Como quieras, princesa. Ese favor sí puedo concedértelo.

Sostuvo mi mirada unos segundos, y algo en ese breve enfrentamiento silencioso cambió el aire entre nosotros.

No sabía qué era.

Pero, de repente, la idea de ir a la playa ya no me parecía tan infernal.

CAPÍTULO 4



CAPÍTULO 4

«A veces hace falta una buena dosis de realidad...»

STEPHANIE TORRES

Ya estábamos en la playa, y el problema era precisamente ese: Hunter se estaba comportando como un hombre normal.

Y eso era... un enorme problema.

El sol se reflejaba en el agua, el murmullo de las olas se mezclaba con las risas y las conversaciones a nuestro alrededor, pero, aun así, mi mente solo se centraba en él.

Hunter, el hombre que se suponía debía pasar desapercibido, era exactamente lo contrario.

—¡Tu guardaespaldas está buenísimo! —comentó Evelyn, subiendo las gafas de sol a la cabeza.

—Buenísimo no, lo siguiente —añadió Luiza, con esa sonrisa pícara que conocía demasiado bien.

Puse los ojos en blanco. Estupendo. Otra amiga más rendida ante mi guardaespaldas.

Pero ahora entendía perfectamente lo que quiso decir cuando me provocó: «¿Y prefieres que se fijen en mí?»

Sí, todos se estaban fijando. Toda la maldita playa, para ser exacta.

Hunter iba sin camiseta. Y, por supuesto, parecía sacado de un anuncio de crema solar.

Los músculos del pecho y de los hombros relucían bajo el sol, las tatuajes se dibujaban sobre su piel bronceada en formas que parecían contar historias. Llevaba un discreto auricular en la oreja, y los otros dos guardaespaldas estaban estratégicamente situados en un chiringuito cercano, intentando parecer relajados.

Pero nadie, absolutamente nadie, lograba fingir que él pasaba inadvertido.

Con su bañador oscuro y las gafas de sol, Hunter parecía perfectamente cómodo allí... y, al mismo tiempo, completamente fuera de lugar en ese mundo de toallas, sombrillas y cuerpos untados de protector solar.

Mi curiosidad me traicionó. Le observé con más atención.

Conté cuatro tatuajes principales: uno que le cubría todo el brazo derecho, otro en el antebrazo izquierdo, uno en el lado derecho

del pecho y el más llamativo, el que se extendía desde el cuello hasta parte de la espalda.

Cada uno con un estilo distinto: calaveras, dagas, rostros tan detallados que parecían reales. El contraste entre fuerza y arte me descolocó por un instante.

«No pienses tonterías, Stephanie».

Pero mi cabeza no obedecía.

—¿Podéis dejar de mirar a mi guardaespaldas y concentraros en el motivo por el que estamos aquí? —protesté, ajustándome las gafas.

—Lo dices tú, que no apartas la vista de él —bromeó Luiza entre risas.

—Totalmente de acuerdo —secundó Evelyn, divertida.

—Solo estaba... observando su cuerpo para comprobar si es tan espectacular como dicen —mentí, intentando sonar casual—. Y, sinceramente, me parece bastante normalito.

Las dos estallaron en carcajadas, y terminé riéndome con ellas, aunque sabía que la mentira me había quedado escrita en la cara.

La primera hora transcurrió tranquila. Hunter mantuvo las distancias, sentado en una tumbona, con esa postura relajada y, al mismo tiempo, alerta.

Era el tipo de hombre que podía estar tumbado, con los ojos cerrados, y aun así saber exactamente lo que ocurría a veinte metros de distancia.

Y, de alguna forma, sentía que sabía que yo le observaba de vez en cuando.

—¿Qué te ha parecido el telediario, Steph? —preguntó Evelyn, estirándose sobre la toalla.

—Nada importante —murmuré, todavía distraída.

Pero era mentira.

Esa mañana, todos los informativos anunciaban que mi padre había sido nombrado oficialmente presidente de Ernest Mobile.

El teléfono de casa no paraba de sonar y varios coches se acumulaban frente al portón. Mi padre ya me había advertido que sería así, pero verlo con mis propios ojos era distinto.

De repente, nuestra vida estaba expuesta —y, con ella, el motivo por el que Hunter estaba allí.

Mi mirada se perdió en el horizonte durante unos segundos. El viento soplaba suave, el sonido de las olas parecía lejano... hasta que un movimiento rápido me sacó de golpe de mi ensoñación.

Hunter se había levantado de repente.

En cuestión de segundos cruzó la arena y se plantó frente a un hombre que caminaba cerca.

El gesto fue tan rápido y preciso que me hizo parpadear, convencida de que lo había imaginado.

Pero no.

Le sujetó los brazos, lo giró y lo inmovilizó con firmeza. Todo ocurrió en silencio, pero la tensión fue inmediata. Evelyn y Luiza dejaron de hacer lo que estaban haciendo, con el gesto confundido.

—¿Qué pasa, Steph? —preguntó Evelyn, pero no fui capaz de responder.

Mi corazón empezó a acelerarse. Porque, a diferencia de ellas, yo había visto la cara del hombre antes de que Hunter lo girara.

Fue solo un segundo. Un destello.

Pero bastó. Lo conocía. Ese rostro... esa mirada sorprendida, congelada un instante antes de ser empujado.

Definitivamente, no era un desconocido.

Y por alguna razón que aún no entendía, un escalofrío me recorrió la espalda: esa clase de sensación que te avisa, en silencio, de que nada volverá a ser igual después de ese momento.

Los cinco minutos siguientes fueron una eternidad.

El sol ardía, la brisa era suave, pero todo a mi alrededor parecía detenido, como si toda la playa se hubiese parado a mirar aquella escena.

Hunter seguía de pie, con los hombros tensos, la atención fija en el hombre que había inmovilizado. El tipo —ahora visiblemente nervioso— gesticulaba, intentando explicarse, pero yo no oía nada. Solo veía sus movimientos rápidos, su mirada desesperada, las manos temblorosas.

El corazón me golpeaba el pecho con fuerza. Parte de mí quería correr hacia ellos, intervenir, poner fin a aquello. Pero algo me contuvo. Tal vez el instinto. Tal vez el miedo a empeorarlo todo.

Me quedé observando, en tensión, hasta que el hombre se fue alejando despacio, lanzándole una última mirada a Hunter antes de desaparecer entre la multitud.

Hunter permaneció inmóvil unos segundos más, siguiéndolo con la vista hasta que se perdió de vista. Solo entonces relajó los hombros y llevó una mano a la oreja, murmurando algo —seguramente por el auricular.

Era mi oportunidad.

—Ahora vuelvo —avisé a mis amigas, levantándome de la tumbona con pasos decididos.

La rabia se mezclaba con la curiosidad. Necesitaba respuestas.

Caminé hacia la parte trasera del chiringuito, donde él estaba.

—¿A qué ha venido todo ese numerito? —pregunté sin rodeos, con las manos en la cintura.

Hunter se giró despacio, con el rostro aún serio.

—El hombre se acercó demasiado —respondió, imperturbable—. Te observaba mientras hablaba por teléfono. Varias veces.

Se me escapó el aire por un segundo.

—Daniel... —murmuré, sin dar crédito—. Era él.

Hunter entrecerró los ojos.

—Entonces tenía razón.

—Es mi ex —admití, soltándolo de golpe, casi sin respirar—. Mi único exnovio.

Hunter cruzó los brazos, analizándome con esa frialdad calculada que tanto me sacaba de quicio.

—Ahora lo sé. Me lo ha dicho él mismo.

Abrí la boca, incrédula.

—¿Qué? —exclamé, bufando enseguida—. ¡Eres increíble!

—No tengo la culpa, princesa. —Su voz sonó firme, sin un rastro de arrepentimiento—. Solo hago mi trabajo.

Puse los ojos en blanco, indignada.

—A ver si lo entiendo... —ironizé—. ¿Abordaste a mi ex solo porque me miró y usó el móvil?

—Exactamente —replicó, sin pestañear—. Su comportamiento era sospechoso. Y mi trabajo consiste en actuar antes de que ocurra algo. No puedo dar margen.

—¿Y tenía algo que ver? —pregunté, con un tono cargado de sarcasmo.

Hunter suspiró, desviando la mirada un instante.

—El tipo estaba limpio.

Sonreí, incrédula.

—Ah, o sea que te has equivocado. Qué sorpresa... —murmuré entre dientes—. Y luego dicen que eres el mejor.

Él dio un paso hacia mí. Y otro. Cuando quise darme cuenta, estábamos tan cerca que podía sentir el calor de su piel. La tensión era casi tangible.

Mi corazón se desbocó, pero no me moví.

Hunter se inclinó ligeramente, con la mirada fija en la mía.

—Mira, princesa —dijo con voz grave, controlada—. De mi trabajo me encargo yo. No te debo explicaciones ni sobre cómo actúo ni sobre a quién me acerco. Mientras tú te diviertes, yo me aseguro de que no te pase nada. ¿Entendido?

—¡Cuidado con cómo me hablas! —exclamé, sintiendo cómo se me encendía la cara.

—Hablo como quiero —replicó con el mismo tono—. Si quieres hacerte la terca, la insolente y la respondona, allá tú. Pero no interfieras. ¿Ha quedado claro?

Sus palabras me golpearon de lleno.

Respiré hondo, conteniendo el impulso de lanzarle arena a la cara.

—Te has equivocado, Hunter —escupí entre dientes.

Una media sonrisa se dibujó en sus labios, cínica.

—¿Sabías que, en la mayoría de las intervenciones policiales, más del noventa por ciento de las personas registradas están limpias? —preguntó, alzando una ceja—. Pero ¿y el otro diez por ciento, princesa? ¿Y si el error es no actuar?

Guardé silencio. Odiaba admitirlo, pero tenía razón.

Hunter podía ser arrogante, irritante y controlador, pero se tomaba su trabajo muy en serio. Demasiado en serio.

—Hunter... —intenté decir algo, pero me interrumpió.

—La operación está comprometida —anunció, recuperando su tono práctico—. Lo mejor será que nos vayamos por hoy.

Suspiré, frustrada.

—Claro, como quieras.

—Recoge tus cosas y avisa a tus amigas. —Se giró, mirándome por encima del hombro—. Voy a hablar con John y Kenypher, pero... —hizo una breve pausa, dejando la última frase suspendida en el aire—. No voy a quitarte los ojos de encima. Que te quede claro.

Y se marchó, dejándome allí, con el corazón desbocado y un nudo en la garganta que no sabía explicar.

Era rabia. Era orgullo herido. Era algo más.

Pero lo peor de todo era que, en el fondo, una parte de mí se sentía más segura de lo que me atrevía a admitir.

HUNTER SMITH

De verdad, odiaba ir a la playa.

Pero aquel día, la odié aún más.

El calor era insoportable, el viento levantaba arena en todas direcciones, y lo único que mantenía mi atención era la mirada fija de Daniel sobre Stephanie. El tipo hablaba por el móvil, el aparato pegado al oído, pero su mirada... su mirada no parpadeaba.

Cada movimiento de ella parecía atraparlo de una forma enfermiza.

—¿Otro movimiento sospechoso? —preguntó John, su voz sonando en el auricular.

—Nada importante —respondí, sin apartar los ojos de la escena—. Solo me incomoda.

Caminé hasta donde estaban Kenypher y John, cerca del paseo marítimo, pero seguí de frente hacia Stephanie, que ahora recogía las cosas junto a sus amigas. El gesto impaciente con que metía todo en la bolsa, su mirada contrariada, el pelo revuelto por el viento... todo en ella era puro temperamento.

Al menos esta vez no discutí conmigo. Aceptó que nos marcháramos, aunque a regañadientes.

No sabía si aquello era un voto de confianza o simple cansancio de llevarme la contraria. Pero daba igual. Mi trabajo no era agradarle, era mantenerla con vida. Y, por la forma en que hablé, entendió que no estaba pidiendo permiso.

—Todo despejado, jefe —la voz de Kenypher interrumpió mis pensamientos.

Puse los ojos en blanco.

—Te he dicho mil veces que no me llames así.

—Costumbre —replicó riendo, lo que provocó una carcajada de John.

Técnicamente, sí, era su jefe. Pero odiaba que me lo recordaran.

Aun así, me sentía responsable —no solo de protegerlos durante el trabajo, sino también fuera de él.

Éramos más que un equipo. Éramos familia.

—Las costumbres no cambian, Hunter —Ken ypher arqueó una ceja.

Desvié la mirada hacia Stephanie y sus dos amigas, observándolas durante unos segundos. La forma en que gesticulaban, cómo se apoyaban unas en otras... tan diferentes y, al mismo tiempo, tan parecidas.

—¿Cómo es ella? —preguntó Kenypher, señalando con la cabeza en dirección a Stephanie.

—Mimada. Y siempre convencida de tener razón. Si pierde hasta en un cara o cruz, intentará convencerte de que has contado mal.

—Odio ese tipo de gente —comentó John.

—A mí me gustan —respondió Kenypher, divertida.

—Yo ni puedo opinar. No son mi tipo. Y, sinceramente, rara vez me involucro con alguien así.

El camino de vuelta a casa fue silencioso.

Viajábamos en el Evoque blindado: potente, discreto y, sobre todo, seguro. Prefería conducir, pero esa vez dejé a John al volante mientras yo observaba por la ventana. Stephanie estaba a mi lado, en silencio, la mirada perdida.

Durante todo el trayecto no pronunció una sola palabra. Pero sabía que su cabeza hervía.

En cuanto llegamos a la casa, el silencio se rompió.

—¿Necesitas algo, Stephanie? —pregunté, más por protocolo que por interés.

Se giró despacio hacia mí, con los ojos chispeando.

—Sí. Quiero saber por qué los hombres sois tan imbéciles.

Arqueé una ceja, sorprendido por el ataque repentino.

—El mundo nos ha moldeado así.

—No era una pregunta —replicó, irritada—. A veces, lo único que una mujer quiere es alguien imperfecto, pero real. Un hombre normal, que solo tenga ojos para ella, que la ame de verdad. Que sea lento para entender ciertas cosas, pero rápido en las que importan. —Suspiró, y su voz se suavizó—. ¿Es mucho pedir?

Definitivamente, estaba desahogándose con la persona equivocada.

—No generalices —dije con calma.

—Sí que generalizo. —Cruzó los brazos—. Dime entonces, ¿por qué crees que las mujeres leen tantos libros románticos?

No pude evitar una sonrisa divertida.

—Fácil. —Me incliné un poco hacia ella—. Porque necesitáis arreglar hombres rotos.

—¿No es eso! —replicó, ofendida.

—Es exactamente eso —la interrumpí—. Esperáis que el cabrón del principio se arrepienta al final. Que se doblegue, que se humille, que cambie por amor. El argumento os da igual. Lo que de verdad queréis es ver la redención, el “antes y después” del hombre. Por eso devoráis cada página.

Me miró, sin saber si odiarme o intentar comprenderme.

—Quizá... —murmuró—. Pero no siempre.

Me incliné un poco más, clavando los ojos en los suyos.

—Estamos en la vida real. Aquí, el amor no cambia a nadie.

—Hablas como si lo supieras por experiencia propia.

Un músculo de mi mandíbula se tensó.

—Lo sé —respondí, y el silencio que se instaló después fue demasiado denso.

Ella tragó saliva, pero no apartó la mirada.

—¿No crees en el amor?

—Respeto a quien cree. Yo simplemente no soy tan idiota como para confiar en él.

No dijo nada. Solo se quedó ahí, mirándome con esos ojos grandes y llenos de curiosidad.

Y, por primera vez, vi algo más que irritación en ellos.

Había curiosidad. Y quizá... compasión.

CAPÍTULO 5



«Una sorpresa indeseada puede acabar convirtiéndose en una fantasía con el tiempo...»

STEPHANIE TORRES

¿Cómo podía ese desgraciado argumentar tan bien?

Era desesperante.

Llevaba unos minutos encerrada en mi habitación, intentando poner en orden el torbellino de pensamientos que Hunter había dejado en mi cabeza después de aquella discusión. Tenía una forma de hablar que desarmaba a cualquiera: firme, directa, llena de convicción. Si no fuera tan insoportable, podría perfectamente dar clases.

Un profesor arrogante, claro. Pero brillante, al fin y al cabo.

Suspiré, frustrada. Había algo en él que no lograba descifrar.

No era solo el físico —aunque resultaba difícil ignorar ese cuerpo tallado y aquella postura autoritaria—, era la forma en que me miraba. Como si me conociera mejor que yo misma.

Y eso lo detestaba.

Cerré los ojos buscando un poco de silencio, pero un ruido extraño que venía del cuarto de al lado me sacó de mis pensamientos. El sonido era bajo, rítmico. Madera crujiendo, algo moviéndose de forma intermitente.

Fruncí el ceño.

La habitación de invitados. Donde él dormía.

Me quedé inmóvil, escuchando. Durante unos segundos pensé en golpear la pared y mandarle parar con lo que estuviera haciendo, pero decidí ignorarlo. Al fin y al cabo, discutir con Hunter antes del desayuno sería suicidio emocional.

Intenté convencerme de eso.

Pero cuanto más persistía el ruido, más mi mente se llenaba de posibilidades —y ninguna de ellas era apropiada.

Me dormí entre pensamientos absurdos e irritación acumulada. Hasta que su voz rasgó el aire de la mañana.

—¿En qué planeta estás?

Abrí los ojos de golpe. El corazón me dio un vuelco. Estaba allí, apoyado en el marco de la puerta como si fuera el dueño del lugar.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, con la voz ronca por el sueño.

Alzó una ceja, impasible.

—Intentar hablar con alguien que parece vivir en otro mundo.

Rodé los ojos y me incorporé en la cama.

—No quiero hablar contigo.

—Perfecto. —Su tono fue seco, pero la sonrisa ladeada delataba el sarcasmo—. A mí también me gusta el silencio.

Aquello me irritó todavía más. Crucé los brazos y le miré con desprecio.

—¿Por qué me miras así? —preguntó, notando mi expresión.

—Por nada —respondí, fingiendo indiferencia—. Solo me parece de lo más normal lo que oí anoche.

Frunció el ceño, confundido.

—¿Qué oíste?

—No sé —me encogí de hombros—. Ruidos. Sonidos... raros.

Por un instante pareció contener una risa.

—Ah, eso lo entiendo. —murmuró, cruzándose de brazos por fin—. Soñarías con tu príncipe azul. Tiene sentido. Al fin y al cabo, de eso vives, ¿no? De fantasías.

Le miré, incrédula.

—Eres imposible.

—Por eso te llamo princesa —añadió, con esa sonrisa insolente que me dejaba sin aliento—. Vives en tu pequeño mundo de romances empalagosos, esperando que alguien venga a salvarte.

—No necesito que nadie me salve. Y mucho menos tú.

Sonrió apenas.

—Menos mal. Ese papel no va conmigo.

La tentación de lanzarle el cojín a la cara fue real.

Hunter conseguía irritarme a niveles que nadie había alcanzado jamás. Era como si supiera exactamente dónde tocar para sacarme de mis casillas.

—No tengo por qué hablar contigo —dije, levantándome de golpe.

—Cierto. —Se apartó a un lado, dejándome espacio—. De hecho, lo prefiero.

Salí bufando, sintiendo su presencia justo detrás. El sonido firme de sus pasos me seguía por el pasillo, persiguiéndome como una sombra.

—No hace falta que me sigas a todas partes, ¿sabes? —me giré, exasperada.

Me miró, impasible, con esa mirada fría que parecía atravesar la piel.

—Mi trabajo no es seguirte, Stephanie —dio un paso hacia mí, la voz baja y firme—. Es protegerte. Incluso de ti misma, a veces.

La forma en que lo dijo, la cercanía, el tono... todo me desarmó por dentro.

Mi cuerpo reaccionó antes que mi cabeza: el corazón se aceleró, la rabia se mezcló con algo que no quería nombrar.

No todavía.

Aparté la mirada y caminé hacia la puerta trasera.

Necesitaba salir de allí. Respirar otro aire. Porque si no lo hacía, en lugar de volverme loca de rabia... corría el riesgo de volverme loca por él.



Decidí salir un rato.

Cogí algo de dinero que tenía guardado y quedé con Evelyn y Luiza en The Grove. Tiendas, música ambiental, café helado... la receta perfecta para una tarde sin pensar en guardaespaldas, amenazas ni en todo lo que el apellido de mi padre arrastraba consigo.

Por supuesto, las dos llegaban tarde. Como siempre.

Llevaba casi veinte minutos esperándolas en la zona de restauración, removiéndola la pajita de mi zumo y observando el ir y venir de la gente, cuando escuché su voz detrás de mí.

—Eres una mujer contradictoria, ¿no crees?

El timbre grave y sereno me hizo girar lentamente.

Estaba allí —como siempre—, con los brazos cruzados, apoyado en la columna junto a mi mesa, con esa mirada que parecía ver más de lo que yo quería mostrar.

—¿Y por qué dices eso? —pregunté, intentando sonar indiferente, aunque la curiosidad ya me había traicionado.

Hunter esbozó una media sonrisa, de esas imposibles de descifrar: no sabías si era provocación o simple observación.

—Recuerdo que me hablaste de tu rutina... —empezó, haciendo una pausa calculada, suficiente para que alzara una ceja—. Pero no estás cumpliendo nada de lo que dijiste.

—Quizá sea porque mi padre decidió pegarme un guardaespaldas a la espalda y perdí la poca libertad que me quedaba. Incluso dentro de mi propia casa. —Crucé los brazos, sosteniéndole la mirada—. Así que sí, eso cambia bastante las cosas.

—¿Estás diciendo que la culpa es mía? —preguntó, con un tono bajo, casi divertido.

—Sí. —La respuesta salió sin vacilar.

Él inclinó ligeramente la cabeza, como si analizara mis palabras, y dio un paso hacia adelante, lo justo para que su perfume se mezclara con el aire del lugar.

—Desde mi punto de vista, puedes hacer todo lo que haces normalmente. Solo tienes que acostumbrarte a tenerme cerca.

—Ese es el problema —repliqué enseguida, sin disimular la irritación—. No puedo concentrarme con alguien analizándome todo el tiempo, observándome, vigilándome.

—No te analizo, Stephanie —dijo con firmeza, su voz sonando casi como una confesión—. Solo vigilo lo que hay a tu alrededor. Solo te protejo.

La forma en que lo dijo me desarmó por dentro. Había sinceridad en su voz. Y algo más, algo que preferí no nombrar.

Por un instante, el bullicio del centro comercial pareció desvanecerse.

Me quedé mirándole —el modo en que se contraían los músculos de su mandíbula, el leve brillo del sudor en su piel bajo la luz del techo, la mirada atenta, casi... cuidadosa.

Y entonces caí en lo que había dicho en voz alta: No puedo concentrarme con alguien analizándome.

Mierda.

Conociendo a Hunter, sabía que no dejaría pasar eso.

Dio un paso más, una sonrisa apenas insinuada curvándole los labios.

—Entonces el problema no es que yo esté aquí... —murmuró, con la voz más baja—. Es que soy yo quien te observa.

El corazón me dio un vuelco inmediato. Y me odié un poco por no saber disimularlo.

Desvié la mirada y cogí el vaso, fingiendo estar ocupada.

—No te creas tanto, Hunter —murmuré, sin demasiada convicción.

—No necesito crearme nada, princesa. —Sonrió de medio lado, sin apartar los ojos de mí—. Ya lo haces tú por mí. Me facilitas el trabajo.

Y antes de que pudiera reaccionar, se dio la vuelta con calma, dejándome allí, con las mejillas ardiendo, el corazón desbocado y la certeza absoluta de que, cuanto más intentaba escapar de él, más encontraba la forma de alcanzarme.

HUNTER SMITH

Las pocas palabras que ella había soltado seguían resonando en mi cabeza cuando la tarde en el centro comercial pareció adquirir otra textura —más lenta, más densa.

—Si crees que te deseo, olvídalo. Estoy aquí trabajando. Solo eso —la escuché decir, con un tono tan seco que chispeaba.

Se encogió un poco, sonrojándose, sin saber muy bien por qué.

No supe si el rubor se debía a que yo había negado cualquier deseo o si la propia situación la había dejado incómoda. Stephanie siempre estaba a punto de explotar; ya lo sabía.

Abrió la boca para soltar algún dardo, pero sus amigas llegaron justo en ese momento y, con su irrupción como un terremoto de risas y codazos, su ataque se perdió.

—Limítate a hacer tu trabajo y compórtate como un hombre normal. ¿Es mucho pedir?

—Tranquila —respondí, con la calma calculada de quien no se deja afectar por provocaciones.

Las chicas, por supuesto, no tardaron ni un segundo:

—¡Hola, Hunter! —dijeron al unísono, con voces melosas, casi derritiéndose ante mi presencia.

Vi cómo la irritación crecía en el rostro de Stephanie como una sombra. No era culpa mía ser popular entre sus amigas —y si tuviera más gente en su círculo, no me habría fijado, ¿verdad? Bueno, quizá era culpa mía por suponerlo.

—Buenas tardes. —Incliné levemente la cabeza, educado por conveniencia—. Espero que disfrutéis del paseo. Si surge cualquier problema, estaré por aquí.

Me aparté cuando las tres desaparecieron entre percheros y escaparates. Kenypher soltó una risa contenida a mi lado.

—Odio los centros comerciales. ¡Muchísimo! —comentó, como si acabara de decir una gran verdad.

—Mejor que la playa —repuse, y escuché un “totalmente de acuerdo” ahogado de John.

Kenypher arqueó una ceja.

—Hunter, ¿alguna noticia de Romeo?

Romeo era uno de los pocos hombres a los que llamaba hermano; el pasado nos había hecho cómplices. Había sido mi mano derecha, pero los traumas y sus propias decisiones lo apartaron del tipo de trabajo que yo exigía. Aun así, seguía siendo un aliado.

—Está de viaje. Vuelve en quince días —respondí seco.

Volvimos al silencio mientras vigilaba el escaparate por donde debía salir Stephanie. Antes de que entraran, ya había inspeccionado el interior de la tienda —protocolo: un vistazo rápido, nada sospechoso. Las mujeres tardaban más de lo normal; les encantaba hacer tiempo.

Yo miraba. Y esperaba.

De pronto, vi a un hombre salir apresurado de la tienda, con pasos demasiado largos para quien simplemente pasea. El movimiento de su mano derecha fue casi instintivo: sujetaba algo que no le pertenecía. Lo primero que noté fue la correa del bolso —el bolso de Stephanie.

—A la tienda, ahora —ordené, con la voz corta, directa—. ¡Los dos!

John y Kenypher captaron el mensaje al instante; cuando di el primer paso, el hombre ya había empezado a correr.

No lo pensé. El instinto, multiplicado por el entrenamiento, me lanzó detrás de él.

Al principio no se dio cuenta. Eso me dio ventaja. El ladrón corría en línea recta, error de principiante —si se hubiera desviado hacia la multitud o zigzagueado, la persecución habría sido casi imposible con tanta gente. Yo, grande y pesado, tenía potencia suficiente para mantener un sprint corto; él, flaco y torpe, no.

En cuestión de segundos ocurrió lo inevitable: lo alcancé y lo derribé con un golpe preciso de hombro. El calor del roce, el olor a sudor y colonia barata, su grito de sorpresa... todo aceleró mi pulso. Me subí sobre él, con el peso firme, las rodillas presionándole la espalda mientras le torcía el brazo izquierdo hacia atrás, retorciendo la muñeca hasta arrancarle un gemido. El dolor le hacía escupir la verdad entre murmullos.

—¿Dónde estabas metido en esa tienda? —pregunté, con la voz tensa.

—¡En el almacén, tío! —jadeó—. ¡Me estás haciendo daño!

—¿Por qué robaste su bolso? —apreté con más fuerza, exigiendo una respuesta en un tono que no admitía mentiras.

—¡Era el más caro! ¡Se despistó! Por favor, suéltame, ¡me duele! —imploró, con el miedo impregnando cada palabra.

Miré a mi alrededor; los guardias del centro comercial ya se acercaban. Quité las rodillas de su espalda y solté los brazos justo cuando los agentes llegaron.

No tuve que explicar demasiado: la prueba era evidente —el bolso, su desesperación, la mirada de la clienta que observaba la escena.

—Ha sido él —dije con firmeza, señalándolo—. En esa tienda. El bolso es de mi clienta. Soy su guardaespaldas.

—De acuerdo, nos encargamos nosotros —respondió uno de los vigilantes, inmovilizando al tipo con esas esposas invisibles que da la autoridad. En aquel centro comercial la ley se aplicaba rápido.

Asentí y caminé de vuelta hacia donde Stephanie y sus amigas hablaban, ajustándome la postura como quien regresa de una misión rutinaria. La adrenalina seguía recorriéndome el cuerpo, el pecho aún oprimido por los segundos de tensión —y, lo admito, una pequeña chispa de satisfacción profesional por haberlo resuelto sin excesos.

Al acercarme, noté en su rostro una mezcla de vergüenza y nervios.

No era sorpresa: había estado distraída, sí. Y también contestona, por supuesto. Pero allí, entre las bolsas y las sonrisas forzadas de sus amigas, lo único que vi fue esa vulnerabilidad que deja al descubierto el descuido.

—¿Estás bien? —pregunté, con voz controlada.

Me miró, desviando los ojos un instante.

—Sí... gracias. —Las palabras salieron cortas, casi avergonzadas.

A mi lado, John soltó una risa contenida. Kenypher dio una palmada en la espalda a uno de los guardias del centro, como quien se despide de un compañero de batalla.

Poco a poco, todo volvió a su ritmo habitual: los escaparates brillando, la gente pasando con sus bolsas, la música ambiental retomando su cadencia.

Pero me quedó la sensación de que algo había cambiado: en apariencia, nada importante, solo un hilo invisible entre nosotros que

se había tensado —un hilo que, si alguien tiraba de él, podía desvelar mucho más que el simple gesto de devolver un bolso robado.

STEPHANIE TORRES

Salvada por Hunter.

Las palabras resonaban en mi cabeza, todavía confusas por lo que acababa de pasar.

—Tía, ¿has visto la velocidad con la que ha ido a por ese hombre? —exclamó Evelyn, jadeando, con las manos aún temblorosas—. ¡Madre mía, no me ha dado tiempo ni a parpadear!

Su corazón parecía latir al mismo ritmo que el mío: acelerado, fuera de compás.

—Es rapidísimo... —añadió Luiza, mirando hacia el lugar donde Hunter había inmovilizado al ladrón—. Sobre todo para el tamaño que tiene.

Confieso que pensé lo mismo. En cuestión de segundos, aquel hombre enorme había recorrido la distancia entre él y el ladrón como si fuera una sombra. Un movimiento preciso, casi salvaje.

Todo ocurrió demasiado deprisa.

Yo estaba dentro de la tienda, distraída, probándome una prenda y, como siempre, había dejado el bolso sobre el mostrador. Un segundo de descuido —eso fue todo lo que el ladrón necesitó. Cuando me di cuenta, una mano desconocida ya lo había agarrado y salía disparada hacia la puerta.

Grité, pero la voz me salió ahogada.

Y entonces lo vi.

Hunter.

Apareció de la nada, su cuerpo en movimiento, la gente apartándose sin entender qué estaba pasando. En apenas unos metros lo alcanzó, lo derribó al suelo con un golpe seco, eficaz.

Ahora, frente a la tienda, con mi bolso de nuevo en sus manos, Hunter se acercaba a mí en silencio. Su mirada —esa mirada fría y calculadora— me golpeó como una ráfaga.

Por un instante, olvidé cómo se respiraba.

No dijo nada. Se limitó a observarme, con el rostro tenso y la respiración controlada.

Y yo, por supuesto, ya sabía lo que significaba aquel silencio. Estaba furioso.

—Hunter... —intenté sonar tranquila—. ¿Podrías darme el bolso?

—¿No vas a decir nada antes? —Su voz era baja, pero cortante.

—¿Qué quieres que diga? —repliqué, cruzándome de brazos, esforzándome por no parecer alterada.

Él arqueó una ceja.

—¿Tu padre no te enseñó modales, por casualidad?

Solté un bufido, sintiendo la sangre hervirme.

—Gracias, Hunter. Eres un guardaespaldas estupendo. —Pronuncié cada palabra con ironía, alargando la mano para coger el bolso.

Sin embargo, él retiró el brazo, con una sonrisita insolente asomando en la comisura de los labios. Ese tipo de sonrisa que me daban ganas de gritar.

—¿Puedo coger mi bolso? —pregunté entre dientes, alzando el tono, enfatizando cada sílaba.

—Por supuesto, señorita —respondió con una cortesía fingida, entregándome por fin el objeto.

Sonrió —esa maldita sonrisa— y dio un paso atrás, retomando su postura profesional, como si nada hubiera pasado.

Tuve que contener las ganas de lanzarle el bolso a la cara.

—¿Lo habéis visto? —murmuré a Evelyn y Luiza, todavía incrédula—. ¡Es un imbécil!

Evelyn soltó una risita nerviosa.

—Un imbécil... que parece sacado de una película de acción, amiga.

Luiza, como siempre, no perdió la ocasión de provocarme:

—Yo no sé qué es peor: si que sea imbécil o que esté tan bueno.

Puse los ojos en blanco, aunque no pude evitar reírme.

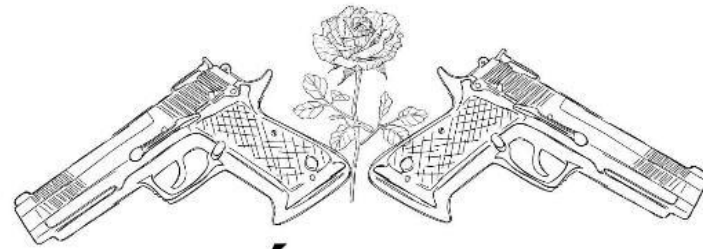
—Estáis delirando.

Pero mientras ellas se reían, yo seguía observándolo desde lejos: las manos metidas en los bolsillos del pantalón, el cuerpo erguido, imponente, la mirada atenta a todo y a todos.

Hunter era irritante, arrogante, imposible de soportar... y, aun así, había algo en él que me desarmaba por completo.

El problema era que, por primera vez, no sabía si lo que me dejaba sin aliento era la rabia... o algo más que no me atrevía ni a nombrar.

CAPÍTULO 6



CAPÍTULO 6

«El dolor es persistente, y a veces no sabemos qué hacer para que desaparezca.»

HUNTER SMITH

Durante los quince días siguientes, Stephanie prácticamente se encerró en casa.

Decía que necesitaba tiempo para “poner la cabeza en su sitio”, pero su rutina era una mezcla perezosa de gimnasio por la mañana, novelas románticas por la tarde y largos periodos de ocio absoluto. Entre página y página, suspiraba como si el mundo le debiera algo.

A mí me venía bien. Cuando se mantenía ocupada —o simplemente callada—, el trabajo se volvía infinitamente más sencillo.

El problema era el silencio. Demasiada calma. Demasiada tranquilidad. Y, para alguien que trabaja en seguridad privada, la paz siempre es un mal presagio.

Desde el robo de su bolso no había pasado nada fuera de lo normal. Aquello sí había sido un suceso excepcional —y, seamos justos, culpa exclusivamente suya—. Pero la calma que vino después me inquietaba, como si algo estuviera a punto de estallar.

Stephanie me odiaba. Eso era evidente hasta para quien pasara un minuto con nosotros en la misma habitación.

Cada vez que nuestras miradas se cruzaban, la antipatía era palpable. Me observaba con desconfianza y, sin quererlo, yo siempre acababa devolviéndole la mirada. Era más fuerte que yo.

No hacía falta mucho para irritarla: bastaba con estar cerca. A veces creía que incluso mi respiración la molestaba.

Aun así, había algo curioso en ella. Una especie de timidez disfrazada de arrogancia, una muralla improvisada para proteger lo poco que le quedaba de vulnerable.

Por supuesto, nunca lo admitiría. Prefería contraatacar, siempre con esa lengua afilada suya.

No teníamos absolutamente nada en común. Nuestra comunicación se basaba en provocaciones y suspiros impacientes.

Aun así —o quizás por eso—, me descubrí disfrutando de provocarla.

En mi defensa, empezó ella.

—Voy a hacer una llamada. Estaré aquí por si necesitas algo —avisé, solo por cumplir con el protocolo.

Levantó la vista del móvil y arqueó una ceja.

—No voy a necesitar nada, pero quédate el tiempo que quieras. Besitos —respondió, con ese tono burlón que me daba ganas de reír y de estrellar el puño contra la pared al mismo tiempo.

Decidí ignorar la escena. Fui hasta la terraza, donde el viento frío de la tarde me recibió, y marqué el número de Marcus.

Contestó al segundo tono.

—Marcus... ¿cómo está mamá? —pregunté, con una voz más baja de lo que me habría gustado.

Hablar de ella siempre me dolía. Era como abrir una herida antigua que nunca terminó de cicatrizar. Odiaba parecer débil, pero había momentos en los que fingir indiferencia resultaba imposible.

—Está bien. Me ocupo de ella —respondió, con ese toque de reproche que ni se molestaba en disimular.

La frase fue como una aguja perforándome la conciencia. Marcus siempre había sido el hijo paciente, el equilibrio entre nosotros. El tipo que, incluso dolido, sigue ahí.

Él tiene el billete directo al cielo... si es que existe un sitio para personas como él.

Soy el mayor, tres años por delante, y desde que nuestro padre murió solo quedábamos nosotros y nuestra madre. O lo que quedaba de ella.

¿Familia unida? No exactamente. Yo me encargué de destrozarla hace mucho tiempo.

—Tiene suerte de tenerte como hijo —alcancé a decir, apretando el móvil entre los dedos—. Solo quería saber si ha empeorado... o si ha mejorado. Sabes a qué me refiero.

Silencio. Luego, el sonido de su respiración cansada.

—Hunter, aterriza. Mamá nunca volverá a ser la misma. El médico fue claro. Tienes que aceptar lo que pasó.

—¡Jamás voy a aceptar lo que hice! —estallé, mi voz cortando el aire como una cuchilla.

Los dos ayudantes que estaban cerca se giraron enseguida. Fingieron no oír nada, pero la tensión se notaba. Si Stephanie oyó la discusión, decidió fingir que no. Probablemente puso los ojos en blanco y volvió a su libro.

—No puedo ayudarte con eso, hermano —dijo Marcus, firme—. Estoy haciendo todo lo posible, y creo que lo sabes. Mamá no va a durar...

—¡Ni se te ocurra terminar esa frase! —lo interrumpí, con el pecho ardiendo—. Va a salir de esta. Todo volverá a ser como antes.

Al otro lado, un largo suspiro.

—De acuerdo —cedió, con un tono más de compasión que de convicción.

Me quedé mirando el horizonte unos segundos, intentando creer mis propias palabras. El viento helado no ayudaba.

—Era solo eso. Si pasa algo, llámame.

—Vale. Hasta luego.

La llamada se cortó. Y el silencio volvió.

Un silencio que ni siquiera la voz burlona de la princesa consiguió llenar.

Contemplé el cielo durante un largo rato, viendo cómo el azul se deshacía en tonos grises. El peso del pasado siempre encontraba la

forma de regresar, sobre todo cuando el silencio era demasiado profundo.

Si no hubiera sido por un error —solo uno—, todo estaría bien. Pero no pude controlarme.

No en aquella época.

Errar era humano, decían. Un cliché tan cierto como doloroso. Al final, todos somos una suma imperfecta de aciertos y fracasos. Pero bastaba un solo desliz para borrar todo lo que habíamos luchado por construir.

Yo lo sabía mejor que nadie. Y aquel error en concreto —ese maldito uno por ciento— seguía impidiéndome apoyar la cabeza en la almohada y simplemente dormir.

Sacudí la cabeza, apartando el pensamiento antes de que me devorara por completo.

Respiré hondo y decidí volver al salón, donde estaba Stephanie. A veces, el silencio se volvía demasiado peligroso.

Ella estaba sentada en el sofá, con las piernas cruzadas y el portátil sobre las rodillas. Los auriculares colgaban de su cuello, y el brillo de la pantalla iluminaba sus rasgos delicados. Parecía concentrada, pero había algo en su postura que delataba inquietud: el golpeteo rítmico de sus dedos en el borde del teclado, la mirada que, de vez en cuando, se desviaba hacia mí.

—Si lo que querías era llamar la atención de nuestra vecina, enhorabuena. Lo has conseguido —dijo sin levantar la vista.

Su voz sonó ligera, provocadora, aunque había cierta curiosidad escondida entre las palabras.

—¿De qué hablas? —pregunté, apoyándome en el marco de la puerta.

—De tus gritos al teléfono. —Tecleó un par de veces antes de añadir—: Un hombre como tú, enfadado, es... difícil de ignorar.

—Así que tu atención está en mí, incluso cuando finges que no.

Esta vez levantó la mirada. Una sonrisa pequeña, casi ensayada, se dibujó en sus labios.

—Digamos que un hombre alterado siempre llama la atención, sobre todo cuando parece llevar el mundo a cuestas.

La forma en que me miró hizo que el aire entre nosotros cambiara de densidad. Sus ojos se detuvieron en los míos, como si intentaran descifrar algo que ni yo mismo entendía del todo.

—No volverá a pasar —respondí, con la voz más dura de lo que pretendía.

—¿Ha pasado algo? —inclinó la cabeza, genuinamente curiosa—. ¿Puedo ayudarte en algo?

Stephanie ofreciéndome ayuda era casi cómico. Yo era el tipo de hombre que protegía, no el que pedía auxilio.

—¿Tú? ¿Ayudarme tú?

—¿Y qué hay de malo en eso? —replicó, arqueando las cejas.

—Princesa... si pudieras librarte de mí, lo harías sin pensártelo dos veces.

Suspiró, teatral.

—Seré educada, ¿vale? Primero: soy una persona civilizada. Segundo: me gusta ayudar a la gente, incluso a los cabezotas. Y tercero —me señaló con un dedo, los ojos chispeando—, detesto que me llames princesa.

—Gracias, pero paso —murmuré, conteniendo la risa que amenazaba con escapárseme.

Stephanie cerró los ojos, respiró hondo y, por un breve instante, pareció contar hasta diez. Luego los abrió de nuevo, y la dulzura desapareció.

—Por lo visto, lo que quieres es que te traten como a un animal. Perfecto por mí —dijo, volviendo su atención al portátil.

Di un paso al frente, lo justo para que su perfume me alcanzara: algo suave, floral... pero que me golpeó como un puñetazo.

—Lo que quiero —dije en voz baja, casi sin pensar— es que dejes de fingir. No hace falta que te preocupes por mí. No hace falta que me soportes.

Dejó de teclear. Permaneció inmóvil unos segundos, con la mandíbula tensa y las palabras atascadas en la garganta.

El silencio que siguió fue casi tangible. E irónicamente, era justo lo que yo quería.

O, tal vez, lo que me merecía.



Stephanie casi se arrancaba los pelos en los minutos que siguieron.

Yo me limité a observar, entretenido, mientras alternaba entre hojear apuntes llenos de post-its de colores y teclear frenéticamente en el ordenador. El sonido rítmico de las teclas se mezclaba con los murmullos que escapaban de sus labios.

Era divertido verla así —concentrada, impaciente, al borde de un colapso—. Siempre decía que meditaba, que sabía mantener la calma. Mentira descarada. Ahora tenía la certeza de que el problema no era solo mi presencia.

—¿Qué estás escribiendo? —pregunté por impulso, más por curiosidad que por auténtico interés.

Error número uno.

No se me da bien iniciar conversaciones, y ya debería haber aprendido a mantener la boca cerrada.

—Alguien como tú no lo entendería —respondió sin levantar la vista, con un tono cortante, las palabras afiladas como una navaja.

Aun así, no pude evitar la sonrisa que se me escapó.

—Define “alguien como yo”. —Crucé los brazos, arqueando una ceja.

—Mucho músculo, poco cerebro. —Me guiñó un ojo, con aire provocador, antes de volver su atención al portátil.

Definitivamente, me lo merecía.

Aun así, había algo en ella que me intrigaba. Stephanie nunca hablaba de la universidad, de sus estudios, ni de nada que revelara más allá de la superficie. Y, por algún motivo, en ese instante quise saber más.

Me acerqué despacio, inclinándome un poco para leer la pantalla. Su perfume —suave, floral, con un toque dulce— me golpeó de improviso, y necesité un segundo para ignorar la distracción.

—¿Y bien, Einstein? —dijo, notando mi movimiento, alzando la cara para mirarme—. Ya que estás leyendo, ¿cómo responderías tú a esto?

La pregunta en la pantalla era clara: “En el ámbito de la Administración, ¿cómo podemos integrarnos y mantenernos profesionalmente en un entorno lleno de cambios?”

—¿De verdad quieres que conteste?

—Me encantaría oír lo que tienes que decir —replicó, con ese brillo desafiante en los ojos, cruzando los brazos como si esperara verme tropezar.

—De acuerdo, princesa. Vamos allá. —Me incliné un poco más, la mirada fija en la pantalla—. Puedes decir que el mundo se mueve por el dinamismo, y que la actualización constante es esencial. Las personas y el mercado cambian todo el tiempo, así que el profesional tiene que adaptarse. La Administración es un campo amplio, generalista, lo que da libertad, pero también exige foco. Si no eliges un camino, te pierdes entre muchos. Por eso, la especialización y la renovación continua son lo que mantiene a alguien relevante en este ámbito.

Se quedó callada unos segundos. Vi cómo perdía un poco el color, luego se ruborizaba, y finalmente recuperaba la compostura.

—Espera... —rió, algo incómoda, recostándose en el sofá—. ¿Cómo sabes todo eso?

—Soy licenciado en Administración. —Me encogí de hombros—. Puede que no lo parezca, pero tengo algo más que músculos. Y quizá entienda de este tema mejor que tú.

Su expresión cambió. El sarcasmo se desvaneció, sustituido por algo distinto —una curiosidad mezclada con... empatía, tal vez.

Stephanie cerró el portátil con suavidad, lo apoyó sobre las rodillas y se inclinó un poco hacia delante.

—¿Puedo ser sincera contigo? —preguntó en voz baja.

—Claro. —Incliné la cabeza, con una media sonrisa—. Me imagino que viene un discurso de odio precioso, pero adelante.

Respiró hondo, y durante un momento, el ambiente cambió. No había ironía en su mirada, solo una calma que me desarmó por completo.

—Hunter... —empezó, y escuchar mi nombre dicho así me resultó extraño—. Hablar bien y tener conocimientos no cambia el hecho de que te cierras al mundo. Veo cómo hablas con dolor e intentas disimularlo con sarcasmo, como si la burla fuera tu escudo. Eres de esas personas que cargan con todo solas, que guardan hasta ahogarse, y creen que eso es fortaleza. Pero no lo es. No te odio —dijo, mirándome directamente a los ojos—. Lo que odio es la sensación de tener a alguien controlando mi vida, privándome de decidir. Eso no significa que me encantes, porque me sacas de quicio —y mucho—, pero creo que te entiendo.

Hizo una pausa. El aire entre nosotros se volvió denso, suspendido, cargado de una honestidad inesperada.

—Nos provocamos todo el tiempo, y quizá eso solo demuestra que ninguno de los dos quiere ser entendido —concluyó—. Porque, en el fondo, nuestros demonios... solo nosotros sabemos cómo es convivir con ellos.

Sus palabras me atravesaron. Por un momento, era ella quien me observaba, y yo, el analizado.

El guardaespaldas endurecido siendo diseccionado por una mujer que, hasta entonces, creía conocer.

Y por primera vez en mucho tiempo, no supe qué decir.

STEPHANIE TORRES

Vulnerabilidad.

Una palabra que la mayoría de la gente detesta, pero que, tarde o temprano, acaba manifestándose en todos nosotros —a veces en una mirada, en un gesto distraído, en un silencio más largo de lo necesario.

Y fue exactamente eso lo que percibí en Hunter.

Un destello. Algo fugaz, casi imperceptible, pero real. Por un instante, el hombre que siempre se escondía tras una expresión fría e imperturbable pareció... humano.

Guardó silencio unos segundos, observándome de un modo distinto. Había algo de curiosidad, incluso de admiración, en sus ojos.

Cuando por fin habló, su voz sonó más baja, casi ronca.

—Nunca pensé que diría esto precisamente a ti... teniendo en cuenta que tu discurso ha sido bastante largo, pero... tienes razón en todo. En absolutamente todo, Stephanie.

Parpadeé, sorprendida.

—Esto es sarcasmo. Tiene que serlo. —Puse los ojos en blanco, aunque el sonido de mi nombre dicho así —sin ironía, sin el “princesa”— me desarmó un poco.

—Por increíble que parezca, no lo es. —Se encogió de hombros y, por un segundo fugaz, una media sonrisa se dibujó en sus labios.

—Aun así, no me lo creo —murmuré, intentando disimular el efecto que aquello tenía en mí.

—Parece que te he subestimado. —Sus ojos se fijaron en los míos—. Estamos en paz.

Sonreí, rendida a lo insólito de la situación. Por primera vez desde que nos conocimos, parecía que dos personas normales estaban hablando, sin provocaciones ni máscaras. Un pequeño avance, sí, pero un avance al fin y al cabo.

—Ya que nos estamos volviendo tan buenos amigos, ¿puedo pedirte algo? —pregunté, tanteando los límites de esa tregua temporal.

—No y puedes.

Fruncí las cejas.

—¿Y qué significa exactamente esa respuesta?

Respiró hondo, recuperando su tono habitual.

—No nos estamos volviendo amigos, pero puedes preguntar.

Y ahí se fue el momento. Duró menos de un minuto.

Hunter era una montaña rusa emocional. Un segundo relajado, al siguiente, otra vez ese muro profesional. A veces me preguntaba si aquella rigidez constante formaba parte del entrenamiento de seguridad o simplemente... era parte de él.

—Me molesta que me llames princesa —empecé—, y me gustaría que...

—No. —La interrupción fue seca, directa—. ¿Alguna pregunta más?

—¡Ni siquiera sabes lo que iba a decir! —protesté, cruzando los brazos.

Me lanzó una mirada de soslayo, escéptica, pero con un atisbo de diversión.

—Estoy bastante seguro de que sí.

—En fin, da igual. Aunque no fuera necesario... gracias por la ayuda rara que me diste.

—Perfecto. —Se apartó un par de pasos, haciendo una señal con la mano a sus compañeros—. Por lo visto entiendo más de esa investigación que tú, así que, si te surge otra duda, puedo intentar ayudarte. No es una promesa.

—Ya estaba tardando... —murmuré, poniendo los ojos en blanco.

Él no reaccionó.

—Saldré un rato. —Se ajustó la chaqueta, volviendo por completo a su modo profesional—. Ya lo sabes, pero te lo repito: no corras, no huyas y no intentes engañar a John ni a Kenypher.

—Claro, jefe. —Hice una reverencia exagerada, la voz cargada de ironía—. ¿Quieres que lo apunte también en mi cuadernito?

Hunter se limitó a mirarme. Una mirada firme, intensa, que por un momento me hizo olvidar el sarcasmo. Luego se dio la vuelta y caminó hacia la puerta sin añadir nada más.

Lo seguí con la vista hasta que desapareció por el pasillo.

Mi guardaespaldas era, sin duda, un enigma.

Pero, por primera vez, percibí trazos de humanidad entre aquella muralla de frialdad. Algo que me hizo pensar que quizá no era tan inaccesible como parecía.

Tal vez solo estuviera intentando sobrevivir a sus propios fantasmas.



Hunter llevaba fuera más de dos horas.

Sí, las estaba contando. Al fin y al cabo, era todo un récord.

El piso parecía más ligero sin su presencia: menos tenso, más respirable. Kenypher y John estaban a unos metros, hablando en voz baja, intercambiando risas discretas entre comentario y comentario.

A mí me gustaba así. Había algo reconfortante en la naturalidad de ambos, una humanidad que mi querido guardaespaldas gruñón no poseía.

Por curiosidad —y quizá por un toque de carencia social—, acabé prestando atención a su conversación.

—¿Sois hermanos? —pregunté, inclinando ligeramente la cabeza.

Ya me había fijado en el parecido, pero nunca lo había preguntado. Los dos eran altos, morenos, fuertes, con esa mirada castaña clara que delataba el parentesco. Kenypher tenía una barba perfectamente recortada y tatuajes que se asomaban por el brazo izquierdo, mientras que John, de rostro afeitado y sin una sola marca, parecía más joven... o quizá simplemente más despreocupado.

—Así es, señorita —respondió John con una sonrisa educada.

—Puedes llamarme solo Stephanie. —Le devolví la sonrisa.

—De acuerdo, Stephanie —repitió, un poco torpe.

—¿Cuánto tiempo lleváis trabajando para Hunter?

—Ya hace unos cuantos años —contestó John.

—¿Y siempre ha sido... así? —hice comillas en el aire, arrancándole una carcajada—. ¿Serio y sarcástico al mismo tiempo?

—Es su manera de ser —dijo John, aún riendo—. Pero también sabe ser divertido, de vez en cuando. Y es leal. Muy leal con sus amigos.

—¿En serio? —pregunté, genuinamente sorprendida.

—Sí. Hunter nos ha ayudado mucho —añadió, con la mirada algo más distante—. Sobre todo cuando perdimos a nuestro padre. Era lo único que teníamos.

Se me encogió el corazón.

—Lo siento mucho...

John negó con serenidad.

—Está bien. Aunque parezca borde, Hunter es una gran persona.

Los miré de reojo, intentando averiguar si lo elogiaban por gratitud o por miedo. Todavía no tenía la confianza suficiente para saberlo. Pero una cosa era segura: Hunter no era solo el hombre frío y mandón que veía cada día.

—¿Y cómo empezasteis en este trabajo? —pregunté, curiosa.

Se miraron el uno al otro, intercambiando esa clase de mirada que gritaba “no podemos hablar de eso”.

Suspiré y crucé los brazos.

—Venga, no puedo más con este silencio. Hunter es rarísimo, y si tiene reglas, os prometo que no se lo diré. Solo quiero charlar un

poco.

John estaba a punto de responder, pero Kenypher lo interrumpió con un codazo discreto.

—Hunter no es raro —intentó disimular—. Solo le gusta tenerlo todo bajo control.

—Ajá... —murmuré, claramente sin creerle—. Entonces decidme, ¿habéis perdido alguna vez a un cliente?

—¡Nunca! —respondieron al unísono, casi ofendidos.

—Creo que me caéis mejor vosotros. Hunter no es precisamente... amigable.

Kenypher, que hasta ese momento había permanecido callado, habló con firmeza:

—Nosotros tampoco podemos serlo, Stephanie.

—¿Perdón? —arqueé las cejas—. ¿No podéis?

—Tenemos permiso para hablar contigo solo lo necesario. —Le lanzó una mirada rápida a su hermano, como si lo reprendiera por haber hablado de más—. Y, de hecho, ya estamos pasándonos de la raya.

—Hunter no tiene por qué enterarse —dije, intentando sonar convincente—. No estáis haciendo nada malo, solo siendo buenos compañeros y protegiéndome.

John esbozó una sonrisa culpable.

—Bueno, eso es verdad...

Durante los minutos siguientes seguí insistiendo en mantener la conversación. Poco a poco, incluso Kenypher —el más reservado— fue soltando comentarios breves. John, en cambio, hablaba con naturalidad, y me encantaba eso. Tenía una forma dulce y sincera de expresarse,

incluso cuando su hermano lo miraba con cara de “cierra la boca antes de que nos despidan”.

La charla fluía ligera, agradable, hasta que el móvil de John vibró. Contestó enseguida, y su expresión cambió en cuestión de segundos. Cuando colgó, miró a su hermano con la misma mirada de alerta.

—Hunter va a tardar un poco más. Tenía que resolver unos asuntos... —se detuvo, dudando—. Ya sabes.

—¿Qué ha pasado? —pregunté, notando cómo el corazón se me aceleraba un poco.

John desvió la mirada.

—No podemos hablar de eso. Es algo personal. Hunter es muy reservado con esas cosas.

Asentí, aunque la curiosidad me carcomía.

—Lo entiendo.

Y lo entendía de verdad. Hunter era el tipo de hombre que se guardaba todo para sí. El silencio se instaló por un momento, hasta que John volvió a mirarme con una media sonrisa.

—Hunter se equivocó contigo, ¿sabes? No eres ninguna pija.

—¿Cómo? —abrí los ojos de par en par—. ¿Ha dicho eso de mí?

El silencio incómodo que siguió fue respuesta suficiente.

—Podría decirse que sí —admitió John, rascándose la nuca.

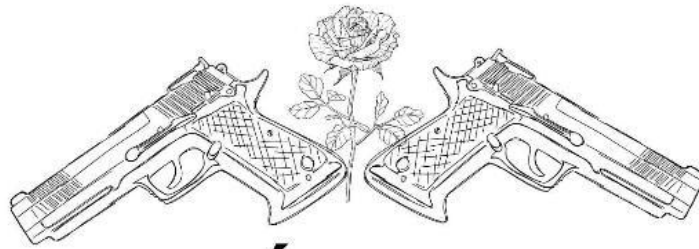
Rodé los ojos y solté una risa incrédula.

—Genial. Ahora ya sé lo que realmente piensa de mí.

Aunque, en el fondo, algo me decía que Hunter no lo creía del todo.

Quizá solo era otra de sus defensas... y, de una forma extraña, no podía esperar a derribarlas una a una.

CAPÍTULO 7



CAPÍTULO 7

*«Hasta el hombre más duro guarda un miedo arraigado
en lo más profundo de su corazón...»*

HUNTER SMITH

Me quedé inmóvil frente a la puerta de mi propia casa, con el eco del timbre aún retumbando en mi cabeza. Había apretado el botón tantas veces que aquel sonido metálico parecía burlarse de mí. Las luces del vestíbulo seguían encendidas, la cortina del salón entreabierta —todo exactamente igual que siempre—, pero algo dentro de mí simplemente... se bloqueó.

El miedo no tenía sentido, y aun así estaba ahí, latiendo en mis venas, impidiéndome girar la llave.

Saqué el móvil y marqué el número de Marcus.

—¿Puedo saber dónde estás? —solté, con la voz más alta de lo que pretendía.

—Ya voy —respondió, demasiado tranquilo para mi gusto.

—¿Nuestra madre está sola? ¡Date prisa! —mi impaciencia creció junto con la culpa.

—Es fácil de resolver, Hunter. Entra.

Respiré hondo, mirando la puerta como si fuera un enemigo.

—Sabes que... no puedo.

Al otro lado de la línea, suspiró.

—Sí que puedes. Simplemente no quieres. Te pones nervioso cuando ella está sola.

—¡Maldita sea! —murmuré entre dientes, caminando de un lado a otro—. No pienso arriesgarme. ¿Cuánto tardas en llegar?

—Hunter... no va a pasarle nada por estar sola.

—¡Ya pasó una vez! —le corté, con rabia y miedo mezclados—. ¿Qué parte de eso te cuesta entender?

Hubo un silencio denso. Luego, solo un “vale, voy para allá”.

La llamada se cortó, y me quedé con el teléfono en la mano unos segundos, como si aquel aparato pudiera protegerme de lo que estaba por venir.

Hay fantasmas que nunca se disipan. Solo aprenden a esperar.

Paseé en círculos por el porche, buscando valor en algún rincón de mi mente. Después de un rato, respiré hondo y metí la llave en la cerradura. El clic sonó casi ensordecedor.

Entré.

El aire de la casa seguía siendo el mismo: frío, inmóvil, cargado de recuerdos. Seguía resultándome extraño estar allí.

Por eso pasaba tanto tiempo fuera, sepultado en el trabajo, evitando cualquier resquicio que me obligara a volver. Antes era al revés. Antes vivía por esta casa... y por ella.

Durante un tiempo, mi vida giró en torno a mi madre. Creía que, si la cuidaba lo suficiente, si siempre estaba presente, sus ojos volverían a brillar.

La esperanza era mi combustible. Y también mi castigo.

Hoy no hablaba. No reaccionaba. Solo respiraba, y yo me preguntaba, con un dolor sordo en el pecho, si aún le agradaba tenerme cerca.

Me senté en el sofá y miré el suelo durante largos minutos. Los recuerdos llegaban como oleadas: rápidas, violentas, imposibles de contener.

¿Qué hacía allí?

La respuesta no llegaba. O quizá no quería oírla.

No me hacía bien revolver el pasado. Era como abrir una herida antigua y fingir sorpresa al ver la sangre. Prefería el presente; era el único lugar donde aún podía respirar. Pero había momentos en que el pasado insistía en arrastrarme de vuelta, como si unas cadenas invisibles me sujetaran. Y mi madre... ella era el eslabón que jamás lograría soltar.

Me levanté, con el cuerpo pesado y el corazón acelerado. Reuní valor y caminé hasta su habitación.

Cuando empujé la puerta, vi su cuerpo frágil descansando sobre las sábanas claras. Por un segundo, todo dentro de mí se detuvo. El aire pareció desaparecer del cuarto. Sentí cómo el pánico escalaba despacio, quemándome por dentro, hasta que me obligué a acercarme.

Le toqué el brazo con suavidad. El calor de su piel me devolvió el aliento que no sabía haber perdido.

Respiraba. Estaba viva.

Pero el alivio duró poco. La culpa volvió con fuerza, golpeándome como un recuerdo que sangra. No debería haber entrado. No solo.

Las imágenes me asaltaron como una avalancha: el pitido del monitor, el olor a hospital, la sensación de fracaso. Y allí estaba yo, otra vez paralizado, incapaz de enfrentar algo que debería ser tan simple como estar a su lado.

Permanecí en la habitación cinco minutos, quizá más. Ninguno de los dos se movió. El tiempo se disolvió, y me encontré atrapado, rehén de lo que ya no podía cambiar.

¿Qué demonios me estaba pasando?

Me aparté y fui tambaleándome hacia mi habitación. Me senté en el borde de la cama, con el cuerpo tenso y la mente al borde del colapso. Solía tener el control de todo —del trabajo, de las situaciones, de mí mismo—, pero allí, entre aquellas paredes, todo se desvanecía. El pasado me drenaba.

Stephanie tenía razón. Lo escondía todo. Guardaba demasiado. Fingir que nada me afectaba era fácil... hasta volver a pisar este suelo.

Me pasé las manos por la cara y cerré los ojos. Nunca podría arreglar lo que hice. Y quizá esa fuera mi verdadera condena: vivir cada día intentando compensar lo que, en el fondo, sabía que era irreparable.

Escuché un ruido en la puerta principal —pasos firmes, la llave girando en la cerradura— y, por instinto, fui a ver quién era.

Marcus acababa de llegar. El mismo semblante tranquilo de siempre, pero con esa mirada cansada que delataba cuánto peso cargaba también él.

—Por favor, comprueba si mamá está bien —pedí, con la voz ronca y tensa.

Suspiró hondo, apoyando la espalda contra la pared antes de cerrar los ojos por un momento.

—Hunter, ¿hasta cuándo va a seguir así? —preguntó con cautela—. Lo que pasó... fue una fatalidad.

La palabra me atravesó. Fatalidad. Como si eso pudiera borrar lo que yo había hecho.

—Espera —repliqué, alzando el tono—. ¿Me estás diciendo que no es culpa mía que ella esté así?

—No es eso... —Se detuvo, buscando algo que pudiera aliviar el dolor. No lo encontró—. Solo cometiste un error, y...

—Marcus —le interrumpí, sin paciencia—. No hay palabra que digas que pueda aliviar lo que siento. Cargaré siempre con la culpa de ver a nuestra madre en esa cama, inmóvil, con la mirada vacía. Puede que tú no me culpes, pero yo pienso en ello todos los días. A cada segundo.

Tragué saliva, con la garganta cerrándose.

—Si no hubiera cometido aquel error, ella estaría sana. Estaría... viva de verdad. Dices que me has perdonado, pero yo nunca me

perdoné. Y nunca lo haré.

Se acercó despacio, con esa calma que siempre conseguía irritarme y salvarme al mismo tiempo.

—Estoy seguro de que ella te perdonó, Hunter. Y yo también. — Apoyó la mano en mi hombro, firme, fraternal—. Ahora solo faltas tú. Somos humanos. Todos nos equivocamos.

Cerré los ojos un instante, respirando el aire denso de la sala.

—Es difícil aceptarlo —confesé en un susurro—. No podía ser ese hombre, Marcus. Tendría que haber sido más fuerte, más atento... pero fallé. Arruiné mi vida y la suya, y moriré con esa culpa. Lo sabes.

—Tengo fe en que algún día volverás a levantarte —dijo él, con ese optimismo que siempre sonaba como un golpe—. ¿Quieres venir conmigo a verla?

—No. —Negué con la cabeza—. Yo... ya he estado allí, pero no conseguí acercarme. Mira si está bien, por favor.

Marcus asintió sin discutir y desapareció por el pasillo.

Me quedé solo en la sala, el silencio envolviéndome como una sentencia.

Siempre pensé que Stephanie exageraba cuando decía que yo era imposible, pero la verdad es que tenía razón. Juzgo a los demás por su incapacidad de enfrentarse a sus propios sentimientos, y sin embargo hago exactamente lo mismo.

Soy una contradicción andante.

Me hundí en el sofá y cerré los ojos, intentando respirar. El aire pesaba demasiado, el corazón latía demasiado deprisa. Necesitaba salir de allí. Alejarme antes de que el peso del pasado volviera a aplastarme.

Pocos minutos después, Marcus regresó. Su mirada era suave, casi triste.

—Está dormida —informó, con un tono tranquilo que me provocó, a la vez, alivio y dolor.

—De acuerdo —murmuré, levantándome.

—¿Ya te vas?

—Sí. —Cogí las llaves de la mesa, evitando su mirada—. Solo necesitaba saber si... si todo estaba bien. Ya me entiendes.

Asintió.

—Te entiendo.

Durante un instante, el silencio entre nosotros fue casi palpable. Tantos años, y ya no sabíamos hablar como antes. El accidente no solo destruyó a nuestra madre: destruyó también el vínculo entre nosotros.

Y con cada día que pasaba, me alejaba un poco más, como si la culpa fuera una barrera invisible entre mí y el único pedazo de familia que me quedaba.

—¿Y el nuevo trabajo? —preguntó, quizá intentando abrir una grieta en el muro.

—Bien. Lo de siempre —respondí, demasiado seco.

Él solo asintió.

—Ya. Entiendo.

Cogí la chaqueta y me dirigí hacia la puerta.

—Hasta pronto, Marcus.

Cuando toqué el pomo, escuché su voz detrás de mí, baja, sincera:

—Si quieres hablar... estaré aquí.

Tardé un segundo en responder; al final, solo asentí en silencio antes de salir.

El aire nocturno me golpeó como un puñetazo de realidad. Inspiré hondo, intentando recomponerme.

No podía derrumbarme ahora. No después de todo. Aún me quedaba una promesa por cumplir —la única que me quedaba—. Y aunque no pudiera reparar el pasado, al menos podía mantener mi palabra.

STEPHANIE TORRES

Hunter volvió poco más de tres horas después.

No sabría explicar exactamente qué tenía de distinto, pero algo en su semblante parecía... fuera de lugar. Seguía siendo el mismo de siempre —alto, imponente, con esa expresión que mezclaba aburrimiento y vigilancia—, pero había algo en su mirada.

Un cansancio distinto. Un silencio denso.

Aun así, hacía lo de siempre: observarme desde lejos, fingiendo que no lo hacía.

Noté que, desde que llegó, evitaba mirarme directamente. Se movía por la habitación con pasos lentos, la mirada perdida, los pensamientos visiblemente lejos. Quise preguntarle qué había pasado, pero desistí. Conociendo a Hunter, recibiría una respuesta seca, quizá un sarcasmo, y ninguna explicación real.

Después de nuestra última conversación —sorprendentemente civilizada—, no tenía sentido empezar otra guerra.

Pero el tiempo fue pasando, y él seguía callado, demasiado pensativo. Y cuando Hunter se pone pensativo, es como si el aire cambiara de densidad. Lleva la tensión en el cuerpo, en los hombros rígidos, en la mandíbula apretada, en esa mirada que parece siempre a punto de precipitarse hacia algo demasiado profundo.

Mi curiosidad empezó a corroerme por dentro.

—Pareces triste. ¿Qué pasa? —pregunté sin pensarlo.

En cuanto las palabras salieron de mi boca, me arrepentí. Ya era demasiado tarde. Él alzó la vista despacio, sin alterar el tono.

—Deja de intentar leerme la cara, princesa.

—No puedo evitarlo —murmuré, desviando la mirada y fingiendo concentrarme en el móvil.

—Cada uno con sus propios problemas. —La frase salió fría, casi automática.

Suspiré. Podría haberme callado. Podría.

Pero, claro, no lo hice.

—¿Quieres hablar?

Hunter giró el rostro y me lanzó esa mirada suya de desprecio —la misma con la que solía recordarme que no éramos amigos. Ya estaba acostumbrada, pero aun así, algo en ese silencio me incomodó.

—¿Vas a salir hoy? —preguntó de repente, cambiando de tema sin previo aviso.

—No. Mañana.

—Perfecto. —Hizo un gesto para que los otros dos guardaespaldas se acercaran—. Voy a ocuparme de unas cosas en el cuarto. Vigila a la princesa.

Puse los ojos en blanco.

—¡Te he dicho mil veces que odio ese apodo!

—Acostúmbrate. —El rincón de su boca se curvó en una media sonrisa provocadora antes de desaparecer por el pasillo.

Solté un bufido, frustrada. Tenía un talento especial para salirse con la suya en cualquier situación.

Más tarde, acabé quedándome dormida un rato. Cuando desperté, ya era el atardecer. Pasé horas buscando becas en el portátil: el segundo semestre se acercaba y yo seguía soñando con el posgrado.

La parte difícil sería la universidad. Conseguir otra beca en la Universidad de Pensilvania parecía un milagro lejano.

Salí del cuarto todavía medio adormilada, arreglándome el pelo, y caminé hacia el salón.

Y entonces... me quedé paralizada. Lo que vi me dejó el cerebro en blanco.

El apocalipsis. Lo imposible. Lo impensable.

Hunter. De pie, apoyado en la pared. Con gafas de lectura. Y un libro abierto entre las manos.

No un libro cualquiera. El aire que él respira.

Por un instante pensé que estaba alucinando. Parpadeé varias veces, pero la escena seguía allí, viva y absurda.

El hombre que aseguraba odiar las historias románticas estaba completamente concentrado, pasando las páginas con una seriedad impropia de quien solo leía informes o manuales de seguridad.

El contraste era... devastador. Las tatuajes a la vista, el cuerpo grande inclinado sobre el libro, la expresión absorta, las gafas deslizándose por la nariz. Si no lo conociera, juraría que era un personaje sacado de una biblioteca, no mi guardaespaldas malhumorado.

—¿Vas a seguir analizándome mucho rato más? —preguntó de repente, sin ni siquiera levantar la vista.

Parpadeé, dándome cuenta de que llevaba demasiado tiempo observándole.

—Podemos asumir que el fin del mundo está cerca —le piqué.

—No entiendo la broma. —Pasó una página, imperturbable.

—Ni falta que hace. —Crucé los brazos, conteniendo la risa—. Solo estoy... orgullosa de mi guardaespaldas particular. Por fin redimiéndose.

Alzó la mirada, frunciendo el ceño.

—¿De qué te ríes exactamente?

—De alguien que decía no soportar los libros clichés, mucho menos los románticos, y ahora está leyendo una de las mejores historias que he leído en mi vida. —Sonreí, saboreando la ironía.

—Deja de decir tonterías, princesa. —Cerró el libro con calma—. Nunca he dicho esas palabras. Solo comenté lo que creía que hacías todos los días. Y, en nuestra otra conversación, hablé de lo que vosotras, las mujeres, esperáis de una historia romántica. Nunca hablé de mí.

—¿Y entonces por qué leer ese libro? No parece muy de tu estilo.

Pasó el pulgar por el borde del volumen antes de responder.

—Leo de todo. Cualquier género. Al final, todo es romance.

Entrecerré los ojos, intrigada.

—¿Lo dices en serio?

—¿Por qué iba a mentir? —replicó, con la voz tranquila, firme.

—No sé... un hombre como tú leyendo ese tipo de libro... arriesgado, ¿no te parece? Un auténtico “armario literario”. —Incliné la cabeza, provocadora—. Apostaría a que te daría miedo que alguien te pillara.

Una sonrisa apenas perceptible se dibujó en sus labios.

—Lástima que no sepas si lo que piensas es cierto.

—Sí —susurré, cruzándome de brazos con una sonrisa en la comisura—. Una auténtica lástima.

Por dentro, sin embargo, la curiosidad me devoraba.

Y, de un modo peligrosamente extraño, empezaba a darme cuenta de que cuanto más lo conocía, menos lo entendía.

Y cuanto menos lo entendía... más quería averiguarlo.

—No te preocupes, no voy a molestarte. —Crucé los brazos, ladeando la cabeza con una sonrisa traviesa—. Quién sabe, a lo mejor acabas convirtiéndote en el mismísimo Tristan Cole. Es uno de mis personajes favoritos, ¿sabías?

Hunter alzó los ojos por encima del libro, con una mirada lenta, cargada de ironía.

—¿Por qué imaginé que te gustaban los hombres solitarios y bordes? —se burló—. Ah, ya recuerdo. Porque, como dijiste antes, necesitas que cambien.

Puse los ojos en blanco, resistiendo las ganas de lanzarle un cojín a la cabeza.

—No voy a entrar en ese tema —repliqué, suspirando—. Pero verte con un libro en las manos es, como mínimo, intrigante.

Pasó una página sin prisa y contestó con ese tono sereno que me irritaba y me fascinaba a partes iguales.

—Stephanie, solo estoy leyendo porque me gusta leer. —Por fin levantó la vista y la clavó en la mía—. No soy de los que se encariñan con los personajes como vosotras. Es solo un pasatiempo. Digamos que... mejora mi vocabulario.

—Ajá. Claro. —Fingí creerle, aunque la sonrisa en mis labios me delataba.

—Si no quieres creerme, es tu problema. —Volvió a mirar el libro—. No necesito aprobación.

—Perdón, Tristan Cole —dije con fingida solemnidad—. Ups... quería decir Hunter. La Bestia.

Sus dedos se detuvieron a mitad de la página. Lentamente, cerró el libro y me recorrió de arriba abajo con la mirada. El silencio que siguió fue denso, casi tangible.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así? —pregunté, intentando disimular el escalofrío que me subió por la piel.

—Nada —respondió con la voz más baja de lo habitual.

Nada. Pero aquel nada pesaba. Por un instante, estuve segura de que Hunter me había deseado, y esa certeza me dejó sin aliento.

—Yo... —empecé, pero me interrumpió antes de que pudiera decir algo mínimamente inteligente.

—No soy muy fan de ese apodo.

—Fue cosa de internet... —me justifiqué enseguida.

—Lo sé. —Cortó mis palabras de nuevo, con firmeza—. Aun así, olvídalo.

—¿Por qué ese apodo? —insistí.

Suspiró hondo, y su mirada se oscureció.

—¿Qué parte de “olvídalos” no has entendido, princesa?

—Dímelo y dejaré de preguntar. —Crucé los brazos, mirándole con determinación—. Si no, me quedaré aquí hasta que hables. Soy muy

persuasiva, Hunter. No pienso darte tregua. ¿Qué vas a hacer?

Por un momento pensé que iba a estallar.

Su expresión se endureció y el silencio se volvió aún más tenso. Pasados unos segundos, Hunter dejó el libro sobre la mesa y caminó hacia mí con paso firme, como un depredador que decide si vale la pena atacar.

A cada paso suyo, mi cuerpo se tensaba un poco más.

Cuando se detuvo lo bastante cerca como para que sintiera el calor de su respiración, tuve que luchar contra el impulso de retroceder.

—¿De verdad quieres saberlo? —preguntó en voz baja, grave, ronca.

—Sí —respondí, intentando mantener la compostura, aunque tenía la garganta seca.

Una sonrisa casi imperceptible asomó en la comisura de sus labios, como si disfrutara de que yo tuviera el valor de insistir.

—Muy bien. En pocas palabras... ese apodo me lo puso una mujer. Y se extendió rápido.

Arqueeé una ceja.

—Hm. ¿Y?

—Te lo he dicho, esa es la versión corta. —Su tono era enigmático, y su mirada... demasiado provocadora para mi propio bien.

—¿Eh? —solté, confundida y un poco frustrada.

Pareció divertirse con mi expresión, aunque solo dejó escapar un suspiro contenido.

Pensé que completaría la historia, que diría algo más... pero, como siempre, Hunter cambió de rumbo.

—Te recomiendo que te acuestes pronto hoy. —Pasó a mi lado, tomando de nuevo el libro—. O tarde. Me da igual.

Me quedé quieta, intentando descifrar qué demonios quería decir con eso.

Hunter era un enigma hecho hombre.

Por fuera, el tipo al que todos temen. Por dentro... algo que aún no lograba entender.

Pero, a medida que pasaban los días, mi curiosidad por todo lo que le rodeaba no hacía más que crecer —junto con algo más peligroso, que por fin empezaba a reconocer.



Curiosidad.

Una palabra demasiado simple para algo que, en mí, siempre venía acompañada de imprudencia.

Era una chispa pequeña, pero cuando prendía, me consumía entera. Y en ese momento, la culpa era toda suya.

Hunter leyendo. Hunter poniéndose visiblemente incómodo al hablar de libros. Hunter intentando, en vano, convencerme de que “le daba igual” lo que leía, cambiando de tema como quien huye de un incendio.

Me había dejado la cabeza hirviendo. Y curiosa. Muy curiosa.

—Voy a ducharme —dijo, con esa voz grave que cortaba el aire, y salió del salón. En cuanto la puerta del dormitorio se cerró, sus dos guardaespaldas se acercaron discretamente, recuperando su postura de centinelas.

—Voy a coger mi portátil —avisé, intentando sonar casual.

Solo asintieron. Pero, claro, no iba a buscar ningún portátil.

En cuanto doblé el pasillo, oí el sonido del agua. La ducha encendida. Justo la señal que necesitaba.

Mi corazón empezó a acelerarse con una adrenalina casi infantil. Me sentí como una ladrona a punto de cometer el robo más absurdo de la historia.

Abrí la puerta de su habitación.

El olor de Hunter estaba por todas partes: esa mezcla de jabón amaderado, cuero y algo puramente masculino que me hizo tragar saliva. El ambiente estaba ordenado, pero tenía algo personal, casi íntimo.

Y entonces las vi: las maletas. Sin pensar, me arrodillé ante la primera y bajé la cremallera con cuidado. Acerté de lleno.

Libros. Decenas de ellos.

Se me cayó la mandíbula.

No había mentido. Hunter realmente leía de todo: novelas, biografías, suspense, terror, clásicos. Había títulos de Harlan Coben, Nicholas Sparks, Stephen King... e incluso Colleen Hoover.

—Dios mío... —murmuré, riéndome sola—. El hombre lee a Colleen Hoover.

El guardaespaldas gruñón y sarcástico era, en el fondo, un lector empedernido. El contraste era tan absurdo que me hizo reír de puro nerviosismo.

Entre los libros, una pequeña agenda llamó mi atención. Negra, discreta, con los bordes desgastados.

La ignoré... o al menos lo intenté. Pero la curiosidad ya se había apoderado de mí.

Volví a mirar los libros y noté algo aún más intrigante: anotaciones. Post-its pegados en las páginas, garabatos escritos a mano, observaciones sobre fragmentos concretos.

Eran comentarios analíticos, algunos sobre la trama, otros sobre los personajes. En uno de ellos, leí algo que me hizo detenerme un instante:

«Las personas rotas aman con más profundidad. Y, a veces, por eso mismo destruyen todo a su alrededor.»

Sentí un nudo en el pecho. Era imposible no pensar en él.

—Hunter... ¿qué significa esto? —susurré al silencio, con una mezcla de curiosidad y algo más que no quería nombrar.

Volví a mirar la agenda. El impulso me venció. La tomé entre las manos y la abrí.

En la primera página reconocí el nombre de su madre. Había una fecha, unas cuantas palabras escritas con una caligrafía firme... y tanta emoción en ellas que sentí que estaba invadiendo algo sagrado.

La cerré de golpe. No era asunto mío. Había cruzado la línea.

Suspiré y empecé a guardar todo a toda prisa, intentando dejar cada libro en su sitio. El ruido del agua cesó, y el pánico me invadió por completo.

El corazón desbocado. Las manos temblando.

Cerré la cremallera de la maleta, alisé el cobertor que había arrugado sin darme cuenta y salí casi tropezando. En cuestión de segundos estaba en mi habitación, tumbada en la cama, fingiendo serenidad.

El sonido de su puerta abriéndose resonó en el pasillo, y contuve la respiración.

Nada. Ni un paso hacia mi dirección.

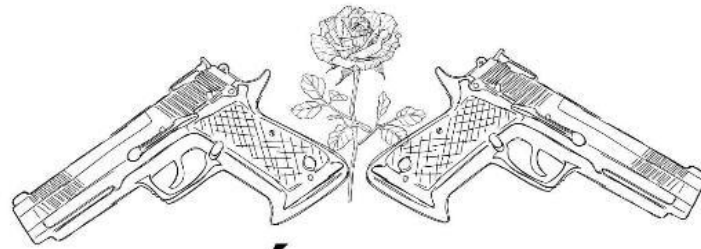
Poco a poco, me relajé. Una pequeña sonrisa se me escapó.

Hunter podía intentar esconderse detrás de su fachada fría y de sus respuestas cortantes, pero ahora yo sabía algo.

Sabía que tenía capas, secretos. Que se conmovía, que escribía pensamientos, que reflexionaba sobre el amor y el dolor como alguien que los entiende demasiado bien.

Y por alguna razón que prefería no analizar... ese pequeño secreto hizo que mi corazón latiera más rápido de lo que estaba dispuesta a admitir.

CAPÍTULO 8



CAPÍTULO 8

«La imaginación es necesaria en los momentos oportunos...»

HUNTER SMITH

Salí de la ducha y volví a mi puesto, con la camisa aún húmeda en la espalda y el peso habitual de estar siempre en guardia.

El apartamento estaba en silencio, iluminado solo por la luz amarillenta que se filtraba por la ventana. Demasiado silencio. Siempre lo había odiado.

De reojo, noté que Stephanie me observaba otra vez. Sin disimular.

Con esa mirada curiosa e inquieta que parecía querer descifrarme, capa por capa.

Estaba diferente aquel día. Más nerviosa, quizá. Y eso nunca era buena señal.

Cuando se ponía así, hablaba demasiado. Hacía preguntas que no debía, insistía en conversaciones que yo no quería tener.

—Hoy está tranquilo, ¿verdad? —preguntó, cerrando el libro que fingía leer.

—Todos los días lo están —respondí sin volverme—. Y eso, por un lado, es bueno.

Hice una pausa, ajustando el auricular del oído.

—Al menos para quien necesita protección. Para nosotros, la calma suele ser una advertencia.

—Me parece una tontería. —Se recostó en el sofá, cruzando los brazos, con ese tono provocador que ya conocía demasiado bien.

La princesa quería charla. Y yo odiaba la charla. Pero aun así, respondí.

—¿Qué exactamente? —pregunté, sabiendo que probablemente iba a arrepentirme.

—Esa seguridad tuya —dijo, haciendo un gesto vago—. Esos “peligros” de los que tanto habló mi padre. Hasta ahora no ha pasado nada. Creo que sabes perfectamente a qué me refiero, y en el fondo, también piensas que todo esto es una exageración.

—Por desgracia, no me pagan por opinar, Stephanie. —Crucé los brazos y apoyé el hombro en la pared—. Me pagan por hacer mi trabajo,

y más vale que siga siendo así. Créeme, no querrías saber lo que es una situación de riesgo real.

Frunció el ceño y se inclinó un poco hacia delante.

—¿Y si me cuentas alguna? —insistió, con los ojos brillando—. Estoy aburrida, y eso sería... interesante.

—Mejor que no.

—Venga, ¿cuál es el problema? —provocó, con una sonrisa jugueteando en los labios—. ¿Prefieres verme quejándome todo el día y poniéndote de los nervios?

—¿Va a cambiar algo mi respuesta? —repliqué, arqueando una ceja—. Irritarme forma parte de tu naturaleza.

—En el fondo, sí que va a cambiar algo. —Sonrió, desafiante—. Te encanta fingir que no te gusta hablar conmigo.

Guardé silencio. No tenía ni idea de lo peligroso que era hacerme bajar la guardia. Y aun así, seguía intentándolo.

Por un momento pensé en ignorar el tema.

Pero había algo en la forma en que me miraba —una curiosidad genuina, no solo provocación— que me desarmó un poco.

—Hunter... —pronunció mi nombre con una suavidad que me obligó a levantar la vista.

Crucé los brazos, firme.

—Dos disparos. —La frase salió fría, directa—. Recibí dos disparos sirviendo de escudo para alguien.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—Tomé una decisión —continué, sin apartar la mirada—. Y en esa decisión estuve entre la vida y la muerte.

Exhalé despacio, sintiendo cómo el peso del recuerdo volvía, denso, como una sombra.

—¿Contenta ahora, princesa?

No respondió de inmediato.

Se limitó a observarme, y por primera vez en mucho tiempo, vi cómo desaparecía el brillo burlón de sus ojos.

Había algo distinto allí —quizá arrepentimiento, quizá empatía.

STEPHANIE TORRES

Si antes solo fingía prestar atención a Hunter, ahora estaba completamente absorta.

El libro abierto sobre mi regazo ya no tenía ningún sentido. La historia que contaba era otra... y, por primera vez, él parecía realmente humano.

—Ah, ahora me vas a contar esa historia como Dios manda — dije, cruzando las piernas e inclinándome hacia delante, decidida a no perderme ni una palabra.

Soltó un suspiro pesado, con los ojos entrecerrados, y respondió en un tono resignado:

—¿Tengo otra opción?

—En absoluto. —Sonreí de lado, desafiante.

Hunter se pasó la mano por la cara, visiblemente incómodo. No le gustaba remover el pasado, lo sabía. Pero también sabía que, con un poco de maña —y una pizca de provocación—, conseguía arrancarle palabras.

Aunque fuera a regañadientes.

—Fue hace tres años —empezó, tras un breve silencio—. Un trabajo complicado. De esos que sabes que te van a dejar una marca, de un modo u otro.

Enderezó la postura, apoyando los antebrazos en los muslos.

—Ya conocía los riesgos. Cobré trescientos mil dólares por el equipo. Tres meses de protección.

—¡Vaya! —se me escapó antes de poder contenerme.

Una sonrisa apenas perceptible se dibujó en sus labios.

—Lo sé, princesa. —Su voz salió grave, ronca, con un matiz que hacía que ese apodo pareciera más personal de lo que admitía—. Corría riesgos, y me pareció justo cobrar lo que valía. Si te soy sincero, podría haber pedido más. El cliente aceptó sin pestañear.

Alzó la mirada al techo por un momento, con los ojos perdidos, como si reviviera cada detalle.

—El disparo ocurrió el último día. Hasta entonces, todo había ido tranquilo. El equipo era grande, unas veinte personas.

—Entonces fuiste tú quien organizó toda la seguridad —comenté, curiosa.

—No. —La respuesta fue seca, inmediata.

—Pero le dijiste a mi padre que solo trabajas con equipos que tú mismo eliges.

—Eso fue después. —Cortó mis palabras, firme—. Lo aprendí por las malas. Tuve que joderme para entender que la confianza no se divide en veinte partes. Hoy solo confío en unos pocos. Moriría por ellos, y sé que ellos harían lo mismo por mí.

Se me revolvió el estómago. Hablaba con una seriedad que volvía el aire más denso.

—¿Qué pasó, al final? —pregunté en un hilo de voz.

Hunter se pasó la lengua por los labios, respiró hondo y empezó:

—Nos tendieron una emboscada. Yo era el guardaespaldas más cercano al cliente y, por suerte, vi al tirador antes. Estaba en una tienda de pesca, al otro lado de la calle. —Hizo una pausa, como si el escenario siguiera vivo frente a él—. No tuve tiempo de reaccionar. Era una zona abierta, sin cobertura. El equipo se centró en el lado equivocado de la calle —un error que yo ya había previsto. Intenté advertirlo, pero el otro jefe de seguridad insistió, y el patrón decidió seguir su plan. Por eso me quedé pegado al hombre.

Contuve la respiración, observándole con atención, absorbiendo cada palabra.

—Cuando vi al tirador, ya tenía el arma en la mano. No me dio tiempo a sacar la mía. Así que hice lo que haría cualquier loco: me puse delante. Serví de escudo. —Su voz se volvió áspera, y su mirada, más dura—. Fueron cuatro disparos. Dos me dieron.

—Pero... llevabas chaleco antibalas —dije, incapaz de ocultar el asombro.

—Sí y no. —Esbozó una sonrisa cansada—. El chaleco amortiguó parte del impacto, pero el calibre era alto. Una bala me alcanzó en el hombro, la otra cerca del abdomen. Los fragmentos atravesaron el tejido.

Me llevé la mano a la boca, horrorizada.

—Dios mío...

—Fue feo. —Encogió los hombros, como si minimizar su propio dolor le saliera natural—. Pero lo peor no fueron los disparos. Fueron los segundos después.

—¿Qué pasó con el tirador? —pregunté, apenas respirando.

—Ellos, en realidad. —Su mirada se endureció—. Los acribillaron. A todos.

—¿Ellos? —repetí, incrédula.

—Había más de uno. —Apoyó los codos en las rodillas, con un tono bajo y firme—. En cuanto se oyeron los primeros disparos, empezó la balacera. Aun herido, conseguí arrastrar al cliente hasta el coche. El vehículo fue alcanzado, pero era blindado.

Tragué saliva.

—¿Y entonces...?

—Y ahí fue su final. Siguieron disparando y acabaron delatando su posición. —Me miró y esbozó una media sonrisa irónica—. Su error fue no saber cuándo parar.

Me quedé en silencio, intentando procesar lo que acababa de oír.

Aquella historia parecía sacada de una película, pero él la contaba con tanta naturalidad... como si estar a punto de morir fuera solo otro martes cualquiera.

—¿Y quién era la persona a la que protegías? ¿Dónde ocurrió eso? —me atreví a preguntar.

Hunter me lanzó una mirada afilada, de esas que decían para mientras estés a tiempo.

—Ahora estás queriendo saber demasiado. Te conté un hecho, nada más. Quédate con eso.

—Aun así... —murmuré, todavía fascinada—. Joder, Hunter. Qué historia.

Desvió la mirada, en silencio.

Pero, por un instante fugaz, vi algo distinto en su rostro: algo entre orgullo y dolor.

Y fue entonces cuando entendí cuánto cargaba aquel hombre dentro de sí: valentía, cicatrices... y secretos que, de algún modo, empezaba a querer descubrir.

No sé explicar por qué, pero una descarga de adrenalina me recorrió entera mientras Hunter hablaba. Había algo en su forma de narrar el tiroteo —la serenidad, la calma en su voz, el contraste entre el peligro y su tranquilidad— que hacía que el aire a mi alrededor se volviera más denso.

Quería preguntarle más. Quería arrancarle cada detalle que guardaba con tanto celo.

Pero, antes de que pudiera decir nada, empezó a... quitarse la camiseta.

—Eh... ¿qué estás haciendo? —pregunté, intentando sonar casual, aunque la voz me salió temblorosa, mezcla de sorpresa y curiosidad.

Ya me había fijado en que llevaba chaleco casi todo el tiempo, pero nunca me había preguntado si era por protocolo o simple manía. Ahora, todo encajaba.

Hunter se acercó despacio, hasta que la distancia entre nosotros se volvió peligrosamente corta. Su mirada se clavó en la mía, intensa, firme, y juro que se me olvidó respirar.

—Toca —dijo simplemente, con la voz grave, casi un susurro.

—¿Dónde... exactamente? —balbuceé, sin saber si quería realmente la respuesta.

Tomó mi mano y la guió hasta su hombro izquierdo, moviendo mis dedos con suavidad.

—Aquí.

Su piel estaba cálida bajo la mía. La cicatriz —fina, irregular— atravesaba la tinta del tatuaje que cubría parte de su brazo.

—Y aquí también. —Cogió mi otra mano y la colocó sobre el abdomen, justo encima de otra marca.

Me quedé inmóvil. El contacto era leve, pero suficiente para hacerme sentir el peso de todo lo que aquellas cicatrices significaban. Por un instante, no supe en qué concentrarme: en las marcas que habían dejado las balas o en los músculos tensos bajo mis manos.

Las cicatrices y los tatuajes se entrelazaban como si contaran una historia que solo él conocía.

Y yo quería conocerla entera.

—¿Satisfecha? —preguntó, sin apartar la mirada.

No respondí. Simplemente seguí allí, tocándole, como si el contacto me ayudara a entender al hombre que tenía delante.

—Interesante... —murmuré, incapaz de ocultar el tono—. Las marcas. Todo.

Hunter sonrió apenas, una curva mínima en los labios.

—Sí, princesa.

La forma en que pronunció la palabra sonó distinta esta vez: más baja, más cargada de algo que no supe nombrar. Cuando nuestras miradas se cruzaron, un escalofrío me recorrió la espalda.

Se me detuvo la respiración.

¿Qué demonios tenía ese hombre para hacerme perder el control con una simple mirada?

—Ya es suficiente por hoy. —Se apartó, vistiéndose de nuevo con la camiseta y el chaleco.

El movimiento fue lento, casi provocador. Luego volvió a su postura seria de siempre, como si nada hubiera pasado.

—¿Ahora entiendes por qué vivo en estado de alerta? —dijo, ajustándose el cuello de la camisa—. Nunca sé lo que puede pasar. Cuando trabajo, doy la vida por mi cliente.

La frase me golpeó más de lo que debería.

—En otras palabras, ¿darías la vida por mí, Hunter? —pregunté sin pensar, pero la pregunta salió suave, casi inocente.

No dudó.

—Sí. Sin pensarlo dos veces.

El silencio que siguió me hizo tragar saliva.

Coquetear con Hunter nunca había sido una posibilidad real... hasta ese momento. Había algo en el aire, algo nuevo, peligroso, y no sabía qué hacer con ello.

—Entiendo —murmuré, apartando la mirada.

—Cuando decido proteger a alguien, asumo el riesgo por esa persona. Es mi trabajo, y lo hago a mi manera —añadió con firmeza.

Asentí, intentando disimular la incomodidad que me crecía dentro. La idea de que se pusiera en peligro por mí me removía más de lo que estaba dispuesta a admitir.

—Y después de esos disparos... —intenté cambiar de tema, aclarándome la garganta—, ¿puedes moverte con normalidad?

—Sí. —Una sonrisa discreta se dibujó en sus labios—. Después de aquello empecé a entrenar todavía más. Hoy estoy como nuevo.

—Hablas tanto de mi rutina, pero nunca te he visto entrenar. Y sé que dijiste que haces ejercicio todos los días. —Crucé los brazos,

arqueando una ceja.

Hunter dio un paso hacia mí, con una chispa divertida en la mirada.

—¿Qué crees que hago de cinco a siete de la mañana, princesa?

Solté una risa nerviosa.

—Mentira.

—Verdad absoluta. —Su tono era casi bromista, pero había algo en su voz que me descolocaba.

Por primera vez, lo observaba de otra forma. No como el guardaespaldas frío y sarcástico, sino como un hombre movido por algo más que el deber. Un hombre que amaba lo que hacía... y que, quizá sin darse cuenta, empezaba a dejarse afectar por mí también.

—Mi padre comentó que había más guardaespaldas, pero que tú eras el principal. Dijo que eran más de tres. ¿Por qué nunca los he visto? —pregunté, intentando sonar indiferente, aunque fracasé estrepitosamente.

Hunter se recostó en la pared y cruzó los brazos.

—Sencillo. No existen.

—Espera... ¿cómo que no existen? ¿Le mentiste a mi padre? —arqueé las cejas.

Una sonrisa ladeada se dibujó en sus labios.

—Le dije que los otros dos eran como fantasmas. Que no los verías.

—¿“Existen y no existen”? —ironizé—. ¿Qué clase de respuesta es esa?

—Una metáfora, princesa. —Se acercó de nuevo, con la mirada fija en la mía—. Y, sinceramente, creo que es mejor dejarlo así.

—¿Y por qué mentiste? —insistí, con el corazón acelerado.

Hunter sonrió de medio lado y se inclinó lo justo para que su aliento rozara mi piel.

—Digamos que... era necesario. Tengo mis motivos.

Tragué saliva, intentando ocultar el temblor en mi voz.

—Eres un tipo raro.

—Y tú, demasiado curiosa, princesa. —Su mirada recorrió mi rostro lentamente, firme, hasta detenerse un segundo en mis labios—. Eso puede ser peligroso.

Y cuando se apartó, mi cuerpo seguía ardiendo allí donde sus manos habían estado... y mi mente ya sabía que, por más que lo intentara, jamás volvería a verlo del mismo modo.

HUNTER SMITH

Un milagro —eso fue exactamente lo que pensé.

Había conseguido hablar con Stephanie durante casi diez minutos sin una sola provocación, sin discusiones, sin ironías afiladas. Diez minutos. Todo un récord.

Y lo más curioso no fue la conversación en sí, sino el hecho de que realmente me escuchara.

Cuando le conté el día en que me interpuse entre una bala y un cliente, vi un brillo distinto en sus ojos. Atención genuina. Empatía, quizá. Por primera vez, tuve la sensación de que la “princesita mimada” no era exactamente lo que yo imaginaba.

Había algo en ella —una inquietud, una curiosidad real— que me hizo replantearme todo lo que creía saber.

Después de que subió a su habitación, pasé el resto de la noche revisando informes y delegando tareas a John y Kenypher. La rutina podía parecer monótona, pero mantener una red de seguridad impecable requería un tipo concreto de obsesión... y yo era meticuloso hasta el último detalle.

Cuando por fin me dejé caer en el sillón del dormitorio, el móvil empezó a vibrar sobre la mesa.

El nombre que apareció en la pantalla me hizo detenerme.

Romeo.

Contesté al segundo tono.

—¿Romeo?

—El mismo, Hunter. ¿Cómo estás, viejo amigo? —su voz sonó firme, pero había algo detrás. Algo roto.

—Bien. ¿Y tú? —pregunté, con cautela.

—Ahora mejor. —Hubo una breve pausa, seguida de un suspiro—. En fin... estoy volviendo a la ciudad.

—¿Volviendo? —fruncí el ceño—. ¿Y la terapia?

Silencio durante un segundo. Luego respondió con un tono que sonó demasiado ensayado.

—Estuvo bien. Me ayudó mucho.

Apreté la mandíbula. Conocía demasiado bien a Romeo para tragarme aquello.

Antes del colapso, había sido mi mano derecha durante años: un profesional impecable, frío, técnico, con reflejos afilados y mente estratégica. Hasta que todo se vino abajo.

Un error, una tragedia... y casi muere.

Desde entonces, el hombre que conocía había desaparecido. En su lugar solo quedaba una sombra: inestable, impulsiva, destrozada.

Intenté ayudarlo de todas las formas posibles. Lo saqué de las calles, pagué tratamientos, lo ingresé en la mejor clínica de Finlandia.

Karl, el terapeuta encargado de su caso, era un antiguo cliente mío, alguien en quien confiaba. Sabía perfectamente lo que estaba ocurriendo, aunque Romeo no lo dijera.

—Espero que hayas ido a todas las sesiones —dije, aun sabiendo la respuesta.

—Fui, Hunter. Lo juro.

Mentira. Nunca fue buen mentiroso. Su silencio, las pausas medidas... bastaban para que entendiera que estaba ocultando algo.

—Me alegro, de todos modos —respondí, dejándolo pasar—. Espero verte pronto por aquí. Te ayudaré en lo que necesites, pero tienes que hacer las cosas como es debido.

—Hunter... —me interrumpió. Su voz temblaba levemente, pero había urgencia—. Quiero volver a trabajar contigo.

Cerré los ojos, apoyando el codo en la rodilla. Aquel pedido no me sorprendía, pero escucharlo otra vez me apretó el pecho.

—Romeo... ahora mismo, eso es prácticamente imposible.

El otro extremo de la línea quedó en silencio.

Después, habló con firmeza:

—He mejorado.

—El problema no es solo ese. —Me pasé la mano por la cara, agotado—. El estrés postraumático no desaparece de la noche a la mañana. Lo sabes mejor que nadie.

—Lo sé... —su voz se quebró—. Pero, en el fondo, también sé por qué sigues ayudándome. Te sientes culpable.

Sus palabras me golpearon como un puñetazo.

—Para —ordené, en voz baja y firme—. No vamos a hablar del pasado.

—Entonces déjame vivir el presente —replicó—. Necesito volver a trabajar, Hunter. No sé hacer otra cosa. Todo lo que era, todo lo que sabía... se ha ido. No quiero volver a fallar, lo juro. Pero si sigo así...

El nudo en su garganta se filtró por la línea. Durante un momento solo escuché su respiración entrecortada, los segundos arrastrados de quien intenta contener el desespero.

Y dolió. Dolió porque tenía razón. Yo también cargaba con aquella culpa, y seguía devorándome por dentro.

—Romeo —dije, intentando mantener el control—, céntrate primero en regresar a la ciudad. Hablaremos cuando llegues. Aún hay mucho que resolver. Has enfadado a gente poderosa, y todavía hay personas peligrosas detrás de ti.

Soltó una risa breve, sin humor.

—Historia de mi vida, ¿eh?

Cerré los ojos y dejé que el silencio llenara el espacio entre nosotros.

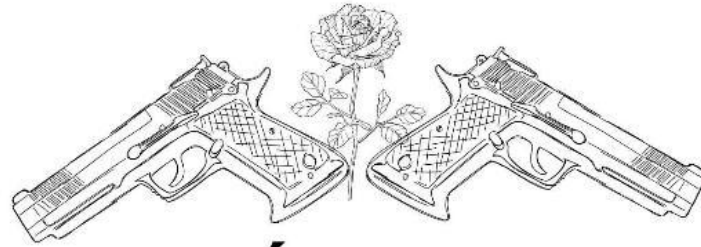
—Solo prométeme que te mantendrás alejado de los problemas hasta que te vea —pedí, con voz más suave.

—Lo prometo. —Su respuesta fue casi un susurro—. Y, Hunter... gracias.

La llamada se cortó, y me quedé allí, inmóvil, mirando el reflejo apagado del teléfono en mi mano.

El pasado nunca se enterraba del todo. Y, de repente, comprendí que quizá Romeo no era el único que intentaba sobrevivir a sus fantasmas.

CAPÍTULO 9



CAPÍTULO 9

*«La adrenalina recorre mis venas, y necesito descubrir
qué es eso que mi corazón anhela tanto...»*

STEPHANIE TORRES

En mi habitación, la oscuridad parecía más silenciosa de lo habitual. Solo el murmullo del ventilador y el pulso constante de mis propios pensamientos me hacían compañía.

Hunter.

Desde nuestra conversación de aquella tarde, no conseguía sacarlo de la cabeza.

Cerré los ojos un instante, intentando revivir cada palabra, cada gesto, cada pausa suya al contarme lo del tiroteo. La forma en que hablaba con tanta naturalidad de haber estado entre la vida y la muerte me intrigaba. Era como si el peligro formara parte de su rutina, como si el miedo ya no tuviera espacio en su cuerpo.

Pensé en cómo debía de ser vivir así: con el corazón siempre acelerado, los sentidos en alerta, la adrenalina corriendo por las venas como combustible.

Yo jamás había experimentado nada parecido. Mi vida siempre había sido segura, previsible... hasta que él apareció.

La historia que contó, los detalles que omitió, las cicatrices que me mostró sin decir demasiado... todo aquello despertó en mí una curiosidad que no sabía contener.

Hunter era un hombre rodeado de misterio, y cuanto más intentaba ocultarse, más ganas tenía yo de descubrirlo.

Claro que eso tenía su parte mala. No era precisamente del tipo que se abre con facilidad —y menos conmigo—. Pero quizá, con un poco de tacto, podría entender qué se escondía detrás de esa frialdad, de esa rigidez constante.

Y, quién sabe, entender también por qué alguien elegiría morir por deber.

Aún sumida en esos pensamientos, la música estridente que empezó a resonar por toda la habitación me sacó de golpe de mi ensimismamiento.

David Guetta. Say My Name.

Mi móvil prácticamente gritaba.

Suspiré y lo cogí de la mesilla de noche. Solo una persona podía tener ese tono.

Luiza. Por supuesto, la misma que lo había puesto... y yo me negaba a cambiarlo.

—¡Steph, necesito hacer algo urgente! —exclamó en cuanto descolgué, con su tono tan dramático como siempre—. ¡Me estoy volviendo loca, y ya no tengo mi válvula de escape!

Puse los ojos en blanco, aunque sonriendo.

—Buenas noches para ti también. Por cierto, estoy estupenda, gracias por preguntar. Y ni se te ocurra lanzarme indirectas, ¿vale?

—Ah, deja de hacerte la santa. —Subió el tono de voz, y no pude evitar reírme—. Lo que te mandé fue una directa, querida. Esto de la “seguridad forzosa” no me está sentando nada bien. ¡Hasta me da miedo invitarte a salir!

—No es exactamente así... —empecé a decir, pero me interrumpió.

Entonces decidí contárselo. Todo. O casi todo.

Le hablé del guardaespaldas, de la historia de los disparos, incluso de que me había dejado tocar sus cicatrices.

El silencio al otro lado duró apenas medio segundo antes de que llegara lo inevitable:

—Tía... ¿puedo dormir en tu casa esta noche? ¡Porfi, te quiero, lo sabes!

Solté una carcajada.

—¡Falsa!

Las dos estallamos en risas, y durante unos segundos olvidé el caos que tenía en la cabeza.

—Contrólate, ¿vale? —dije, intentando sonar firme—. No es mi tipo. Y sabes perfectamente a qué me refiero.

—Lo dudo mucho, pero en fin —replicó, con ese tonito burlón que podía imaginar perfectamente.

—¿Dónde quieres ir mañana? —cambié de tema.

—A la playa. Necesito ver el mar.

—Mejor no. —Hice una mueca, sabiendo que a Hunter le daría un infarto solo de pensarlo.

—Lo sé, Steph... pero necesito salir, despejarme.

—¿Y si vamos a una discoteca? —sugerí de repente, sintiendo que el ánimo me volvía—. Música alta, pista llena, luces parpadeando... puede ser divertido.

Soltó una risita animada.

—No suena mal. Pero Hunter va a perder la cabeza. Será imposible que te vigile en un sitio así.

—¡Problema suyo! —respondí, levantándome de la cama y caminando de un lado a otro—. No pienso privarme de todo porque mi padre crea que estoy en peligro. Necesito divertirme. Necesito un poco de adrenalina.

—Tía, entre nosotras... —rió—. En una discoteca una se lo pasa bien, sí, pero la adrenalina que nosotras, las locas, necesitamos... lo dudo.

—Confía en mí. —Sonreí, notando cómo se me curvaban los labios—. Lo haremos valer la pena.

—¡Hecho! —contestó, riendo.

Charlamos unos minutos más, de nada y de todo. Cuando colgué, me quedé un rato con el móvil en la mano, el corazón aún acelerado.

Intenté volver a leer, pero fue inútil. Las palabras se emborronaban. Hunter seguía allí —atrapado en mis pensamientos, en mis recuerdos, en las preguntas que no me había atrevido a hacerle.

Y, por más que quisiera negarlo, algo dentro de mí ya lo sabía: aquella curiosidad que sentía por él... ya no era solo curiosidad.

Hice mis rutinas matinales como de costumbre, intentando mantener la mente ocupada, aunque no era fácil con Hunter siguiéndome cada paso —como una sombra alta, silenciosa y desesperantemente irritante.

Siempre estaba ahí. Observando. Evaluando. Y, sinceramente, a veces pensaba que lo hacía a propósito, solo para sacarme de quicio.

Cuando me giré, estaba de pie en la puerta de la cocina, con los brazos cruzados y esa mirada perezosa, como si nada en el mundo pudiera alterar aquel semblante imperturbable.

—¿Hice mucho ruido anoche? —pregunté, dejando escapar la pregunta antes de que mi cerebro tuviera tiempo de impedirlo.

Hunter alzó una ceja, fingiendo inocencia. Yo, por mi parte, no conseguía disimular el sarcasmo en la voz.

No era la primera vez que traía una mujer a casa, pero esta vez había sido imposible no oírlo. Los gemidos, las risas ahogadas, el chirrido de la cama.

Con cada sonido, me daba la vuelta, apretaba la almohada e intentaba convencerme de que no me importaba.

Mentira descarada. Sí que me importaba.

—Solo escuché unos ruiditos —mentí, forzando una sonrisa—. Me dormí enseguida.

Me lanzó una mirada incrédula, y por un breve instante juraría que una sonrisa discreta amenazó con asomar en la comisura de sus labios.

—Esta noche voy a una discoteca con Luiza —anuncié, cambiando de tema antes de que soltara alguna de sus respuestas sarcásticas—. Quiero que estés listo a las veintidós en punto, con o sin disfraz.

—¿Disfraz? —repitió, con un tono arrastrado, claramente divertido.

—Eso mismo. No tengo ni idea de cómo te vas a comportar, y sinceramente, me da igual. Solo... no arruines mi noche. ¿Entendido?

Hunter soltó un gruñido y se pasó la mano por el pelo.

—¡Joder!

—¿Qué pasa ahora? —pregunté, fingiendo interés. Me incliné un poco hacia él, sonriendo con provocación—. ¿Tienes algún problema con las discotecas? Pensé que tu drama era con la playa.

Esbozó una media sonrisa, de esas que me daban ganas de pegarle y besarle al mismo tiempo.

—Por cómo lo has dicho, parece que estás molesta.

Crucé los brazos, arqueando una ceja.

—No, Hunter. —Recalqué su nombre con toda la intención—. Solo intento entender qué pasa por esa cabeza tuya tan misteriosa.

—Suerte con eso, princesa. —Su voz salió baja, ronca, casi un desafío.

Me di la vuelta antes de que notara el escalofrío que me recorrió la piel.

Hunter siempre sabía el momento exacto para desestabilizarme. Y, de algún modo, parecía disfrutarlo.

Mientras terminaba mi café, noté que seguía allí, apoyado en la encimera, observándome en silencio.

Era el tipo de presencia que llenaba el espacio sin necesidad de palabras, y aunque fingiera indiferencia, todo mi cuerpo era demasiado consciente de la distancia entre nosotros.

Maldito Hunter.

Era el tipo de hombre que convertía hasta el silencio en una provocación.

HUNTER SMITH

Era una contradicción andante: una mezcla imposible de valentía y vulnerabilidad. Y cuanto más tiempo pasaba, más convencido estaba de que Stephanie vivía en una guerra constante consigo misma.

En un minuto parecía lista para matarme y, al siguiente, sonreía como si nada hubiera pasado.

Era confuso. Irritante. Y, de algún modo, adictivo.

—¡Preparaos! —avisé a John y a Kenypher mientras cruzaba el salón—. La princesa quiere ir a la discoteca.

—De acuerdo. —Respondieron al unísono antes de desaparecer por el pasillo.

Me dejé caer en el sofá y me quedé mirando la puerta cerrada de su habitación. Aquella puerta era casi un símbolo de nuestra convivencia: una barrera que ella imponía entre nosotros todo el tiempo y que, inexplicablemente, yo deseaba cruzar.

A veces me preguntaba por qué demonios parecía tan interesada en mí.

La mayoría de las veces, los clientes a los que protegía apenas recordaban mi nombre. Solo era el tipo armado que se aseguraba de que pudieran seguir respirando.

Cuanto más poder tenían, más lejos se mantenían. Pero Stephanie...

Ella era lo contrario. Lo cuestionaba todo. Me provocaba. Y, lo peor de todo, conseguía que le respondiera.

Sin darme cuenta, hablaba demasiado cuando estaba con ella — y eso nunca era buena señal.

Miré el reloj. Casi las diez de la noche.

Y ni rastro de ella.

Golpeé el suelo con el pie, impaciente. Ya podía imaginarla arreglándose a cámara lenta, dudando entre cincuenta vestidos distintos o —más probable aún— tramando alguna locura.

Con lo impulsiva que era, no me habría sorprendido encontrarla trepando por la ventana y desapareciendo en mitad de la noche.

El teléfono vibró sobre la mesa. Contesté al instante.

—¡Ojo avizor, Hunter! —la voz de mi contacto sonó firme al otro lado—. Ha confirmado su asistencia en todas las redes sociales. Avalon Hollywood.

Cerré los ojos y respiré hondo.

—Entendido.

Colgué y me quedé en silencio unos segundos.

Por supuesto. La Avalon.

Uno de los sitios más llenos, más ruidosos y menos apropiados para alguien que, en teoría, debía estar bajo vigilancia.

Me levanté decidido y caminé hasta la puerta de su habitación. Llamé una vez. Nada. Llamé de nuevo. Silencio.

La preocupación —o quizá la irritación— venció a la prudencia.

Agarré el pomo y noté que la puerta no estaba cerrada con llave. Había una pequeña rendija.

Empujé despacio.

La habitación estaba iluminada solo por la luz suave que entraba por la ventana.

Allí estaba ella, apoyada en el alféizar, mirando hacia fuera, completamente ajena a mi presencia.

El vestido negro se le ceñía al cuerpo, y el pelo suelto caía sobre los hombros, moviéndose ligeramente con la brisa que se colaba por la rendija.

Por un instante, olvidé por qué había entrado.

—¿Qué haces aquí, Hunter? —su voz sonó cargada de rabia, mezclada con sorpresa.

—Solo he venido a asegurarme de que todo estaba bien. — Intenté sonar profesional, pero hasta yo noté lo falso que sonó.

Dio un paso hacia mí, con la mirada fija en mis ojos.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí?

Tragué saliva.

—Acabo de entrar.

—Entonces sal. —Su voz fue firme, aunque temblaba en los bordes.

Por un momento pensé en responder, en explicarme, pero algo en su tono me detuvo.

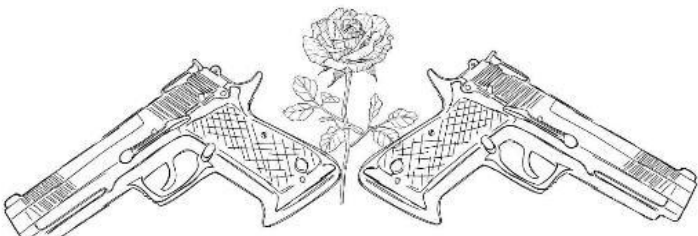
Stephanie estaba enfadada, sí, tenía todo el derecho, pero había algo más: un brillo extraño en sus ojos, una tensión en el aire que no supe interpretar.

Asentí despacio.

Me di la vuelta y caminé hacia la puerta, sintiendo el peso de su mirada en mi espalda.

Cuando giré el pomo, escuché su respiración: corta, nerviosa, como si intentara contener algo que ni ella misma comprendía.

Y, por primera vez, me di cuenta de que esa distancia entre nosotros —la misma que yo me empeñaba en mantener— empezaba a volverse cada vez más difícil de sostener.



CAPÍTULO 10

«Hay momentos en los que la carne habla más alto...»

STEPHANIE TORRES

Terminé de maquillarme con calma, dando los últimos retoques mientras observaba mi reflejo en el espejo del baño.

Por un momento me quedé quieta, simplemente mirándome, intentando reconocer a la mujer que me devolvía la mirada. Los labios pintados de rojo, el pelo suelto cayendo sobre los hombros, el vestido ajustado resaltando cada curva.

No era el tipo de look que solía llevar, pero aquella noche quería sentirme... viva.

Suspiré y salí del baño, llamando a la puerta del dormitorio.

—¡Chicas, venga ya! —protesté, dando unas palmadas—. Si dependiera de vosotras, la fiesta se acabaría antes de que llegáramos.

Las dos gritaron algo ininteligible desde dentro, y yo solo puse los ojos en blanco, riéndome. Luiza y Evelyn tenían el don de convertir cualquier retraso en tradición.

Cogí el bolso, me acomodé el vestido por última vez y, al salir al pasillo, casi me detuve en seco.

Hunter estaba apoyado contra la pared, los brazos cruzados, la mirada fija en mí. Su expresión lo decía todo. Parecía como si acabara de ver un fantasma.

Durante un instante, el silencio entre los dos se volvió denso.

Su mirada recorrió cada detalle —el vestido, las piernas, el escote discreto— y, cuando por fin nuestros ojos se encontraron, el aire pareció desaparecer de la habitación.

—Llego terriblemente tarde —anuncié, rompiendo el momento y fingiendo una prisa que, en realidad, no sentía.

Parpadeó varias veces, como si necesitara recomponerse.

—Ya me he dado cuenta —respondió, con la voz ronca, casi inaudible.

Pasé junto a él y sentí su perfume: amaderado, familiar, lo bastante intenso como para marearme durante un segundo.

Fingí indiferencia. Él fingió autocontrol.

Durante el trayecto al coche, Hunter permaneció en silencio. Y yo también.

Cada vez que apartaba la mirada hacia él, lo encontraba mirando por la ventana, la mandíbula tensa, los dedos golpeando suavemente el volante.

Parecía tenso. Irritado, quizá. O —y esa posibilidad era aún más improbable— afectado.

Cuando llegamos a la entrada de la discoteca, las luces de colores ya parpadeaban al ritmo de la música.

Evelyn y Luiza me esperaban en la acera, tan entusiasmadas como siempre. Di un paso hacia ellas, pero antes de poder alejarme del todo, sentí la mano de Hunter en mi brazo.

El toque fue ligero, pero lo bastante firme como para detenerme.

Me giré, sorprendida.

—Tendrás privacidad —dijo con esa voz baja que siempre sonaba a orden—. Estaremos a una distancia segura. Solo eso.

Nuestras miradas volvieron a cruzarse. Por un instante, juraría que vi algo distinto en sus ojos: una preocupación casi íntima, que él intentó disimular con la frialdad de siempre.

—De acuerdo —murmuré, forzando una sonrisa.

Soltó mi brazo despacio, y el calor de su contacto permaneció en mi piel.

Sin añadir nada más, Hunter se alejó unos pasos, concediéndome el espacio que había prometido. Pero mientras caminaba hacia las chicas, podía sentir el peso de su mirada en mi espalda.

Y, por mucho que intentara ignorarlo, había una parte de mí que disfrutaba con la idea de ser observada.

Especialmente por él.



La cola de la Avalon Hollywood era interminable, serpenteando por la acera iluminada con luces de neón. La música retumbaba incluso desde fuera, y el olor a perfume mezclado con el aire cálido de la noche creaba una energía eléctrica en el ambiente.

Luiza, Evelyn y yo estábamos ya casi en la entrada cuando mis ojos, por puro instinto, buscaron a Hunter.

Ahí estaban él, John y Kenypher —a pocos metros de distancia—, camuflados entre la multitud con una naturalidad que rozaba lo imposible.

Aunque estuvieran lejos, sabía perfectamente que no habían venido a “pasarlos bien”. Era protección disfrazada. Vigilancia disfrazada. Y, por mucho que mi padre jurara que era por mi bien, seguía pareciéndome una exageración.

Pero quejarme no serviría de nada.

Dos meses más, pensé.

Solo dos meses más, y volvería a respirar sin tener tres sombras pisándome los talones.

—¿Serán más discretos hoy? —preguntó Luiza, arreglándose el pelo y lanzando una mirada disimulada hacia los guardaespaldas.

—Por lo visto, sí. —Me incliné un poco para echar un vistazo rápido, solo para confirmar lo que ya sabía—. Hasta parecen haber venido a disfrutar de la fiesta... pero, conociendo a Hunter, apuesto a que van armados hasta los dientes.

Evelyn soltó una carcajada divertida.

—Estoy de acuerdo. Aunque, incluso de lejos, tu guardaespaldas no pasa desapercibido.

Puse los ojos en blanco, algo incómoda.

—Ya me he dado cuenta.

Cuando por fin entramos, el sonido de los graves lo llenó todo. Las luces se movían por las paredes, los cuerpos bailaban al unísono, y por primera vez en semanas sentí algo parecido a la libertad.

Durante unos instantes, olvidamos que nos estaban observando. Bebimos, bailamos, reímos.

Pero, entre un trago y otro, seguía sintiendo su mirada. Aunque hubiera decenas de personas entre nosotros, sabía exactamente dónde estaba Hunter: quieto, atento, con los ojos fijos en mí.

Era como si tuviera un radar, un instinto que no le permitía relajarse ni un segundo. Y, paradójicamente, ese mismo instinto parecía atraer a las mujeres del lugar como imanes.

—Hunter no debería venir a estos sitios. —La voz de Luiza se perdió parcialmente entre la música, pero aún sonaba cargada de picardía—. Tu guardaespaldas llama demasiado la atención. ¡El tío es guapísimo!

—Odio admitirlo, pero es la pura verdad. —Evelyn se echó a reír, dándome un codazo.

Suspiré, intentando no reírme. Hunter no hacía el menor esfuerzo, y aun así, las mujeres lo rodeaban. Eran miradas, sonrisas, invitaciones disfrazadas de roces “accidentales”.

Y él... él no reaccionaba.

No las apartaba con brusquedad, pero tampoco las alentaba. Solo mantenía esa expresión imperturbable, como si nada —ni nadie— pudiera distraerle de su objetivo.

Y yo, que se suponía debía encontrar todo aquello gracioso, me descubrí observando cada uno de sus movimientos.

Era casi... satisfactorio verle incómodo.

—¿Cómo va lo vuestro? —preguntó Evelyn, apoyando la barbilla en la mano, con aire curioso.

—Un poco mejor que antes —admití, intentando sonar indiferente—. Incluso me ha contado algunas cosas sobre su trabajo.

—¿Qué tipo de cosas? —Luiza se inclinó hacia mí, expectante.

Les conté, de forma breve, lo que Hunter me había dicho sobre el atentado. La historia de cómo se interpuso entre una bala y su cliente.

Mientras hablaba, vi cómo los ojos de ambas se encendían: una mezcla de fascinación y entusiasmo que solo ellas sabían expresar.

—Espera... —Evelyn abrió los ojos de par en par—. ¿Se lanzó literalmente delante de una bala?

—Sí. —Suspiré, anticipando la reacción—. Chicas, yo...

—¡Ay, por favor, Steph! —me interrumpió Luiza, gesticulando—. No tiene nada de vergonzoso. ¡Convives con ese hombre las veinticuatro horas del día!

Evelyn asintió, con malicia.

—Podrá tener ese aire rudo, pero es imposible no mirarlo. Ese cuerpo, esa voz, esa boca...

Puse los ojos en blanco, sintiendo cómo se me encendían las mejillas.

—Cambiemos de tema, por favor. —Me acomodé en el taburete de la barra, fingiendo concentración en el vaso que tenía delante.

Pero, mientras mis amigas reían, no pude evitar el pensamiento que se me vino a la cabeza —involuntario, insistente.

La imagen de Hunter: serio, firme, enfrentando el peligro sin dudar.

Y, de algún modo que no quería admitir ni siquiera para mí misma, el simple recuerdo de eso hizo que algo dentro de mí despertara.

HUNTER SMITH

No suelo rechazar mujeres —nunca he tenido que hacerlo, en realidad—, pero aquella noche, en la discoteca, tuve que hacerlo más de una vez.

Las insinuaciones eran inevitables. El ambiente ayudaba: luces tenues, música ensordecedora, cuerpos demasiado juntos.

Pero yo tenía un trabajo que hacer. Y nada me irritaba más que las distracciones.

Mientras todos parecían perdidos en el ritmo frenético de las batidas, yo estaba completamente sobrio, con la mente fija en una sola dirección: ella.

Stephanie.

Incluso entre la multitud, era imposible no verla. Cada vez que la perdía de vista, algo dentro de mí se tensaba; y cuando volvía a encontrarla, el alivio que sentía venía acompañado de otra sensación que prefería no nombrar.

—Vosotros dos, circulad y revisad el local —ordené con firmeza a John y Kenypher, que asintieron antes de desaparecer entre la gente.

Pedí una botella de agua en la barra. Era lo máximo a lo que me permitía llegar en materia de “diversión”.

Desde donde estaba, podía observarlo todo: las salidas de emergencia, los puntos ciegos y, por supuesto, el centro de mi atención esa noche.

Ella bailaba. Y sonreía. Una sonrisa auténtica —no la cínica e impaciente que solía lanzarme cuando la sacaba de quicio—.

Una sonrisa ligera, espontánea, que encendió algo dentro de mí que no esperaba sentir. Intenté apartar la mirada, pero fracasé.

De todas las personas en aquel lugar, era la única capaz de descolocarme por completo.

Pocos minutos después, recibí el informe del equipo.

Todo despejado. Ninguna amenaza a la vista.

Pero entonces surgió otro tipo de problema —uno completamente distinto de los que estaba acostumbrado a enfrentar.

Stephanie estaba hablando con un hombre. Al principio no parecía nada preocupante: él reía, ella también. Pero pronto noté cómo él se acercaba, cómo le rozaba el brazo con la mano, cómo la miraba más de lo necesario.

Todo mi cuerpo se tensó. No tenía derecho a intervenir —no todavía—, pero cada fibra de mi ser gritaba por separarlos.

Sí, sonaba a locura. Pero era un tipo de locura que conocía demasiado bien.

Su conversación se volvió más íntima. La música lo cubría todo, pero no necesitaba escuchar para entender lo que pasaba.

Vi cuando él la sujetó por la cintura. Observé cuando ella no lo apartó. Y entonces, lo vi besarla.

Por un instante, deseé estar en cualquier otro sitio.

La discoteca, hasta entonces soportable, se transformó en el peor escenario posible.

La playa había perdido el primer puesto.

Inspiré hondo, intentando convencerme de que aquello no tenía nada que ver conmigo. No funcionó.

El tiempo pasó —minutos que parecieron horas.

Sus dos amigas se marcharon acompañadas por los tipos con los que hablaban. Y ella...

Ella seguía allí. Yo también.

Eran las tres de la mañana cuando me di cuenta de que no me quedaba otra opción que esperar a que decidiera poner fin a la noche.

Al fin y al cabo, era mi responsabilidad mantenerla a salvo.

Suspiré, apoyando los codos en la barra. Quizá Stephanie tuviera razón, después de todo. Yo era, efectivamente, una niñera de lujo.

Una niñera de lujo demasiado obsesionada con su “niña problemática”.

STEPHANIE TORRES

—Ni siquiera necesito decirte cuánto quiero tenerte lejos de aquí. Solo conmigo. —Nate me susurró al oído, y su voz grave, ronca, me recorrió la piel como una descarga eléctrica.

Su perfume, una mezcla de madera y un toque dulce, me envolvió de un modo peligroso. Era guapo, encantador, sabía exactamente qué decir. Y, a diferencia de la mayoría, no tenía prisa. Me miraba como si tuviera tiempo —y la intención— de descifrarme.

Por un momento, consideré ceder.

—Podemos resolver esto —murmuré, con el corazón acelerado y una voz más atrevida de lo que pretendía.

Él sonrió. Esa sonrisa segura, la que prometía el tipo correcto de problema.

Nos abrimos paso entre la multitud. El sonido atronador de la música, las luces parpadeantes, los cuerpos sudorosos bailando sin espacio entre ellos. Todo era un borrón. Solo veía a Nate delante de mí, su mano firme en la mía, guiándome hacia la salida.

Y entonces... el mundo se detuvo.

Hunter apareció en medio del camino. Con los brazos cruzados, la mirada de acero, el cuerpo ocupando todo el espacio del pasillo.

Ese tipo de presencia que no necesita una sola palabra para imponer respeto.

—¿Puedo saber adónde vais? —preguntó, con una voz tan fría que cortó el ruido a nuestro alrededor.

—¿Y... eso importa? —le desafié, alzando el mentón.

—Ya es tarde, y creo que deberías marcharte conmigo. —Su tono era autoritario, impaciente.

Antes de que pudiera responder, Nate se adelantó.

—¡Apártate, tío! Yo he llegado primero.

Hunter solo respiró hondo, con los músculos de la mandíbula tensos. Ni siquiera lo miró, y quizá eso fue lo que más lo enfadó.

—Te he hecho una pregunta, Stephanie. —La forma en que pronunció mi nombre... firme, cortante, me erizó la piel.

Nate se interpuso entre nosotros, el tono más agresivo ahora.

—¿Qué coño quieres con ella?

Hunter esbozó una media sonrisa, y esa sonrisa... Dios. Era burla, amenaza y diversión, todo a la vez.

—Cuando yo te haga una pregunta, me respondes, ¿vale, tío? —El sarcasmo goteó de cada palabra—. Porque la pregunta no era para ti.

—Yo... ah, ¿sabes qué? ¡Eso no importa! —respondí, intentando mantener el control en mi voz.

—Ah, ya veo. —Nate rió, nervioso—. Sois hermanos. Menos mal, me encargaré de...

—¡Cállate! —rugió Hunter. La rabia desgarró el sonido de la discoteca, y su mirada bastó para que Nate retrocediera medio paso—. Ya te he dicho que mi asunto no es contigo.

—No es mi hermano —empecé, irritada—, es...

—Soy el guardaespaldas personal de la princesa —completó él, seco, sin apartar los ojos de Nate.

El silencio que se creó fue casi cómico. Nate soltó una risita corta, confundido.

—Espera... esto es una broma, ¿no?

Hunter no respondió. Solo lo miró. Y eso fue suficiente para que Nate entendiera que allí no había ni rastro de humor.

—¡Hunter, eres un imbécil! —estallé, con el rostro ardiendo—. ¡Te odio tanto que podría estrangularte con mis propias manos!

Ni pestañeó. Y eso solo me enfureció más.

—Tío, no puedes hablarle así —intervino Nate, la voz temblorosa—. No lo voy a permitir.

Por fin alguien me defendía.

Hunter dio un paso adelante, y Nate, por puro reflejo, retrocedió. El contraste entre ambos era abrumador. Hunter era más grande, más imponente, el tipo de hombre que no necesita levantar la voz para infundir miedo.

—¿Algún problema? —preguntó, en un tono casi tranquilo. Casi.

—Yo... tengo amigos —balbuceó Nate, intentando mantener la compostura.

Hunter cruzó los brazos, una sombra de sonrisa burlona curvándole los labios.

—Vaya, qué interesante. —Se acercó un paso más—. Me encantaría conocerlos. Necesito practicar un poco.

—Bueno... —Nate miró a su alrededor, nervioso, claramente arrepentido de haber abierto la boca.

Hunter ladeó la cabeza, y la tensión en el aire se volvió casi palpable.

—Será mejor que desaparezcas de mi vista. ¡Ahora!

—¡Él no va a ninguna parte! —protesté, acercándome a Nate, que parecía petrificado.

Hunter giró el rostro lentamente hacia mí, y la sonrisa que me dedicó fue la peor de todas: provocadora, esa que conseguía sacarme de quicio.

—¿Ah, sí?

Fue entonces cuando me di cuenta de lo mucho que Nate temblaba. El pobre parecía a punto de desmayarse.

—Vuelvo enseguida —dijo, la voz fina, y salió precipitado, casi huyendo.

Me quedé ahí, atónita, viéndole desaparecer entre la multitud. Ahí se iba mi noche.

Me di la vuelta sobre los talones, lista para descargar toda la rabia sobre Hunter. El corazón me latía con fuerza, mezclando ira y... otra cosa que no quería reconocer.

Él me miraba, sereno, como si hubiera ganado algo.

Y, maldita sea, de algún modo lo había conseguido.

HUNTER SMITH

Tengo buena parte de culpa en todo esto, pero no me importa.

No, ni por asomo se me pasa por la cabeza arrepentirme de lo que hice.

En cuanto al hombre, no noté en él ninguna amenaza; más bien al contrario. Parecía empeñado en que ella se sintiera cómoda y, al final, fui yo quien le estropeó la noche.

No debería haberme quedado dándole vueltas al trasero de Stephanie en la discoteca, pero lo hice durante horas.

Los hombres somos unos cabrones la mayor parte del tiempo, y esa noche se lo mostré a todo el mundo. Me comporté como un excelsoso y celoso y, literalmente, le jodí la velada.

Ya en casa, la princesa pasó junto a mí como un rayo, se encerró en su cuarto y cerró la puerta de un portazo.

Me quedé en un dilema: ¿me callo e intento dormir o lo empeoro todo?

Elegí la segunda opción; al fin y al cabo soy hombre, y nos encanta picar a las mujeres, sobre todo cuando ya están mosqueadas con nosotros. Di unos golpecitos en su puerta, pero no hubo respuesta. Entonces me tomé la libertad de entrar en su habitación.

Stephanie seguía enfadada, y yo me propuse exceder todos los límites ese día.

—Creo que he venido a pedirte perdón. —dije.

—¿Crees? —respondió ella.

Di un par de pasos hacia delante y Stephanie abrió los ojos, sorprendida.

—Eso mismo. —Di otro paso acercándome.

—¿Por qué... crees?

—Ahora ya ni sé si debo pedirte disculpas.

—¡Fuera de mi cuarto! ¡Ahora!

—¡No! —respondí con firmeza.

—¡No voy a pedir otra vez! —subió el volumen.

—Stephanie. —Le toqué el pelo y luego pasé el pulgar por su mejilla—. Sé que...

Sin avisar, me plantó una buena bofetada. Cerré los ojos un instante y sonreí.

—La próxima vez que te acerques así, ¡te dejo sin cojones! —dijo, señalándome con el dedo; por una fracción de segundo llegué a creerle. Pero se me pasó.—Por favor, vete. —En ese momento la chica ya no podía sostenerme la mirada.

—¿Estás segura? —pregunté.

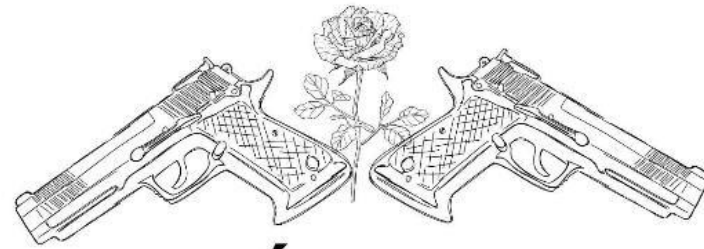
Al ver que no tenía palabras, me acerqué aún más y susurré en su oído:

—Una vez más. Di solo una vez más que me vaya de tu cuarto ahora, princesa. Lo prometo.

—¡Es un farol! —protestó ella.

—No lo es. Si quieres, me voy en este instante.

—Pues, por mi cordura, más vale que te vayas, Hunter..



CAPÍTULO 11

«La mente y el cuerpo trabajan al unísono...»

HUNTER SMITH

Conduje por Sunset Boulevard mientras las luces de Los Ángeles se reflejaban en el parabrisas como pequeños destellos de recuerdos que prefería mantener guardados. El tráfico era intenso, pero me daba igual.

Solo quería verlo, confirmar con mis propios ojos que estaba bien.

Cuando aparqué y bajé del coche, el viento cálido de California me golpeó con un olor mezclado de gasolina y comida callejera. Me

quedé observando el flujo de gente hasta reconocerle.

Romeo.

Caminaba hacia mí, mezclado entre la multitud, con gafas de sol y ropa sencilla: bermudas, una camiseta holgada y unos zapatos viejos.

Hacía años que no lo veía así. Siempre había sido de esos hombres que llevaban traje hasta para respirar.

Por un instante, me resultó casi extraño verlo tan... humano.

—Hunter... amigo mío.

Sonrió, y antes de que pudiera reaccionar, me atrajo hacia un abrazo. Romeo nunca había sido de abrazos. Siempre mantenía aquella postura impecable, casi rígida.

Pero allí, en medio de la acera abarrotada, parecía más ligero, más vivo.

—¿Cómo estás? —pregunté, intentando disimular la sorpresa.

—No hablemos de mí. —Negó con la cabeza, aún sonriendo—. Quiero darte las gracias. Por todo.

Su voz sonaba distinta, más firme, pero había un leve temblor escondido, como si cada palabra pesara demasiado.

—He mejorado, Hunter. De verdad. —Se quitó las gafas y me miró directamente; sus ojos, cansados pero llenos de vida—. El doctor Karl tuvo mucho que ver. Me ayudó a creer de nuevo, a no rendirme conmigo mismo. Pero sin ti, ni siquiera habría llegado hasta él.

La forma en que hablaba, la serenidad, la emoción que se filtraba en cada gesto... todo en Romeo era nuevo. Y aun así, no podía evitar buscar, detrás de aquel semblante tranquilo, al hombre que vi desmoronarse años atrás.

—Solo hice lo que cualquiera habría hecho en mi lugar.

—No, Hunter. La mayoría me habría dejado pudrirme. Sé lo que te costó aquel tratamiento.

—Eres como un hermano para mí. Empezamos juntos. Y tú me has salvado más veces de las que quiero admitir.

—También tú a mí. —Sonrió con un toque de nostalgia—. Siempre fuimos un buen equipo hasta que...

La frase se apagó en el aire. El pasado flotó entre nosotros, demasiado pesado para ignorarlo. Sabía exactamente en qué punto de la memoria se había detenido, y también que no debía empujarle a seguir.

—Intenta olvidarlo —murmuré, casi en forma de súplica.

—Lo intentaré. —Miró hacia el horizonte, con los hombros un poco más relajados.

Durante un instante, permanecemos en silencio, observando pasar los coches, el sonido lejano de una sirena mezclado con la brisa cálida.

Entonces volvió a mirarme con esa determinación que conocía tan bien.

—Sabes lo que quiero, Hunter. Lo que necesito.

Negué con la cabeza, anticipándome a lo que iba a decir.

—Y sabes lo que estás pidiendo. Volver a eso ahora es complicado. Hay dos problemas, y no es solo tu trauma.

—Stanley.

—Exacto. —El simple hecho de pronunciar su nombre me hizo tensar la mandíbula—. Aún te quiere muerto, Romeo. Y esa clase de

gente no olvida.

Stanley Rubben. Un nombre que incluso los criminales evitaban susurrar. Y, por desgracia, el hombre al que Romeo había traicionado. O al menos, así lo veía Stanley.

—Me las arreglaré con él. —Su voz se endureció.

—No lo entiendes. —Di un paso más cerca—. Stanley no se arregla. Él elimina. Y si vuelves al trabajo, volverás a exponerte. Por eso te mandé a Finlandia.

Romeo se pasó las manos por el pelo, frustrado.

—Cometí errores, lo sé. Pero esconderme me mata, Hunter. Cada día lejos del campo, cada noche sin propósito... me estoy pudriendo.

Lo observé, estudiando aquel rostro que tantas veces había visto cubierto de sangre, sudor y rabia.

Esta vez lo que vi fue determinación. Pura y dura.

—Hunter, déjame volver a trabajar contigo. Solo una oportunidad más. Sabes que puedo hacerlo.

Tardé en responder. Evitaba mi mirada, quizá temiendo escuchar un “no”.

—La cuestión es: ¿de verdad puedes hacerlo?

Por fin me sostuvo la mirada, y durante unos segundos vi algo que hacía mucho no veía: la chispa del viejo Romeo.

—No solo puedo, sino que quiero. —Su voz sonó firme, casi desafiante—. Si me quedo parado, empeoraré. Y lo sabes. Me conoces mejor que nadie.

Respiré hondo. Estaba decidido. Y yo, dividido.

Parte de mí quería proteger lo poco que quedaba de él. Pero otra parte sabía que impedirle ser quien era sería condenarle.

—Necesito tiempo para pensarlo. Pero no prometo nada.

Asintió, esbozando una media sonrisa cansada.

—Lo entiendo. Y lo respeto. Ya has hecho más por mí que nadie. Con saber que lo estás pensando... ya me basta.

STEPHANIE TORRES

Era hora de volver a mi rutina —por completo, sin distracciones, sin excusas. O, al menos, eso era lo que me repetía mentalmente mientras trasteaba con el móvil, intentando poner un poco de orden en el caos de mi agenda.

Hice unas cuantas llamadas rápidas, confirmé citas y, por fin, busqué la información sobre el encuentro de mañana.

Podría parecer algo trivial para quien lo viera desde fuera, pero aquel club de lectura era uno de los pocos momentos de la semana en los que realmente me sentía yo misma.

Nada de responsabilidades, nada de miradas controlando mis pasos, nada de Hunter al acecho.

Solo libros, café y charlas interminables.

Cada semana, nosotras —un pequeño grupo de amigas apasionadas por las historias y los personajes improbables— nos reuníamos los domingos para comentar nuestras lecturas.

Era casi un ritual: cada una leía el mismo libro durante la semana, y el domingo abríamos la casa, el vino y el corazón para hablar de todo.

Había fallado en las dos últimas reuniones. No por falta de ganas, sino porque mi vida se había convertido en un campo minado de compromisos, tensión y... caos emocional.

Pero esta vez sería diferente. Mañana, el encuentro sería en mi casa.

Y, sinceramente, lo necesitaba. Necesitaba un poco de normalidad, un respiro entre las tormentas.

La única parte curiosa —y quizá peligrosa— era el libro que había elegido.

Entre tantos posibles, opté por uno que hablaba de redención, culpa y amores que no deberían existir.

Una historia intensa, llena de contradicciones y silencios cargados. Sonreí para mí misma, girando el bolígrafo entre los dedos.

El tema podría parecer una simple coincidencia, pero yo sabía que no lo era. Porque había alguien que encajaba demasiado bien en ese tipo de historia. Alguien que, aunque no participara en la reunión, acabaría convirtiéndose en el centro de ella...

Hunter.

Y, de algún modo que aún intentaba entender, quería ver su reacción.

HUNTER SMITH

Stephanie llevaba rondándome desde temprano. Se notaba.

Esa energía inquieta, esa mirada que fingía distracción pero lo observaba todo, como si tramara algo. Y cuando se acercó con esa sonrisa ladeada —la misma que siempre anunciaba problemas—, supe que se avecinaba tormenta.

—Quiero hacerte un anuncio —empezó, cruzándose de brazos y ladeando un poco la cabeza—. Algo que aún no sabes.

Desconfié al instante.

—Dilo. —Fui directo, midiendo cada uno de sus gestos.

—Verás... —hizo una pausa larga, con una expresión de falsa inocencia— tenemos un club de lectura. Nos reunimos todos los domingos para hablar de novelas románticas. Falté las dos últimas semanas porque, bueno... —suspiró, fingiendo vulnerabilidad— todo aquel lío con mi padre me dejó fuera de juego.

Hasta ahí, todo normal. Pero entonces llegó el golpe.

—Solo quería avisarte de que mañana la reunión será aquí. —Sonrió de lado, con los ojos brillando de picardía—. Y el libro de esta semana es El aire que él respira.

Por supuesto. Tenía que ser ese.

Su rostro se iluminó de un modo que me puso en alerta. La princesa estaba tramando algo, y ya podía imaginar el tipo de tortura que tenía en mente.

—Ni hablar —repliqué con firmeza—. Ni me mires así.

—Oh, va a ser divertido —dijo, acercándose lo suficiente para provocarme—. ¿Qué problema hay en participar un poquito?

—No.

—¿Seguro? —insistió, con ese brillo provocador en los ojos.

—Segurísimo.

Suspiró de forma teatral y frunció los labios.

—Qué lástima...

—Búscate otra víctima. —Crucé los brazos—. Que haya leído ese libro una vez no significa que vaya a participar en esa... cosa colectiva.

Stephanie dio un paso al frente y su sonrisa cambió. Ahora era el tipo de sonrisa que me hacía querer huir... y besarla al mismo tiempo.

—Creo que no lo has entendido, Hunter. —Su voz bajó casi a un susurro, cargada de desafío—. Vas a estar ahí igualmente. Participes o no. Porque haremos la reunión al aire libre y... —hizo una breve pausa, con los ojos fijos en los míos— tú eres mi guardaespaldas personal.

Sabía exactamente lo que estaba haciendo.

—Olvidas algo, princesa —murmuré—. Tengo a John y a Kenypher para ese trabajo.

—Hm. Es verdad. —Fingió pensar, con una expresión de falsa tristeza—. Qué pena entonces si te digo que estarán... ocupados ese día. —Y volvió a lanzarme esa mirada maliciosa—. ¡La decisión es toda tuya! —guiñó un ojo, triunfante, antes de apartarse medio paso.

La miré en silencio. Había ganado. Otra vez.

—¿Sabes una cosa, Hunter? —dijo, girándose hacia mí con voz irónica—. Por mucho que no nos llevemos bien, estoy aprendiendo algunas cosas.

—¿De qué hablas? —pregunté con un gruñido bajo.

Se acercó más, despacio, segura, y empezó a hacer pequeños círculos con el dedo sobre el tejido de mi camisa. El contacto, ligero y casi inocente, me provocó un escalofrío involuntario que me recorrió la nuca.

—De ser como tú —respondió con una sonrisa torcida—. De estar siempre un paso por delante de los demás. —Hizo una breve pausa, observándome de arriba abajo—. Y, admitámoslo, eres un gran profesor.

Incliné la cabeza, intrigado.

—¿Pero...?

Se acercó aún más, tan cerca que pude oler su perfume dulce mezclado con el calor de su cuerpo.

—Pero... —susurró, con los labios casi rozando mi piel— aprendo rápido. Y voy a superarte.

Sonrió, triunfante, y se alejó antes de que pudiera decir nada. Salió de la habitación con la cabeza alta y ese andar provocador, sin mirar atrás.

Me quedé quieto un rato, mirando la puerta por la que había desaparecido. El pecho aún me subía y bajaba, intentando entender cómo esa mujer —esa maldita mujer— conseguía desarmarme con tanta facilidad.

Stephanie estaba volviéndose muy buena en eso.

CAPÍTULO 12



«En caso de duda, es mejor dejarse llevar...»

STEPHANIE TORRES

Hunter no tenía ni idea de lo persuasiva que podía llegar a ser. Pero pronto lo descubriría.

Pasar tanto tiempo a su lado se había convertido en un desafío que no estaba dispuesta a perder. Si él quería un juego de provocaciones, perfecto: estaba más que preparada para entrar en él.

Y esta vez pensaba ganar. Sabía que odiaría cada segundo de aquel encuentro.

¿Un grupo de mujeres debatiendo apasionadamente sobre personajes de novela romántica?

Definitivamente, el infierno personal de Hunter.

Sonreí sola frente al espejo mientras terminaba de recogerme el pelo. Había algo divertido en imaginar al hombre frío, metódico y siempre en control siendo obligado a escuchar a una docena de voces femeninas hablando de amor, deseo y finales felices.

Va a ser divertido, pensé.

Poco después sonó el timbre, seguido de risas. Mis amigas empezaron a llegar una a una, con botellas de vino, libros llenos de post-its de colores y esa energía caótica y contagiosa que tanto había echado de menos en las últimas semanas.

Fueron directas al jardín, donde había preparado un pequeño rincón con cojines, sillas y luces colgantes entre los árboles. El olor del jazmín se mezclaba con el del vino que Evelyn ya había abierto, y el ambiente era perfecto: ligero, relajado, femenino.

Hunter, en cambio, desentonaba por completo en aquella escena. Alto, imponente, apoyado en la pared junto a la puerta, con los brazos cruzados y la mirada fija en cada movimiento.

Incluso en silencio, lograba atraer todas las miradas sin esfuerzo alguno.

Vi cómo Luiza y Evelyn se acercaban a él, como dos adolescentes frente a una estrella de cine. Las dos creían tener cierta “confianza” con mi guardaespaldas, lo cual era hilarante teniendo en cuenta que Hunter rara vez respondía con más de dos palabras.

—Suerte, chicas —murmuré para mí misma, riendo por lo bajo.

Esperé a que todas se acomodaran antes de unirme al grupo. Contándome a mí, éramos diez mujeres, diez voces apasionadas

dispuestas a analizar cada línea del libro de la semana: El aire que él respira.

Hunter, desde fuera, parecía a punto de implosionar de aburrimiento. Me aclaré la garganta y sonreí al grupo.

—Gracias por venir, chicas. —Mi voz sonó más animada de lo que esperaba—. He estado dos semanas sin participar en las reuniones, pero he vuelto para quedarme. Me encanta escuchar vuestras opiniones, incluso cuando no coincidimos —sobre todo cuando no coincidimos, de hecho.

Algunas aplaudieron, otras alzaron las copas en señal de brindis. Fue entonces cuando miré hacia un lado.

Hunter seguía allí, inmóvil, observando la escena con la expresión más incrédula que había visto en mi vida. Movié la cabeza lentamente y cruzó los brazos, como diciendo “no puede ser que esto me esté pasando”.

Me mordí el labio para contener la risa. Verlo incómodo resultaba casi... delicioso.

—Bien —anuncié, intentando parecer concentrada—. ¿Quién quiere empezar?

De inmediato, una lluvia de manos alzadas inundó el círculo. Todas querían hablar.

El entusiasmo era tal que parecía un coro femenino en plena sinfonía caótica. Mientras las primeras voces comenzaban a debatir sobre el misterioso protagonista y su redención, mis ojos se desviaron hacia Hunter una vez más.

Estaba serio, con el mentón tenso, los ojos clavados en mí... y por un breve instante, tuve la sensación de que me estaba desafiando en silencio.

Sonreí.

Que empiece el juego, Hunter.

HUNTER SMITH

—¿Cuál es tu opinión sobre el libro, Mandy? —preguntó Stephanie, con esa sonrisa dulce que, para quien la conocía, era el preludio del caos.

Y ahí estaba yo. Atrapado. Rodeado por diez mujeres que hablaban —y suspiraban— sobre una novela romántica.

De todas las situaciones que imaginé enfrentar en la vida, esta, sin duda, no estaba en la lista.

Me senté en una de las sillas del rincón, observando el espectáculo. Era como asistir a una obra de teatro sobre la idealización masculina, con aplausos, risas y copas de vino tintineando de vez en cuando.

Lo más cruel era que Stephanie sabía perfectamente cuánto me incomodaba todo aquello, y parecía alimentarse de ello.

De vez en cuando me lanzaba una mirada provocadora, con la comisura de los labios curvada en una sonrisa de quien sabe que está ganando el juego.

Mandy, una de las más entusiastas, se enderezó en la silla y respondió con emoción:

—Uno de los mejores que he leído. ¿A quién no le gusta un ogro que se transforma?

El coro de voces femeninas inundó el jardín. Risas, suspiros e incluso un «¡ah, Tristan!» resonó desde algún rincón. Cerré los ojos un instante y conté hasta cinco.

—Creo que las mujeres consiguen sacar lo mejor de un hombre —prosiguió Mandy, convencida—. Y la pasión acaba envolviéndonos, una termina deseando que el amor los transforme.

—¡Exacto! —exclamó una pelirroja entusiasmada—. ¡Nosotras, las mujeres, adoramos a los rotos!

Miré directamente a Stephanie. Alcé una ceja y murmuré, solo para que ella me oyera:

—Estoy de acuerdo con la señorita pelirroja. Tenéis debilidad por arreglar hombres, ¿verdad?

Fingió no oírme, pero la sonrisa en su rostro la delató.

—¿Qué hace que nosotras, las mujeres, devoremos una novela romántica? —preguntó Stephanie en voz alta, volviéndose hacia el grupo. Pero su mirada —esa mirada provocadora y persistente— estaba fija en mí.

¿En serio? ¿Iba a torturarme así delante de todo el mundo?

Las respuestas empezaron a brotar una tras otra, como un coro bien ensayado de confesiones.

—¡Imaginar las escenas! —dijo una rubia riendo.

—¡Entender el estado de ánimo de los personajes! —añadió otra.

—¡Sumergirse en el ambiente y viajar sin moverse de casa!

—¡Observar el nacimiento del amor en su forma más pura! —suspiró una cuarta, soñadora.

Crucé los brazos y me recosté en la silla, resignado. Al parecer, aquella reunión iba para largo. Larga y... dolorosamente femenina.

Mientras ellas hablaban de sentimientos y redenciones, yo solo podía pensar en lo mucho que Stephanie parecía disfrutar al verme allí —un hombre claramente fuera de lugar, prisionero de su propia promesa de protegerla.

Sabía que me incomodaba, y se aseguraba de saborearlo al máximo.

—Muy bien, chicas —dijo Stephanie, con renovado entusiasmo—. Pasemos a la listita de preguntas. ¿Qué os ha parecido el cambio de Tristan?

Las voces se alzaron en una nueva oleada de excitación. Pero yo no escuché ni una palabra.

Estaba demasiado ocupado observando la forma en que ella sonreía: el brillo travieso en los ojos, la confianza, la ligereza.

Y en ese momento me di cuenta de algo que me incomodó aún más que estar rodeado de diez lectoras apasionadas: estaba empezando a disfrutar de ver a Stephanie en ese papel.

Al mando. Desarmada. Y peligrosamente encantadora.



Seguía allí. Atrapado en aquel círculo interminable de voces femeninas que hablaban —y hablaban— del mismo maldito libro desde hacía más de una hora.

Al principio incluso intenté seguir el hilo. Eran organizadas, disciplinadas, respetaban los turnos para hablar. Pero bastó con que una discrepara de un detalle para que empezara el caos.

Ahora, lo que antes parecía un club de lectura, se asemejaba más bien a un campo de batalla. Y yo, el espectador indefenso. No exagero si digo que aquello se estaba convirtiendo en un auténtico suplicio.

Y, paradójicamente, yo ya había leído el libro... dos veces.

No me juzguéis.

Tengo esa manía de releer lo que me marca, quizá para fijar mejor la historia. O porque, de algún modo, me gusta entender qué sentí la primera vez y comparar con lo que siento la segunda.

Lo hago con todo, incluso con biografías. Y no me arrepiento.

Pero escuchar a diez mujeres debatir sobre un solo personaje masculino como si fuera un dios griego caído del cielo... eso sí era tortura.

—¡En el fondo, todos los hombres son unos idiotas! —exclamó una, levantando su copa de vino como si dictara una sentencia divina.

—¡No generalices! —replicó otra, indignada—. ¡Hay personajes maravillosos, amables, que no merecen esa etiqueta!

—¡Excepciones! —gritó la rubia del rincón, gesticulando tanto que casi tiró el vaso de su compañera.

—No estoy de acuerdo —respondió otra, con un tono teatral—. Creo que deberíais leer las novelas de otra manera.

El ambiente se caldeaba. Las palabras cruzaban el aire, cargadas de emoción y convicción. Por un momento, empecé a encontrarle cierta gracia. Ese tipo de caos que solo las mujeres saben convertir en espectáculo.

Stephanie, por supuesto, lo observaba todo con esa sonrisa ladeada. Sabía exactamente lo que hacía. Sabía que yo estaba allí, al borde de la paciencia, y se estaba deleitando con cada segundo de mi agonía.

Fue entonces cuando una de ellas se giró hacia mí, con una mirada curiosa, casi cómplice.

—Eh... —me llamó.

Alcé una ceja.

—¿Sí?

—Eres el jefe de seguridad de Steph. Hunter, ¿verdad?

Suspiré para mis adentros.

Por lo visto, la princesa se había encargado de anunciarle al mundo quién era yo.

—Sí —respondí, seco.

De repente, todas me miraron. Al mismo tiempo.

¿Por qué esa repentina curiosidad?

Diez pares de ojos femeninos analizándome como si fuera un nuevo personaje a examinar.

—Queremos saber tu opinión sobre lo que estamos debatiendo —dijo una, sonriendo.

Ah, claro. El circo estaba completo.

—No sé... —empecé, rascándome la nuca—. El romance no es precisamente mi especialidad.

Stephanie se removió en la silla, saboreando abiertamente la situación.

—Steph nos contó que leíste el libro cinco veces —dijo Mandy, entusiasmada—. Y que hiciste comentarios brillantes sobre la historia.

Lancé a Stephanie una mirada que, si pudiera, habría quemado su sonrisa. Pero ella solo me devolvió una expresión de falsa inocencia, los labios curvándose en un gesto cínico y victorioso.

—Está equivocada —dije, cruzándome de brazos y controlando el tono.

—Hunter es tímido —intervino Stephanie, fingiendo dulzura—. Dijo que no quería interrumpir el debate, pero que le encantaría escuchar nuestras opiniones.

Las mujeres rieron, divertidas. Y entonces llegaron los comentarios.

—Ay, pero nos encantaría escuchar tus impresiones, Hunter.

—Sí, quiero oír una opinión masculina.

—Sería precioso que un hombre comentara uno de los mejores libros que he leído.

Con cada frase, más voces se unían. Un coro unísono, caótico y... absolutamente infernal.

El parloteo se adueñó del ambiente, y me di cuenta de que estaba rodeado —literalmente rodeado— por mujeres ansiosas por arrancarme una opinión sobre una novela que, irónicamente, conocía mejor que todas ellas juntas.

Stephanie observaba divertida, con esa mirada maliciosa que decía todo sin pronunciar palabra.

Había ganado. Otra vez.

Y yo, bueno...

Nada es tan malo que no pueda empeorar.

Especialmente cuando tienes a una princesa dispuesta a convertir cada segundo de tu vida en su propio campo de batalla.

STEPHANIE TORRES

Hunter estaba claramente incómodo. El cuerpo rígido, los hombros tensos, la mirada fija en algún punto del jardín... todo en él gritaba incomodidad.

Y eso, por supuesto, hacía la escena infinitamente más divertida. Había reservado lo mejor para el final.

Dejé que mis amigas hablaran, rieran, discutieran entre ellas... y solo después les conté que El aire que él respira era uno de los libros preferidos de mi encantador guardaespaldas.

Pero con una condición: solo podrían interrogarlo cuando estuviéramos a punto de terminar el encuentro.

Conociendo a Hunter como lo conozco, si hubiesen sacado el tema al principio, se habría esfumado en cuestión de segundos — seguramente con una excusa muy convincente.

Pero ahora ya era tarde. Estaba atrapado.

—Prefiero escucharlas hablar —dijo él, con voz tranquila, controlada, casi diplomática—. Me ha gustado la forma en que estáis analizando la historia.

Ah, falso. Le conocía demasiado bien como para caer en ese teatrillo. Hunter se estaba escaqueando, intentando parecer educado.

¿Lo más gracioso? Siempre trataba bien a mis amigas: educado, simpático, incluso atento. Conmigo, en cambio, era un auténtico bruto.

—¿Qué opinas de las novelas románticas en general, Hunter? —preguntó una de las chicas, ignorando por completo su intento de dar

por zanjado el tema.

Lo miré y crucé los brazos, curiosa.

¿Y ahora qué, guardaespaldas?

—Sé leer. Me gusta leer de todo. Independientemente del género.

Su tono era neutro, pero yo lo noté —solo yo—: aquella pregunta lo había acorralado.

—Venga, dinos la verdad —insistió Evelyn, entusiasmada—. ¿Has leído o no el libro del que estamos hablando?

Hunter abrió la boca, pareció pensárselo... y al final cedió:

—Sí. Lo he leído.

Diez pares de ojos se giraron hacia él, y un silencio expectante se apoderó del jardín.

—¿Y qué te ha parecido la historia? —preguntó Luiza, entre risas.

Respiró hondo antes de responder, como si se preparara para enfrentarse a un público hostil.

—Es una buena historia —empezó, despacio—. Me parece natural, distinta a otras novelas. Nunca sabremos lo que el dolor de la pérdida puede hacer en la cabeza de alguien. Cada persona lo afronta a su manera... algunos se aíslan, otros se pierden intentando empezar de nuevo. Él eligió el camino más directo, sin pensar en las consecuencias. Y hay química entre Tristan y Elizabeth. La trama está bien construida. Eso es todo.

Me quedé mirándolo, completamente perpleja. Era imposible no sorprenderse con la forma en que hablaba, con la claridad y la sensibilidad escondidas bajo esa coraza de frialdad.

Mis amigas estaban eufóricas. El silencio inicial fue sustituido por un murmullo entusiasmado.

—¡Madre mía, qué análisis tan perfecto!

—¡Ha entendido el libro mejor que nosotras!

—¿Un guardaespaldas que cita novelas románticas? ¡Me he enamorado!

Hunter mantuvo el semblante impassible, como si nada de aquello lo afectara. Pero yo lo conocía lo suficiente como para notar cómo se le tensaba la mandíbula: su clásico signo de incomodidad.

—¿Cuál fue tu parte favorita del libro? —preguntó una de las chicas, emocionada.

—Ninguna. —La respuesta fue seca.

—Ah, venga ya, seguro que hay alguna frase que te marcó —insistió Evelyn.

Mientras lo acosaban a preguntas, él desvió la mirada hacia mí. Y fue una de esas miradas. De las que dicen: “tu castigo será el doble”.

Entonces habló. Bajo. Serio.

—«Todo el mundo merece tener al menos un amigo en quien poder confiar sus miedos y secretos».

El tiempo se detuvo. Me quedé inmóvil.

Las palabras resonaron en mi cabeza, y no podía asimilar el hecho de que las recordara de memoria.

—¡Ayyy, qué tierno!

—¡Dios mío, lo ha citado de memoria!

—¡Es Tristan en la vida real!

Los cumplidos llovieron, y Hunter permaneció inmóvil, impasible, como si no acabara de dejar a medio grupo suspirando.

Yo, en cambio, apenas podía disimular el impacto. El corazón me latía demasiado rápido, y algo cálido se extendía por dentro, irritándome conmigo misma.

Se inclinó ligeramente hacia delante, con los ojos fijos en los míos, y habló con la calma de quien sabe exactamente lo que hace:

—No esperéis encontrar a un hombre así en la vida real. Es mi consejo. —Su voz sonó ronca, baja—. Conformaos con los normales. Y si no podéis... os sugiero que os quedéis con los libros. Al menos allí, el final está garantizado.

El silencio que siguió fue casi palpable. Algunas rieron, otras suspiraron. Pero yo...

Yo solo lo miré, con la sensación de que aquella provocación iba dirigida directamente a mí.

Y quizá, por primera vez, Hunter había ganado una de mis partidas.

HUNTER SMITH

Hunter ya había tenido suficiente. O mejor dicho... el debate había terminado.

Dios bendito. No recordaba la última vez que me sentí tan torturado en silencio.

Demasiadas mujeres, demasiado vino, demasiadas opiniones... y encima tuve que escuchar a una decir que me parecía al protagonista del libro. Tristan, el ogro sensible.

Lo dejé pasar. Sería carencia. Sí, era más fácil creer eso.

Cuando la última por fin se marchó, el jardín quedó en silencio. Las luces amarillentas colgando de los árboles aún se mecían suavemente con el viento, y el rastro dulzón de perfume en el aire me daba un leve dolor de cabeza.

Y entonces, por supuesto, apareció ella. Stephanie. Con ese brillo en los ojos que siempre me ponía en guardia.

—Estoy bastante orgullosa de ti —dijo, acercándose hasta quedar peligrosamente cerca—. De cómo has interactuado con las chicas. Has ganado algunos puntos conmigo.

—No necesito puntos. Mi trabajo no va de eso —respondí, seco.

Ella arqueó una ceja con esa sonrisa insolente.

—Eso no sirve de nada. —Me guiñó un ojo, maliciosa—. Ser borde conmigo no va a borrar lo bien que te has portado con ellas. En el fondo sé que te gusta agradar a la gente.

Solté una risa breve, sin humor.

—¿Te he dicho ya que te prefiero callada?

—¿Y yo te he dicho que me ha encantado oírte comentar la novela? —replicó al instante, inclinando la cabeza con aire provocador.

Sonreí de lado, ese tipo de sonrisa que sabía que la irritaba... y, para mi desgracia, también la divertía.

Esa mujer me estaba poniendo a prueba. A propósito. Y, para mi fastidio, lo estaba consiguiendo.

Era capaz de alterar mi equilibrio mental como nadie. Yo, que siempre había valorado el control absoluto, empezaba a perder el juego cada vez que me miraba así.

Aunque, por otro lado, debía admitir —aunque solo fuera para mí— que estaba ganándose algo raro en mí: respeto.

—Como prefieras, princesa —murmuré, ajustando el chaleco—. Solo creo que deberías tener más cuidado con una cosa.

—¿Con qué? —preguntó, curiosa, dando un paso más hacia mí.

—Con ir contándole a todo el mundo que soy tu guardaespaldas. No es buena idea.

Frunció el ceño.

—¿Y qué problema hay?

Definitivamente, la inteligencia no era su punto fuerte.

—Me pones a prueba, ¿lo sabías? —dije, al borde de la paciencia—. ¿No estás de acuerdo en que cuanto menos gente lo sepa, mejor?

Cruzó los brazos y me sostuvo la mirada con esa mezcla de desafío, ironía y encanto.

—No estoy de acuerdo. —Se encogió de hombros—. Eres un armario andante, Hunter. Vives pegado a mí, dentro y fuera de casa. No es como si la gente no se diera cuenta.

La forma en que pronunció mi nombre me hizo contener el aliento un segundo. Era raro oírsele decir así: bajo, firme, sin sarcasmo.

—Así que, en mi cabeza, no tiene sentido esconderlo —continuó, avanzando otro paso—. Tú mismo te encargas de demostrar que no te separas de mí. ¿Alguna objeción más?

Volvía a provocarme.

—Solo eso —respondí al fin.

Sonrió satisfecha, como quien da por concluida una batalla sabiendo que ha ganado.

—Perfecto. —Giró sobre los talones, el pelo cayéndole sobre la espalda—. Entonces, asunto resuelto.

Se detuvo un instante antes de subir las escaleras y me lanzó una última mirada por encima del hombro.

—Voy a darme un baño bien largo —dijo con un tono ligero, casi inocente, pero con una sonrisa que desmentía cada palabra.

Permanecí inmóvil unos segundos, observándola mientras subía. El sonido de sus pasos resonó en el pasillo, suave y provocador, como si lo hiciera a propósito. Cada movimiento, cada vaivén del cabello, cada mirada por encima del hombro parecía calculado para ponerme a prueba.

Y funcionaba.

Cuando desapareció de mi vista, el silencio se volvió demasiado denso. La respiración, que antes controlaba con disciplina, ahora salía pesada, entrecortada.

El aire parecía distinto —cálido, cargado de algo que no quería... aunque ya no sabía si realmente quería evitarlo.

Esa mujer iba a acabar conmigo. Y lo más inquietante era admitir que quizá eso era justo lo que quería.

—¿Eso ha sido una forma de pedirme compañía? —pregunté, con voz ronca y firme, aunque el control ya se me escapaba entre los dedos.

Por un momento pensé que no respondería. Pero entonces, desde lo alto de la escalera, oí su voz —baja, casi un susurro, pero con la fuerza de un golpe directo.

—¿Estás seguro? —dijo, antes de desaparecer por completo.

Me quedé allí, quieto, mirando el pasillo vacío como si ella siguiera ahí. Todo mi cuerpo reaccionaba a aquella provocación silenciosa.

Y por más que intentara racionalizar —recordarme el profesionalismo, las reglas, la línea que jamás debía cruzar—, algo dentro de mí ya había tomado la decisión en el mismo instante en que ella me miró de aquella manera.

Los minutos siguientes fueron una batalla interna entre lo que debía hacer y lo que quería hacer. Y el deseo, maldito y creciente, ganó.

Respiré hondo, me pasé las manos por la cara y caminé hacia el pasillo.

El sonido lejano del agua cayendo en el baño me golpeó como una invitación que no debía aceptar... pero que ya estaba aceptando. El corazón me latía deprisa; cada paso resonaba sobre el suelo frío, mezclando culpa y atracción en proporciones desiguales.

Me detuve ante la puerta entreabierta. Por un momento cerré los ojos, intentando convencerme de marcharme, de que nada de

aquello tenía sentido.

Pero entonces oí su voz. Baja. Dulce. Sonriendo.

—¿Vas a quedarte ahí parado, Hunter? —su voz llegó amortiguada por la puerta, con una provocación tan suave que me atravesó por completo.

Permanecí inmóvil, respirando hondo, como si tuviera que elegir entre la cordura y el abismo.

El problema era que el abismo tenía su rostro.

Empujé la puerta despacio. El sonido metálico del pestillo resonó en el aire, y por un instante, el mundo pareció desacelerar.

El vapor del agua escapaba por la rendija, mezclándose con el olor dulce del jabón y con ese perfume que era solo suyo.

Todo me envolvía: el calor, el aroma, la sensación casi asfixiante de que estaba a punto de cruzar una línea que jamás debía traspasar.

Ella estaba allí, de espaldas a mí, el hombro al descubierto, el pelo mojado pegado a la piel. Giró apenas lo suficiente para mirarme por encima del hombro, y la sonrisa que me dedicó no dejaba lugar a malentendidos.

—Pensaba que no aceptabas invitaciones —dijo con voz baja, ronca, como si el aire también la traicionara.

—Pensaba que tú no las hacías —respondí, sin poder ocultar la aspereza en mi voz.

Un segundo. Luego otro. La distancia entre nosotros se acortó sin que me diera cuenta de cuándo había empezado a avanzar.

El sonido del agua era el único ruido entre nosotros, un fondo constante para lo que estaba a punto de suceder. Ella dio un paso atrás, adrede, y fue suficiente para acercarme aún más.

Podía sentir el calor de su piel, su perfume mezclado con el vapor, y su respiración entrecortada, que delataba que estaba tan perdida como yo.

—Hunter... —susurró, y mi nombre en sus labios sonó distinto. Como una confesión.

Mi mano se movió sola, rozando su brazo. El contacto fue mínimo, pero bastó. Su piel estaba cálida, húmeda, viva. Por un instante, todo pareció suspendido: el tiempo, el sonido, la lógica.

—No debería estar aquí —murmuré, más para mí que para ella.

Ella se giró despacio, los ojos fijos en los míos, y la sonrisa desapareció.

—Entonces ¿por qué estás?

La pregunta me golpeó de lleno. Porque estaba cansado de fingir que no la deseaba. Cansado de luchar contra lo que era imposible contener.

Di un paso más, y el espacio entre los dos desapareció por completo.

Ella respiró hondo, y el sonido de ese suspiro fue la chispa final que me hizo rendirme.

Apoyé la frente en la suya, sintiendo el calor de su piel, su aliento leve, el mundo estrechándose hasta caber en ese pequeño espacio que existía entre nuestras bocas.

—Me provocas todo el tiempo, ¿lo sabías? —susurré, con la voz áspera.

—Y te encanta —contestó en un susurro descarado.

Sonreí, pero el control ya no existía.

El aire entre nosotros desapareció, y lo que quedó fue la tensión, el deseo contenido, la inevitabilidad. Su mano sobre mi pecho ardía como una brasa; era un gesto leve, pero lo decía todo.

No quería que me apartara. Y yo ya no tenía fuerzas para hacerlo.

Las yemas de sus dedos se deslizaron lentamente por el tejido de mi camisa, y por un momento todo mi cuerpo se puso en alerta. Cada célula, cada músculo, cada respiración.

—Di algo —susurró, con la voz más baja, más vulnerable.

—Estoy intentando no hacerlo.

—¿Y por qué no lo haces ya? —replicó, mirándome con una osadía que apenas escondía el miedo que la acompañaba.

Era una contradicción deliciosa: provocaba con firmeza, pero sus ojos traicionaban lo nerviosa que estaba.

Era como si dijera “ven”, pero en silencio suplicara “solo si es de verdad”.

Y yo quería que lo fuera. Y lo era. Me incliné. Despacio.

Su respiración se aceleró, los ojos se cerraron antes de que nuestros labios se tocaran.

El primer contacto fue como una descarga en el centro del pecho: cálido, firme, lleno de todo lo que había quedado retenido demasiado tiempo.

El beso empezó contenido. Un roce tímido de bocas que más parecía una promesa. Pero duró poco.

Ella llevó las manos a mi cuello, tirando de mí con más fuerza, como si me dijera que no quería cautela. Y yo respondí. Con todo.

Mi ropa estaba empapada, y me la quité de encima con rapidez.

Su otra mano subió hasta mi rostro, y sus dedos se aferraron a mi nuca con firmeza, al tiempo que sus labios se amoldaban a los míos con una urgencia que parecía intentar recuperar todo el tiempo perdido.

Mis manos acabaron en su cintura, atrayéndola más hacia mí.

Jadeó entre beso y beso, y el sonido que escapó de su garganta me golpeó como un impacto directo.

La piel bajo mis manos estaba caliente, firme, y su cuerpo temblaba levemente: un detalle sutil, pero suficiente para darme cuenta de que sentía exactamente lo mismo que yo.

Deseo. Confusión. Entrega.

Separé los labios un segundo solo para mirarla. Su respiración estaba descompasada, los ojos entreabiertos, los labios rojos y húmedos.

Parecía perdida. Pero no dudaba.

—¿Esto... está mal? —murmuró, como si aún quedara espacio para las dudas.

Deslicé el pulgar por su mejilla, intentando recordar todas las razones por las que nunca debería haber cruzado esa línea.

—Ya no lo sé. —Mi voz salió baja, ronca, sincera—. Pero tampoco me importa.

Sonrió, ese tipo de sonrisa lenta, peligrosa, acompañada de un brillo en los ojos que anunciaba anticipación.

No había reglas. No había función. No había control.

Solo existíamos nosotros. Y lo inevitable.

El vapor del agua aún flotaba en el ambiente, envolviéndolo todo en una neblina tibia que se pegaba a la piel.

Estaba frente a mí, tan cerca que podía sentir el calor de su cuerpo fundiéndose con el mío: una invitación silenciosa que ya no podía rechazar.

Me incliné, y esta vez, cuando nuestros labios se encontraron, el beso llegó cargado de todo lo que habíamos reprimido durante demasiado tiempo.

No hubo vacilación.

Fue intenso, urgente, el tipo de beso que hace desaparecer el mundo.

Ella se entregó por completo, sin reservas. Sus manos pequeñas subieron a mi rostro, luego se perdieron en mi pelo, tirando de mí cada vez que intentaba respirar.

Y yo no resistí.

A cada toque, a cada sonido contenido que escapaba de su garganta, me hundía un poco más. Su sabor era cálido, dulce, imposible de describir.

Una adicción de la que ya sabía que no podría librarme.

Cuando empezó a faltar el aire, apoyé la frente en la suya; ambos jadeábamos, y por un segundo el silencio sonó más alto que cualquier palabra.

Sus ojos me buscaron, brillantes, atrapados entre el miedo y el deseo.

Mis manos seguían firmes en su cintura, y ella, por puro impulso, se acercó aún más, pegando su cuerpo al mío, como si quisiera borrar el espacio que quedaba entre nosotros.

Su respiración rozaba mi cuello, cálida, desbocada, y cuando volvió a mirarme, había rendición en su mirada.

El sonido del agua llenaba el aire, mezclado con nuestras respiraciones y con el ritmo descontrolado del momento.

Todo lo que ocurrió después quedó suspendido entre el rumor del agua y el calor de la piel.

—Te necesito ahora —gruñí.

En ese instante, su urgencia reflejó la mía. No retrocedió ni un milímetro. No dudó.

La rendición total en sus ojos era la única señal que necesitaba.

La atracción era una fuerza de la naturaleza, y no podíamos luchar contra ella.

Le agarré la mano y la conduje fuera de aquel baño de vapor.

El sonido del agua quedó atrás, convertido en un ruido lejano e insignificante.

El mundo se había detenido; solo quedaban la penumbra del dormitorio y la urgencia de nuestros cuerpos.

Caímos sobre la cama, una caída inevitable, pero extrañamente suave.

Sus manos fueron directas a mi rostro, sus uñas arañando levemente mi nuca, y supe que era el punto de no retorno.

Me deshice de la ropa húmeda con torpeza, mis manos ansiosas por sentir su piel sin barreras.

Allí, en la penumbra, la redescubrí.

Ya no había espacio para el juego ni para la cautela.

Cada toque, cada beso que dejaba sobre su piel era una confesión muda, un “te quiero” que mi boca aún no se atrevía a pronunciar.

Exploraba, sentía, inhalaba su olor —mi paraíso personal.

Nos unimos, no por impulso ciego, sino por una necesidad visceral de pertenecer.

Fue una comunión silenciosa y profunda, donde la pasión servía de puente hacia el alma.

Lo que compartimos en ese instante fue más que placer físico: fue la certeza de que no estaba solo, de que la locura que sentía por ella era recíproca.

La miré, y ella me miró, los ojos llenos de una honestidad brutal que me desarmó.

La intensidad me consumió hasta el último hilo de cordura.

Y entonces llegó la calma.

El peso de mi cuerpo cayó sobre el suyo, exhausto, pero extrañamente lleno de vida.

El silencio que se instaló no era vacío; estaba lleno del sonido de nuestras respiraciones apaciguándose y del latido acompasado de nuestros corazones.

Yo estaba acurrucado en la curva de su cuello, sintiendo el pulso acelerado bajo mi mejilla.

Su olor —una mezcla de jabón, sudor y sexo— se convirtió en mi nuevo aroma favorito del mundo.

La estreché con más fuerza, mi brazo rodeándola en un abrazo protector.

Aquel gesto decía más que cualquier declaración de amor.

—¿Estás bien? —susurré, con la voz irreconocible de lo ronca que sonaba, el sonido apagado contra su piel. Necesitaba estar seguro.

No se apresuró a responder. Sentí la punta de sus dedos acariciando mi pelo húmedo, con un movimiento lento, paciente, lleno de ternura.

—Nunca he estado mejor...



«El momento que tanto esperamos siempre llega rodeado de mil preguntas. ¿Cuál es la tuya?»

HUNTER SMITH

Fue difícil conciliar el sueño aquella noche —la primera que pasé con Stephanie—.

El cuerpo pedía descanso, pero la mente se negaba a parar, empeñada en revivir cada detalle, cada roce, cada mirada perdida en la oscuridad.

No imaginaba que sería tan intenso. Pero, a veces, es bueno equivocarse.

Cuando amaneció, me di cuenta de que el mundo seguía igual... salvo por dentro de mí.

Había algo distinto. Un peso nuevo, una inquietud que me recordaba que nada entre nosotros sería sencillo.

Y aun así, tenía que concentrarme. Había asuntos más urgentes que resolver.

Mi cabeza llevaba semanas centrada en una decisión que, por fin, había llegado el momento de ejecutar.

Romeo.

Quería tener a mi amigo de nuevo cerca. Necesitaba verlo con mis propios ojos, asegurarme de que realmente estaba mejor.

Pero, al mismo tiempo, no podía permitir que se acercara demasiado a Stephanie.

Ella era el eje de mi misión, y yo era demasiado metódico para dejar cabos sueltos —sobre todo cuando el pasado de Romeo aún lo perseguía.

Aun así, aquel trabajo era perfecto para lo que necesitaba. Había algo que no conseguía quitarme de la cabeza: una sospecha silenciosa, casi imperceptible, pero que rugía dentro de mí.

¿Y si alguien estaba observando a Stephanie?

¿Y si había algo que todos nosotros habíamos pasado por alto?

Romeo llegó a la hora exacta. Puntual, como siempre.

El lugar era aislado: un camino de tierra que terminaba en un viejo almacén abandonado, uno de mis puntos de encuentro preferidos cuando quería evitar miradas indiscretas.

Todavía había gente detrás de él, y una de esas personas, en especial, me inquietaba.

—Hunter —dijo en cuanto me vio—. ¿Ha pasado algo?

Su voz aún conservaba un leve temblor, un eco de todo lo vivido. Asentí, manteniendo los ojos fijos en los suyos.

—Tenemos que hablar. En serio.

Asintió, más alerta ahora.

—Claro.

Durante unos segundos permanecemos en silencio. Lo observé, viendo al hombre que siempre admiré intentando recomponerse pieza a pieza.

Aún le costaba sostenerme la mirada. Había en él un cansancio invisible, de ese tipo que ni la mejor terapia logra borrar del todo.

Pero confiaba en él. Y tal vez eso era lo que más me asustaba.

—Te necesito —empecé, firme—. Quiero saber si tu percepción sigue intacta.

Abrió los ojos, sorprendido.

—¿De verdad... me vas a dejar volver?

Su entusiasmo fue inmediato. El brillo en su mirada era inconfundible.

—Este será tu prueba de fuego —expliqué—. Yo mismo supervisaré tu progreso. Pero, por ahora, el trabajo será ligero. Quiero ver hasta dónde puedes llegar. Si todo sale bien, volverás oficialmente a mi equipo.

Romeo sonrió —una sonrisa auténtica, como hacía mucho no veía.

—Tío... haré lo que me pidas. Prometo que te sentirás orgulloso de mí.

—Sabes que aún hay gente buscándote —le recordé—. Y no puedo arriesgarme a ponerte cerca de quienes protejo.

Asintió sin protestar.

—Lo entiendo.

—Harás trabajo de campo —continué—. Algo en lo que siempre has sido brillante. Necesito que patrulles el barrio donde estamos. Observa los alrededores, toma nota de patrones, de personas extrañas, de coches que se repitan. Y, sobre todo... —hice una pausa, mirando hacia el horizonte—, quiero que vigiles un lugar en concreto.

—¿Qué pasa con ese sitio? —preguntó, frunciendo el ceño.

—Solo es una corazonada —respondí, eligiendo las palabras—. Pero ya me conoces. Cuando algo me inquieta, rara vez es sin motivo.

Romeo sonrió de lado, cruzándose de brazos.

—Tu instinto casi siempre acierta.

—Ojalá no esta vez —murmuré—. Porque si tengo razón... estaremos ante un problema mayor del que imaginamos.

Guardó silencio, observándome. Y, por un instante, vi algo distinto en su mirada: una lealtad nacida solo de quien ha sobrevivido al infierno.

—Dime qué quieres que haga —dijo al fin—. Estoy listo, Hunter.

Lo miré, sintiendo cómo una parte del peso que cargaba se desvanecía.

Romeo había vuelto. Herido, sí. Pero había vuelto.

Y por más que intentara convencerme de que lo hacía por estrategia, en el fondo sabía la verdad:

una parte de mí necesitaba creer que, tal vez, algunas personas realmente merecían una segunda oportunidad.



Le conté todo a Romeo aquella mañana: cada detalle, cada punto que podía ayudarlo a encontrar las respuestas que tanto buscábamos.

Vi en sus ojos un brillo que hacía mucho no veía, una mezcla de emoción y alivio. Por fin volvía a hacer lo que amaba.

Era imposible no admirar aquel entusiasmo. Romeo siempre había sido más que un simple amigo; era un hombre íntegro, leal, con cicatrices invisibles y, aun así, seguía en pie. Confiaba en él —en el profesional y en la persona.

Más tarde, al llegar a casa de Stephanie, algo cambió dentro de mí. La observé de un modo que no me era habitual. Tal vez me permití hacerlo porque, por alguna razón, ella conseguía desarmarme.

Estaba sentada en el sofá, concentrada en el móvil, el cabello cayéndole sobre los hombros como una cortina que le ocultaba parte del rostro. Evitaba mirarme, y había en su expresión algo... ¿miedo, quizá? ¿O vergüenza?

—¿Vergüenza de mí? —pregunté, rompiendo un silencio que ya pesaba demasiado.

Alzó la vista, sorprendida, pero enseguida la desvió.

—No. ¿Por qué iba a tenerla? —respondió rápido, a la defensiva.

—Por lo que pasó anoche.

Stephanie no dijo nada. Simplemente volvió a mirar el móvil, como si ese pequeño aparato pudiera protegerla del recuerdo.

—La gente tiene sexo, y ya está —dije, intentando aliviar la tensión en el aire.

Pareció que la frase cerraba el tema, pero su voz volvió a sonar, suave, casi un susurro:

—No es eso. Estoy pensando en otra cosa.

Fruncí el ceño, intrigado.

—Stephanie...

Me interrumpió antes de que pudiera continuar:

—¿Puedo pedirte un favor? —preguntó, al fin mirándome.

Esa frase, pronunciada por ella, nunca traía nada bueno.

—Depende. Si es sobre...

—¡Cuéntame más! —me cortó, levantándose y acercándose con un brillo insistente en los ojos—. Necesito saberlo.

—¿Saber qué? —pregunté, confuso.

Estaba distinta. Había en ella una energía nueva, una curiosidad casi inquieta.

—Tus historias. Los peligros, los miedos... Quiero saber más sobre lo que has vivido. Como cuando me contaste lo del cliente al que protegiste. A veces me sorprende imaginando la escena, poniéndome en tu lugar... —hizo una breve pausa, mirándome con intensidad—. ¿Es una tontería pensar así?

Su curiosidad me descolocó. Stephanie no era el tipo de mujer que se sentía fascinada por ese lado de la vida.

—¿Por qué te interesa ahora? —pregunté, intentando descifrar sus intenciones.

Desvió la mirada, se pasó la mano por el pelo y suspiró.

—Es que a veces pienso que... necesito sentir la adrenalina que tú sentiste, Hunter. Llevo tiempo con esa sensación.

Genial.

—No, princesa. Créeme, no lo quieres —repliqué con firmeza, pero ella me cogió la mano, dejándome sin defensas.

—No me conoces. Necesito sentirme... viva.

Había un leve temblor en su voz, una súplica que iba mucho más allá de las palabras.

—¿Y quieres sentir eso poniendo tu vida en riesgo? —arqueé una ceja.

—No exactamente... pero quiero algo que me haga sentir conectada con algo, ¿entiendes? Como si todo tuviera sentido.

Guardé silencio un momento.

Aquellas palabras resonaron dentro de mí. “Quiero sentirme viva.”

Sabía bien lo que era buscar ese tipo de intensidad, y también conocía el precio que cobraba.

—Créeme cuando te digo que no quieres notar el corazón latiéndote tan fuerte sin saber si vas a sobrevivir al siguiente minuto —dije con calma.

Ella respiró hondo.

—Hunter, sé que no lo entiendes, yo solo... pienso en ello a veces.

—Sí que lo entiendo —respondí, mirándola con seriedad—. Más de lo que imaginas. Pero esa adrenalina no es para ti. No conviertas mis historias en fantasía. Algunas todavía me quitan el sueño.

Se quedó observándome, intentando descifrar qué había detrás de mis palabras.

—Entonces cuéntame. Lo que sea.

—¿Desde cuándo te gusta hablar conmigo? —pregunté con una media sonrisa, intentando desviar la conversación.

—Desde que me di cuenta de que eres un hombre interesante.

Aquello me pilló desprevenido. Ni siquiera parecía que ella misma hubiera planeado decirlo.

—Quizá me he expresado mal —se apresuró a corregir—. Es que tus historias me atrapan. Me intrigan. Solo eso.

Fijé los ojos en ella. Su expresión vaciló un segundo, como si lamentara haberse mostrado demasiado.

Decidí ceder un poco.

—Errores, Stephanie. He cometido muchos errores en mi vida. Intentando ser alguien mejor, empecé a dedicarme a esto. En realidad,

todo comenzó cuando descubrí que tenía un instinto de protección que ni siquiera sabía que existía.

—¿Y qué pasó? —preguntó, en voz baja, casi reverente.

Suspiré, apoyando los codos en las rodillas.

—Voy a contarte por qué me convertí en guardaespaldas.

—¿Te quedas callada? —guardó silencio, con la mirada fija en la mía. Y, por primera vez, sentí que quería escuchar de verdad —no por simple curiosidad, sino por algo más profundo, algo que ni ella misma sabía nombrar.

No suelo compartir mis historias. Especialmente con quien aún no conozco bien. Pero, de algún modo, Stephanie me inspiraba confianza. Quizá porque, como yo, ocultaba sus propios fantasmas tras una sonrisa serena.

En ese instante comprendí que éramos más parecidos de lo que imaginábamos.

—No sé por qué, pero espero algo bien distinto y extravagante —susurró, con una sonrisa que iluminó su rostro de forma suave y, al mismo tiempo, peligrosa.

Seguí a Stephanie por la sala más por impulso que por costumbre. No soy hombre de risas fáciles; mi voz suele ser contenida, mis gestos medidos. Aun así, había en esa espontaneidad suya algo que me cautivaba.

¿Estaba loca? Sí. ¿Hacía demasiadas preguntas? Seguro. Y, aun así, tenía en ella una fuerza magnética que atraía mi atención como si fuese inevitable.

—Todo empezó con una entrevista de trabajo, justo después de licenciarme —comencé, observando cómo lo dejaba todo para escucharme, como si cada palabra mía fuera un pequeño regalo que

hubiera que desenvolver con cuidado—. No sabía qué hacer con mi vida. Enviaba currículos a todas partes y aceptaba cualquier oportunidad que surgiera.

—Ajá —murmuró, ladeando la cabeza, interesada.

Esa atención hacía mi relato más vivo; cada detalle cobraba mayor nitidez cuando lo contaba para ella.

—En la empresa me recibió el propietario. Ya sentado frente a su mesa, me explicó las funciones —dije, sin entrar en tecnicismos aburridos— cuando, de repente, alguien entró por la puerta giratoria. Y fue entonces cuando mi vida cambió. El hombre que entró miró alrededor buscando a alguien. Ese alguien era el dueño. Después, sacó un arma.

—Espera —Stephanie alzó las manos en el aire, los ojos abiertos—. ¿El dueño estaba de espaldas, verdad?

—Sí. Tenía la espalda vuelta a la entrada principal.

—¿Y no había detector de metales? ¿Cómo entró armado? —preguntó ella, avispada, frunciendo el ceño.

Sonreí de lado. No se le escapaba nada.

—Créetelo: el tipo era amigo del que controlaba la puerta giratoria —solté, con tono burlón.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó, casi ofendida por la posibilidad.

—No es broma. Abrieron la puerta solo para él en ese momento. Mathew —el dueño— iba a recibir un tiro por la espalda, pero me moví antes de pensar. Salté hacia él. No sé bien por qué actué así —reviví la escena en mi cabeza, el tiempo ralentizándose lo justo para sentir el olor del sudor y el sabor metálico del miedo—. Caímos al suelo; la bala

acertó la pared. Si hubiera pensado un segundo más, habría dado en el objetivo.

Ella se mordió el labio, enganchada al hilo de la historia.

—¿La persona que dejó pasar al tirador no hizo nada? —preguntó, intentando armar el puzzle.

—Solo descubrimos la relación después, en la investigación. —Me encogí de hombros, recordando el frío en la espalda de aquellas horas—. Fue todo muy rápido. El hombre al que protegí se asustó, miró al tirador y salió corriendo. El asesino le siguió, pero, por alguna razón, no volvió a disparar. Fue entonces cuando hice otra estupidez: avancé y derribé al tipo.

—Tú eres... —no terminó la frase, pero el timbre de su voz mezclaba admiración y reproche.

—Lo sé —interrumpí, con una risa corta—. Fue una locura. El tipo tenía arma. Pero se distrajo conmigo un segundo —quizá me subestimó— y aproveché. Cuando pasó junto a mí, me levanté y lo derribé, desarmándolo.

—¿Lo desarmaste así de fácil? —preguntó ella, sorprendida.

—Más o menos. Practico desde adolescente. Jiu-jitsu, krav magá... cosas de quien disfruta ponerse a prueba. Al principio era solo por afición.

Ella dio unas palmaditas, como diciendo “lo sabía”.

—¿Ves? Siempre dije que eres interesante —bromeó, con esa risa que conseguía romper la rigidez de mi pecho—. A pesar de ser un borde y un idiota con las mujeres, tienes un lado que... llama la atención.

Sentí calor en las comisuras de la boca. No era culpa, solo la certeza de que, por más errores que cometiera, aquel día había hecho

algo bien.

—No es culpa mía —respondí, seco, aunque sin dureza.

—Tus historias son diferentes —dijo, más seria ahora—. Debes de haber visto mucho. Y ayudado a mucha gente.

La verdad me pesó un instante. A veces, los recuerdos aparecían sueltos, como páginas arrancadas del libro de mi vida. Había un hilo de orgullo y otro de pesar.

—Puede parecer una tontería empezar en esta profesión por un motivo sentimental —admití—, pero así fue como le cogí el gusto. Descubrí que tenía un instinto protector que no sabía que existía.

—No es ninguna tontería ayudar a la gente —dijo, tocándome la mano como ya había hecho antes—. Es bonito.

Aquel gesto era simple, pero me atravesó como una señal. Stephanie veía belleza donde yo solo veía sangre y decisiones al límite. Y, en cierto modo, necesitaba eso: alguien que no idealizara el peligro, pero que supiera reconocer el valor de lo que hacía.

—A veces parece que el peligro me busca —confesé en voz baja—. Siempre estoy en el sitio equivocado. O quizá —me corregí— en el sitio correcto, si cuentas a quienes siguen vivos porque yo estaba allí.

Me miró como si buscara las palabras adecuadas.

—No es verdad —dijo, acercándose un poco—. Siempre has estado justo donde debías estar. Si no, esas personas no seguirían vivas.

Clavé la mirada en ella y, por un segundo, dejé caer la máscara de control. Había errores que no se penalizaban en el trabajo, pero que por dentro seguían consumiéndome.

—No todas como me habría gustado —dije, y la voz se me quebró un poco. Una memoria se impuso, rápida y brutal; un fallo personal que aún no tenía valor para compartir del todo—. Me prometí

a mí mismo que protegería a quien confiara en mi trabajo. Incluso a costa de mi propia vida, si hiciera falta.

Ella frunció el ceño, intentando entender más.

—Pensé que todo había empezado solo por la entrevista —dijo con curiosidad genuina.

—Eso es solo una parte —me levanté, sintiendo la necesidad de poner distancia entre la parte visible y la que guardaba—. Hay más. Y lo principal... eso no lo cuento.

—¿Y qué sería...? —se incorporó también, dando un paso hacia mí, como si quisiera arrancar la última capa de verdad.

—No puedo hablar de eso —corté rápido, como quien cierra una puerta que sabe que, una vez abierta, nunca volverá a cerrarse.

—Hunter, yo... —empezó a decir.

—Hasta aquí llegamos, princesa —usé el apodo como escudo y, al mismo tiempo, como puente.

—Eres un soso. Nunca lo cuentas todo y siempre paras en lo mejor —protestó, cruzándose de brazos como una niña obstinada.

La observé. Ese rostro, esa expresión que pedía más y, al mismo tiempo, prometía complicarlo todo si cedía demasiado.

—¿Y qué gracia tendría contártelo todo? —repliqué—. No todo necesita ser dicho.

Me estudió en silencio durante unos segundos, sopesando mis palabras, analizando mis reacciones. Era bueno percibiendo a los demás, pero por primera vez, hablando con ella, sentí una incomodidad distinta: como si sus preguntas hubiesen escarbado una habitación cerrada dentro de mí. Había cosas que no protegía solo de los demás, sino también de mí mismo.

—Necesito que me demuestres algo —dijo de pronto, rompiendo el silencio.

—¿El qué? —pregunté, curioso a pesar de mí mismo.

—Demuéstrame que estoy equivocada. Que esa adrenalina es una tontería. Porque... me ha gustado escucharte y ahora sé que siento algo.

Su confesión sonó a la vez como una invitación y como una advertencia. Quería que la frenaran, y al mismo tiempo yo sabía que hacerlo podía significar dejarla jugar con fuego.

—Imposible —respondí con sinceridad—. No vas a correr peligro mientras yo pueda evitarlo. Puedes apostar lo que quieras.

—Hunter... —me llamó, con una grieta leve en la voz.

—Pero ni se te ocurra hacer tonterías —añadí—. Y ni hablar de comportarte como una loca. ¿Entendido?

—No soy idiota. Tengo la cabeza en su sitio. —Cruzó los brazos, fingiendo nerviosismo, aunque detrás de aquella actuación había un brillo de pura determinación.

—Perfecto. —Aproveché para respirar. Era la primera vez que sentía un ligero malestar hablando con Stephanie; no por ella, sino porque sus preguntas tiraban de hilos de mi vida que prefería remendar a solas.

Sonrió de lado, satisfecha por haberme arrancado una reacción.

Y supe, muy dentro de mí, que aquella conversación no acabaría allí; había sembrado algo —curiosidades que crecerían— y quizá, no hoy, quizá no mañana, acabaría cediendo y mostrando lo que escondía bajo la armadura.



«El instinto puede ser el mejor aliado del hombre en determinadas situaciones...»

STEPHANIE TORRES

Nada de lo que le dije a Hunter era mentira.

Al menos, no de forma consciente.

A veces los pensamientos simplemente aparecían —irrumpían en mi cabeza como olas que no podía contener. Eran intensos, insistentes, y cuanto más intentaba apartarlos, más profundamente parecían arraigarse. Quizá porque pensaba demasiado.

O porque, en el fondo, mi mente nunca sabía quedarse en silencio.

La única cosa capaz de desconectarme del mundo era un buen libro. Allí, entre las páginas, podía respirar. Viajar kilómetros sin moverme del sitio. Ser otra persona durante unas horas: libre, valiente, impulsiva.

Pero últimamente, ni siquiera eso me servía. Había un hombre que, de alguna manera, empezaba a colarse también en mis refugios.

Hunter.

No sé en qué momento cruzó la barrera. Solo sé que ahora estaba ahí, en medio de mis pensamientos, entre una página y otra, en las escenas que mi mente se empeñaba en inventar cuando intentaba imaginar algo —o alguien— que no fuera él.

Nunca pensé que pudiera sentir adrenalina solo escuchando hablar a alguien. Pero la forma en que contaba sus historias... el tono grave de su voz, esa calma contenida, la mirada firme que parecía esconder algo peligroso. Era extraño. Y, aun así, adictivo.

Probablemente estaba perdiendo la cabeza.

Un sonido agudo interrumpió mis divagaciones. El móvil vibró sobre la mesa, y di un respingo antes de estirar la mano para cogerlo. En la pantalla, el nombre de mi padre parpadeaba.

Tragué saliva. Hacía tiempo que no hablábamos —más por falta de respuesta que de intento. Había llamado tantas veces que ya había perdido la cuenta. Ahora era él quien me buscaba.

—¿Stephanie...? ¿Estás ocupada? —preguntó con su voz grave, un poco cansada.

—No —respondí, forzando una sonrisa que, obviamente, no podía ver—. ¿Estás bien, papá?

—Sí. ¿Y tú?

Suspiré, mirando al techo. Sabía que la respuesta no era tan sencilla. Desde que él se había alejado, mis días se habían convertido en una secuencia interminable de repeticiones.

Yo misma me había impuesto aquel aislamiento en nombre de la “protección”, aunque ni siquiera creía del todo en el riesgo. Era como si vivir así me diera una falsa sensación de control... aunque me mantuviera atrapada.

—Estoy bien —mentí. O quizá no del todo.

—¿Y Hunter? ¿Sigues pensando que debería despedirlo? —preguntó con un tono ligero, pero con esa curiosidad disimulada que lo delataba.

Buena pregunta.

Hunter podía ser irritante, provocador, y tener un sentido del humor capaz de sacarme de quicio. Pero también había en él algo... algo que me hacía querer entenderle, incluso cuando me apartaba con una sola palabra seca.

La verdad era que me resultaba interesante. Demasiado, tal vez. Y esa constatación me confundía.

—No quiero que lo despidas —respondí, intentando sonar natural, aunque mi voz sonó más firme de lo que esperaba—. Estamos... aprendiendo a convivir.

—Me alegra oír eso —dijo, satisfecho.

Se hizo un breve silencio, y por un momento pensé que la conversación acabaría ahí.

Pero entonces, mi padre añadió algo que me pilló completamente por sorpresa:

—Volveré pronto. Quiero pasar un tiempo en casa. Lo necesito.
—Su voz sonaba sincera, casi nostálgica—. Creo que la semana que viene.

—¿De verdad? —pregunté, conteniendo el entusiasmo repentino—. Eso es genial.

—Sí, supongo que sí. —Soltó una risa baja—. Cuídate, ¿vale?

Dudé un segundo, mordiéndome el labio inferior. La pregunta se me escapó antes de que pudiera frenarla:

—¿Y mi seguridad? ¿Hunter seguirá... haciendo lo que ordenaste?

Me sorprendió darme cuenta de lo mucho que me importaba. Al principio, quería tenerlo lejos —de esa mirada impasible, de su postura autoritaria, de todo. Pero ahora... ahora la idea de no tenerlo cerca me inquietaba.

Quizá miedo. Quizá una nostalgia anticipada. O quizá algo que aún no quería nombrar.

—¿Ha pasado algo, Stephanie? —preguntó, con un tono más alerta.

—Nada, papá. —Sonreí, intentando sonar ligera—. Solo estoy cansada de la rutina, supongo.

Mentira.

Estaba cansada de mí misma, de mis dudas, de mis deseos mal definidos.

—Todo mejorará, hija. Puedes confiar en mí —dijo con dulzura.

Cerré los ojos y respiré hondo.

—Confío.

Pero cuando la llamada terminó, el vacío del ambiente volvió a envolverme.

Y, en medio de ese silencio, la voz de Hunter resonó en algún rincón de mi memoria —firme, grave, imposible de ignorar.

Por primera vez, admití para mis adentros que el problema no era la rutina.

Era él.

—

HUNTER SMITH

Todo estaba demasiado tranquilo para mi gusto. La tranquilidad, para mí, siempre había sido sinónimo de alerta.

—Mierda... —murmuré, levantándome de la cama de un salto.

Esa sensación incómoda me recorrió todo el cuerpo, como una corriente eléctrica silenciosa. Mi sexto sentido —el mismo que me había salvado más veces de las que podía recordar— estaba gritando. Algo iba mal. Solo que aún no sabía qué.

Me acerqué a la ventana y aparté la cortina con dos dedos.

Afuera, la noche parecía demasiado normal. El viento soplaba con suavidad, la calle estaba desierta, ningún movimiento sospechoso. Y, aun así, el malestar seguía latiendo bajo mi piel.

Estaba a punto de coger el móvil cuando empezó a vibrar sobre la mesilla. El sonido del timbre cortó el silencio como una cuchilla.

—Tengo algo para ti, Hunter. Será mejor que pienses en qué vas a hacer —dijo la voz de Romeo al otro lado, directa, sin rodeos.

—Dime qué ha pasado —respondí, notando cómo la tensión se me subía a la voz.

Oí el chasquido de un mechero, el breve crepitar del fuego antes de que soltara la primera calada. Era típico en él cuando el tema era serio.

—Escucha con atención —empezó.

Pasé los siguientes diez minutos inmóvil, asimilando cada detalle que Romeo soltaba con esa frialdad calculada.

Las piezas del puzle empezaron a moverse en mi cabeza, encajando con hechos recientes que aún no había logrado descifrar.

De esos que parecen casualidades, pero nunca lo son.

Cuando la llamada terminó, el silencio pareció aún más pesado.

A media tarde, el móvil volvió a sonar. Esta vez era Andrew.

—Hunter, solo para avisarte... voy a pasar unos días en casa. Necesito estar un tiempo con Stephanie —dijo, como si fuera lo más normal del mundo.

—Entendido —respondí.

Pero al colgar, una punzada de inquietud me atravesó. No era celos, ni desconfianza directa; era algo más sutil, instintivo.

Andrew era el padre de Stephanie, y nada indicaba que sus intenciones fueran malas.

Aun así, algo en ese timing, en la coincidencia de las llamadas, en el tono de las palabras de Romeo, me hacía pensar que el universo estaba moviendo piezas que no quería ver en el mismo tablero.

Crucé los brazos y empecé a caminar de un lado a otro.

Todos bajo el mismo techo. No era precisamente el escenario que yo llamaría ideal.

Nunca me había mezclado con otros profesionales de seguridad: cada uno tenía su forma de trabajar, y la mía era distinta.

Y ahora, con el regreso de Andrew, habría solapamientos, miradas dobles sobre la misma situación, órdenes que podrían cruzarse.

La cuestión era: confiaba en él, sí, pero no confiaba en las coincidencias.

Si algo se estaba moviendo entre bastidores —y mi instinto me decía que sí—, necesitaba estar un paso por delante.

Cogí de nuevo el móvil y repasé los mensajes de Romeo.

Sus palabras seguían martilleando en mi cabeza: «piensa en qué vas a hacer.»

Y, por primera vez en mucho tiempo, comprendí que quizá la verdadera amenaza no estaba fuera.

Sino dentro de aquella casa.

Y, de alguna forma, ligada a ella.

STEPHANIE TORRES

No sé qué me dio por querer escuchar la conversación de mis guardaespaldas. Quizá pura curiosidad, quizá esa inquietud que llevaba días creciendo dentro de mí.

Pero me contuve.

Volví a mi habitación, intentando convencerme de que nada de aquello me concernía realmente. Me senté frente al escritorio, encendí la lámpara y abrí el portátil. La luz cálida suavizó el ambiente, pero no el torbellino en mi cabeza.

Necesitaba concentrarme en algo —en cualquier cosa que no fuera él—.

Abrí una de las carpetas con mis notas y me sumergí en las investigaciones atrasadas. Me había prometido a mí misma dar un rumbo más sólido a mi vida académica, y el posgrado era el primer paso.

El problema era que el proceso de becas ya había terminado en la ciudad y, por orgullo —o por pura obstinación—, había rechazado la plaza en la universidad donde me habían aceptado.

Suspiré, pasándome las manos por el pelo.

—Enhorabuena, Stephanie, otra decisión brillante —murmuré con ironía.

Aun así, tenía que ponerme las pilas. Preparar los detalles, reunir referencias, montar un proyecto decente. Trabajé en ello durante casi dos horas, intentando ignorar el zumbido constante de mis propios pensamientos.

Cuando por fin me di por satisfecha, apagué el ordenador y alcancé el libro que descansaba en la mesilla.

El Pescador de Sueños, de Augusten Riviera.

Ya lo había leído hasta la mitad, pero retrocedí unas páginas para situarme. Siempre he sido así: leo varios libros a la vez, saltando de un mundo a otro sin perder el hilo. A veces me confundo, claro, pero me gusta la sensación de estar en mil lugares sin moverme del sitio.

Es mi manera de huir —y, al mismo tiempo, de encontrarme.

Las palabras empezaron a envolverme, pero, a medida que leía, me di cuenta de que mi mente no estaba del todo allí. Las frases se mezclaban, la historia se distorsionaba, y el rostro de Hunter se colaba entre las líneas.

—Stephanie... céntrate —murmuré para mí misma, cerrando el libro y respirando hondo.

La cubierta, todavía templada entre mis manos, parecía latir al ritmo de mi pecho.

Necesitaba calmarme. Necesitaba recordarme que él era solo mi guardaespaldas, que nada de aquello tenía sentido.

Pero, por más que intentara sumergirme en otro universo, las páginas ya no surtían el mismo efecto.

Porque, de algún modo, el hombre al que intentaba sacar de mi cabeza se había convertido en mi distracción favorita.



El día amaneció tranquilo, con el cielo teñido de tonos dorados y azulados. Me empecé en seguir al pie de la letra todo lo que había planeado para la mañana: café solo bien cargado, una hora de gimnasio, lectura crítica y algunas notas sobre artículos que me interesaban. Me mantuve ocupada, quizá más de lo necesario, como si la rutina pudiera acallar el torbellino que me habitaba por dentro.

No había cruzado ni una palabra con Hunter desde la noche anterior. Y, curiosamente, me gustó así. Pasé buena parte de la mañana hablando con sus dos hermanos —tipos agradables, ligeros, llenos de anécdotas—. A diferencia de Hunter, ellos sabían reír sin parecer que el mundo estuviera a punto de derrumbarse.

Hunter era... complicado. Bipolar, quizá —una palabra injusta, pero la más cercana que encontré para describir sus extremos.

En un momento podía ser pura provocación; al siguiente, silencio y distancia. Y, por contradictorio que pareciera, me veía reflejada en él.

Desde donde estaba, lo observé hojear una revista cualquiera. De vez en cuando levantaba la vista y nos lanzaba ese tipo de mirada que pesa más que cualquier palabra.

No sé por qué, pero cada vez que hablo con sus hermanos siento sus ojos sobre mí —atentos, impacientes, casi posesivos. No sé si es irritación, celos o desconfianza. Quizá un poco de todo. Y, en parte, tiene razón: a veces me gusta distraerlos.

Después de unos minutos más de charla, me despedí de los hermanos y caminé hasta el sofá donde él estaba. Me senté a su lado, manteniendo una distancia prudente. Hunter levantó los ojos de la revista y me miró, sin decir nada. El silencio entre nosotros sabía a desafío.

—¿Qué tal tu noche? —pregunté, fingiendo desinterés, aunque ya sabía perfectamente lo que había pasado.

Él arqueó una comisura de los labios, con esa sonrisa que siempre mezclaba ironía y provocación.

—Ah, mejor que la tuya. Apostaría lo que fuera. —Y aún tuvo la desfachatez de guiñarme un ojo.

Puse los ojos en blanco.

—Explícame una cosa... ¿estás seguro de que tu salud está bien? —pregunté, entornando los ojos, fingiendo preocupación.

Bajó la revista despacio, con un cambio sutil en la expresión.

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—Bueno... creo que sabes a qué me refiero —murmuré, sin apartar la mirada.

Hunter sonrió, esa sonrisa contenida que nunca dejaba ver lo que realmente pensaba. Luego se inclinó un poco hacia delante, con los ojos fijos en los míos. Era una mirada demasiado intensa, casi física. Un escalofrío me recorrió la espalda: esa reacción involuntaria que tanto odiaba admitir.

—Sabes... —empezó, con la voz baja, ronca—. Por lo que me conoces, deberías imaginar que he leído mucho en mi vida. Aprendí lo necesario por mi cuenta, pero también descubrí mucho observando a los demás. Hay un libro que me gusta especialmente. Me enseñó algo que encaja perfectamente contigo.

Crucé los brazos, desconfiada.

—¿Y qué sería eso?

Mantuvo la mirada, sin prisas.

—Encajas en el patrón de la mayoría. Un noventa y cinco por ciento, si quieres que sea preciso.

—¿Eso qué se supone que significa? —pregunté, entre la curiosidad y la irritación.

—Que el noventa y cinco por ciento de la gente simplemente existe, mientras que el otro cinco vive de verdad —dijo, inclinándose un poco más—. Vive como si cada día fuera el último. Si fuera tú, princesa, aunque estés prácticamente encerrada, haría algo distinto. Me atrevería a salir de la rutina.

Las últimas palabras salieron casi en un susurro provocador, cargadas de un significado que iba mucho más allá de lo que decía.

—La rutina está bien, hasta cierto punto —continuó—. Pero te priva de sentir, de probar, de reinventarte. Piénsalo.

Antes de que pudiera responder, se levantó. Pasó a mi lado con ese aire tranquilo, confiado, que solo servía para descolocarme aún más.

Me quedé allí, inmóvil, observándole alejarse. Y, por más que intentara negarlo, una parte de mí sabía que tenía razón.

La rutina me mantenía a salvo, sí... pero también me mantenía anestesiada.

Y Hunter... bueno, parecía decidido a despertarme.



Cinco días se arrastraron, lentos e incómodos.

Mi padre volvería en cuarenta y ocho horas, y ese tiempo parecía estirarse con cada nuevo amanecer.

Hunter estaba distinto.

Durante los primeros días intenté ignorarlo, pero ahora era imposible no notarlo. Andaba más callado, más cerrado, con la mirada siempre distante, como si algo le preocupara. Y eso lo hacía aún más imprevisible.

Lo que más me intrigaba, sin embargo, era el hecho de que no hubiera traído a ninguna mujer a casa. Ninguna. Ni una visita, ni un flirteo casual. Para alguien como Hunter, aquello era... demasiado extraño.

Mis confidentes, mientras tanto, se habían convertido en John y Kenypher. Al menos ellos me escuchaban —o fingían hacerlo, que ya era suficiente.

—¿Qué le pasa a Hunter? —pregunté, intentando sonar casual, mientras los observaba ajustar unos equipos en el jardín—. Está raro.

Los hermanos se miraron. Uno de esos silencios que dicen mucho más que cualquier respuesta.

—John... —lo llamé, cruzándome de brazos al notar la risita disimulada que se le escapaba.

—Perdón —respondió, todavía con una sonrisa contenida.

Kenypher, en cambio, permanecía impasible.

—Sois bastante distintos, ¿sabéis? —comenté, intentando aligerar el ambiente—. Me gusta eso.

—Gracias a Dios —gruñó Kenypher, con el tono firme de quien no está para bromas.

John soltó una carcajada.

—Ni lo discuto —replicó su hermano—. No voy a cambiar mi forma de ser para agradar a nadie. Me gusta expresarme, ser auténtico.

—Y payaso, la mayoría de las veces —lo pinchó Kenypher, arqueando una ceja—. Creo que...

—¡Vosotros dos! —la voz de Hunter cortó el aire como una cuchilla.

Los tres nos giramos al mismo tiempo.

Estaba a pocos metros, con los brazos cruzados, la postura firme y ese tono grave que hacía que cualquiera se enderezara de inmediato.

—Dejad de darle coba a la princesa y haced lo que hemos acordado —ordenó.

—¡Sí, Hunter! —respondieron los dos al unísono, como soldados perfectamente entrenados.

Me quedé mirándolos, desconfiada.

—¿Acordado qué? —pregunté, alternando la mirada entre los tres.

Silencio. Ni una palabra.

Kenypher desvió los ojos, mientras John fingía trastear con el walkie-talkie del bolsillo.

Cuando volví a mirar a Hunter, me di cuenta de que seguía observándome.

Tenía esa mirada fija, intensa, casi analítica.

Como si intentara descifrar en qué estaba pensando. O peor: como si ya lo supiera.

—¿Qué pasa? —pregunté, incómoda bajo el peso de sus ojos.

Se acercó unos pasos, y la forma en que su mirada me siguió hizo que el aire pareciera más denso.

—Mi rutina normal empieza de nuevo hoy —dijo al fin, con un tono bajo y controlado—. Te sugiero que te distraigas en tu habitación y no hagas ninguna tontería.

Solté una risita corta, incrédula.

—¿Y si no quiero? —lo provoqué, sin saber muy bien de dónde salía aquella valentía.

El rincón de su boca se curvó apenas, pero la mirada siguió siendo seria.

—Las consecuencias serán tuyas, Stephanie.

Sin esperar respuesta, se dio la vuelta y caminó hacia sus hermanos. Postura rígida, paso decidido.

Me quedé mirándolo, con el corazón latiendo más rápido sin motivo aparente. Algo pasaba.

Hunter no hablaba porque sí, y aquella advertencia sonó más a promesa velada que a simple orden.

Mientras lo veía alejarse, solo una pregunta martilleaba en mi cabeza, sin respuesta alguna:

¿En qué demonios estaba metido ahora?

HUNTER SMITH

Llamé a mi hermano con la prisa de quien ya sabe lo que le espera al otro lado de la línea: retrasos, excusas y la sensación de estar solo, una vez más, ocupándose de todo.

—Marcus... ¿qué te dije? —solté en cuanto contestó, sin perder tiempo en formalidades.

—Perdón, Hunter. He tenido demasiadas cosas en la cabeza —respondió con voz arrastrada, cansada.

Cerré los ojos y respiré hondo.

—¿Cómo está mamá? ¿Necesita algo?

—Mamá está mucho mejor, ella... —empezó.

Enderecé el cuerpo, una chispa de esperanza cruzándome el pecho antes incluso de poder contenerla.

—¿Mucho mejor? ¿Quieres decir que está mejorando? ¿Que ha salido de la cama? ¿Ella...?

—Hermano, no. —La pausa sonó como un golpe seco—. Solo le ha bajado la fiebre y el dolor de cabeza, nada más.

Dejé escapar el aire despacio. Por un instante me odié por haber permitido que una sola frase encendiera mis expectativas. Siempre era igual: me aferraba a cualquier palabra que pareciera un signo de mejora, aun sabiendo lo frágil que era.

—Entiendo. —Me apreté el puente de la nariz, intentando contener la frustración—. ¿Vas a visitarla hoy?

—Todavía no. Tengo que resolver unas cosas antes. Es importante. Mañana todo debería estar en orden.

—Vale. —Su respuesta me sonó automática, fría.

—Marcus... mándame noticias todos los días, por favor. Aunque sea por mensaje.

—Ya lo hago.

—Te lo repito —dije con un tono más firme—. Hay días en que tardas media hora en contestar, y me quedo sin saber qué está pasando.

—Hunter...

—Sabes cómo soy —lo interrumpí—. Es importante.

El silencio que siguió fue espeso. Al otro lado de la línea escuché el suspiro pesado de Marcus, el mismo de quien ya se ha resignado a mi exceso de control.

—Lo haré —murmuró al fin.

Colgué y me quedé allí, mirando el teléfono unos segundos antes de dejarlo sobre la mesa.

El aire del cuarto resultaba asfixiante. Salí y caminé hasta el jardín en busca de algo de aire. El cielo estaba cubierto, y la brisa fría de la tarde no sirvió de mucho.

Pensamientos inoportunos volvían a perseguirme en los peores momentos —recuerdos, deseos, remordimientos— todo mezclado.

Y entre ellos, Stephanie.

Sobre todo, Stephanie.

Intenté apartar su nombre de mi cabeza, pero era inútil. Se colaba en todo, incluso en los espacios donde más me esforzaba por

mantener la cordura.

Me di la vuelta, decidido a entrar, y entonces me la encontré.

De pie justo frente a mí, con los brazos cruzados y una mirada que mezclaba irritación y curiosidad.

—Vamos a hablar claro —empezó, con ese tono tan suyo cuando exigía respuestas—. Algo raro está pasando. Últimamente te comportas de forma extraña. ¿Qué ocurre, Hunter?

Suspiré. Era la última conversación que quería tener en ese momento.

—No sé de dónde sacas eso —respondí, intentando mantener la voz neutral—. Estoy bien. Solo centrado en lo que realmente importa.

—En mi cabeza, eso significa que no me estás prestando atención —replicó, alzando el mentón, desafiante.

Podría haberle dicho mil cosas. Podría haberla provocado, como de costumbre. Pero me callé.

A veces, el silencio es más seguro que cualquier palabra.

El problema era que Stephanie no nació para el silencio. Ella busca miradas, reacciones, respuestas. Quiere ser vista.

Y lo peor es que la veo. Siempre.

—Princesa, no tengo por qué prestarte atención. No confundas las cosas —dije al fin, eligiendo bien las palabras.

Ella me sostuvo la mirada, con esos ojos oscuros que intentaban descifrar lo que se escondía tras mi expresión.

Lo que no podía decirle. Lo que nunca le diría.

—¿A qué te referías cuando hablaste de tu rutina? —preguntó, aún estudiándome.

—Voy a trabajar. —La sonrisa se me escapó antes de poder contenerla. Estaba celosa, y lo disimulaba fatal—. Como te dije, voy a trabajar.

—Me da igual. Buenas noches. —Se dio la vuelta, pero se detuvo enseguida, lanzándome una mirada rápida por encima del hombro—. No es que te importe, pero no tengo motivo para ir a tu habitación. La duda que tenía sobre ti ya ha quedado resuelta.

—¿Qué duda? —pregunté, más por provocarla que por auténtica curiosidad.

Sonrió de medio lado, con esa mueca burlona que conseguía sacarme de quicio.

—Eso no importa. Que te vaya bien, Hunter.

Y se marchó, el sonido de sus pasos resonando por el pasillo hasta desvanecerse por completo.

Me quedé quieto, sin saber si reír o seguirla.

Sabía perfectamente cómo provocarme, y lo peor era que parecía disfrutarlo.

Al final, quizá yo también disfrutaba de eso.

CAPÍTULO 15



«Pequeños detalles... pero esenciales.»

HUNTER SMITH

Estaba otra vez con Hillary en mi habitación —la misma mujer del club, la misma audacia, ahora convertida en silueta recortada contra la luz tenue de la lámpara—.

El aire olía a alcohol barato y a perfume caro; sus dedos aún temblaban con la adrenalina de quien lo ha apostado todo en una noche y ha ganado.

—¿No te molesta estar conmigo en un cuartucho como este? —preguntó, soplando las palabras como si fueran un desafío—. En la

discoteca pensé que eras un tipo más refinado, que no aceptarías un sitio así. ¿Y quién está en la otra habitación?

—Una persona. —Respondí seco, colocándome de modo que mi cuerpo quedara entre ella y el rincón donde podría aparecer Stephanie.

Se acercó y deslizó los labios sobre los míos en un beso rápido, astuto, como quien tantea los límites. Y enseguida llegaron las preguntas: cortas, precisas, una ráfaga.

—¿Tienes armas en la habitación? —soltó, de repente práctica.

La miré a la cara. Hillary cambió de actitud en un instante: un animal olfateando ventaja.

—Sí. Una Glock G29, cargador completo, en aquel cajón —señalé con la mano, sin apartar los ojos de ella.

—¿Puedo...? —susurró, vacilante.

—No. —La interrumpí con firmeza—. Tenemos un asunto más urgente, ¿no te parece?

Sonrió, ese tipo de sonrisa que no encaja en la situación, y aun así fue directa al cajón.

En menos de un segundo ya había deslizado la llave en el cerrojo con la palma sudada.

Cuando me giré, vi el metal frío en su mano —y el cañón apoyado en mi frente.

El mundo se redujo al tic-tac de mi pulso y al calor improbable de las palabras que pugnaban por salir de mi garganta.

—¿Qué demonios estás haciendo? —pregunté, intentando mantener la voz baja, controlada.

—Nada, Hunter Smith. —La forma en que pronunció mi nombre entero cortó como una cuchilla. Sabía. Sabía mi apellido, mi pasado convertido en rastro.

—Hillary, será mejor que sueltes eso —intenté convencerla, pero algo en su expresión me dijo que ya no había marcha atrás.

—Vamos a donde está tu protegida. Ahora. —Ordenó.

—Será mejor no meter a Stephanie en esto —advertí por instinto.

Se echó a reír, una risa corta, sin humor.

—Creo que no me has entendido. Estoy aquí por ella.

Di tres pasos hacia la puerta con ella controlando la situación; el pasillo estaba vacío, como siempre parecía estar cuando el peligro acechaba.

Llamé a la puerta de Stephanie porque ella me lo pidió —era mi regla: ir donde me llamaban, proteger antes de pensar.

La manilla giró y, cuando abrió, su expresión se congeló por un instante.

—Si has venido aquí pensando que... —empezó a decir, retrocediendo.

—¡Stephanie! —la interrumpí, alzando la voz sin miramientos—. ¡Sal de la habitación! ¡Ahora!

—¿Qué? —su voz salió fina, confusa.

Asentí, y entonces vio el cañón contra mi frente. El color desapareció de su rostro, como si se lo hubiera tragado un agujero negro.

—¡Los dos! ¡Venid conmigo! —La orden de Hillary sonó como una sentencia.

Caminamos de vuelta a mi habitación con pasos pesados, el silencio denso entre los tres.

La respiración de Stephanie era mínima, casi mecánica; sentí en las manos la urgencia de moverme, de romper aquella tensión.

Pero cada gesto estaba vigilado por el cañón helado que nos apuntaba.

—La vida está hecha de errores, Hunter —dijo Hillary despacio, saboreando cada palabra—. Admítelo: te equivocaste.

Sentí cómo se me tensaban los músculos de la espalda, cómo la piel se me erizaba.

—No sé a dónde quieres llegar. —Mi voz sonó más contenida de lo que pretendía.

—Pensaba que eras mejor guardaespaldas —se burló—. Te he engañado con una facilidad insultante.

Intenté negociar:

—Baja el arma y nadie saldrá herido. —Mantener la firmeza en la voz me costaba; por dentro ardía un fuego primitivo de preocupación.

Stephanie seguía pálida, inmóvil, como si con cada palabra el mundo se volviera más ligero y, al mismo tiempo, más frágil a su alrededor. Quería decir cualquier cosa que la hiciera salir de allí; la cobardía me corroía... o quizá el cálculo.

Hillary apretó el gatillo apenas un poco; el clic del seguro sonó como un suspiro mecánico, casi íntimo.

—No estoy para bromas, Hunter. Un movimiento en falso y disparo.

Estaba nerviosa, se le veía en los ojos; no era frialdad, era miedo transformado en agresión. Y el miedo mezclado con determinación es el peor de los combustibles.

Di un paso más, midiendo la distancia entre ella y la locura.

Quería buscar una salida, distraerla, desarmarla. O al menos entender qué la movía.

Y entonces soltó la amenaza que me apretó algo por dentro.

—Será mejor que des un paso atrás, o disparo contra Stephanie.

No era un farol. Si eso era lo que pensaba hacer, si su mano temblaba de verdad, no había margen para la ventaja sin convertirme en el loco que intenta ser el héroe y acaba cayendo primero.

Miré el rostro de Stephanie: blanco, los ojos dilatados, el cuerpo atrapado entre el suspiro y el pánico. Pensé en mil escenarios —todos breves, todos definitivos—. Pensé en arrebatarle el arma, en ponerme delante de ella, en ofrecer mi cuerpo a la bala para salvarla.

Y, por algún motivo que ni siquiera tuve tiempo de razonar, la respuesta que salió de mi boca fue tan fría como una hoja de acero:

—Si ese es realmente el problema, dispara. Me da igual.

STEPHANIE TORRES

No supe describir lo que sentí al oír aquella frase.

Las palabras de Hunter cayeron como hielo, y noté mi cuerpo encogerse, aunque él permaneció imperturbable —frío, como siempre. Su expresión no vaciló; era una roca en medio del caos, y eso me asustó más que cualquier arma apuntada.

—¿Hablas en serio? —exclamó Hillary, con los ojos abiertos, la voz vibrando entre la incredulidad y la rabia.

—Lo estoy. La verdad es que no tienes agallas, por eso no vas a disparar —dió un paso al frente con la calma de quien no tiene prisa. Nina —o Hillary, todavía no lo tenía claro— apuntó con el arma al pecho de él, la mano temblando, pero firme.

—¡Ni un paso más! —gruñó ella.

Él levantó las manos, sin apartar la mirada.

—Está bien.

—¡Yo tengo el control, Hunter! —replicó ella, la voz con aire forzado, intentando sonar dominante—. Y...

La puerta se abrió de repente y tres hombres aparecieron en el pasillo, cruzando la entrada y colocándose discretamente detrás de Hunter. No los reconocí. El miedo me agarró del estómago y lo retorció todo por dentro.

—¿Qué demonios hacéis vosotros tres...? —empecé, pero me cortaron.

—Suelta el arma, Nina. Vamos a terminar con esto ya —ordenó él, con firmeza.

—¡Mi nombre no es ese! —chilló ella, la irritación compitiendo con el temor.

Hunter respiró profundo, cerró los ojos un segundo y se pasó la mano por la cabeza, como quien intenta apartar un pensamiento malo. La escena entera era tan absurda que me mareé.

¿Qué demonios estaba pasando?

—Nina Valladares. Asesina a sueldo al servicio de terceros —dijo, sin elevar la voz.

La mujer balbuceó una negación cualquiera, pero la cara le traicionaba el nerviosismo.

—¡Baja el arma! No lo repetiré. —continuó.

Ella apuntó hacia mí. El olor a metal invadió mis fosas nasales y mi corazón se disparó, tan fuerte que pensé que todos lo oirían.

—¡Le pego un tiro! —gritó, apuntando directamente.

La voz de Hunter fue tan gélida como una losa:

—Te lo he dicho: hazlo. ¿Cuántas veces tengo que repetirlo?

El arma se estremeció por la tensión; pude ver el pánico en el rostro de Nina. No le gustaba tenerme a mí en la mira. Miraba a Hunter, miraba a los hombres detrás de él, evaluando un riesgo que yo aún no entendía.

—¡Ah, que se joda! —en un movimiento impulsivo giró la muñeca y volvió a colocar el arma apuntando a Hunter. El cañón rozó mi frente antes de girarse.

Fueron instantes eternos. Oí varios clics secos —y entonces comprendí que el arma no tenía munición. Hunter permaneció inmóvil, como si cada sonido formara parte de un plan calculado.

—¿Pero qué...? —murmuró ella, mirando el cerrojo, incrédula.

A continuación miró a Hunter, que sonrió, pequeño, satisfecho; una sonrisa que no era felicidad, sino la de quien sabe que ha ganado antes de que empiece la pelea.

—¿De verdad creíste que ibas a traer a alguien a esta casa, dejarnos una pistola cargada en un cajón y salir impune? —dijo él, avanzando despacio hacia ella. A cada paso, ella retrocedía—. No me creo que quien te contrató no conociera mi reputación.

Su tono no subió; tenía esa seguridad contenida.

Ella, quizá por impulso, se lanzó y trató de atacarle. En segundos, sin embargo, Hunter la inmovilizó contra la cama con la técnica de quien sabe exactamente dónde poner las manos para provocar dolor y neutralizar.

—Mira cómo van las cosas —continuó, controlándola con firmeza, casi con tono didáctico—. Te preguntaré una vez lo que necesito saber. Si no respondes, te entregaré a una persona muy... especial.

—¡Que te jodan! —escupió ella, feroz aun estando inmovilizada.

—¿Quién te contrató y por qué has venido a por Stephanie? —la pregunta fue simple, directa.

Silencio. Oía mi propia respiración y el golpe de mi sangre en las sienes.

—Tienes cinco segundos para contestar —avisó.

Ella permaneció callada, con los ojos como platos, buscando una salida inexistente. Hunter cogió su móvil al instante, los dedos firmes.

Marcó y puso el altavoz sin que yo me diera cuenta de que me faltaba el aire.

En el segundo timbrado, respondió una voz femenina, fría y clara. Puso la llamada en manos libres.

—Hunter... Hunter. Haces mis días más felices y ni siquiera es mi cumpleaños —rió la voz—. ¿Qué métodos debo emplear?

Supe que él sonreía incluso a través de la línea.

—Ya sabes, Lucy. Haz lo que consideres —la entonación era la de quien pide favores y ya confía en la respuesta.

—Interesante. Responde a una cosa antes: ¿por qué no lo haces tú mismo? —la mujer sonó burlona.

—Es una mujer. Torturar mujeres no va conmigo —dijo Hunter, y vi cómo Nina temblaba aún más bajo su control.

—Hm. Entendido. Gracias por el regalo, Hunter. —La voz sonó cortante al otro lado de la línea—. Estoy sola en casa y necesito divertirme. —Y colgó.

Aquellas palabras fueron como el chasquido que arrancó la venda de mis ojos. Hunter sonrió y llamó a los demás.

—¡Kenypher! ¡John! Podéis salir ya.

Mis otros dos guardaespaldas entraron, tranquilos, rápidos, tan profesionales como siempre. Hunter dio órdenes secas:

—Llevala donde acordamos. Vendedla, no lo olvidéis.

—¿Qué? —El pánico empezó a dibujarse en el rostro de ella.

Yo no tenía ni idea de que todo aquello ya estaba planeado, como si Hunter hubiese preparado un tablero y cada pieza supiera de

antemano su movimiento. Vi el miedo apoderarse de ella; su piel se volvió pálida, los ojos buscaban una salida.

—Vosotros tres, esperadme en la cocina —dijo él. Y luego, mirándome con una extraña suavidad, añadió—: Necesito hablar con Stephanie. Cerrad la puerta.

Su voz cambió en ese instante: dejó de ser autoritaria para volverse contenida, casi protectora.

La puerta se cerró, y yo, con el corazón todavía en la garganta, comprendí con una claridad helada que había mucho más detrás de todo aquello de lo que podía imaginar.



Lo miré unos segundos, pero mi boca fue más rápida que mi sentido común.

—¿Cuál era la necesidad de hacer todo esto?

No dudó ni un instante.

—Fue por ti, princesa.

La forma en que lo dijo me desarmó. Su voz grave, arrastrada, cargaba una convicción peligrosa.

—No lo entiendo... —murmuré, aunque, en el fondo, sí lo entendía.

Hunter dio un paso al frente, y el aire entre nosotros pareció comprimirse. Su mirada se clavó en la mía, tan intensa que me obligó a apartar los ojos por un segundo.

—Creo que ahora comprendes bien lo que significa no querer volver a pasar por algo así —dijo, en un tono bajo, casi un susurro—. Todo podría haber sido distinto. Podría haber desenmascarado a Nina cuando intentó algo contra ti, pero quise darte el beneficio de la duda. Quería estar seguro de lo que ya sospechaba desde el principio: esa adrenalina... no es para ti.

Noté el corazón golpearme el pecho, desconcertada por la forma en que me analizaba.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que he observado lo suficiente. —Se acercó un poco más, y sentí el calor de su respiración—. Cuando estabais en la habitación, vi todo lo que necesitaba ver.

—¿Mi cuerpo? —pregunté, con la voz casi quebrada.

Asintió, los ojos oscuros recorriéndome el rostro con precisión quirúrgica.

—Sí. Vi el miedo, la tensión, los temblores. Tus pupilas dilatadas, la forma en que intentaste mantenerte firme, pero el cuerpo te traicionó.

Sentí el rostro arder, aunque no de vergüenza, sino de pura indignación.

—Entonces, todo esto fue una farsa para demostrar que...

—...que la adrenalina que necesitas es otra. —Completó antes de que terminara, con una media sonrisa en los labios—. Quise demostrártelo, a mi manera. Nunca estuviste en peligro, princesa. Las

pistolas que suelo guardar en mi habitación no estaban allí. Y Nina, bueno... nunca vino armada.

Durante un instante intenté asimilarlo todo. Lo ocurrido había durado apenas unos segundos, pero el recuerdo era denso, casi asfixiante.

—Aún estoy intentando entenderlo —confesé.

Hunter ladeó la cabeza, el tono firme, la voz más baja.

—Princesa, ¿de verdad crees que yo juego con mi trabajo?

—No es eso...

—Yo, Kenypher y John solo hacemos una parte del trabajo. Hay algo mucho más grande detrás de todo esto. —Pasó una mano por el pelo, tenso—. Cualquiera asesino con experiencia podría colarse en esta casa con diez o veinte hombres y llevarte sin esfuerzo. ¿Nunca te has parado a pensarlo?

Tragué saliva.

—Pensaba que todo estaba bajo control —balbuceé.

—Lo está. —Su voz sonó firme—. Pero solo porque tengo un equipo más grande de lo que imaginas. Tengo gente vigilando por todo el barrio, personas de confianza monitorizando cámaras, rutas, movimientos.

—Aquellos tres tipos... —recordé, con desconfianza.

—Son mis fantasmas.

Abrí mucho los ojos.

—¡Pero dijiste que no existían!

Hunter rió por lo bajo, divertido ante mi ingenuidad.

—Un buen mago nunca revela sus trucos. Y, sabiendo lo mucho que te gusta hablar de mí, tuve que protegerme. ¿Alguna pregunta más, princesa?

Crucé los brazos, irritada por su tono provocador.

—¿Cómo descubriste que esa mujer quería acercarse a mí?

Sonrió de medio lado, satisfecho con la pregunta.

—Le di cuerda... y Nina acabó ahorcándose sola.

—¿Desde cuándo lo sabías?

—Desde la discoteca.

—¿En serio? ¿En la discoteca? Ni me di cuenta.

—Claro que no. —Una sonrisa irónica se dibujó en sus labios—. Estabas demasiado ocupada bebiendo y hablando con ese... en fin.

El pecho se me encogió y una sensación cálida me subió por la garganta. Era celos. Ridículo, pero celos al fin y al cabo.

Él siguió, imperturbable:

—Conozco bien las artimañas de cierto tipo de gente, sobre todo cuando están en misión. Fingí ser un idiota más en la discoteca, pero ya había notado que ella merodeaba el lugar media hora antes de acercarse. Cuando por fin vino a hablar conmigo, intentó hacerse la interesante —típico comportamiento. —Respiró hondo, con la mandíbula tensa—. Su primer error fue mencionarte. Dijo que te miraba constantemente.

—¿Y lo hacías? —pregunté, odiando el tono esperanzado de mi propia voz.

—Sí y no.

Puse los ojos en blanco.

—Qué guardaespaldas tan confuso eres.

Se rió brevemente, dando un paso más hacia mí.

—Te observaba, sí, pero solo lo justo para asegurarme de que estabas a salvo. Desde donde estaba, apenas podía ver tu rostro, había decenas de personas entre nosotros. El detalle es que ella no podía saber eso. ¿Y sabes qué deduje?

—Que era ella quien me observaba —completé, cruzándome de brazos—. Desde otro lugar.

—Exacto. —Su sonrisa tuvo un deje de orgullo—. Nina solo podía haberte observado de cerca para afirmar algo así.

—¿Y los otros errores que cometió?

Hunter se recostó contra la pared, brazos cruzados, como si recordara una partida cuyo final ya conocía.

—El segundo fue darme una tarjeta falsa del lugar donde supuestamente trabajaba. Mande investigarlo. Descubrimos movimientos sospechosos, llamadas, gente entrando y saliendo a horas extrañas. Era buena... pero no lo suficiente.

—¿Y el tercero?

—Autoinvitarse a venir aquí. —Hizo una pausa, con los ojos fijos en mí—. Fue cuando supe con certeza que algo no encajaba. Así que monté el plan. La hice creer que había un arma en el cuarto, y el resto ya lo viste. Nina perdió el control.

Guardé silencio, admirada y, al mismo tiempo, un poco inquieta por su frialdad.

—Tú... realmente eres listo.

Él arqueó una ceja.

—¿Listo? Ella fue idiota. —Dio un paso al frente, la voz más grave—. Y eso es lo que me preocupa de ti.

—¿De mí? —tragué saliva—. ¿Por qué?

Hunter se acercó hasta que pude sentir el calor de su cuerpo. Sus manos, firmes, se posaron en mis hombros, y por un instante olvidé cómo respirar.

—He aprendido algo en todos estos años de trabajo: preocúpate tanto de los aficionados como de los profesionales.

—¿Y por qué? —pregunté, intentando mantener la voz firme.

—Porque los aficionados no tienen nada que perder. —Sus ojos se oscurecieron—. Y, por lo que parece, ese es el caso. Están convencidos de que tú eres la clave para impedir que tu padre asuma la presidencia de la empresa.

Sentí un escalofrío recorrerme el cuerpo entero. Por primera vez comprendí que no hablaba solo de estrategia. Hablaba de peligro real.

Y la forma en que me miraba... era como si, a partir de ese instante, mi vida estuviera literalmente en sus manos.

HUNTER SMITH

—Vosotros tres... —hice una pausa, dejando que mi mirada recorriera a cada uno de ellos—. Romeo, Jason y Donald... buen trabajo.

Jason y Donald formaban parte de mi equipo fijo —los fantasmas, como solía llamarlos—. Agentes invisibles, casi sombras, que rara vez establecían contacto directo conmigo. Eran mis ojos y oídos en el terreno, el tipo de hombres de los que solo sabes que existen cuando algo sale mal.

Romeo era distinto. Acababa de integrarse al grupo, pero su reputación lo precedía. Había participado en operaciones que habrían destrozado a cualquiera... menos a él.

—Jason, quiero que revises el perímetro que acordamos —ordené con voz firme, el tono sin margen para dudas—. Donald, mantén el foco en la dirección del tarjetón de Nina. Si hay cualquier movimiento extraño, quiero saberlo antes que nadie.

—Sí, jefe —respondieron al unísono, casi como una prolongación de mi propia voluntad.

—Estáis dispensados.

Salieron con pasos silenciosos, precisos, profesionales. El sonido de la puerta cerrándose tras ellos trajo un breve silencio, lo bastante denso como para obligarme a respirar más hondo.

Quedé frente a frente con Romeo. Su mirada serena reflejaba la misma calma letal de quien ha visto lo peor del mundo y aun así ha aprendido a sonreír.

—Buen trabajo, amigo —dije, dejando escapar parte de la tensión que todavía me recorría el cuerpo.

—Fue tu instinto lo que me ayudó a ejecutarlo, Hunter —respondió con un respeto genuino, aunque en su mirada había algo más: reconocimiento.

Romeo me había pasado información crucial. Gracias a él, había confirmado todo lo que sospechaba desde el principio. La investigación de su equipo nos había revelado lo que necesitábamos: el verdadero nombre y el historial de Nina Valladares.

—¿Te estás asegurando de mantenerte oculto? —pregunté, en un tono más bajo, casi una advertencia.

Asintió.

—Sí. Me he enterado de que Stanley está de viaje. Vuelve la semana que viene. De momento, estamos seguros.

—Entiendo. —Crucé los brazos, pensativo—. Mantente alerta.

—Siempre. —Romeo sonrió, esa sonrisa breve y enigmática que solo un hombre acostumbrado al peligro puede ofrecer—. Será mejor que vuelva a mi puesto. Si pasa algo, estaré cerca. Y... gracias por dejarme volver, Hunter.

No respondí de inmediato. Solo asentí, observándolo salir por la puerta con pasos firmes, hasta que el clic del picaporte resonó en el silencio de la habitación.

Cuando se fue, el peso del día empezó a caer sobre mis hombros. La operación había sido un éxito: limpia, rápida, ejecutada con precisión quirúrgica. Sin fallos, sin riesgos reales para Stephanie.

Y aun así, algo dentro de mí no terminaba de relajarse.

Respiré hondo, con la vista perdida en el vacío. Por más que todo estuviera bajo control, sabía que, en el fondo, aquella partida aún

no había terminado.

Pocos minutos después, oí pasos en el pasillo. Kenypher y John entraron, ambos con el semblante cansado, pero aliviado.

—Lucy ha pedido tres días, Hunter —dijo Kenypher, cruzándose de brazos.

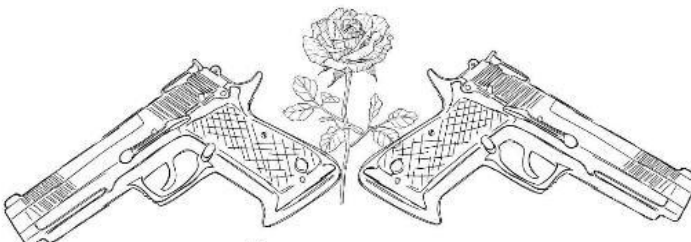
—De acuerdo. Buen trabajo, chicos. Estáis dispensados.

Se miraron entre sí y salieron sin decir una palabra.

Cuando volví a quedarme solo, dejé que la quietud se apoderara de la casa. Por primera vez en mucho tiempo, sentí el cuerpo aflojarse. Los músculos, tensos desde el inicio de la noche, comenzaron a ceder, y una ligera extenuación me golpeó de repente.

Cerré los ojos por un momento, dejando que el aire frío llenara mis pulmones. Era esa sensación familiar del deber cumplido: una mezcla de alivio y vigilancia que nunca se disipa del todo.

Y aquella noche, mientras el silencio se convertía casi en un refugio, supe que, al menos por unas horas, podría dormir en paz.



CAPÍTULO 16

«Algunas decisiones se toman en los momentos más inoportunos...»

HUNTER SMITH

Sabía que aquello no iba a salir bien.

Desde el momento en que el padre de Stephanie cruzó los portones, la casa —antes silenciosa, controlada, segura— se convirtió en un caos.

Un ir y venir constante de hombres uniformados, órdenes gritadas por los walkie-talkies, pasos apresurados resonando por los

pasillos. Doce guardaespaldas repartidos por todas partes, cada uno queriendo demostrar su valía, cada uno convencido de que sabía lo que hacía.

El ruido y el movimiento empezaron a irritarme. Cada segundo que pasaban rondando dentro de la residencia me ponía más tenso. Aquel desorden solo comprometía la seguridad de ambos: padre e hija.

Cuando Andrew me avisó de que volvería, imaginé que su equipo se quedaría fuera, haciendo lo que se supone que debían hacer: vigilar el perímetro, mantener la distancia, actuar con discreción. Pero claro, fui demasiado optimista. La inteligencia no parecía ser el punto fuerte del jefe de seguridad.

Y hablando del sujeto...

Ludovic llevaba minutos observándome, con esa media sonrisa que me daban ganas de romper a golpes. Hablaba con sus hombres, pero sus ojos siempre volvían a mí, evaluándome, midiéndome, provocando.

Cuando por fin despidió a parte del equipo, se acercó con pasos lentos, el tipo de hombre que disfruta midiendo territorio antes de abrir la boca.

—Hunter Smith... —dijo, con un tono que destilaba más ironía que respeto—. El famoso guardaespaldas particular. Siempre apareces en el momento justo, evitando tragedias mayores.

No respondí. Me limité a mirarle, esperando que fuese al grano. Él rió, complacido con su propio juego.

—Verás, le dije al señor Andrew que mi equipo bastaría para proteger a Stephanie. Todavía no entiendo por qué te contrataron a ti.

Crucé los brazos, sosteniendo su mirada con una calma calculada.

—Bueno, supongo que porque él quiere lo mejor. —Hice una pausa, dejando que las palabras pesaran—. Por eso estoy en tu lugar.

Su sonrisa se ensanchó, pero los ojos se le endurecieron.

—Prefiero mi forma de trabajar.

—Parece que tu jefe no. —Incliné ligeramente la cabeza—. Si no, estaría protegiendo a su propia hija, en lugar de dejarme hacerlo a mí.

Silencio. De ese que corta el aire. La tensión entre nosotros era palpable, y por un instante el ruido de los radios y los pasos desapareció.

Se acercó lo suficiente como para que pudiera oler su colonia, fuerte, invasiva, como si también en eso intentara imponer presencia.

—¿Necesitas algo? —pregunté, con voz fría y firme.

—No... solo eso. —La comisura de sus labios se curvó en una sonrisa calculada—. Por cierto, me llamo Ludovic.

—Lo sé. —Respondí en voz baja, dándole la espalda antes de que pudiera contestar—. Y también sé qué tipo de errores suelen cometer hombres como tú.

Lo dejé allí, de pie entre sus hombres, mientras atravesaba el pasillo en dirección al despacho. Sentía sus ojos clavados en mi espalda, y eso no hizo más que confirmar lo que ya intuía desde el principio: aquel hombre no me inspiraba ninguna confianza.

Y en mi trabajo, la confianza lo era todo.



Sabía que aquello no iba a acabar bien.

Desde que el padre de Stephanie cruzó los portones, la casa — antes silenciosa, controlada, segura— se había convertido en un cuartel improvisado.

Guardias entrando y saliendo sin criterio, los walkie-talkies chispeando a cada minuto, pasos pesados resonando por los pasillos. Doce hombres repartidos por todas partes, cada uno queriendo demostrar que servía para algo, cada uno convencido de que sabía lo que hacía.

El ruido y el movimiento empezaban a exasperarme. Cada segundo que pasaban deambulando por la casa me ponía más tenso. Aquel desorden no hacía más que poner en peligro la seguridad de ambos —padre e hija—.

Cuando vi a Andrew salir de la cocina, decidí que no podía posponerlo más.

Además de tener que informarle de lo ocurrido con Stephanie, necesitaba hablar con urgencia sobre la presencia de su equipo.

—Hunter, ¿cómo estás? —preguntó, cordial, pero con cansancio—. ¿Necesitas algo?

—Estoy bien —respondí, directo—. Tenemos que hablar. Son dos cosas importantes.

—Por supuesto. Vamos a mi despacho.

Sus hombres me siguieron con la mirada mientras cruzábamos el pasillo. La desconfianza en sus ojos era evidente, como si el intruso allí fuera yo. Cerré la puerta tras nosotros, ahogando el murmullo del otro lado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Andrew, acomodándose tras la mesa.

Durante unos quince minutos le conté todo.

Le hablé de la asesina a sueldo, de cómo había entrado en la casa y del riesgo real que Stephanie aún corría.

Cada palabra parecía tensarlo más. Pude ver la vena de su sien palpar.

—¿Dejaste que esa mujer entrara en mi casa? —estalló—. ¡Mi hija quedó vulnerable!

—No —respondí con firmeza—. Todo estuvo bajo control.

—¿Y cómo puedes estar tan seguro?

—Ya te lo dije una vez: no me pagan por jugar, Andrew. —El tono me salió más duro de lo que pretendía, pero no me retracté—. La situación estaba controlada, y pronto tendré información concreta sobre quién la contrató.

Se pasó una mano por el pelo, inquieto.

—Hay que reforzar la seguridad. Quizá ampliar el equipo...

—¿Puedes escucharme un momento? —lo interrumpí.

Hablar con Andrew requería paciencia. Mucha paciencia. Tenía el don de convertir cualquier conversación en una batalla de egos.

—Habla —dijo, cruzando los brazos.

—El problema no es contratar más gente. —Mantuve un tono sereno, pero firme—. Lo que necesito saber es cuánto tiempo vais a quedaros tú y todo tu equipo aquí.

—Unos días, quizá menos. —Se encogió de hombros—. Se turnan entre vigilar y dormir. No sé si estarán frente a la casa o en los coches. ¿Por qué?

Cerré los ojos un instante y respiré hondo.

—Fui claro desde el principio. No me mezclo. Eso compromete la seguridad de tu hija... y la tuya también.

—No veo por qué iba a comprometerla —replicó, impaciente—. Cuanta más gente, mejor.

Contuve un suspiro.

—Si el objetivo es llamar la atención, entonces tienes razón. Pero yo trabajo con discreción, y te aseguro que estás completamente equivocado.

—Ludovic también cree que deberíamos unificar los equipos —respondió, con tono de quien quiere zanjar el asunto—. Y confío en él.

Claro que confiaba. Ludovic siempre había tenido demasiada opinión y pocos resultados. Y, además, estaba su historial... el error imperdonable de años atrás.

—Yo no confío. Ni en él ni en nadie de tu equipo. Confío en mí y en mis hombres. Ya te lo dije y lo repito: todos vosotros aquí solo lo complicáis todo.

—¿Por qué parece que intentas echarme de mi propia casa? —preguntó, entornando los ojos.

—Porque la presencia de tu gente entorpece lo que me contrataron para hacer. —Lo miré con firmeza—. Eso se acordó desde

el principio, Andrew. Espero que cumplas tu parte. Ambos firmamos un contrato aceptando las condiciones del otro.

No era el tipo de argumento que solía usar, pero a veces era necesario recordar la jerarquía.

La sala quedó en silencio unos segundos. Desvió la mirada, se frotó las sienes y soltó un suspiro pesado.

—Mañana lo resolveré. Ahora... solo quiero dormir.

—De acuerdo. Te buscaré por la mañana —dije, dando por terminado el tema—. Buenas noches.

Salí antes de que pudiera replicar.

El pasillo estaba en silencio, aunque la tensión aún flotaba en el aire. Caminé hacia mi habitación, quitándome la chaqueta y aflojando la corbata por el camino. Sentí el peso del día caerme encima, junto con la certeza de que lo peor aún estaba por venir.

Me senté al borde de la cama, la mente girando entre estrategias, planes de contingencia y... Stephanie. Siempre ella.

El sonido distante de la lluvia empezando fuera se mezclaba con mi propio cansancio.

Sabía que no lograría dormir.

No mientras ella siguiera en peligro.

STEPHANIE TORRES

Hablé con mi padre unos minutos, pero había algo extraño en él —algo que no sabía nombrar, aunque todo mi cuerpo lo presentía.

Parecía... distante. Hablaba poco, evitaba mirarme a los ojos y esquivaba cualquier pregunta sobre sus viajes, como si ocultar las respuestas fuera más seguro que decirlas. Ni siquiera me preguntó cómo estaba, y eso, viniendo de él, era inédito.

Mi padre nunca había sido un hombre dado a grandes demostraciones, pero siempre se había preocupado. Esta vez, sin embargo, había en su rostro una sombra distinta —ese tipo de silencio que delata preocupación, quizá culpa.

La tensión no estaba solo en él.

Durante la cena, noté que sus guardaespaldas y los de Hunter se comportaban como dos ejércitos en bandos opuestos de una guerra fría. Ni una palabra, ni una mirada amable: solo una pared invisible de desconfianza.

Incluso Hunter, normalmente dueño de un autocontrol impecable, parecía irritado. La mandíbula apretada, la mirada más dura de lo habitual. Algo lo inquietaba, y la sensación de no saber qué era empezó a corroerme por dentro.

No lo pensé dos veces. Cuando terminé de subir las escaleras, me detuve frente al pasillo silencioso y respiré hondo antes de llamar a su puerta. Una, dos veces.

La puerta se abrió, y allí estaba Hunter, con una camisa negra, las mangas remangadas, y una expresión de sorpresa en los ojos.

—¿Qué haces aquí, Stephanie? —preguntó con voz grave y baja, como si temiera que alguien nos oyera.

—He venido a hablar contigo. —Crucé los brazos, desafiando su mirada—. Estás raro desde esta mañana, y sé perfectamente cuándo algo te incomoda.

—No vengas a mi habitación —interrumpió con brusquedad—. No empeores las cosas.

—Entonces dime qué pasa —repliqué, sin moverme un centímetro.

Hunter echó un vistazo rápido al pasillo y, en un gesto repentino, me agarró del brazo, tirando de mí hacia dentro y cerrando la puerta tras nosotros. El golpe seco del cierre hizo que el corazón se me disparara.

Estaba tenso. Realmente tenso. Ese tipo de tensión que precede a un problema serio.

—Si has prestado la más mínima atención a nuestras últimas conversaciones, sabes perfectamente qué es lo que me molesta —dijo, mirándome con esa intensidad que me hacía olvidar lo que iba a decir.

—Si tengo que adivinar, diría que es porque me dijiste que no te mezclas con nadie —respondí, intentando mantener la calma.

—Exacto. —Su tono fue frío, calculado—. Pero no es solo eso. El modo en que el jefe de seguridad de tu padre organizó su equipo me irrita. Ha puesto prácticamente un blanco luminoso en la casa con un enorme cartel que dice: “estamos aquí por tiempo indefinido”.

—Entiendo... —murmuré, observando lo distinto que parecía. Hunter no solía alterarse con facilidad.

La preocupación se reflejaba en su rostro. Los hombros rígidos, la mirada alerta, como si cada ruido en la casa pudiera significar

peligro.

Me senté al borde de su cama, ignorando la ceja que arqueó al verme hacerlo.

—Bueno, ¿qué vamos a hacer?

—Nosotros no vamos a hacer nada —respondió, seco—. Tú vas a volver a tu habitación, coger un libro romántico y fingir que el mundo está en paz. De esto me encargo yo.

—Ni hablar. —Crucé los brazos, desafiándolo.

—¡No seas una niña caprichosa! —Su mirada era una mezcla de irritación e impaciencia—. Pensaré en algo para mañana.

—Más te vale —sonreí con suavidad, provocándole.

Hunter rodó los ojos, pero no pudo ocultar la leve sonrisa que se le escapó. Pude sentir que, detrás de toda su rigidez, había un atisbo de alivio. Tal vez le gustaba más de lo que admitía el hecho de que no retrocediera.

Me levanté y caminé hacia la puerta.

—Vete —dijo él, en un tono más suave—. Y no bajas la guardia, princesa.

Me giré para mirarlo.

—Me voy, pero porque quiero. —Le guiñé un ojo.

Hunter soltó una risa baja, esa risa ronca que siempre conseguía descolocarme.

—Parece que hay cosas que no cambian.

—No, Hunter. Las bestias no cambian. —Respondí en el mismo tono provocador.

Puse la mano en el pomo, pero antes de salir lo vi desviar la mirada y sonreír. Una sonrisa pequeña, casi imperceptible... pero real.

Y eso bastó.

Salí de allí con el corazón acelerado, con una extraña sensación de que, aunque el mundo estuviera a punto de venirse abajo, entre nosotros algo estaba empezando —lento, pero inevitablemente— a cambiar.

HUNTER SMITH

No pegué ojo en toda la noche.

El reloj marcaba poco después de las seis cuando me levanté, harto de intentar encontrar comodidad entre el torbellino de pensamientos.

Depender de los demás era un infierno, y lo odiaba. Por más claro que fuera mi contrato con Andrew, sabía que era de esos hombres que pueden actuar por su cuenta —y una sola decisión equivocada bastaría para echarlo todo a perder: él, Stephanie, yo... incluso ambas unidades de seguridad.

Fui a la cocina, y lo que vi me hizo apretar la mandíbula.

Hombres por todas partes. Hombres que no eran de los míos. Uniformes distintos, miradas desconfiadas, energía equivocada. Entonces entendí perfectamente cómo se había sentido Stephanie la primera vez que invadimos su espacio.

Una sonrisa se me escapó sin querer.

Sí, me lo merecía. Fui insoportable con ella al principio. A veces aún lo soy. Pero no era culpa mía si provocarla se había convertido en uno de mis pasatiempos favoritos —ese tipo de provocación que acelera la sangre.

—¡Hunter Smith! —escuché una voz a mi espalda.

Solo con eso supe que el día no empezaría bien.

—Bonito día, ¿no te parece? —añadió Ludovic, el jefe de seguridad de Andrew.

No lo soportaba.

Y, para colmo, detestaba que me llamaran por mi nombre completo. Sonaba a provocación.

—Si tú lo dices —murmuré, abriendo la nevera—, no voy a llevarte la contraria.

Algunos de sus hombres soltaron una risa forzada, el sonido hueco de una falsa camaradería. Cogí una botella de agua y cerré la puerta despacio.

—Ya entiendo por qué quieres que nos larguemos de aquí —dijo Ludovic, con esa media sonrisa irritante.

—No tengo tiempo para cháchara. —Le sostuve la mirada apenas un instante antes de dirigirme a la salida.

Pero su voz me alcanzó antes de que cruzara la puerta:

—Te estás tirando a la hija del jefe, ¿verdad?

Me detuve. La sangre me subió a la cabeza.

Sabía que su visita a mi habitación anoche no pasaría desapercibida, pero oírlo de su boca...

Me giré despacio, conteniendo el impulso de lanzarme sobre él.

—Piénsalo bien —continuó, fingiendo inocencia, el tono provocador—. ¿Qué crees que haría Andrew si se enterara? —Hizo un gesto pensativo, mirando al techo y pasándose la mano por la barbilla.

—¿Por qué no lo compruebas? —respondí, acercándome hasta quedar a menos de un palmo de distancia.

Ludovic era alto, corpulento, con esa mirada de quien cree que la intimidación sirve con cualquiera.

Conmigo, no.

Al instante, algunos de sus hombres se movieron, formando una barrera detrás de él.

El aire se volvió más denso.

—No sería muy inteligente buscar pelea con nosotros —dijo Ludovic, con un tono más firme—. Somos mayoría.

Esbocé una media sonrisa.

—Cierto. —Incliné ligeramente la cabeza—. Pero aquí, la cantidad no equivale a calidad.

El silencio que siguió fue casi tangible. Ya estaba listo para moverme cuando una voz cortó el aire.

—¡Hunter! —Andrew apareció en el umbral de la cocina, jadeante, con un móvil en la mano—. Necesitamos hablar.

Tragué el impulso de responderle a Ludovic y di un paso a un lado, apartándome de su vista.

—Por supuesto. —Seguí a Andrew por el mismo pasillo de ayer, ignorando las miradas que se clavaban en mi espalda.

Entramos en el despacho, y cerró la puerta con prisa.

Esta vez noté algo distinto en él: las manos temblorosas, la mirada inquieta, el traje desordenado.

—Ha surgido un imprevisto —empezó—. Tengo que ausentarme de la ciudad.

—¿Un imprevisto? —repetí, con escepticismo en la voz.

—Una reunión de emergencia. Sacramento. Allí está una de las filiales. —Hablaban rápido, evitando mirarme—. Me están presionando

para que renuncie al cargo, y hay manifestaciones. La oposición se está moviendo, y necesito calmar los ánimos. No sé cuándo volveré a Los Ángeles.

—Entiendo. —Me limité a eso.

En el fondo, no importaba lo que dijera. Sus asuntos políticos no eran de mi incumbencia. Mi único trabajo era mantener a Stephanie a salvo.

Aun así, había algo en su manera de hablar que me inquietaba. Un nerviosismo contenido, una vacilación que no esperaba de un hombre como Andrew.

Desde el primer día que me contrató, supe que había mucho más detrás de esa historia.

Y si algo había aprendido, era esto: cuando alguien miente, el cuerpo siempre lo delata.

Desvió la mirada hacia la ventana, y en ese instante tuve la certeza de que no me lo había contado todo. Pero lo dejé estar. Por ahora.

Al fin y al cabo, solo una cosa importaba: pasara lo que pasara, protegería a Stephanie.

Aunque para ello tuviera que enfrentarme al mismísimo infierno.



La casa bullía. En pocas horas Andrew tomaría el vuelo a Sacramento y todo giraba en torno a esa partida: maletas en el vestíbulo, empleados corriendo de un lado a otro, radios que chisporroteaban órdenes. La tensión flotaba en el aire como un nudo permanente.

Stephanie se quedó a mi lado después de hablar con su padre; todavía llevaba en el rostro las huellas de la conversación —esas cejas fruncidas que ya conocía tan bien. Andrew estaba en el jardín, al teléfono, y algunos de sus guardias permanecían en el salón, como sombras posicionadas.

—Tuviste suerte, Hunter —apareció Ludovic en un rincón, la voz calmada, como quien pregunta por el tiempo—. Aún no me queda claro por qué usted influye tanto en nuestro jefe... o si esto tiene algo que ver con todo este lío.

Su tono era absurdo, pero cargado de intención. Sentí la sangre subirme a las orejas.

—¿Qué insinúa? —pregunté, sin apartar la mirada.

—Ah, escuché la historia de que una mujer entró aquí. —Sonrió, convencido—. No le di demasiado crédito.

—¡Pero es verdad! —interrumpió Stephanie, con una rapidez que me sorprendió; su palabra fue corta y afilada.

La miré un segundo: su defensa no necesitaba palabras. No éramos nosotros los que teníamos que dar explicaciones. Aun así, ese gesto me calentó por dentro —un pequeño incendio de orgullo que no pensaba mostrar.

—¿Eso es lo que usted cree? —replicó Ludovic, acercándose un paso más, dejando el sarcasmo colgando en el aire—. Él bien podría haber... —dejó la frase a medias, como quien arroja un cuchillo al suelo.

Stephanie se mordió el labio y cortó la insinuación con una mirada firme: —Más le vale pensar bien lo que va a decir. —Su voz sonó controlada, pero contenía fuego.

—No tengo que justificarme —dije, negando con la cabeza, voz baja y directa—. Hunter es un gran guardaespaldas; su opinión no cambia eso.

Ludovic soltó una risa corta que no llegó a los ojos.

—Cierto. —Miró a Stephanie como si acabara de descubrir algo divertido—. Y anoche entendí por qué...

Esas palabras cayeron como ácido. Mi cuerpo reaccionó antes que la razón: apreté la mandíbula y sentí el mundo estrecharse alrededor de Ludovic. Me evaluaba de arriba a abajo con la calma de quien calcula su ganancia. La rabia, fría y precisa, recorrió mis venas.

—De todas formas, obtuvo lo que quería, ¿no? —preguntó, la malicia empapando cada sílaba.

Me quedé un instante sin saber si hablaba de la salida de la ciudad o de ella. Stephanie me lanzó una mirada cautelosa y guardó silencio.

—Sí —respondí, breve—. Lo conseguí.

—Espero que aquí no pase nada —añadió Ludovic, voz baja, medida como una amenaza—. Si no, tu cabeza rodará. Te lo garantizo.

El comentario venía en forma de desafío camuflado de aviso. Un escalofrío recorrió mi nuca, pero mantuve el rostro impassible.

—No me preocupa usted —contesté con firmeza—. Tengo problemas mayores que resolver.

—Por tu bien, empieza a preocuparte. —Se alejó con la elegancia de quien deja la última palabra en el aire.

Cuando Ludovic se perdió entre el movimiento del salón, las miradas curiosas volvieron hacia mí como pequeñas hojas afiladas. Stephanie seguía observándome con sus ojos interrogantes de siempre.

—Hunter, ¿por qué ha dicho eso? —susurró, dejando asomar la inseguridad que intentaba ocultar.

—No lo sé —respondí, sintiendo el peso de la responsabilidad más pesado que el cansancio—, pero lo averiguaré.

Y mientras ella se pegaba a mi lado, noté con la familiaridad de quien vigila noches enteras que aquello —Ludovic, los equipos, las amenazas veladas— era solo el principio. La casa estaba inquieta, y yo también. Mi promesa, silenciosa y firme, golpeó mi pecho: pase lo que pase, no la dejaré desprotegida.

CAPÍTULO 17



«¿Es un error entregarse cuando sabes con certeza que ese momento puede no repetirse jamás?»

HUNTER SMITH

El silencio volvió por fin a reinar en la casa de la princesa —al menos allí, donde ella dormía y yo podía oír su respiración más serena noche tras noche—. Aun así, en mi cabeza no había paz.

Mantenía contacto periódico con Romeo, Jason y Donald; ahora sabíamos que nuestra ubicación podía estar —como poco— comprometida. “Comprometida” se quedaba corto. No era ningún secreto que Stephanie estaba allí, pero había detalles invisibles que necesitaba diseccionar. Muchas piezas del puzle seguían sin encajar, y no tenía ni idea de por dónde empezar.

El móvil sonó, cortando el hilo de mis pensamientos. Respondí al primer zumbido.

—Hunter... Hunter... —la voz de Lucy llegó arrastrada, divertida—. Tu amiguita aguanta el dolor que da gusto, te lo aseguro.

El asco me subió a la garganta antes de que pudiera responder.

—Espero que no la hayas matado. Supongo que sabes a qué me refiero —dije, seco.

Ella soltó una risita ligera, cargada de sarcasmo.

—...que no te gusta eso, bla, bla, bla. —El tono burlón le salió suave, casi juguetón—. Tranquilo. Está entera. Quiero decir, con todas las piezas. Solo que no puedo garantizar que estén todas intactas...

Su ironía me raspó la paciencia.

—Menos mal. ¿Cuál es la novedad? —pregunté, directo, sin rodeos.

—No sabe nada. —La frase llegó corta, y por primera vez noté un matiz de sorpresa en su voz.

—¿Cómo que no sabe nada? —La pregunta me salió más alta de lo que quería. Lucy solía encontrarlo todo con esa “magia” suya; esperaba otra conclusión.

—Pues eso, que no sabe. —Se recreó en su evasiva—. Te contaré lo que he averiguado, Hunter.

Respiré hondo. Tuve que obligarme a mantener la calma.

—Habla.

—La contrataron con un único propósito: llevar a Stephanie hasta alguien. —Lucy ralentizó las palabras como quien vuelca un saco

de piedras en el suelo—. La chica que hizo el contacto ni siquiera conocía a esa persona. Solo le dio instrucciones.

La confusión me apretó el pecho.

—No lo entiendo. Explícate.

—La llamaron al móvil y lo acordaron todo por ahí. Le dijeron a Nina que dejara a la niña en la entrada del barrio de Watts —junto al primer contenedor de basura a la izquierda. Nada más. Ni siquiera le dieron un plazo.

El nombre del barrio me atravesó como una hoja fría. Watts era sinónimo de peligro.

—Esto huele a amateurismo —murmuré, más para mí que para ella.

—Amateurismo es quedarse corta. —Lucy suspiró—. Pero ¿y si no lo es? ¿Y si fue deliberado? ¿Por qué jugar con la hija de Andrew si el objetivo real es él? Algo no encaja. Puede formar parte de algo más grande.

La idea me golpeó. No tenía sentido ni logístico ni psicológico: usar a la hija como cebo cuando el objetivo era el padre. O era un error grotesco o una pieza de un juego mucho más elaborado.

—Podría tener que ver contigo, Hunter —murmuró Lucy, como si tosiera la posibilidad.

—¿Por qué lo crees? —quise saber.

—Ni idea. Quizá una prueba de competencia, una especie de sumisión, no sé. —Se encogió de hombros al otro lado de la línea—. Algo tipo “veamos si el famoso Hunter mete la pata”. Sería estúpido, si es eso.

Apartar la idea de que me subestimaran era cómodo, pero también plausible. Aun así —¿por qué Stephanie y no Andrew?— la

pregunta seguía ardiendo en mi cabeza como una chispa de pólvora.

—Lo descubrirás —afirmó Lucy con esa certeza irritante que tenía siempre que encontraba una pista útil. Luego, más práctica—: ¿Y qué hago con la muñequita esta?

—Entrégala a la policía. —La respuesta me salió automática, casi mecánica. Era lo que se esperaba: cárcel, interrogatorio, pruebas.

Ella soltó una carcajada brutal.

—Ah, claro. La llevo a comisaría y nos arrestan a las dos. Perfecto.

Negué con la cabeza, sintiendo el cansancio hundirse en mis hombros.

—Apáñatelas, Lucy. Confío en ti. El pago te llegará esta noche. Gracias por la información.

—De nada, cariño. —Colgó con un chasquido seco.

Me quedé con el teléfono pegado al oído, escuchando el silencio. El ruido distante de la casa fue creciendo mientras las piezas del puzle giraban en mi mente. Nina, la entrega en Watts, la voz obstinada de Lucy... todo se mezclaba en una ecuación que aún tenía que resolver.

Cerré los ojos un segundo y sentí la responsabilidad apretándome el pecho. Stephanie dormía en la habitación de al lado; su respiración, rítmica, casi me impedía admitir el pánico. No era solo un guardaespaldas contratado; era alguien que se volvía hambriento de respuestas.

Me levanté. Tenía trabajo que hacer: validar la ruta, descubrir quién había pagado por aquello y, si hacía falta, arrastrar toda esa historia fuera de las sombras. Y si alguien osaba jugar con su vida de nuevo, que estuviera preparado —no lo iba a dejar pasar.



¿Y si Stephanie no fuera más que una distracción para algo mucho mayor?

Esa pregunta me persiguió todo el día.

Pasé horas intentando conectar los puntos, pero las piezas simplemente no encajaban. Mi instinto me gritaba que había algo detrás de todo aquello, y aun así no tenía pruebas ni dirección. Solo esa inquietud molesta, el tipo que no te deja respirar con normalidad.

Cuando miré el reloj, ya pasaba de la medianoche. El cuerpo pedía descanso, pero la mente se negaba a detenerse.

Mi función era sencilla: protegerla. Y, aun así, me sorprendía a mí mismo pensando en ella de una forma que iba mucho más allá del deber.

—De tu cabeza está saliendo humo —dijo una voz dulce, rompiendo el silencio.

Giré la cabeza. Stephanie estaba sentada en el sofá, observándome con una sonrisa divertida y esa mirada curiosa de quien intenta descifrar lo que ocurre por dentro.

La luz tenue del salón realzaba sus rasgos, y por un instante olvidé en qué estaba pensando. Parecía ligera, casi despreocupada.

Era curioso: cuando quería, podía ser de una amabilidad desarmante. Y yo... me gustaba ese lado suyo.

—No es nada —mentí, apartando la mirada.

—Creo que me caes mejor que los guardaespaldas de mi padre —dijo, apoyando la barbilla en las manos, pensativa—. Ellos son raros.

—¿Ah, sí? —pregunté, intentando disimular una sonrisa.

—Sí. Lo son. —Parpadeó, como si confirmara su propia conclusión.

—Seguro que hay más motivos —dije, cruzándome de brazos, provocador.

—Eres inteligente e interesante. Ya te lo he dicho. —Se encogió de hombros con naturalidad.

Guardé silencio un instante.

Aquella mujer —la misma que al principio me detestaba— acababa de elogiarme como si fuera lo más normal del mundo.

Me senté a su lado, aún asimilando la situación.

—La princesa elogiándome... —murmuré con media sonrisa—. El mundo se acaba hoy.

Ella rió, negando con la cabeza.

—¡Inténtalo!

—¿Intentar qué?

—Elogiarme, hombre. Es dando como se recibe, ¿no lo has oído nunca? —Apoyó las dos manos bajo la barbilla y me miró con una expresión suplicante, casi teatral.

Suspiré. —No, paso.

—¿Qué problema tienes con elogiar a la gente? —replicó, inclinándose un poco hacia mí—. Estoy segura de que ves cualidades, ya sea en mí o en los demás.

—En tu caso, prefiero guardármelas —cruce las piernas, intentando disimular el desasosiego.

—Así que admites que tengo cualidades. —Su tono se volvió provocador—. Interesante...

Sonreí, sin poder evitarlo.

—Quizá.

—Hunter... —susurró, alargando mi nombre con un tono casi demasiado dulce.

Alcé la mirada, y me estaba observando como si esperara algo importante.

Suspiré de nuevo, rendido.

—Admito que eres inteligente y lista. Captas las cosas rápido, entiendes lo que nadie tendría que explicarte. Incluso cuando preguntas demasiado, aprendes deprisa.

Ella arqueó las cejas, fingiendo modestia.

—¿Satisfecha, princesa? —añadí.

—Por ahora. —Su sonrisa se abrió, suave y provocadora, y en ese instante me di cuenta de lo mucho que mi respiración se había ralentizado.

El ambiente entre nosotros se volvió silencioso —no ese silencio incómodo, sino el que pesa porque dice lo que las palabras aún no pueden.

Y, por primera vez en mucho tiempo, comprendí que la mayor amenaza en aquella casa quizá no estaba fuera. Estaba allí, sentada frente a mí, con una sonrisa capaz de derribar cualquier defensa que todavía intentara mantener.

STEPHANIE TORRES

Me fijé bien en el rostro de Hunter cuando dijo aquello. Un calor agradable me subió al pecho —tonto, lo sé— y por un segundo no supe muy bien qué hacer con aquel elogio que venía de un hombre que, claramente, no solía repartirlos. Era raro ver ternura en sus rasgos; cuando aparecía, parecía casi un error hermoso en la maquinaria.

—La verdad es que he aprendido a quererte. Al menos, en parte —dije, tanteando el terreno como quien ofrece un regalo frágil.

Él arqueó una ceja, y una sonrisa irónica, casi desdeñosa, se le escapó.

—¿Sabes? Eso hasta me hace echar de menos cuando me odiabas.

La respuesta me pilló por sorpresa. Quise negarlo, inventarme cualquier historia, pero la sinceridad me salió torcida y auténtica.

—Nunca te odié... —empecé, mordiéndome el labio inferior con la izquierda—. No, sí que te odié.

Hunter sonrió con tanta ligereza que me reí antes de darme cuenta. Era contagioso, de esas risas que desmontan cualquier defensa. El sonido me calentó más de lo que estaba dispuesta a admitir.

—¿Cómo conseguiste la fama que tienes? —pregunté, cambiando de tema con mi curiosidad habitual—. No me refiero al principio de tu carrera, sino a cómo llegaste a ser tan conocido...

Él negó con la cabeza, haciendo un gesto de desaprobación, como si hubiera abierto un tema inoportuno.

—Y bastaba con que mencionaras las preguntas... —murmuró—. No tienes remedio.

—No te escaquees y responde —insistí, con una sonrisa provocadora—. No te hagas el interesante, que no cuela.

Hunter se rascó la nuca y desvió la mirada, como si buscara una salida entre las sombras del cuarto. Por un momento, sus ojos se perdieron en el pasillo... o quizá se quedaron atrapados en recuerdos que prefería no tocar.

—Salvaba personas. —Su voz sonó baja, cargada de memoria—. Literalmente.

—Entonces... ¿has matado a gente? —pregunté, y la frase salió extrañamente seca, sin el tono de juicio que había imaginado.

Hubo un silencio. Vi el pequeño conflicto cruzarle el rostro: el profesional que aceptaba cosas que el resto del mundo no podía comprender y el hombre que cargaba con las heridas.

—¿Para qué quieres saber eso? —replicó, defendiéndose más con la pregunta que con una explicación.

—¿Y ser borde conmigo todo el tiempo te ayuda en qué, exactamente? —le devolví, sin compasión. Sabía cómo provocarlo; era casi un juego mío.

Su expresión vaciló; por un instante, las líneas de su cara se suavizaron. Aproveché el resquicio. Quería arrancarle todo lo que pudiera, entender por dónde había pasado ese fantasma que caminaba a mi lado.

—No hubo un solo caso que me hiciera famoso, si es eso lo que quieres saber —dijo al fin, con la mirada fija en la mía—. Empecé desde abajo, fui ganando experiencia, haciéndome un nombre, consiguiendo contactos. Me recomendaron bien, y la reputación llegó con el tiempo. Eso es todo.

—Has esquivado mi pregunta —comenté, inclinándome un poco hacia él. Quería ver su reacción, medir su incomodidad.

Hunter miró hacia la ventana, hacia el jardín iluminado, como si las estrellas pudieran darle las respuestas que yo no conseguía sacar de su boca. El silencio se alargó, denso, hasta que, con contención, admitió:

—Sí. Tuve que matar a algunas personas en servicio.

Aquellas palabras cayeron como piedras en un lago quieto. No las dijo con orgullo ni con arrepentimiento evidente: eran un hecho crudo, aceptado como parte del oficio. Habló mirándome directamente, como si quisiera que viera cada cicatriz detrás de su frialdad.

—A veces pasa, Stephanie... yo también... —la frase quedó a medias; quizá porque no hacía falta completarla.

Su teléfono vibró sobre la mesa con una urgencia cortante. Hunter lo cogió enseguida, en una transición casi automática entre las confesiones y el deber. Contestó sin preparar el rostro, y la atención que puso en la llamada fue inmediata: los ojos se le afilaron, la mandíbula se tensó, y la sonrisa —esa casi inexistente— se desvaneció en una sombra.

—Dime —soltó, escueto.

Me levanté al mismo tiempo que él. Sin decir nada más, salió al jardín con el teléfono pegado al oído, gesticulando con una impaciencia contenida. Lo vi cruzar el espacio exterior, la voz baja y tensa, el cuerpo rígido, como si cargara con una noticia que ya conocía lo suficiente como para enfurecerle.

Me quedé allí, en la puerta entreabierta del cuarto, escuchando el sonido apagado de la conversación y notando, por primera vez, que detrás del profesional invulnerable, Hunter arrastraba una tormenta que yo aún no sabía cómo domar.

HUNTER SMITH

La fachada del edificio donde supuestamente trabajaba Nina había cambiado de la noche a la mañana —como si alguien hubiera borrado cualquier rastro suyo de la faz de la Tierra.

—¿Qué necesitas que hagamos, Hunter? —preguntó Romeo al otro lado de la línea, la voz cargada de tensión—. Puedo intentar entrar y...

—¡No hagas eso! —interrumpí, más rápido de lo que pretendía.

Sabía exactamente en qué estaba pensando. Conocía ese tono. Romeo era impulsivo, y la idea de infiltrarse en un lugar potencialmente comprometido le excitaba tanto como le aterraba. Pero sería suicida. Incluso para alguien experimentado como él, investigar el lugar sin cobertura sería una estupidez.

—¿Qué haremos, entonces? —insistió.

Me pasé la mano por el pelo, intentando ordenar los pensamientos. La adrenalina latía, el corazón marcaba un ritmo pesado.

—No somos investigadores. —Respiré hondo—. Avisaré a la policía.

Silencio. El tipo de silencio que dice mucho más que cualquier palabra.

—De acuerdo —respondió por fin.

—Cuídate, Romeo. Cubre a Jason y a Donald.

—Lo haré.

La llamada se terminó, y la sensación de vacío que se abalanzó sobre mí fue casi asfixiante.

Guardé el teléfono en el bolsillo y volví al salón. El asunto estaba lejos de cerrarse, y una cosa era segura: tenía que extremar las precauciones más que nunca.

Stephanie seguía en el mismo sitio de antes, observándome con esos ojos curiosos que parecían intentar descifrar secretos que yo no tenía intención de compartir. Por la manera en que frunció el ceño, supe que estaba a punto de bombardearme a preguntas.

—¿Con quién hablabas? —indagó, cruzándose de brazos.

Suspiré. Preguntas y más preguntas...

—¿Y todo ese interrogatorio? —respondí, arqueando una ceja—. ¿Tu formación es en administración o en psicología, princesa?

Ella puso los ojos en blanco, visiblemente molesta. —¡Ay, cuál es tu problema? ¿Tienes que ser borde y serio las veinticuatro horas? Sólo intento hablar contigo.

Mordí el labio, conteniendo una sonrisa. ¿Qué quería realmente esta mujer conmigo?

—Con mi hermano. ¿Satisfecha? —mentí sin dudar. Dar detalles sobre la operación estaba fuera de cuestión.

—¡Vaya! —exclamó, incrédula—. ¿Y dices que no es alguien importante?

—Sí, para evitar precisamente esto que ha pasado ahora. —Señalé con la barbilla hacia ella—. Preguntas.

—¡Bipolar! —replicó, bufando.

—¿Yo, princesa? —crucé los brazos, mirándola de arriba abajo con media sonrisa.

Ella apartó la mirada, incómoda. —Deja de llamarme así —murmuró, fijando la vista en el techo.

—¿Qué problema tienes, princesa? —provocqué, inclinando la cabeza—. Siempre te he llamado así.

—Ya te dije, deja de decirlo. Parece que soy... una niña.

—¿Y no lo eres? —pregunté con un punto de sorna.

Sus ojos se encendieron de ira —esa furia silenciosa que avisa: acabas de cruzar la línea.

Y, antes de darme cuenta, ya estábamos en su cuarto.

El aire se sentía cargado, eléctrico. Ella estaba demasiado cerca; notaba el calor de su cuerpo, la respiración acelerada, el desafío dibujado en su rostro. Por un instante, ninguno pronunció palabra. La tensión entre nosotros era casi palpable —una mezcla peligrosa de rabia y algo que ninguno de los dos se atrevía a admitir.

Un paso en falso, y todo podría cambiar.



CAPÍTULO 18

«Jamás comprenderemos la profundidad de la tristeza de alguien si ni esa persona logra entender lo que siente...»

HUNTER SMITH

Los días parecían escurrirse entre mis dedos. Cuando me di cuenta, ya llevaba dos meses encargado de proteger a Stephanie.

Dos meses largos y cortos al mismo tiempo. Largos, porque convivir con ella exigía un autocontrol que no sabía que poseía. Cortos, porque, de algún modo que aún no comprendía, se había infiltrado en mi rutina —y, lo que era peor, en mis pensamientos.

Nuestra relación se había vuelto más cordial, de eso no tenía duda. Ya no me miraba con desconfianza ni me trataba como a un

extraño al acecho. Pero junto a esa aparente paz vino otro problema: Stephanie seguía provocándome. Y ahora lo hacía con aún más frecuencia, como si hubiera descubierto el placer de poner a prueba mis límites.

Por desgracia, la princesa me estaba leyendo mejor de lo que yo habría imaginado. Era demasiado perceptiva. Demasiado inteligente. Y cuando una mujer lista decide jugar con fuego, ahí es donde reside el verdadero peligro.

En cuanto a la parte práctica —su protección—, todo estaba tranquilo. Demasiado tranquilo.

Desde el incidente con Nina no había ocurrido nada “anormal”. Ningún movimiento sospechoso, ningún signo de peligro. Pero mi instinto seguía diciéndome que algo no encajaba.

Fui a la policía y les informé de la supuesta fachada falsa que aparecía en la tarjeta que Nina me había dado. Dijeron que la empresa había declarado la quiebra, justificando así el cierre repentino del local y la retirada del cartel.

Pero no me lo creí.

No era desconfianza hacia la policía —era experiencia. Ya había visto demasiadas cosas como para tragarme historias tan bien montadas. Quienes contrataron a Nina sabían perfectamente lo que hacían. Borraron las huellas con precisión quirúrgica, como quien limpia una escena antes de que alguien note lo que de verdad ocurrió.

Aparté ese pensamiento durante unos minutos.

Necesitaba respirar.

Aquella tarde estaba en casa de mi madre. El silencio familiar pesaba en el ambiente. Marcus me observaba con los ojos entornados, como intentando adivinar el motivo de mi visita. Yo tampoco sabía por dónde empezar. Llevaba días ensayando esa conversación en mi cabeza.

—Quiero... al menos intentarlo —murmuré, con la voz más ronca de lo habitual.

—¿De qué hablas, Hunter? —preguntó él, frunciendo el ceño.

Tragué saliva. —De nuestra madre. Necesito verla. Tengo que... ser un hombre y mirarla a los ojos. Hace demasiado tiempo que no soy capaz de hacerlo.

Marcus me miró sorprendido y, tras unos segundos, una sonrisa amplia se dibujó en su rostro.

—Escuchar eso me alegra muchísimo, hermano.

Pero yo seguí inmóvil. Ni un solo músculo de mi cara se movió. El peso de lo que estaba a punto de hacer era más grande que cualquier demostración de emoción.

—Seré un hombre —proseguí en voz baja—. Voy a dar el paso. Estoy harto de este miedo que llevo clavado en el pecho.

Me levanté despacio, sintiendo las piernas pesadas, como si cada paso fuera un enfrentamiento con el pasado.

Frente a la puerta, me quedé quieto unos segundos. La madera sencilla parecía una barrera imposible de atravesar. Inspiré hondo, recé pidiendo valor y cerré los puños, como si pudiera atrapar la determinación entre ellos.

Sé fuerte, Hunter.

Y, por primera vez en mucho tiempo, creí que quizá podría serlo.



Me miraba, pero no decía nada.

Aquel gesto vacío y, al mismo tiempo, tan lleno de todo, me atravesaba como una hoja afilada. Debería estar acostumbrado —al fin y al cabo, había presenciado la misma escena incontables veces en los últimos años—, pero no existía costumbre capaz de anestesiar lo que sentía cada vez que cruzaba su mirada.

—Mamá... —murmuré, con la voz quebrándose antes incluso de terminar la palabra.

Me detuve.

El nudo en la garganta me impidió continuar. Había tanto que quería decir, tanto que había tenido que tragar a lo largo de los años. Pero nada —absolutamente nada— parecía suficiente frente a ella, tan frágil, tendida, con la vista fija en algún punto cualquiera del cuarto.

La culpa me ardía por dentro.

Era mía.

Siempre lo fue.

Y sabía que difícilmente podría perdonarme por haberla dejado sola aquella noche. Por haber fallado en cuidarla, cuando lo único que ella hizo toda la vida fue cuidar de mí.

Cerré los ojos un instante, y los recuerdos volvieron como un golpe seco.

Mi madre siempre fue mi pilar. De esas personas que creen en ti incluso cuando tú ya no puedes hacerlo. Fue ella quien me animó a seguir mis sueños, aun sabiendo que el camino sería duro. Cuando decidí convertirme en guardaespaldas, no dudó: solo sonrió y me dijo que confiaba en mí.

Y yo confié en eso.

Más de lo que debía.

Durante años fuimos confidentes. Le contaba todo: cada logro, cada miedo, cada paso incierto. Hasta el día en que el éxito se me subió a la cabeza y me hizo perder el rumbo.

Un solo día. Bastó uno para perder todo lo que de verdad importaba.

Fui un hombre inmaduro, necio, fácilmente seducido por un mundo que prometía placer y poder, pero que solo me dejó vacío. Gané dinero, prestigio... y con ellos llegaron las malas compañías: personas que llamaban “amistad” a lo que, en realidad, no era más que conveniencia.

Dejé que me convencieran.

Caí. Y durante un mes me hundí en algo que destruyó mucho más que mi reputación.

La destruyó a ella.

El peor error de mi vida ocurrió una noche cualquiera, cuando llegué a casa drogado y encontré... aquello.

La imagen de su cuerpo en el suelo, el sonido de las máquinas, el caos... todo seguía resonando dentro de mí, como si hubiese pasado ayer.

—Perdóname por todo, mamá —susurré, tragando saliva—. Tendría que haber estado aquí cuando ocurrió. Te lo prometí, pero no

fui lo bastante hombre para cumplir mi palabra.

Agaché la cabeza, invadido por una mezcla de vergüenza e impotencia. Aquel día me perseguía como una sombra. Podía soportar cualquier dolor físico, cualquier herida, cualquier cicatriz... pero no había cura para lo que sentía por dentro.

Levanté la mirada despacio y la observé.

El cuarto estaba lleno de sonidos constantes: el pitido de los monitores, el suave susurro del oxígeno, el zumbido del aire acondicionado. La luz fría acentuaba el contraste entre su fragilidad y la fuerza que siempre tuvo en el alma.

¿Qué pensaría de mí ahora?

¿Seguiría viéndome como al hijo que un día le hizo sentir orgullo? ¿O solo como al hombre que la decepcionó?

¿Podría perdonarme? ¿O respiraba aliviada por no tener que verme cada día, recordándole lo que había causado?

Eran preguntas sin respuesta. Y por más que una parte de mí aún se aferrara a la esperanza de verla recuperar la conciencia, sabía que era improbable. Casi imposible.

Reprimí el llanto que amenazaba con subir y tomé sus manos con cuidado, como si pudiera pasarle algo de mi fuerza. Las venas finas y la piel fría me hicieron estremecer. Me incliné hasta que nuestros rostros quedaron cerca, y busqué sus ojos.

Por un instante fugaz, se movieron —y juro que vi un destello allí. Un brillo de conciencia, de reconocimiento... de amor.

—Perdóname por todo —murmuré, la voz temblando—. Te quiero, mamá.

Las palabras salieron en un hilo bajo, pero cargadas de todo lo que nunca supe expresar.

De todo lo que aún me mantenía vivo.

Y en ese momento, más que nunca, quise creer que me había oído.



—¿Cómo ha ido?

La voz de Marcus resonó por el salón antes siquiera de que pudiera cerrar la puerta detrás de mí. Estaba sentado en el sofá, inclinado hacia adelante, los codos apoyados en las rodillas y la mirada fija en mí. Se notaba el nerviosismo en cada una de sus respiraciones.

Suspiré, agotado. Sentía un peso en los hombros que parecía doblarme el cuerpo.

—Creo que ya lo sabes —murmuré, evitando su mirada—. Nunca sabré lo que ella piensa de mí, hermano.

Me llevé las manos a la cabeza, enredando los dedos en el pelo, intentando apartar las imágenes que volvían una y otra vez, como una película maldita en bucle. Su expresión inmóvil... el sonido de las máquinas... el olor del hospital. Todo aquello seguía corroyéndome por dentro.

—Me siento una basura, Marcus. Una jodida basura —confesé, con la voz baja y ronca.

Mi hermano se levantó y se acercó despacio, con el semblante tranquilo, pero los ojos firmes.

—Sí, cometiste un error. —Hizo una breve pausa—. Pero todos los cometemos. Yo te perdoné, Hunter.

Cerré los ojos, conteniendo el nudo que se me formaba en la garganta.

—Pero mamá... —las palabras salieron casi en un susurro.

—Estoy seguro de que ella también te perdonó —respondió sin dudar—. Deja de castigarte por eso. Hiciste todo lo que pudiste. Pagaste el tratamiento, estuviste ahí, te esforzaste, y...

—¡No es suficiente! —grité, golpeando la mesa con el puño. El impacto resonó por la sala, haciendo temblar el vaso de agua—. ¿Qué es eso comparado con lo que está viviendo ahora? —Mi voz temblaba, cargada de rabia y arrepentimiento—. Dejé a nuestra madre sola, Marcus. ¡Sola! Para drogarme. ¿Te das cuenta de lo que significa? Podría estar bien... podría estar con nosotros, pero ahora...

Las palabras se atragantaron en mi garganta.

—Nuestra madre no está muerta, Hunter —dijo él, acercándose con firmeza—. Sigue aquí. Todavía está.

Esa simple frase quebró algo dentro de mí.

Intenté resistirme, pero las lágrimas brotaron. Silenciosas, pesadas. Me corrían por las mejillas con una facilidad que me desarmaba por completo. Yo, que había aprendido a tragar el dolor, a ahogar cualquier debilidad, estaba allí, desnudo de toda coraza.

Marcus me observó en silencio, y por un momento el tiempo pareció detenerse.

—Llorar es necesario —dijo por fin, con voz baja y serena—. Alivia buena parte de la tensión que llevas soportando solo.

Asentí, incapaz de articular palabra.

Dejé que el llanto saliera —un llanto contenido, ahogado, pero liberador. Cada lágrima parecía lavar años de culpa acumulada, años de silencios que me consumían.

Marcus se acercó un poco más y apoyó una mano sobre mi hombro. Un gesto simple, pero que lo decía todo.

Cerré los ojos. Por primera vez en mucho tiempo, me permití respirar sin que el peso del pasado me aplastara.

Quizá el perdón empezara ahí.

No el suyo —el mío.

STEPHANIE TORRES

Guardé para mí el deseo que sentía constantemente por Hunter.

Admitir algo así era casi imposible para alguien como yo — alguien que aprendió desde muy joven a esconder los sentimientos y fingir indiferencia cuando el corazón no dejaba de hacer ruido.

Quería cambiar eso, quería tener el valor de ser directa... pero aún me faltaba confianza. La autoestima no es lo mismo que el coraje. Y yo, aunque sabía lo que valía, temblaba ante la idea de mostrarme tal como era.

No sé en qué momento empezó a ocupar mis pensamientos. No hubo un instante exacto, una chispa reconocible. Fue algo gradual. Un gesto aquí, una provocación allá, una mirada que duró un segundo más de lo debido. Y cuando me di cuenta, ya era demasiado tarde.

Es curioso cómo el corazón decide aferrarse justo a lo que parece ser lo contrario de lo que queremos. Hunter, con su forma irritante y provocadora, conseguía sacarme de quicio. Era el tipo de hombre que parecía divertirse con mi impaciencia. Y, aun así, resultaba imposible no fijarse en él.

La primera impresión que tuve de Hunter fue la peor posible. Arrogante, frío, intratable.

Pero aprendí que las primeras impresiones mienten.

Solo muestran lo que una persona quiere que veas —no lo que realmente es.

Hunter era complicado. Terco, orgulloso, reservado.

Pero detrás de todo eso había algo más —algo que solo empecé a percibir después de tantas discusiones. Una tristeza disfrazada de autodefensa. Una dulzura que escondía, pero que, a veces, se le escapaba sin querer.

Lo admiraba. Contra mi propia voluntad.

Oí un ruido en la puerta y, por instinto, me giré. Hunter acababa de llegar.

Había estado fuera unas cuantas horas y, por algún motivo, sentí un nudo en el pecho. No pregunté a nadie adónde había ido —ni a John ni a Kenypher—, pero algo me decía que no había sido un simple paseo.

Cuando le vi, lo entendí.

Había algo distinto en su semblante.

Cabizbajo, la mirada perdida, el peso en los hombros tan visible que se reflejaba hasta en sus movimientos lentos.

Pasó junto a mí sin decir una palabra, ni siquiera me miró. Tampoco a John.

—¿Algún día sabré lo que pasa cuando Hunter sale de esta casa y vuelve así? —pregunté, intentando sonar ligera, aunque la curiosidad se me escapó por la voz.

John soltó un suspiro cansado; en sus ojos había algo que mezclaba respeto y compasión.

—Stephanie... —empezó despacio—. Me gusta hablar contigo, y lo sabes. Pero hay cosas...

—Que no puedes contar —completé, con una sonrisa torcida, intentando disimular la decepción.

—No. —Negó con la cabeza—. Hay cosas que simplemente no se pueden explicar. Hunter ha pasado por mucho. Todos cometemos

errores, pero... el suyo fue duro.

La seriedad en su voz me heló por dentro. John rara vez hablaba así: era el más desenfadado de todos, siempre de buen humor, siempre con una broma a mano.

—Es algo personal, ¿verdad? —me atreví a decir—. No sé por qué, pero... siento que hay algo en él. Algo que intenta ocultar.

John asintió. —Sí. Y lo siento, pero no puedo decirte más.

—No hace falta —respondí, forzando una sonrisa—. Tengo un gran defecto, y se llama curiosidad.

Él soltó una breve carcajada, pero enseguida se acercó y apoyó una mano en mi hombro. Un gesto inesperado, pero lleno de cuidado.

—Evita acercarte a él, al menos por hoy —dijo con firmeza—. Déjale pensar. A veces, el silencio es el mejor remedio.

Asentí en silencio y subí a mi habitación.

Cogí el móvil y escribí a mis amigas.

Minutos después, ya estábamos conectadas por videollamada: Evelyn y Luiza —mis constantes, mis salvavidas. Las únicas capaces de arrancarme una risa sincera incluso en los peores días. Hablar con ellas era como abrir las ventanas y dejar que entrara el aire.

Charlamos de todo. Moda, cotilleos, tecnología, estudios... y, claro, hombres.

Y fue entonces cuando la conversación derivó justo hacia donde yo más temía.

—Tengo que contaros algo —dije, dudando—. He estado omitiendo ciertos temas, y nosotras tres siempre lo compartimos todo.

—Uy, esto huele a bomba —bromeó Evelyn, rodando los ojos.

—¡Venga, suéltalo ya! —añadió Luiza, entusiasmada.

Respiré hondo y lo solté de una vez. Después me quedé observando sus reacciones en la pantalla, esperando sorpresa, gritos, cualquier cosa.

Pero nada.

—¿Eso es todo? —Evelyn arqueó una ceja—. Ay, pensaba que era algo serio, tipo de vida o muerte.

—Totalmente —asintió Luiza.

—¿Perdona... estáis hablando en serio?

—Claro. —Evelyn se encogió de hombros—. Eso iba a pasar tarde o temprano.

Y fue entonces cuando me di cuenta de lo evidente: quizá era la única que no había notado hasta qué punto Hunter me tenía atrapada.

—Me atraen sus historias... me atrae él. —Las palabras me salieron en un susurro—. Creo que sabéis a lo que me refiero.

—Demasiado bien —dijo Luiza, riendo—. Pero, oye, eso puede acabar mal.

—O demasiado bien —añadió Evelyn con una sonrisa cómplice.

Puse los ojos en blanco, riendo también. —No sé si tengo el valor suficiente para averiguarlo.

—El valor se entrena —replicó Luiza, con ese tono provocador que tanto le gustaba usar.

Seguimos charlando un buen rato, entre risas y consejos más que dudosos. Sabían perfectamente cómo descolocarme, y yo adoraba eso.

Cuando colgamos, me quedé tumbada en la cama, con el cuarto envuelto en silencio.

Miré al techo, repitiendo mentalmente la última frase que les había dicho.

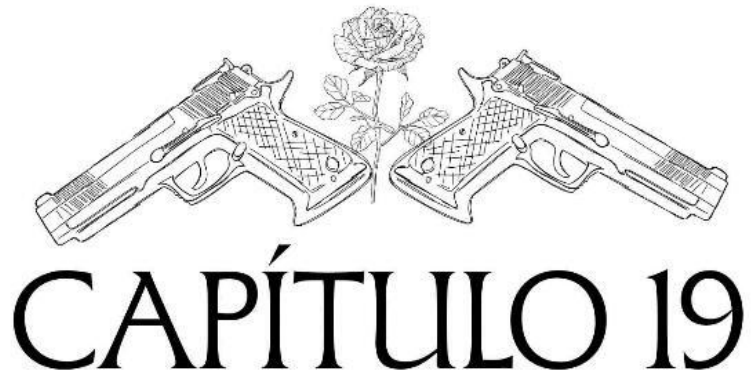
«¿Volverá todo a ser como antes?»

Pero, en el fondo, ya conocía la respuesta.

Nada volvería a ser igual.

No después de Hunter.

CAPÍTULO 19



«Ah, cuando una mujer se propone desestabilizar a un hombre...»

HUNTER SMITH

Una buena noche de sueño lo curaba todo.

Casi todo.

Bajé las escaleras con el cuerpo aún pesado, y lo primero que vi fue a ella: sentada en el salón, con las piernas cruzadas y un libro romántico entre las manos. La misma escena de siempre. Últimamente, Stephanie parecía preferir la compañía del salón a la soledad de su habitación, y yo... bueno, fingía no darme cuenta.

Pero me daba cuenta.

El sol de la mañana entraba por la ventana, dibujando sombras suaves sobre sus piernas desnudas. El diminuto pantalón corto que llevaba apenas cubría los muslos, y por un instante tuve que apartar la mirada. La línea entre el autocontrol y el deseo empezaba a hacerse peligrosamente fina.

—¿No te cansas de leer esos libros? —pregunté, apoyándome en el marco de la puerta.

Alzó la vista, el rostro iluminado por una sonrisa tranquila. — Jamás. El romance es vida.

—Qué curioso. Por cómo hablabas, pensé que vivías solo para estudiar. —Me fui acercando despacio y, sin disimular, dejé que la mirada recorriera sus piernas.

El problema era sencillo: sabía perfectamente lo que deseaba. Y lo que deseaba estaba allí, a pocos metros de mí, provocándome sin siquiera darse cuenta.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dijo, cerrando el libro entre los dedos.

—Empezamos pronto hoy... —bufé, rodando los ojos, aunque en el fondo me gustaba cuando iniciaba conversación. Sobre todo cuando el interés entre nosotros era mutuo.

—¿Qué lugar te irrita más que vaya? —preguntó con un brillo travieso en los ojos.

Solté una carcajada sincera. —Si crees que voy a responderte eso, princesa, te sugiero que cambies de tema.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué? —puso un mohín exagerado, inclinando la cabeza con teatralidad.

—Porque sabes perfectamente que, con lo que te gusta provocarme, empezarías a aparecer por allí todos los días.

—Hunter... no haría eso. ¡Jamás! —exclamó fingiendo indignación, aunque el tono suave la delataba; estaba disfrutando—. Y por cómo lo has dicho... realmente hay un sitio que odias. —Su voz se volvió un susurro dulce y provocador.

Puse los ojos en blanco.

—Ahórrame tu falsedad.

Ella rió.

—¿Sabes? Últimamente me gusta hablar contigo. Es casi terapéutico.

—¿Desde cuándo fastidiarme es terapéutico? ¿Qué clase de terapia al revés es esa?

—Estamos en paz. —Se encogió de hombros—. Tú eres igual. Interesante, pero lleno de defectos.

—Tienes razón. Nadie es perfecto. —Crucé los brazos, observando cómo se recolocaba en el sofá, con las piernas dobladas y la mirada fija en mí.

El silencio que siguió fue distinto: más denso, más... peligroso. Y entonces se movió, sentándose a mi lado.

Demasiado cerca.

Su perfume era una mezcla de vainilla y algo que no lograba identificar —quizá solo el efecto que tenía en mí.

—Creo que muchas mujeres han pasado por tu vida —empezó, mirándome con una seriedad poco común—, y que en algún momento pensaste: si me entrego, me enamoraré de ella.

—Princesa... —intenté interrumpirla, pero levantó la mano.

—Calladito. Estoy hablando.

Bajé la cabeza, derrotado. La curiosidad me devoraba.

—Parece que nunca has intentado nada verdadero con nadie. —
Hablabas despacio, estudiando mis reacciones—. Creo que tu mente se
ha acostumbrado al piloto automático. Nada te sorprende, nada te toca.
Pero si no fueras guapo, fuerte y con mujeres a tus pies... ¿quién sería el
otro Hunter?

Solté una risa corta.

—Buena pregunta. Supongo que ser como soy está en mis
genes. No intentes descifrarme, princesa.

Sonrió de lado.

—Yo creo que nadie nace frío. Algo te pasó, y el miedo se quedó.
Eso es. Quieres que te acepten, pero no eres capaz de permitirte nada.
Quieres y no quieres, al mismo tiempo.

—¿Y qué te hace pensar eso? —pregunté, arqueando una ceja.

—Un día mencionaste a una mujer. Apostaría a que te hizo daño.
Y desde entonces te blindaste. Pero no te das cuenta de que no todas
son iguales.

Solté una carcajada seca y me levanté, como quien necesita aire
para no decir más de la cuenta.

—¿Quieres saber mi opinión? —pregunté.

—Por supuesto.

—Lees demasiadas novelas y vives demasiado poco.

Ella alzó las cejas, como si ya hubiera anticipado la respuesta.

—Lo imaginaba. Nunca admites cuando tengo razón.

—Ni tú.

Sonreímos casi al mismo tiempo. Y, por un instante, el aire entre nosotros cambió. Ella no apartó la mirada. Yo tampoco.

—Dime una cosa, Hunter —me provocó—. Si el famoso guardaespaldas se enamorara por tercera vez de la misma mujer... ¿qué pasaría?

El extremo de mis labios se curvó en una sonrisa lenta.

—Ah, princesa... entonces puedes estar segura de que estaría en un buen lío.

Nuestras miradas se quedaron atrapadas. Durante segundos demasiado largos. Y allí, sin palabras, todo lo que había permanecido oculto entre provocaciones y sarcasmos pareció salir a la superficie.

Hablé más de la cuenta, y lo supe demasiado tarde.

Stephanie era lista. Y el brillo en sus ojos delataba que había entendido mucho más de lo que yo estaba dispuesto a permitir.

Sí, hubo otra mujer. Una que me hizo creer en el amor... y luego me lo arrancó sin piedad, huyendo a otro país el día después de jurarme que me quería. Desde entonces, aprendí a vivir sin esperar nada de nadie.

Pero al mirar a Stephanie comprendí algo peligroso: empezaba a tocar justo donde había jurado que nadie volvería a hacerlo.

—Bueno, voy a darme una ducha. —Rompí el silencio con la voz más ronca de lo normal—. En un rato salimos.

—¿Adónde? —preguntó, inclinando la cabeza con curiosidad.

—Lo sabrás pronto.

Me di la vuelta antes de que viera cuánto me desarmaba aquella mirada. Y, por primera vez en mucho tiempo, sentí miedo.

No de perderla...

sino de dejarme atrapar.

STEPHANIE TORRES

Hunter hablaba con los otros guardaespaldas cerca de la entrada, con ese tono firme y profesional de siempre. Pero en cuanto me vio acercarme, dejó de hablar. Su mirada me siguió mientras sus labios se comprimían en una línea delgada —ese gesto tan suyo, el de quien está a punto de tomar el control de la situación.

—Están dispensados por ahora —ordenó a los dos, sin apartar los ojos de mí. Cuando se alejaron, dio un paso al frente, erguido, con ese aire de autoridad que parecía imposible de quebrar—. ¿Has decidido, princesa?

Crucé los brazos, conteniendo una sonrisa.

—Sí. Y esto es lo que vamos a hacer: primero, pasaremos por casa de Evelyn y Luiza. Después, iremos al centro comercial. Luego quiero dar una vuelta por el centro y, para terminar, probarme un vestido en una tienda al otro lado de la ciudad.

Hice una breve pausa solo para ver su reacción. Nada. Ni un músculo se movió.

—Si tienes algún compromiso, será mejor que lo canceles —añadí, provocadora—. Porque tardaremos.

Me sostuvo la mirada, impasible.

—No tengo. —Su voz sonó baja, contenida—. ¿A qué hora salimos?

Fruncí el ceño, desconcertada. ¿Iba en serio?

—Espera... ¿no te vas a enfadar?

—No. ¿Por qué iba a hacerlo? —preguntó, arqueando una ceja, como si de verdad no entendiera la pregunta.

Su descaro me hizo reír.

—Vas a ser mi niñera todo el día, Hunter. Te tocará seguirnos a tres mujeres de tienda en tienda, escuchar risitas y dudas sobre zapatos. Solo con eso, cualquier hombre perdería la cabeza.

Respiró hondo, y su mandíbula se tensó —un detalle sutil, pero delicioso de observar.

—No me considero una niñera —replicó con firmeza.

—Ah, pues yo sí. —Di un paso hacia él, inclinando la cabeza con una sonrisa burlona—. Eres mi niñera. Y lo serás por un buen tiempo. Tenemos un mes entero para divertirnos.

Por un instante, su mirada se oscureció. Aquel destello de rabia, mezclado con provocación, me obligó a morderme el labio para no reír.

—Stephanie... —murmuró, con un tono tan grave que resultaba imposible ignorarlo.

—¿Qué pasa? —pregunté, fingiendo inocencia—. Tú me llamas princesa, así que me parece justo que tengamos apodos cariñosos los dos, ¿no crees?

Inspiró despacio, sus ojos recorriéndome de arriba abajo.

Pero antes de que pudiera responder, giré sobre los talones y me alejé de aquella intensidad que, si me quedaba un segundo más, acabaría por desarmarme.

Sentí su mirada clavada en mi espalda, pesada, contenida, como si estuviera decidiendo entre seguirme o dejarme ir solo para demostrar un punto.

Sonreí, triunfante. Estoy aprendiendo a manejar a Hunter.

Y, la próxima vez, estoy segura de que seré yo quien marque las reglas de este juego.

HUNTER SMITH

—Puedes contármelo —dijo John con esa sonrisa ladeada y provocadora—. Te gusta Stephanie, ¿verdad?

Alcé la mirada despacio, sin prisas, intentando contener el impulso de poner los ojos en blanco.

—¿Qué clase de pregunta absurda es esa? —repliqué, seco.

—Es una pregunta normal —insistió, apoyando el hombro en la pared, como si tuviera todo el tiempo del mundo—. La forma en que la miras... no engaña a nadie.

—Puedes parar ahí —lo interrumpí, levantando una mano en gesto de advertencia.

Pero John solo rió, negando con la cabeza, divertido por mi irritación.

—Ella te saca de quicio, pero te gusta —afirmó con convicción, cruzándose de brazos—. Puedes negarlo cuanto quieras, no me vas a engañar. Y tranquilo, no pienso decir nada. Pero no creas que Kenypher y yo no sabemos lo que está pasando.

Me quedé en silencio. Un segundo, quizá dos.

—¿Cómo dices? —pregunté, arqueando una ceja.

—Vamos, Hunter. —Se inclinó hacia delante, con esa expresión de quien está a punto de soltar un secreto divertido—. Habéis estado juntos, como mínimo, un par de veces. ¿O quieres que finja que no me he dado cuenta?

Solté un suspiro y miré al techo, exasperado.

—Vaya, mi consejero amoroso es realmente brillante —ironizé, cruzándome de brazos—. Deberías montar una consulta.

John soltó una carcajada alta, demasiado satisfecho con su propia osadía.

—Hago lo que puedo, amigo —respondió, guiñando un ojo con esa insolencia tan suya.

Pero por dentro, algo en mí se removió.

Quizá fuera rabia. O miedo.

O esa incomodidad de reconocer que tenía razón, y que, por mucho que intentara negarlo, Stephanie ya había atravesado todas las barreras que había jurado no dejar cruzar a nadie jamás.



CAPÍTULO 20

«Cuando una mujer quiere provocar a un hombre, se convierte en el mismísimo demonio con forma humana.»

HUNTER SMITH

Stephanie me estaba provocando.

Y lo peor era que lo sabía.

Me ignoró durante todo el trayecto de vuelta a casa —sin una palabra, sin una mirada, como si yo simplemente no existiera. La tensión dentro del coche era palpable, ese tipo de silencio que grita más que cualquier discusión.

No tenía ni idea del motivo. Quizá fuera algo que había dicho, o tal vez uno de sus habituales cambios de humor. Pero cada vez que se encerraba así en sí misma, mi paciencia se mezclaba con algo que no quería admitir: curiosidad... y deseo.

La teoría de que era bipolar empezaba a parecer la única explicación lógica.

O quizá el que se estaba volviendo loco era yo.

Nada más llegar, Stephanie subió las escaleras con ese aire altivo de quien no le debe nada a nadie, y desapareció por el pasillo. Pocos minutos después, oí la puerta de su habitación cerrarse de golpe.

—Sácala de tu cabeza, Hunter —murmuré para mí mismo, pasándome las manos por la cara.

Pero era inútil.

Me dejé caer en el sofá, intentando ignorar el torbellino de pensamientos, cuando un sonido estridente rompió el silencio: la vibración insistente de un móvil sobre la mesa. Miré hacia él, y el nombre que parpadeaba en la pantalla era el suyo.

El teléfono de la princesa.

Por instinto —o por pura estupidez—, me incliné un poco solo para verlo mejor. El tono seguía repitiéndose, como un recordatorio inoportuno de que había algo que no debía tocar... pero quería hacerlo.

Desde arriba, el ruido de la ducha cesó de repente.

Ella lo había oído.

Por un instante, imaginé lo que pasaba por su cabeza en ese preciso momento: Stephanie envuelta en una toalla, el cuerpo aún mojado, el corazón acelerándose al darse cuenta de que su teléfono estaba entre mis manos.

Una sonrisa leve se me escapó.

Quizá estuviera mal... pero la verdad era que, cuando se trataba de ella, todo en mí dejaba de ser racional.



Stephanie se había instalado en mi cabeza, y cada día ocupaba más espacio. Intentaba expulsarla, pero se enraizaba ahí, viva, palpitante, alterando mi cordura y todo aquello que creía tener bajo control.

—Te dije que vigilaras a Stephanie, no que te quedaras plantado en el salón —escuché refunfuñar a John detrás de mí.

Aparté la mirada de la ventana y solté un suspiro impaciente.

—Bueno... me temo que no va a ser tan fácil mantenerla vigilada.

Él frunció el ceño.

—Aclárate, por favor.

John no tuvo que decir más. Bastó con que inclinara ligeramente la cabeza hacia la puerta para que entendiera el mensaje.

Giré el rostro... y entonces la vi.

Stephanie estaba al otro lado del salón, con el brazo enlazado al de un hombre. Reían juntos —¡reían!— como si el mundo a su alrededor no existiera. El sonido de su risa, tan libre y natural, me golpeó como un puñetazo en el estómago.

Tragué saliva.

—¿Quién es ese? —pregunté, con la voz más áspera de lo que pretendía.

Analicé al tipo. Pelo demasiado bien peinado, sonrisa ensayada, aire de quien se cree irresistible. Claramente no era su tipo. O quizá solo quería convencerme de eso.

¿Y quién soy yo para decidir cuál es el tipo de la princesa?

Antes de que pudiera acercarme, John dio un paso al frente, con firmeza.

—Me llamo Alex. Encantado.

Los miré a los dos, con la mandíbula tensa.

—¿Y qué sois exactamente el uno para el otro? —pregunté, escogiendo las palabras, pero sin ocultar el tono cargado de desagrado.

Stephanie arqueó una ceja y contestó antes de que John abriera la boca.

—Es mi... —hizo una pausa, desviando la mirada, visiblemente incómoda—. Eso no viene al caso, Hunter. Por favor, no me interrumpas.

Apretó el brazo de Alex con más fuerza, como si quisiera dejar claro que yo no tenía ningún derecho a cuestionarla.

Y se marcharon.

Así, sin mirar atrás.

Me quedé quieto, inmóvil, observando cómo la puerta se cerraba tras ellos. La garganta seca, el pecho pesado. Por primera vez en mucho tiempo, yo —Hunter, el hombre que siempre tenía una respuesta para todo— me quedé sin reacción frente a ella.

Su risa seguía resonando en mi cabeza, mezclada con algo que no quería admitir: celos.

Celos de la princesa. De la mujer que juré no desear.

Y que, de alguna manera, ya estaba destruyéndome por dentro.

STEPHANIE TORRES

—¡Amiga! ¿Has visto cómo me ha mirado? —exclamó Alex, escandalizado, con la mano en el pecho y los ojos como platos—. ¿Es que no sabe que soy gay?

Solté una carcajada tan alta que me dolieron las mejillas. Hacía mucho que no me reía así.

—Eres un gay guapísimo, Alex —le provoqué, guiñándole un ojo.

Él montó un drama digno de telenovela, llevándose la mano a la frente.

—¡Creo que me has usado, Steph! ¡No vales nada!

Negué con la cabeza, riendo.

—¿Y quién era el que estaba deseando conocer a mi guardaespaldas particular, eh? ¡Dímelo!

Alex miró al techo, fingiendo pensar, y una sonrisa pícara se le dibujó en los labios.

—¡Me encaaaaanta! —dijo, alargando la “a” a propósito—. ¡No tengo la culpa de que me contaras barbaridades, mujer! —exclamó, tapándose la cara con teatral vergüenza.

Reí aún más. La verdad es que Alex era el caos perfecto de mi vida —y lo echaba de menos. Era mi mejor amigo, mi confidente, mi refugio. Desde que se había ido de intercambio, todo se había vuelto más silencioso, más aburrido.

Ayer, cuando me dijo que volvía, le conté todo.

Todo.

Le hablé de Hunter, el guardaespaldas guapo e insoportable; de nuestras discusiones, de las provocaciones, de las miradas que fingía no notar. Le conté incluso lo de mi padre, que ahora dirigía la Ernest Mobile.

Alex se tumbó en la cama riendo tanto que acabó doblado sobre sí mismo. Yo me uní a él, riendo también, con esa sensación deliciosa de estar justo donde debía estar.

Era ruidoso, exagerado, imposible... y yo adoraba cada parte de eso.

—¿Qué te parece si le gastamos una broma al guaperas? —preguntó con ese brillo travieso en los ojos.

—¿Y cómo haríamos eso, señor genio de la picardía? —pregunté, ya desconfiando de su plan.

—Oh, solo un poco de provocación cuando salgamos de aquí —respondió encogiéndose de hombros, como si fuera lo más inocente del mundo.

—¡Alex! —exclamé, fingiendo reproche.

Él soltó una carcajada.

—Ay, Stephanie, no me pongas esa cara de santa. He visto cómo le miras.

Y no podía negarlo. Era difícil mantenerse indiferente con Hunter cerca. Pero si no podía evitarlo, al menos podía divertirme un poco... y hacer que probara su propia medicina.

Salimos de la habitación aún riendo y, al llegar al salón, vi a Hunter de pie, con los brazos cruzados y el ceño fruncido. Esa expresión

suya que mezclaba autoridad e irritación.

Era mi momento.

Abrazé a Alex con fuerza, mi cuerpo pegado al suyo. Sentí su perfume dulce y familiar, y noté la mirada de Hunter clavándose en mí, ardiendo.

Perfecto.

—¿Ha sido bueno para ti, Alex? —pregunté en voz alta, lo bastante como para que resonara por toda la sala.

Alex lo pilló al instante. Entró en el juego sin dudar.

—Steph... —suspiró teatralmente—. Me has dejado sin palabras. —Y sonrió de lado, justo como yo sabía que haría.

Tuve que contener la risa. Contrólate, Stephanie.

La vena de la sien de Hunter saltó de inmediato.

—¿Cuándo nos veremos otra vez? —añadí, dándole más cuerda.

—Steph, cuando quieras placer, solo tienes que llamarme —respondió él con voz grave, descaradamente sensual.

Aquella interpretación merecía un Oscar. Y Hunter... bueno, parecía a punto de explotar.

—Te llamaré pronto —proseguí, fingiendo inocencia—. Podemos quedar en un sitio más privado. Aquí... es complicado hacer todo lo que deseo.

Alex soltó una carcajada burlona.

—Me encanta la idea.

—Hasta pronto, mi ángel —susurré, justo antes de que se inclinara y me diera un beso rápido en los labios.

Un beso fugaz, inofensivo, pero perfectamente calculado para asegurarme una semana entera de miradas furiosas de Hunter.

Alex pasó junto a él, manteniendo el mismo aire encantador hasta el último paso.

—Nos vemos, amigo. Gracias por protegerla estos meses.

Hunter respondió en voz baja, cortante.

—Hasta luego.

Cuando la puerta se cerró, el silencio llenó la sala.

Sentí el peso de su mirada sobre mí, intensa, firme, como si intentara descifrarme o prenderme fuego con los ojos.

—¿Has perdido algo? —pregunté, arqueando una ceja.

—No.

—¿Y vas a seguir mirándome hasta cuándo? Qué manía.

Entrecerró los ojos.

—¿Dónde lo conociste?

Llevé un dedo al mentón, fingiendo pensar.

—Hmm... veamos... —miré hacia arriba y pestañeé—. No te importa.

—Stephanie, no me pongas a prueba, yo...

—Cambiano de tema. —Le interrumpí, levantando la mano—. ¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Cómo fue tu noche?

Hunter tardó unos segundos en responder. Se le tensó la mandíbula, la mirada se endureció y respiró hondo antes de contestar:

—Bien.

Sonreí, satisfecha.

Porque, aquella noche, por primera vez, el hombre que se creía imperturbable estaba visiblemente incómodo.

¿Y lo mejor de todo?

Ni siquiera imaginaba lo mucho que eso me complacía.

HUNTER SMITH

La princesa me estaba poniendo a prueba. De eso ya no me quedaba la menor duda.

Dejar a John de guardia, atento a cualquier movimiento sospechoso, no servía de nada cuando el verdadero problema estaba justo delante de mí... y el maldito subconsciente se empeñaba en sabotear cualquier intento de mantener el control.

Stephanie. Ella era el problema.

—Stephanie... —la llamé, con la voz demasiado ronca, cargada de algo que ni siquiera yo sabía nombrar.

Se giró lentamente, con los ojos entrecerrados, el rostro demasiado sereno para alguien que sabía perfectamente lo que me estaba haciendo.

—La cosa es simple —dijo con un tono perezoso, pero firme—. Estoy cansada y con agujetas, como nunca en mi vida. Así que no pienso discutir. No voy a arruinar mi día.

Crucé los brazos, intentando disimular la tensión que recorría cada músculo de mi cuerpo.

Hablaba como si nada pasara, como si yo no estuviera al borde de perder completamente la cabeza.

Di un paso hacia ella. Luego otro.

El aire entre nosotros pareció cambiar: más denso, más cargado.

Respiré hondo, intentando mantener la lucidez. Pero no había lucidez posible cuando se trataba de ella.

Las ganas de besar a esa mujer me estaban matando. Y lo peor era que ella lo sabía.

Stephanie no se movió, ni un milímetro.

Se quedó ahí, quieta, mirándome con esa calma suya que escondía un universo entero de provocaciones silenciosas.

—No me pongas a prueba, chica —murmuré, bajo, casi en un susurro.

La distancia entre nosotros ya no existía. Incliné el rostro; el suyo permaneció firme.

Sentí el calor de su respiración contra mi piel y, por un segundo —uno solo, interminable y cruel—, pensé que no se apartaría.

Pero entonces, antes de que mis labios rozaran los suyos, se giró.

Simplemente se giró.

Me quedé quieto, como un idiota, con la respiración suspendida y el corazón desbocado.

—Buenas noches, Hunter —dijo por encima del hombro, con una voz ligera, casi dulce—. Mañana tengo que madrugar más de lo normal.

Tardé en reaccionar.

—¿Para qué? —pregunté sin pensar, solo para evitar que se marchara.

Pero no respondió.

Simplemente me ignoró y desapareció por el pasillo, su silueta diluyéndose en la penumbra del dormitorio.

Me quedé allí, inmóvil, intentando comprender qué demonios acababa de pasar.

¿Qué le ocurría a Stephanie?

O quizá la pregunta correcta fuera otra: ¿qué me estaba haciendo ella a mí?



«Ah, hay mujeres que saben perfectamente cómo volver loco a un hombre... y cabrearle hasta el límite.»

HUNTER SMITH

Me desperté poco después de las cuatro y media.

Otra noche mal dormida.

Últimamente el sueño me daba la espalda, y aquella absurda meta de “ocho horas al día” ya era una broma vieja. Podía culpar al estrés, al trabajo, a lo que fuera... pero, en el fondo, sabía cuál era el verdadero motivo.

Stephanie.

La chica estaba desbaratando mi equilibrio.

Ayer me di cuenta de hasta qué punto me atraía... y admitirlo, aunque solo fuera para mí, ya me mantenía en alerta. Era una línea peligrosa —y estaba a punto de cruzarla sin darme cuenta.

Me di una ducha larga, intentando recomponerme. El agua caliente me resbalaba por la espalda, pero el calor no conseguía apaciguar el caos que tenía en la cabeza. Cuando salí, me puse la ropa de entrenamiento y preparé la mochila.

El gimnasio a las cinco de la mañana siempre había sido mi refugio. Ni ruido, ni miradas curiosas, ni distracciones. Solo el sonido de las pesas y mi propia respiración. Allí volvía a tener el control de algo... al menos hasta que ella aparecía.

Bajé y preparé el desayuno en silencio. El aroma del café recién hecho llenó la cocina, aunque el sabor me resultó más amargo de lo habitual. Al salir, encontré a Kenypher frente a la puerta de su habitación, ya en posición de guardia.

—Buenos días, Kenypher.

—Buenos días, Hunter.

—Mantente atento con Stephanie, ¿de acuerdo? Ayer estaba demasiado animada, y con lo imprevisible que anda últimamente, no me sorprendería que decidiera salir sola a dar un paseo.

Él hizo una pausa sospechosa, con una expresión a medio camino entre la diversión y el desconcierto.

—Digamos que ya está despierta...

Fruncí el ceño. —¿Qué clase de broma es esa?

—No es ninguna broma. —La voz de Stephanie sonó detrás de mí, suave, provocadora.

Me giré despacio. Y ahí estaba ella.

Stephanie, con el pelo recogido a medias, el cuerpo envuelto en un conjunto deportivo que dejaba poco a la imaginación. La piel todavía adormecida, los ojos demasiado vivos para aquella hora.

—¿Qué significa esto? —pregunté, más serio de lo que pretendía.

Cruzó los brazos e inclinó ligeramente la cabeza. —Voy a hacer una clase gratuita en el gimnasio donde tú entrenas. Si me gusta, desde hoy entrenaré a esa hora.

Miré a Kenypher, que alzó las manos, como diciendo “no tengo nada que ver con esto”.

Al parecer, éramos los últimos en enterarnos.

—Un momento... —reí sin humor—. ¿Tú, levantándote antes de las cinco para entrenar? Esa sí que es buena.

—No es ninguna broma —respondió con firmeza, sin apartar la mirada.

Esa mujer estaba jugando conmigo. Lo veía claramente.

—Tengo muchas cosas que hacer hoy y necesito optimizar mi tiempo —añadió, como si fuese lo más lógico del mundo.

—Claro... —murmuré, incrédulo.

—Entonces, ¿nos vamos? —dijo, sonriendo, victoriosa.

El trayecto hasta el gimnasio transcurrió en silencio. Un silencio tenso, lleno de palabras que ninguno se atrevía a decir. Kenypher vino también —no es que tuviera otra opción.

Al llegar, el aire fresco y el ruido lejano de las máquinas me devolvieron una pizca de calma. Hasta que ella se acercó.

—Escucha, princesa —empecé, con un tono controlado—. No me gusta que me interrumpas mientras entreno, y...

—A mí tampoco —me cortó, sin dudar—. Hasta luego, Hunter. Tengo que entrenar.

Y simplemente se fue.

Kenypher soltó una risa breve. —¿Desde cuándo se ha vuelto tan decidida?

—No lo sé —mentí. Porque lo sabía perfectamente. Y también sabía por qué.

Me dio una palmada en el hombro. —Buena suerte con eso. Por lo visto, te está ganando terreno.

Dicho eso, se fue al otro lado del gimnasio, dejándome solo con mi irritación... y mi deseo.

Dos horas después, terminé el entrenamiento: sudado, cansado y... frustrado.

La miré. La princesa seguía allí, concentrada, el cuerpo brillando de sudor, la mirada fija.

A su lado, el instructor.

Y, para rematar el espectáculo, le entregaba el móvil... riendo.

Los celos me golpearon como un puñetazo en el estómago. Intenté ignorarlo, pero fue inútil. Esperé diez minutos —largos, infernales— hasta que, por fin, fue a la recepción.

—Estoy agotada —dijo, respirando hondo.

—De hablar, será —repliqué—. Porque, por lo que he visto, el entrenamiento ha sido ligero. Has pasado más tiempo charlando que levantando peso.

Su mirada de reproche llegó al instante, afilada.

—Menos mal que los entrenamientos son individuales, ¿no? Aunque parece que a alguien le gusta observar a los demás.

El toque de ironía me arrancó una sonrisa, a pesar de todo. Sabía que la observaba. Y le gustaba.

—¿Puedo saber qué ha sido eso de darle tu móvil al instructor? —pregunté, sin rodeos.

Alzó una ceja, desafiante. —No ha sido nada. Richard solo ha guardado su contacto.

—¿Y para qué? —entrecerré los ojos, atento a su tono excesivamente casual.

Stephanie cruzó los brazos, sosteniéndome la mirada.

—Mira tú... alguien ha aprendido a hacer preguntas —se burló—. Me ha caído bien, eso es todo.

La sangre se me subió a la cabeza.

—Creo que no deberías darle tu contacto a desconocidos.

Ella dio un paso hacia mí, la voz más firme, desafiante.

—Pues yo creo que soy lo bastante adulta para hablar —o hacer otras cosas— con quien me dé la gana.

Respiré hondo, luchando por mantener el control.

Quería provocarme, y lo estaba consiguiendo.

—Como quieras, Stephanie. Es tu vida. —Cogí la mochila, dispuesto a marcharme.

Pero cuando me giré, seguía allí, mirándome con esa sonrisa que me desarmaba por dentro.

Y fue entonces cuando lo entendí.

El problema no era el gimnasio. Ni Richard.

Era ella.

La maldita había descubierto exactamente cómo hacerme perder el control... y estaba disfrutando cada segundo de ello.

STEPHANIE TORRES

La noche cayó suavemente sobre la ciudad, y el cielo, teñido de tonos anaranjados que se fundían en un azul profundo, parecía el escenario perfecto para lo que tenía planeado. Había invitado a Luiza y a Evelyn a cenar en mi casa... y, por supuesto, les tenía preparada una sorpresa.

Cuando llegaron, la casa ya estaba impregnada del aroma del vino y del suave murmullo de una playlist que mezclaba jazz con pop. Evelyn fue la primera en soltar una carcajada, cogiendo una copa nada más entrar.

—Entonces... ¿está funcionando eso de provocar a Hunter? —preguntó con esa mirada curiosa y cómplice, mientras se servía más vino.

Mordí el labio, riendo antes incluso de responder.

—Y tanto... —murmuré, alzando mi copa con una sonrisa—. Mis dos amigas son unas genias.

Brindamos las tres, y las abracé entre risas y tragos de vino. El calor de sus cuerpos, de su energía, me devolvió una ligereza que casi había olvidado.

—¡Te lo dije! —exclamó Luiza, entusiasmada—. Los hombres como Hunter no saben qué hacer con una mujer inteligente. Les explota la cabeza.

—Les explota, y luego les da un cortocircuito —añadió Evelyn, riendo.

Negué con la cabeza, divertida.

No tenían ni idea de lo mucho que acertaban.

Por fin estaba desquitándome de todas las veces que Hunter me había sacado de quicio. Siempre intentando provocarme, probar mis límites, descolocarme... y ahora era yo la que jugaba con fuego. Lo sorprendente era cuánto me estaba gustando.

Ver a ese hombre, tan seguro de sí mismo, perder el control, irritarse, morderse el labio como si intentara contener algo... era un placer casi indescriptible.

El gimnasio había sido la prueba más clara.

Él fingía estar concentrado, pero sus ojos lo traicionaban.

Sí, noté cada mirada, cada desvío rápido, cada respiración contenida cuando pasaba a su lado. Me seguía con la vista, como si no pudiera evitarlo.

Y si cree que no me di cuenta, está muy equivocado.

—¿Te ha costado mucho levantarte hoy? —preguntó Luiza, observándome estirar el cuello con un leve gemido de dolor.

—Mucho —admití entre risas—. Estoy hecha polvo. Creo que exageré con el peso solo por no darle el gusto de verme rendida delante de él.

Evelyn soltó una carcajada.

—¡Claro! Tenías que ir de poderosa, ¿eh?

—Pues sí. —Sonreí con ese aire de quien ha ganado una batalla secreta—. Pero mereció la pena.

—Me lo imagino —comentó Luiza, arqueando las cejas con picardía—. Su cara debía de ser impagable.

Cerré los ojos un momento, recordando.

La tensión en su mirada, la mandíbula apretada, la forma en que me observaba sin darse cuenta de que se delataba por completo.

—No tiene precio verle así —confesé, riendo bajo—. Claramente incómodo. O, como dirían las malas lenguas... celoso de mi conversación con Richard.

Evelyn alzó la copa, sonriendo como una cómplice perfecta.

—Por los hombres que no saben manejar su propio ego.

—Y por las mujeres que saben usarlo a su favor —añadí, brindando con ellas.

El sonido de las copas al chocar resonó por el salón, ligero, alegre.

Pero, en el fondo, mientras sus risas se mezclaban con la música, un pensamiento me atravesó como un relámpago:

¿Y si, entre tanta provocación, acababa siendo yo la única que perdiera el control?

HUNTER SMITH

—Podéis iros a dormir. Yo me encargo a partir de aquí — murmuré, con la voz baja pero lo bastante firme como para no dejar espacio a réplicas.

Stephanie, todavía reacia, acabó cediendo. Se tumbó despacio, los ojos pesados, el cuerpo rendido. Esperé unos minutos, observando cómo su respiración se volvía poco a poco más tranquila, más regular. Solo entonces salí de la habitación, cerrando la puerta con cuidado, como quien teme despertar algo demasiado frágil para ser perturbado.

El silencio del pasillo me envolvió, denso, casi asfixiante. Fui hasta mi cuarto, me quité la camiseta y me senté al borde de la cama. La casa estaba sumida en una quietud extraña y, por un momento, sentí el peso del día desplomarse sobre mí.

Cerré los ojos, intentando vaciar la mente, pero fue inútil. La imagen de Stephanie dormida, el rostro sereno, los labios entreabiertos, volvía una y otra vez.

Me dejaba así... inquieto, dividido, vulnerable de una forma a la que no estaba acostumbrado.

Abrí los ojos y miré al techo. El reloj marcaba casi la medianoche.

Me levanté, decidido a darme una ducha fría para espantar el torbellino que me devoraba por dentro.

Pero antes de llegar al baño, el móvil vibró sobre la mesilla de noche.

El sonido rompió el silencio de la casa como un trueno. A esas horas, una llamada solo podía significar problemas.

Cogí el teléfono por instinto y respondí sin mirar el número.

—Hunter.

La voz al otro lado sonó débil, temblorosa.

—Hermano...

Todo mi cuerpo se tensó.

—¿Marcus? ¿Qué ha pasado? —pregunté, con el corazón acelerado en un ritmo incómodo.

Silencio. Largos segundos de silencio.

—¡Di algo! —exigí, sintiendo cómo la sangre se me helaba en las venas.

Su respiración se escuchó pesada, entrecortada, como si luchara por mantener el control.

Y entonces, por fin, oí las palabras que más temía.

—Nuestra madre... —su voz vaciló—. Han tenido que llevarla al hospital.

Me quedé mudo.

Por un instante, el mundo pareció detenerse. El aire se volvió espeso, el suelo, distante.

No pude decir nada. Solo cerré los ojos y dejé que el peso de la noticia me golpeará con toda su fuerza.

Ella. Mi madre.

Todo dentro de mí se mezcló: culpa, miedo, recuerdos.

Y, en el fondo, una única certeza: no estaba preparado para revivir aquel dolor.



CAPÍTULO 22

*«Hay noticias que nos desgarran el corazón como
cuchillas afiladas...»*

STEPHANIE TORRES

Me desperté con una resaca de mil demonios.

La habitación giraba ligeramente, como si el mundo hubiese decidido divertirse a mi costa. Estuve un buen rato dando vueltas en la cama, debatiéndome conmigo misma sobre si levantarme era, de verdad, una buena idea. Pero las náuseas no me dejaban alternativa.

Después de unos minutos de pura terquedad, reuní valor, me incorporé despacio y cerré los ojos. La cabeza me latía con fuerza. Me

aseé con la energía de un zombi y, finalmente, me arrastré hasta la cocina.

El olor del café recién hecho casi me devolvió la esperanza... hasta que vi a John en el salón, hablando por teléfono. Su tono era bajo, tenso. En cuanto me vio, colgó enseguida y guardó el móvil en el bolsillo.

—Buenos días, Stephanie. —Su voz sonó distinta, más contenida—. ¿Has dormido bien?

—Buenos días, John. —Forcé una sonrisa y me senté en el taburete junto a la encimera—. No mucho. Me sigue dando vueltas la cabeza. —Me llevé las manos a las sienes, abriendo y cerrando los ojos, intentando alejar el mareo. En vano.

—Eso se llama resaca —dijo, sin el habitual sentido del humor con el que solía hablar.

Fruncí el ceño. John siempre encontraba la forma de hacer reír a cualquiera, pero ahora... había algo extraño.

—Sí, supongo que tienes razón. —Suspiré—. Creo que os di trabajo a ti, a Kenypher y... a Hunter también.

Él se limitó a encogerse de hombros, evitando mi mirada.

—¿Y tu noche? —pregunté, intentando sonar casual.

John dudó. Su silencio fue casi tangible. Bajó la vista, jugueteó con el reloj de pulsera y, después de unos segundos, forzó una sonrisa breve, falsa.

—No muy buena. Yo... —empezó a decir, pero se detuvo a mitad de frase.

—Puedes contarle, no voy a juzgarte —lo animé.

Respiró hondo, claramente incómodo.

—Es algo personal. Y no tiene que ver conmigo.

Crucé los brazos, alzando una ceja.

—John... sabes que no se empieza una conversación con una mujer para luego dejarla a medias.

Soltó una risita débil.

—Me gusta mi trabajo, Steph.

—Entonces tiene que ver con Hunter —concluí, sin rodeos.

No respondió, pero el silencio bastó. La incomodidad reflejada en su rostro lo decía todo.

—Es su madre —dijo al fin.

La frase salió seca, casi en un susurro, pero el impacto fue inmediato.

—¿Su madre? —repetí, desconcertada—. ¿Qué le pasa?

John se pasó una mano por la nuca, como buscando valor.

—Genevive sufrió una parada cardíaca. Han tenido que llevarla de urgencia al hospital.

Me tapé la boca, aturdida. El sonido de mi respiración pareció desaparecer por unos segundos.

—Dios mío... —murmuré—. ¿Así, de repente? ¿Estaba sola?

Él desvió la mirada, visiblemente arrepentido de haber dicho nada.

—¡John! —insistí, con la voz temblorosa—. ¡Dime algo!

Respiró hondo, resignado.

—Lleva enferma desde hace tiempo. Sufrió un ictus grave hace unos años. Desde entonces, vive prácticamente encamada. Su habitación parece un hospital: llena de aparatos, monitores... Tiene médicos y fisioterapeutas que la atienden. El hermano de Hunter se encarga de todo. Es lo que sé.

Me quedé inmóvil.

Las palabras tardaron en encontrar sentido, como si cada una pesara una tonelada. Hunter... ese hombre duro, frío, impenetrable... escondía un dolor que ni siquiera imaginaba.

—Pero... Dios mío —susurré, dándome la vuelta, intentando contener la emoción que me subía por la garganta—. Tengo que verle.

—No. —Su respuesta fue rápida y firme—. No hace falta. Y, para serte sincero, no debería habértelo contado. La vida personal de Hunter es algo que protege con uñas y dientes. Si se entera de que hablé, me mata.

—No diré nada —prometí, todavía conmocionada.

John me sostuvo la mirada unos segundos, serio.

—Stephanie... —dijo, con un tono casi paternal—. Con todo respeto, lo dudo. Te conozco poco, pero ya me he dado cuenta de que no eres de las que se quedan calladas ante ciertas cosas.

Y tenía razón.

No podría fingir que no sabía nada. No después de cómo Hunter se había ido encerrando en sí mismo, de esa mirada cansada que, a veces, se le escapaba cuando creía que nadie lo veía.

Su armadura... ahora todo tenía sentido.

Y, por primera vez, entendí que quizá el hombre que más me provocaba era también el que más necesitaba que alguien se quedara a su lado, aunque nunca fuera capaz de admitirlo.

HUNTER SMITH

Llevaba horas en el hospital.

De pie. Inmóvil.

El sonido constante de los monitores, el olor a antiséptico y el ir y venir de los enfermeros me parecían lejanos, como si estuviera encerrado tras un cristal, observándolo todo desde fuera. Mi mente era un caos. Los pensamientos se atropellaban unos a otros, desordenados, y yo simplemente era incapaz de razonar.

Precisamente yo, el hombre acostumbrado a resolver cualquier problema, a enfrentarse a lo imposible con sangre fría... estaba allí, completamente perdido.

Marcus se acercó despacio y me puso una mano en el hombro.

—Todo saldrá bien, hermano. Mamá es fuerte —dijo con un tono suave, intentando transmitir seguridad.

Pero su voz apenas me alcanzaba. Era como si hablara desde otra frecuencia, muy lejos.

Mi madre...

Esa palabra sonaba distinta ahora. Había sufrido una parada cardíaca. El médico utilizó el término debilitada, pero yo sabía lo que eso significaba: estaba entre la vida y la muerte.

No podía aceptarlo.

No quería.

Marcus estaba con ella cuando todo ocurrió. Fue rápido, hizo lo que tenía que hacer, pidió ayuda. Yo, en cambio, llegué cuando ya no quedaba nada que hacer, solo cargar con las consecuencias. Y la culpa me devoraba por dentro.

Después del ictus de hace unos años, los dos habíamos decidido cuidarla en casa. Compré todo: los equipos, la cama, los monitores, enfermeros. Todo lo necesario para que tuviera comodidad.

Era lo mínimo que podía hacer.

Nuestra madre siempre decía que el lugar donde se sentía más viva era en casa, con nosotros. Por eso tomé aquella decisión: para que estuviera donde más amaba estar.

Pero ahora...

Todo parecía haber sido en vano.

—Hunter... —la voz de Marcus me devolvió al presente. Me tocó el brazo y señaló con la cabeza.

Seguí su mirada y vi a Romeo acercándose hacia nosotros.

Marcus suspiró y se levantó.

—Os dejo a solas —dijo antes de alejarse.

Romeo se detuvo frente a mí, con el semblante tenso y la mandíbula apretada.

—No podía no venir —dijo en voz baja—. Sabes lo que ella significa para mí.

Asentí. Lo sabía.

Mi madre también había sido como una segunda madre para él. Y ahora, al ver el rostro de Romeo endurecido por el dolor, percibí algo más: rabia.

Rabia contra el destino, quizá.

O contra sí mismo.

—Gracias por venir —dije, intentando mantenerme firme.

—¿Cómo está? —preguntó, inquieto—. ¿Hay alguna novedad?

—Ninguna. El cuadro se ha estabilizado, pero aún es pronto para decir nada.

Romeo asintió, respirando hondo.

—Si quieres que me quede aquí...

—No. —Le corté enseguida—. Todavía no hemos resuelto tu problema, Romeo. Sabes que no puedes dejarte ver en público.

Se pasó las manos por el pelo, frustrado.

—Hunter, te juro que lo que más quiero es coger a Stanley y...

—¡Pero no vas a hacer nada! —interrumpí, con el mismo tono—. No destruyas lo que queda de tu vida. Ya he cometido suficientes errores en la mía, y no pienso dejar que los repitas.

Romeo me miró, con los ojos ardiendo entre la rabia y la tristeza.

—Hunter, no te castigues tanto. Eso podría haberle pasado a cualquiera.

—¡Pero me pasó a mí! —grité, y mi voz resonó en el pasillo—. ¡Yo estaba allí! Podría haberlo hecho de otra forma. Y ahora... estoy pagando el precio.

El silencio que siguió fue denso, insoportable.

Romeo no respondió —y quizá era lo mejor. No había nada que decir.

Solo quedaba esperar.

Esperar un milagro.

Cerré los puños, intentando contener la desesperación. Dentro de mí, una oración silenciosa se formaba, torpe, sincera, desesperada. Solo quería que Dios la dejara volver a casa.

—Hunter... —Romeo rompió el silencio, con la voz más suave—. Mantenme informado, ¿vale? Será mejor que me vaya antes de que alguien me reconozca.

Asentí.

—Gracias por venir.

Él me dedicó una media sonrisa triste y se alejó, desapareciendo por el pasillo.

Me quedé allí, observando las luces frías del techo, el eco de los pasos que se perdían a lo lejos. Al poco tiempo, Marcus volvió, con la mirada cansada pero serena.

—Me quedo yo —dijo—. Necesitas descansar. Trabajar.

—No. —Negué de inmediato—. No volveré hasta poder verla. John y Kenypher saben lo que hacer, se las apañan sin mí.

—¿Seguro?

—Totalmente. —Me pasé las manos por la cara y respiré hondo—. Ya fallé una vez. No pienso fallar otra.

Marcus asintió despacio, comprendiendo.

Y en ese momento, mirando por la ventana del hospital, sentí el peso de lo que llevaba evitando durante años:

había llegado la hora de enfrentar a mis propios fantasmas.



Desde el momento en que puse un pie en el hospital, el tiempo dejó de tener sentido.

Las horas se arrastraron como una eternidad.

Doce. Doce largas horas hasta que, por fin, me permitieron entrar en la habitación de mi madre.

El sonido de los pasos en el pasillo me pareció lejano, amortiguado, mientras caminaba hacia la puerta. Al entrar, el aire frío de la sala me golpeó de inmediato, junto con ese olor estéril a medicamentos y desinfectante.

Y entonces la vi.

Por un instante, todo en mí se detuvo.

El mundo entero se redujo a una sola imagen: mi madre, tumbada, pálida, rodeada de cables y tubos que parecían absorber la vida del lugar.

Las máquinas pitaban con un ritmo constante, como si intentaran imitar un corazón que ya no podía seguir el mismo compás.

La garganta se me cerró. El aire se volvió demasiado denso.

El dolor que sentí no era físico; era algo más hondo, como si me arrancaran una parte del alma, despacio y sin anestesia.

—Probablemente hoy no despierte, así que tenga paciencia — dijo el médico a mi lado, con una voz contenida, pero cargada de esa empatía que solo confirmaba la gravedad de la situación.

Asentí, incapaz de pronunciar una palabra.

Me explicó los detalles: el control, la estabilidad, la medicación. Le escuché —o fingí hacerlo—, pero nada de aquello realmente caló en mi cabeza.

Cuando se marchó, el silencio se adueñó de la habitación.

Solo el sonido de las máquinas llenaba el espacio, un recordatorio cruel de que su vida dependía de ellas.

Arrastré una silla hasta la cama y me senté a su lado.

La miré. Aun así, seguía pareciendo fuerte. Incluso inmóvil, seguía siendo mi base, mi refugio, mi casa.

Le tomé la mano, fría, frágil, y bajé la cabeza.

Los recuerdos empezaron a venir de golpe.

Las risas, los consejos, las broncas, las promesas rotas.

Y, por encima de todo, la culpa.

Si no la hubiera dejado sola... si hubiera estado allí... nada de esto habría pasado.

Cerré los ojos con fuerza, intentando contener el nudo en la garganta.

—Mamá... —susurré, con la voz ronca, quebrada—. Estoy aquí, ¿vale? —Apreté su mano con cuidado, como si ese gesto fuera el único vínculo que aún nos unía—. Estoy aquí por ti.

Me incliné y acaricié su pelo con ternura, apartando un mechón que caía sobre su rostro.

—Seré lo bastante hombre para enfrentar mis miedos — prometí, con la mirada fija en ella—. Y saldremos de esto juntos. — Tragué saliva, sintiendo cómo el peso de esa promesa se grababa dentro de mí—. Es una promesa, mamá. Te lo juro.

Permanecí allí, en silencio, observando cómo respiraba a través de las máquinas, hasta que el sonido del monitor cardíaco se convirtió en el único ritmo que quería escuchar: el sonido que aún me mantenía en pie.

STEPHANIE TORRES

Hunter había vuelto a casa después de varias horas fuera, y el ambiente había cambiado desde el instante en que cruzó la puerta.

Más denso. Más silencioso.

Lo seguía con la mirada, en silencio, observando cada uno de sus gestos: la forma en que se quitaba el abrigo, cómo se pasaba la mano por el pelo, la mirada distante que evitaba cruzarse con la mía.

Quería decir algo, pero no podía.

Lo que sabía no me pertenecía.

John me había confiado un secreto que no era mío, y el peso de esa información me ardía en la conciencia.

Si Hunter lo descubría...

—¿Necesitas algo, Stephanie? —su voz cortó el aire, firme, aunque cansada.

Me enderecé, sobresaltada. No me había mirado ni una sola vez desde que había llegado.

—Yo... no, nada. —La respuesta me salió vacilante, demasiado débil incluso para mis propios oídos.

Él alzó una ceja, incrédulo.

—Ya.

Desvió el rostro, y el silencio volvió a instalarse entre nosotros. Lo observé unos segundos, intentando reunir el valor.

Quizá aquella fuera mi única oportunidad. Si no hablaba ahora, no lo haría nunca.

—¿Estás bien? —pregunté en voz baja, pero me oyó.

Hunter respiró hondo, la vista fija en algún punto indefinido frente a él.

—Lo estoy. Y mi madre también.

El corazón me dio un vuelco.

¿Cómo... lo sabía?

—Hunter... —empecé, intentando disimular la sorpresa, pero fue más rápido.

—Sé que lo sabes —me interrumpió, mirándome con una intensidad que me dejó sin aire, la mirada tan afilada como una hoja—. Tu cara te delata, Stephanie. —Hizo una pausa, con la mandíbula tensa—. Solo voy a pedirte una cosa: no me hagas preguntas sobre eso. ¿De acuerdo?

Tragué saliva.

La vergüenza me inundó, junto con la culpa.

—Está bien. —Hice una pausa breve, intentando recuperar el aliento—. Solo quería decirte que John no tuvo la culpa. Fui yo quien insistió para que me lo contara. Así que, por favor, no le hagas nada.

La expresión de Hunter se mantuvo impasible unos segundos, pero el músculo de su mandíbula se relajó ligeramente.

—No lo haré. —Su voz era baja, pero firme.

El silencio que siguió resultó casi incómodo.

El aire entre nosotros parecía demasiado espeso. Quería romper esa barrera, pero las palabras no salían.

Fue él quien habló primero.

—Tendré que ausentarme de vez en cuando para ver cómo está mi madre. Espero que lo entiendas.

—Por supuesto —respondí sin pensar—. Tómame el tiempo que necesites. Prometo no salir mientras tanto.

Hunter arqueó una ceja, sorprendido.

—Puedes ir donde quieras, Stephanie. No hace falta que te limites por eso.

—No quiero estorbar —repuse, firme, antes de que dijera algo más—. Tu madre va a salir de esta, Hunter. Y quiero que estés tranquilo cuando no estés aquí. Por eso, mientras tú estés fuera, me quedaré. Lo prometo.

Me miró durante lo que pareció una eternidad, y su mirada —esa mirada siempre fría, inaccesible— parecía, de repente, más humana.

Más vulnerable.

Por fin asintió despacio.

—Gracias por eso.

—No tienes que darme las gracias —murmuré—. Estaré aquí si me necesitas... cuenta conmigo.

Un instante de silencio se extendió entre los dos.

Fue uno de esos raros momentos en los que no supe qué hacer con las manos, ni con el corazón.

Hunter apartó la mirada, como si luchara contra algo que no podía decir. Y yo lo entendía más de lo que él imaginaba.

Detrás de aquella fachada de control había un hombre roto.

Y mientras lo veía alejarse por el pasillo, comprendí que el secreto que John me había confiado ahora pesaba aún más.

Porque, al fin, lo entendía.

Y eso lo hacía todo infinitamente más difícil.



—Estás rara, amiga.

La voz de Evelyn sonó clara a través de la pantalla, mientras yo observaba mi propio reflejo diminuto en una esquina del vídeo. El rostro cansado, la mirada perdida... sí, estaba distinta, y ni siquiera tenía fuerzas para fingir lo contrario.

—No es nada —murmuré, intentando disimular.

—Ah, por favor. Te conozco, Stephanie. —Se acercó a la cámara, como si eso le ayudara a leerme mejor—. Venga, suéltalo. ¿Qué te preocupa?

Suspiré, recostándome en la silla. Miré al techo, buscando una excusa, pero su nombre se me escapó antes de poder contenerme.

—Hunter.

Evelyn arqueó las cejas, intrigada.

—¿Qué pasa con él?

Me mordí el labio inferior. No conseguía sacarlo de mi cabeza. Desde que supe lo que había ocurrido, cada pensamiento giraba a su alrededor.

Saber lo grave que era el estado de la madre de Hunter solo había intensificado esa sensación de impotencia que me oprimía el pecho. No podía desconectarme, ni de mis pensamientos ni de él.

—Es por Hunter... —admití al fin—. Hay algo que me preocupa, pero... da igual. Mejor lo dejo.

Evelyn torció el gesto.

—Ni hablar. Suéltalo ya, mujer. ¿Qué ha pasado?

Respiré hondo y lo solté:

—Su madre está en el hospital.

El silencio al otro lado de la llamada duró apenas unos segundos, pero se sintió eterno. Evelyn abrió mucho los ojos, incrédula.

—¿Qué? Dios mío... —se llevó la mano a la boca—. No tenía ni idea.

Le conté todo lo que sabía: el antiguo ictus, la parada cardíaca, lo delicada que parecía la situación. Mientras hablaba, notaba un peso en el pecho, como si cada palabra me acercara un poco más al dolor de él.

—Stephanie... —dijo ella, bajando el tono—. No sé ni qué decir. Estoy en shock.

—Yo también —respondí, apenas en un hilo de voz—. No dejo de pensar en ella... en lo que él debe estar sintiendo.

—¿Y habéis hablado? —preguntó, dudosa.

—Un poco. Pero no quiere hablar del tema, y lo respeto. —Apreté los labios, conteniendo el nudo en la garganta—. Ya carga con demasiado. No quiero empeorarlo haciéndole preguntas para las que aún no está preparado.

Evelyn guardó silencio unos segundos, como si sopesara mis palabras. Cuando volvió a hablar, su voz sonó más suave.

—Aun así, amiga... quédate cerca. A veces lo único que necesitamos es que alguien esté ahí, sin pedir nada.

Aparté la mirada, sintiendo el pecho encogerse.

—No digas eso, Evelyn. —Intenté sonreír, pero la sonrisa me salió débil—. No va a pasar nada.

Suspiró.

—Solo lo digo por si acaso. Pero ojalá, de verdad, que todo termine bien.

—Terminará bien. —Me enderecé, intentando sonar convencida—. Pronto todo volverá a la normalidad.

Evelyn asintió, aunque sus ojos decían lo que yo también temía: que quizá esa “normalidad” ya había quedado atrás.

Cuando la llamada terminó, me quedé mirando la pantalla apagada durante unos minutos.

Por dentro, un torbellino.

La preocupación, la impotencia, esa necesidad absurda de estar junto a él... aunque fuera en silencio.

Y, aun así, en medio de todo, quedaba la fe.

Creía que vendrían tiempos mejores.

Porque tenían que venir.

HUNTER SMITH

Necesitaba hablar con John y con Kenypher.

En ese momento, más que nunca, necesitaba su ayuda con respecto a Stephanie... y su confianza para poder ausentarme sin que la casa se convirtiera en un caos.

Los reuní en el salón y esperé hasta que ambas miradas se cruzaron con la mía. Respiré hondo.

—Chicos —empecé, con la voz más seca de lo que pretendía—, necesito que me entendáis. Supongo que sabéis la gravedad de la situación.

No tuve que explicar mucho. La imagen de mi madre rodeada de máquinas no me daba tregua; cada recuerdo era como una cuchillada en el pecho. Ambos me observaban atentos.

—Estamos contigo —dijo Kenypher primero, con firmeza. Ese hombre siempre tenía una forma práctica de decir las cosas que lograba calmarme.

John se acercó, con la cabeza baja.

—Sí... y quiero disculparme, Hunter. Le hablé a Stephanie sobre tu madre. —Su voz sonó avergonzada.

Me quedé quieto un instante, evaluando. Aquella información ya circulaba entre nosotros; peor habría sido mantener un silencio fingido.

—No pasa nada —respondí, más rápido de lo que esperaba—. Hablé con ella. Stephanie sabe que tendré que ausentarme algunos días.

Aun así, aquí no cambiará nada —afirmé, mirándolos a los ojos—. ¿He sido claro?

Ambos asintieron al unísono.

—Os necesito más atentos que nunca —añadí—. Haré visitas periódicas a mi madre y no puedo permitirme volver y encontrar la casa vulnerable.

—Entendido —respondieron los dos, con la seriedad que necesitaba escuchar.

Les expliqué también la situación externa.

—Estamos en la recta final de nuestro trabajo y, hasta ahora, no ha habido nada fuera de lo ocurrido con Nina. Sabéis que los ataques —cuando los hay— suelen aparecer al inicio de un proceso así. En breve Andrew asumirá la empresa, y eso puede atraer atención indeseada.

John inclinó la cabeza, evaluando.

—¿Y las vigilancias externas? —preguntó.

—Perfectas —contesté—. Las cámaras no han captado nada sospechoso. Donald y Jason no han informado de movimientos extraños en el barrio. Aun así, debemos prevenirnos. Mientras esté fuera, pediré a Romeo que patrulle las calles cercanas, por precaución.

Kenypher asintió brevemente.

—De acuerdo.

—Cuento con vosotros —concluí, sintiendo el peso de la responsabilidad apretarme el pecho.

Salí del salón y fui directo a mi habitación. Cerré la puerta y apoyé la cabeza en las manos. Mi mente no se detenía: la seguridad de Stephanie, el estado de mi madre, la culpa que me devoraba por dentro.

Le había prometido que estaría a su lado, y las promesas hechas a esa mujer no eran algo que pudiera romper.

La culpa ardía, pero la decisión también aclaraba algo dentro de mí. Había llegado la hora de actuar, no solo con recursos, sino con presencia. Estaba cansado de esconderme entre los rincones del pasado, de justificar mis ausencias con dinero y gestos materiales. Tenía que ser hijo de verdad.

Cogí el móvil y llamé a Marcus. Tenía la convicción de esa decisión como si fuera una hoja afilada: a partir de ese día, estaría presente todos los días en los que mi madre pudiera recibir visitas, en todos los horarios posibles.

—Marcus, a partir de hoy voy a visitarla todos los días. Cada hora que sea posible. —La firmeza de mi voz me sorprendió incluso a mí.

—¿Estás seguro? —preguntó, preocupado—. Puedo encargarme yo...

—No. —Lo corté, sin dudar—. De nada sirve gastar dinero comprando cosas si la presencia de un hijo no forma parte de ello. He hecho mucho estos años, sí, pero solo en lo material. Ahora tengo que estar ahí como hijo.

Hubo un silencio al otro lado de la línea, un sonido entre aceptación y alivio.

—¿Y la seguridad? —preguntó al fin.

—Mi trabajo seguirá haciéndose de la mejor manera posible —le aseguré—. John y Kenypher saben apañárselas. No quiero que esto sea una carga para vosotros, pero tampoco quiero excusas. Si algo pasa, serán responsables.

Pensé en Stephanie un momento. Su imagen, de algún modo, ya empezaba a mezclarse con mis prioridades; una preocupación extraña

que no debería existir, pensé. Y, aun así, por un instante fugaz, no fui capaz de imaginarme lejos de ella. Era un sentimiento desconcertante, pero no alteraba mi decisión: estaría a salvo mientras dependiera de mí.

Colgué y respiré hondo. En teoría, era sencillo. En la práctica, no tanto. Había demasiado en juego como para permitirme flaquear: proteger a quienes confiaban en mí, cumplir la promesa hecha a la mujer que me dio la vida y, de paso, demostrarme que podía ser mejor de lo que había sido.

Me levanté de la cama, pasé las manos por la cara y repetí mentalmente, como una orden: haría lo que fuera necesario, costara lo que costase.



CAPÍTULO 23

«Se necesitan palabras amigas para ayudar a quien tiene el corazón herido.»

STEPHANIE TORRES

Había pasado una semana. Hunter estaba distinto.

Más callado de lo habitual, más distante de lo que jamás habría imaginado que pudiera estar.

Sus ausencias eran frecuentes y, aunque no preguntara, sabía perfectamente el motivo. Su madre.

Su preocupación por Genevive se notaba en cada gesto, en cada mirada perdida, y yo lo comprendía. En el fondo, incluso prefería que pasara todo el tiempo posible a su lado. La situación era delicada y, por

mucho que nunca lo dijera en voz alta, veía el cansancio reflejado en su rostro.

John, con discreción, me mantenía al tanto del estado de ella. Y estaba casi segura de que Hunter lo sabía, quizá incluso lo permitía. Era su manera de mantenerme informada sin tener que abrir heridas.

Nunca había sido de hablar sobre temas personales, mucho menos sobre su familia. Y lo entendía.

Hablar de quienes amamos siempre es peligroso: duele más de lo que parece. Cada palabra puede ser un detonante, cada recuerdo, una nueva grieta. Y él... él luchaba por mantenerse entero.

Evadí el tema todo lo posible.

Cuando por fin hablábamos, lo hacíamos de cualquier cosa, menos de lo que realmente importaba.

Pero había algo que me angustiaba: Hunter no sonreía desde hacía días.

Y echaba de menos eso.

Echaba de menos el brillo burlón de su mirada, sus provocaciones, sus comentarios sarcásticos.

Le echaba de menos a él.

Aquella mañana estaba sentada en el salón, leyendo uno de los artículos que había seleccionado la noche anterior. Intentaba, en vano, concentrarme. Necesitaba recuperar el enfoque, volver a la rutina, a los planes, a la vida que parecía haberse quedado en pausa.

—¿Artículos a estas horas? —su voz grave rompió el silencio.

Alcé la vista. Era la primera vez que me hablaba aquel día.

—Sí —respondí, intentando sonar ligera—. He pasado demasiado tiempo con mis novelas. —Sonreí de medio lado—. Está bien cambiar un poco. Si no, acabaré quedándome sin libros.

Se apoyó en el marco de la puerta, observándome.

—Si quieres, puedo prestarte algunos. No sé si te gustará el estilo. Tengo de todo: romance contemporáneo, terror..

—...suspense, biografías varias —completé, interrumpiéndole con una sonrisa avergonzada.

Alzó una ceja.

—¿Y cómo sabes eso?

Respiré hondo.

—Yo... entré en tu habitación un día. —Hice una pausa breve—. Quería que lo supieras.

—¿Y lo hiciste por qué motivo? —preguntó. No sonaba a reproche; más bien parecía curioso que molesto.

—Fue cuando te vi leyendo El aire que él respira. —Me mordí el labio—. Sentí curiosidad por saber qué más leías. —Me encogí de hombros, riendo de mí misma—. Supongo que acabo de delatarme, ¿no?

Por un instante pensé que me reprendería. Pero solo me miró, en silencio.

Y en esa mirada había algo entre diversión y cansancio.

—Entiendo —dijo al fin—. Bueno, entonces ya sabes lo que puedo ofrecerte cuando lo necesites.

—Sí. —La sonrisa seguía prendida en mis labios, tímida.

Nos quedamos callados unos segundos. De esos silencios que dicen todo lo que las palabras no pueden.

Quise decir algo, cualquier cosa, pero temía invadir su espacio, tocar un punto demasiado sensible.

—He notado que no has ido a tu club de lectura —comentó de repente—. Esta mañana tenías una reunión, ¿no?

La pregunta me pilló desprevenida.

—Yo... bueno, las reuniones son al otro lado de la ciudad y... creo que tú ya sabes —murmuré, encogiéndome de hombros.

—No, en realidad no lo sé. —Su mirada era firme, inquisitiva.

Aparté la mirada, desconcertada.

—Tu madre está en un hospital cercano. Pensé que sería mejor que te quedaras por aquí y... quise respetarlo.

Él soltó un suspiro pesado y dio un paso hacia mí.

—Prepara tus cosas —ordenó con esa voz autoritaria que parecía imposible de contradecir—. Nos vamos. Una cosa no tiene nada que ver con la otra.

—Pero, Hunter...

—Sin peros. —Su tono fue cortante—. Me pagan para protegerte, Stephanie, nada más. No te prives por mi culpa. Yo, en tu lugar, no lo haría. —Hizo una breve pausa y añadió, más bajo—: Y hay otra cosa.

—¿Qué cosa?

—Mi madre está mejor. Ha mejorado bastante esta semana.

El corazón me dio un vuelco.

—¡Gracias a Dios! —exclamé, aliviada de verdad—. Yo... he estado rezando por ella.

Las palabras salieron antes de que pudiera pensarlo.

Él me miró, sorprendido. Una leve sonrisa —casi imperceptible— se dibujó en sus labios.

—Gracias por eso, Stephanie.

—Entonces... ¿eso significa que crees en Dios? —pregunté con cautela, temiendo sobrepasar un límite.

—Sí. —La respuesta fue sencilla, directa—. Dudé cuando era adolescente, pero hoy... creo. —Su mirada se perdió un instante, como si estuviera repasando recuerdos—. La vida me ha dado buenos motivos para hacerlo.

—Lo imagino. Debes de haber pasado por mucho.

—Puedes apostar. —Desvió la vista hacia la ventana, relajando los hombros—. Ahora date prisa, o llegarás tarde a esa reunión sin sentido. —Su tono adquirió un matiz irónico.

Puse los ojos en blanco, riendo.

—¡Sin sentido, nada! Hablamos de libros increíbles.

—Si tú lo dices... —murmuró, y, por primera vez en días, una pequeña sonrisa genuina apareció en su rostro.

Me quedé mirándole unos segundos, y aquel breve instante valió más que cualquier respuesta.

No podía hacer mucho, lo sabía. Pero mientras existiera esa sonrisa —por pequeña que fuese—, haría todo lo posible por mantenerla ahí.

HUNTER SMITH

Me sentí como si estuviera entrando en una reunión de Alcohólicos Anónimos cuando aparqué el coche frente a la casa de Mandy —la anfitriona de la noche, dueña del “club de lectura” que prometía un debate colectivo sobre el tema de la semana.

«Hola, me llamo Hunter, tengo treinta y cinco años... y leo novelas románticas.»

La ironía resonó con tanta nitidez en mi cabeza que estuve a punto de decirlo en voz alta. «Esta adicción empezó cuando...» completé mentalmente, mordéndome una sonrisa discreta.

Pese al tono sarcástico, no estaba molesto. La verdad es que necesitaba salir, hacer algo diferente, respirar un aire que no fuera el del hospital.

Había pasado toda la semana en aquel ambiente frío y aséptico, incluso en las horas en que ni siquiera tenía permiso para visitar a mi madre. Me quedaba allí, apoyado en la pared del pasillo, esperando noticias, observando a cada enfermera que pasaba, como si eso pudiera darme algún tipo de control sobre lo inevitable.

Me costó admitirlo, pero estaba equivocado. La fallé muchas veces, y tal vez necesitaba que algo así ocurriera para entender cuánto había descuidado lo esencial.

Soy un hombre que aprende de sus propios errores —a veces demasiado tarde—, pero aprende. Y esta vez no pensaba repetirlos.

—¿Qué te ha parecido el libro, Hunter? —la voz de Mandy me sacó de mis pensamientos.

Todas las miradas se dirigieron hacia mí, y sentí el peso curioso de unos cinco pares de ojos femeninos esperando una opinión inteligente sobre algo que, sinceramente, ni siquiera había abierto.

—Perdonad, chicas —carraspeé, pasándome la mano por la nuca—. No lo he leído.

Un coro de quejas estalló de inmediato.

—¡Qué aburrido! —protestó una.

—¡Totalmente! —replicó otra.

—¡Y yo que tenía la esperanza de que al menos un hombre lo hubiera leído! —añadió Mandy, con dramatismo, arrancando risas al grupo.

Por dentro, me divertí. Era reconfortante ver tanta ligereza a mi alrededor, aunque fuera a mi costa.

No les hizo gracia saber que no había leído *Ugly Love*, de Colleen Hoover. En realidad, ni yo mismo sabía muy bien qué hacía allí, sentado en un sofá blanco entre cojines rosas, escuchando a mujeres entusiasmadas con personajes de ficción.

Mis ojos se cruzaron con los de Stephanie.

Ella reía junto a las demás, pero había algo distinto en su mirada: una sombra que reconocía demasiado bien. Preocupación.

Obligarla a venir había sido un impulso egoísta, lo admito. Quise distraerla, hacer que respirara un poco fuera del caos en que se había convertido mi vida. Y, por increíble que parezca, creo que acerté. Ella necesitaba aquello tanto como yo.

—¡Hemos terminado con los comentarios sobre el libro! —anunció Mandy, entusiasmada—. ¿Qué os parece si hablamos ahora de los atributos físicos de nuestro Miles Archer?

Un coro de grititos femeninos resonó por la sala, seguido de comentarios exaltados sobre músculos, miradas y manos demasiado grandes para ser reales.

Al principio me hizo gracia. Pero bastaron unos segundos para que el malestar empezara a crecer dentro de mí.

Las risas ligeras de las mujeres se convirtieron en un ruido lejano.

El aroma dulce de las velas, antes acogedor, comenzó a asfixiarme.

Y, sin darme cuenta, volví a girar la alianza invisible que ya no llevaba desde hacía años —un hábito absurdo, pero que siempre regresaba cuando el pasado insistía en llamar a la puerta.

De repente, el club de lectura dejó de parecer una vía de escape y se convirtió en un recordatorio más de todo lo que llevaba tanto tiempo intentando olvidar.

STEPHANIE TORRES

La reunión había llegado a su fin, pero nadie parecía tener prisa por marcharse. El sol de la mañana entraba por los amplios ventanales del salón, iluminando las tazas de café y las bandejas de pastel, mientras las risas suaves de las chicas se mezclaban con el aroma del pan recién tostado. El ambiente era ligero, casi familiar, una pausa rara tras tantas semanas agitadas.

Hunter, sin embargo, se mantenía al margen, apoyado en la encimera de mármol, observándolo todo en silencio. Había algo en él que llamaba la atención incluso cuando no hacía nada: la postura erguida, la mirada atenta, ese modo contenido de quien siempre está en control.

Cogí un plato con algunos aperitivos y caminé hacia él.

—Te he traído esto. —Le tendí el plato, intentando disimular lo mucho que aquel hombre me descolocaba.

Me miró un segundo, luego bajó los ojos hacia el reloj de su muñeca antes de responder:

—No, gracias. He comido bien antes de venir. Mi próxima comida será dentro de una hora, más o menos. —Su voz sonó firme, casi ensayada.

—Qué hombre tan metódico... —comenté, provocándole.

Una comisura de su boca se curvó, y su mirada se posó en mí de una forma que cambió por completo el aire entre nosotros.

—Para mantener este cuerpo —replicó con una ironía contenida— hay que hacer algunos sacrificios.

El recuerdo de nuestra última noche me golpeó como un relámpago, cruzando mi mente sin pedir permiso. El toque de sus manos, el calor de su piel, la forma en que decía mi nombre entre respiraciones entrecortadas... Mi cuerpo reaccionó antes de que pudiera evitarlo. Inspiré hondo y aparté la mirada, intentando recuperar el control. No era momento de pensar en eso.

—Gracias, Hunter. —Agradecí en voz baja, volviendo a mirarle—. No tenías por qué estar aquí.

Él arqueó una ceja.

—¿Y perderme a las chicas casi matándose por no estar de acuerdo con un libro? —Fingió sorpresa—. Ni hablar. Esto es mejor que cualquier entretenimiento.

Solté una carcajada. Hunter tenía ese don de ser irritante y encantador al mismo tiempo.

Aquel día me di cuenta de que parecía distinto. Más ligero. La razón era evidente: la mejoría de su madre. La tensión que solía rodearle se había disipado un poco. Era agradable verle así.

—Sé que te gustan estas reuniones. —Crucé los brazos e incliné la cabeza con una sonrisa provocadora—. Se te nota en los ojos, no intentes negarlo.

—No es para tanto, Stephanie. —Desvió la mirada, aunque una pequeña sonrisa traicionó su intento de indiferencia.

—¿Sabes qué me resulta curioso? —continué—. Eres todo amabilidad con mis amigas... menos conmigo.

—Ellas no hacen preguntas innecesarias ni me interrumpen en momentos inoportunos. —Su tono era tranquilo, pero el brillo en sus ojos delataba diversión—. Así que sí, con ellas soy bastante amable.

—Y conmigo sigues siendo un borde... —retruqué, cruzando los brazos con dramatismo.

Él dio un paso hacia mí. Solo uno, pero bastó para que el aire entre nosotros se calentara.

—Sé que te gusta. —Su voz sonó más baja, ronca—. Si fuera dulce y atento, te burlarías de mí. Estaría perdido en tus manos.

Parpadeé, intentando disimular el escalofrío que me recorrió la espalda.

—En eso... tengo que darte la razón. —Sonreí de lado—. A veces soy un poco controladora, y tú en mis manos... lo pasarías mal.

Su sonrisa se ensanchó, lenta, peligrosa.

—¿Lo ves? Mejor seguir siendo un hombre borde contigo. Me mantiene a salvo.

—Suerte con eso. La vas a necesitar. —Di un paso atrás antes de que la cercanía me traicionara, y me alejé con una sonrisa desafiante.

De vuelta con el grupo, fingí prestar atención a la conversación, pero sentía su mirada sobre mí: constante, intensa, casi tangible.

Era difícil no notarlo. Difícil ignorar cómo me observaba, como si cada gesto mío fuera una invitación silenciosa.

Pero aún más difícil era negar lo que sentía.

Esa atracción muda, incontrolable, que crecía cada vez que Hunter me miraba como si supiera exactamente lo que estaba haciendo conmigo.

HUNTER SMITH

Después de dejar a Stephanie en casa, me di una ducha rápida y me puse la primera ropa limpia que encontré. El corazón me latía con fuerza; una mezcla de nervios y esperanza me dominaba a cada kilómetro que recorría hasta el hospital. El asfalto mojado reflejaba las luces de la ciudad, y lo único en lo que podía pensar era en verla —a mi madre— abrir los ojos de nuevo.

Cuando llegué, Marcus me esperaba en el pasillo. Había un brillo distinto en su mirada, y eso bastó para que pudiera respirar con un poco más de alivio.

—Está mucho mejor. —Sonrió, y por primera vez en días, aquella sonrisa no llevaba preocupación—. Acabo de estar con ella.

Por un instante, la tensión que me acompañaba desde la semana anterior se deshizo. El nudo en el pecho se aflojó.

—Voy a verla ahora mismo —respondí, con la voz temblorosa por la emoción.

Mientras avanzaba por el pasillo, el sonido rítmico de mis pasos se mezclaba con el eco distante de las máquinas. Cada segundo se hacía más largo, más pesado. Los pensamientos me atravesaban como relámpagos: arrepentimiento, miedo, amor... y esa culpa que no dejaba de recordarme el tiempo que había desperdiciado.

Había sido un idiota.

Me había escondido detrás del trabajo, de la rutina, de las excusas fáciles. Y ahora, ante la posibilidad de perderla, comprendía cuánto había dejado de vivir a su lado.

Cuando abrí la puerta de la habitación, el aire estéril y el sonido intermitente de los monitores me envolvieron. Cerré la puerta tras de mí y me acerqué despacio.

Estaba allí: frágil, pálida, con tubos y cables por todas partes, y aun así... seguía pareciendo entera.

En cuanto el chirrido de la puerta resonó, su cabeza se movió levemente. Sabía que era yo.

—Mamá... —susurré, acercándome y tomando sus manos entre las mías.

Sus ojos, todavía cansados, buscaron los míos con una lucidez que me desarmó. Respiré hondo, intentando contener el temblor en la voz, pero el corazón me latía tan fuerte que era casi imposible disimularlo.

—Yo... —tragué saliva. Las palabras parecían huir, atrapadas en algún lugar entre el arrepentimiento y el amor—. Ahora estoy aquí.

Parpadeó despacio, como si me dijera sin palabras que lo entendía. Acaricié sus manos; su piel fría contrastaba con el calor de las mías.

—No he sido un hijo presente —confesé, con un nudo en la garganta—. Y sé que lo sabes.

Su mirada permaneció fija en mí, firme, sin juicio alguno. Y eso dolió más que cualquier reproche.

—Pero quiero cambiar —continué, con la voz quebrada—. Quiero arreglarlo todo.

Pasé con cuidado la mano por los finos mechones de su cabello, ahora gris, y sentí una punzada aguda en el pecho.

—Mamá... necesito tu perdón. —Las lágrimas comenzaron a deslizarse sin que pudiera detenerlas—. Por favor... perdóname.

Las palabras salían entrecortadas, pesadas, y el llanto acabó por apoderarse de mí. Incliné la cabeza, respirando con dificultad.

—Dame una señal, mamá... cualquiera. —Suplicaba, apretando con fuerza su mano—. No puedo vivir con este dolor. Te quiero, pero te fallé. Te fallé tanto. Te dejé sola cuando más me necesitabas.

Cerré los ojos, intentando contener el llanto, pero era inútil. Las lágrimas caían en silencio, y cada una parecía arrastrar años de remordimiento.

Y entonces ocurrió.

Un gesto simple, pero suficiente para romperme por dentro.

Aun débil, con el cuerpo cubierto de tubos y la respiración asistida por las máquinas, apretó mi mano. Tan suavemente... pero bastó para que el mundo entero se detuviera por un segundo.

—Mamá... —murmuré entre sollozos—. ¿Me estás diciendo que me perdonas?

De nuevo sentí la presión en mis dedos. Pequeña, pero firme. Y en ese instante lo supe. Me perdonaba.

Apoyé la cabeza sobre su cama y lloré sin prisa, dejando que todo saliera. El dolor, el peso, la culpa.

Lloré hasta quedarme sin lágrimas, hasta que mi respiración volvió a encontrar algo de calma.

—Te lo prometo... —susurré, con la voz rota—. A partir de hoy seré un nuevo hijo. Te lo prometo... a ti y a mí.

Me quedé allí, con las manos entrelazadas, observando el movimiento suave de su pecho al subir y bajar, como una nueva oportunidad que el destino me ofrecía.

—En cuanto termine mi último trabajo, me quedaré contigo durante meses —murmuré, besando el dorso de su mano—. Te demostraré que he cambiado, mamá. Y no volveré a dejarte sola. Nunca más.



Cuando volví a casa de Andrew, el ambiente estaba envuelto en una calma extraña, casi reconfortante. Ese tipo de silencio que precede a un cambio —sin que sepas aún si será para bien o para destruirlo todo.

Stephanie estaba en el salón, sentada en su rincón de siempre, con las piernas dobladas sobre el sofá y el rostro medio oculto tras un libro romántico. La luz suave que entraba por la ventana acariciaba su cabello, y por un instante me quedé simplemente observándola. Había algo en ella que siempre me atrapaba... quizá la forma en que se perdía en las historias, como si el mundo real no le bastara.

—Estás distinto. —Su voz resonó, cortando mis pensamientos sin que levantara la vista de la página.

Di un paso hacia adelante, intrigado.

—¿Distinto cómo?

Pasó la página despacio antes de responder, con una serenidad provocadora:

—Más feliz.

Sonreí, y era imposible negarlo.

—Sí. Lo estoy.

Entonces alzó la mirada hacia mí. Había un brillo nuevo en sus ojos, como si quisiera entender la razón de mi cambio.

—Creo que sé por qué —murmuró.

—Mi madre —respondí con firmeza, sintiendo cómo un nudo se deshacía en mi pecho—. Está lúcida. —Sonreí, orgulloso, y al decirlo en voz alta, todo pareció volverse más real.

Stephanie cerró el libro y lo dejó a un lado. Se levantó despacio y, antes de que pudiera preverlo, se acercó tanto que pude oler el perfume dulce de su cabello.

—Eres un buen hombre, Hunter. —Su voz sonó suave, pero llena de convicción—. Por mucho que creas que no.

Alcé una ceja.

—¿Qué quieres decir exactamente?

—No lo sé... yo solo... —Titubeó, mirándome a los ojos como si buscara una respuesta que ni ella misma tenía.

Y entonces, sin previo aviso, se inclinó y pegó sus labios a los míos.

El impacto fue inmediato. Mi cuerpo reaccionó antes que mi mente, y por un breve segundo dejé que el instinto tomara el control. Le devolví el beso, sintiendo el calor del contacto, el sabor de la osadía y la confusión creciendo dentro de mí. Pero se apartó enseguida, como si aquel momento hubiera sido demasiado intenso para sostenerlo.

—¿Por qué has hecho eso, Stephanie? —pregunté, aún intentando recuperar el aliento.

Ella sonrió apenas, y el brillo de sus ojos se intensificó.

—Porque hago lo que quiero.

El aire entre nosotros cambió.

—Princesa... —empecé, con un tono que apenas reconocí en mí.

—No digas nada. —Llevó un dedo a mis labios para silenciarme. El toque fue suave, pero suficiente para desarmarme—. Solo ven conmigo.

Me cogió de la mano y yo... simplemente no pude resistirme. Ni quise hacerlo.

Fuimos hasta la habitación. El clic de la puerta se mezcló con los latidos desbocados de mi corazón. Antes de que pudiera decir nada, me tiró hacia ella y me besó de nuevo —un beso urgente, hambriento, cargado de todo lo que no necesitábamos decir.

—Hunter... —susurró contra mi boca, empujándome suavemente hacia la cama.

Su mirada ardía.

—Hazme tuya... —su voz fue un susurro que me recorrió entero.

Abrí la boca para responder, pero el destino fue cruelmente rápido.

Un estruendo retumbó en el exterior, cortando el aire.

Stephanie se apartó, sobresaltada, y mi instinto actuó antes que mi cabeza. Me incorporé de un salto, el corazón desbocado. Los golpes en la puerta comenzaron al instante: firmes, insistentes.

—¡Hunter! —gritó una voz al otro lado.

Corrí hasta la puerta y la abrí de golpe. Kenypher estaba allí, pálido como la pared, con los ojos muy abiertos.

—¿Qué pasa? —pregunté con voz firme, aunque una parte de mí ya sabía que no sería nada bueno.

Tardó unos segundos en responder.

—Es para ti. —Extendió el móvil, con las manos temblorosas.

Cogí el teléfono y salí del cuarto sin pensar.

—¿Quién es?

La voz al otro lado me atravesó como una cuchilla.

—Hermano... soy yo.

—¿Marcus? —Mi corazón empezó a latir con fuerza—. ¿Qué ha pasado? ¿Ha ocurrido algo en el hospital? ¿Mamá está bien? —Las preguntas salían atropelladas, casi desesperadas.

Silencio. Un silencio que duró apenas unos segundos, pero pareció eterno.

—Hunter... —su voz se quebró—. Ha descansado. Nuestra madre acaba de fallecer.

El mundo se detuvo.

Todo a mi alrededor —el aire, el suelo, el sonido distante de la lluvia golpeando la ventana— se desvaneció en un vacío absoluto.

Fue en ese instante cuando sentí que el suelo desaparecía bajo mis pies.

Y que aquella pequeña felicidad que había vuelto a sentir esa mañana... se derrumbaba junto con ella.



CAPÍTULO 24

«Algunas pérdidas son irreparables, y el duelo es eterno para la mayoría de las personas.»

HUNTER SMITH

Ver a Marcus desmoronarse en lágrimas delante de mí fue como sentir que el suelo desaparecía bajo mis pies.

Cada sollozo suyo resonaba dentro de mi pecho, arrancándome el aire de los pulmones. Lo observaba, paralizado, completamente incapaz de reaccionar.

Estábamos en el hospital, frente al cuerpo sin vida de nuestra madre.

Aquella mujer que siempre había sido fuerza y refugio yacía ahora inmóvil, con un silencio que dolía más que cualquier grito.

La miré, contemplando el rostro sereno que ya no albergaba el calor de la vida, y una sensación asfixiante me envolvió.

Yo, que había perdido a tantos pacientes, compañeros e incluso amigos... no sabía cómo enfrentar aquello.

Perder a desconocidos era una cosa.

Perderla a ella era algo completamente distinto.

Intenté respirar hondo, aferrarme a la frialdad que siempre me había salvado en situaciones extremas, pero nada funcionó.

El pecho me dolía, los ojos me ardían y, antes de darme cuenta, una lágrima solitaria se deslizó lenta hasta el borde de los labios.

Me acerqué con cuidado y toqué su mano. Estaba fría, pálida, y por un instante deseé que todo aquello no fuera más que una pesadilla.

La sujeté con fuerza, como si con ese gesto pudiera traerla de vuelta.

Sabía que sería una de las últimas veces que la tocaría, y esa conciencia me desgarró por dentro.

—Hay que liberar el cuerpo —dijo uno de los médicos, con una voz baja, pero demasiado práctica para el momento.

Cerré los ojos con fuerza.

No quería escuchar eso.

No podía.

—Hunter, los médicos... —intentó acercarse Marcus.

—¡He oído! —grité, la voz más alta de lo que pretendía. Él dio un paso atrás, asustado.

El silencio que siguió fue casi palpable.

Dejé caer la cabeza y, con un hilo de voz, pedí:

—Solo necesito unos minutos más. Por favor... —tragé saliva, conteniendo el llanto—. Por favor.

Marcus asintió, con los ojos empañados.

—De acuerdo. Cinco minutos. —Su voz salió temblorosa—. Te dejo a solas, hermano.

En cuanto salió, el sonido de la puerta al cerrarse resonó como un punto final en el capítulo más doloroso de mi vida.

Me acerqué de nuevo. La habitación se sentía pequeña, opresiva.

Observé el rostro de mi madre con atención, como si quisiera grabar cada rasgo en mi memoria: el contorno suave de los labios, las arrugas delicadas alrededor de los ojos, el cabello gris que se empeñaba en caer sobre la frente.

Tan hermosa.

Tan joven todavía.

Y tan injusto todo aquello.

La segunda parada cardíaca había sido fatal. Su cuerpo simplemente no resistió.

Sabía que su sistema estaba débil, pero una parte de mí creía que saldría adelante, como siempre hacía.

Era terca, fuerte... mi madre.

Las lágrimas regresaron sin permiso. Caían sin control, empapando la sábana blanca.

Toqué de nuevo su mano y susurré:

—Mamá... quiero que sepas que nunca dejé de quererte. —La voz se me quebró—. Aunque estuviera lejos, aunque el trabajo me absorbiera, siempre has estado conmigo.

Cerré los ojos y respiré hondo, buscando fuerzas que ya no tenía.

—Sé que fallé al no estar cerca. —El pecho me ardía; cada palabra arrancaba un pedazo de mí—. Pero te prometo que cumpliré lo que te dije. Voy a cambiar, mamá. Viviré de una forma que te haga sentir orgullosa.

La vista se me nubló.

—Te quiero. —susurré, apoyando la frente en la suya—. Siempre te he querido.

Me quedé allí unos minutos, escuchando solo el sonido lejano de las máquinas y mi propio corazón latiendo en el pecho como un tambor desbocado.

Y cuando por fin salí de aquella habitación, supe que una parte de mí se quedaba allí —junto a su cuerpo, junto a todo lo que nunca podría recuperar.



Marcus se encargó de todo. De los papeles, de las firmas, de esos detalles fríos y burocráticos que convierten toda una vida en un simple número de registro y una fecha final.

Yo, en cambio, apenas conseguía mantenerme en pie. Era como si cada movimiento requiriera un esfuerzo sobrehumano, como si mi cuerpo se negara a aceptar que aquel momento estaba ocurriendo de verdad.

El velatorio fue sencillo, discreto, exactamente como a ella le habría gustado.

La pequeña sala alquilada estaba envuelta en silencio, iluminada por una luz amarillenta que volvía todo aún más melancólico. Pocas personas acudieron, y confieso que lo preferí así. El dolor, para mí, era algo demasiado íntimo como para compartirlo con muchos.

John y Kenypher se turnaron para venir. Romeo, aunque solo se quedó unos minutos, insistió en presentarse.

Entró en silencio, con la mandíbula tensa y los puños apretados. Fingía fortaleza, pero su mirada lo delataba.

—Era como mi segunda madre —dijo, con una voz que intentó sonar firme, pero se quebró a mitad de la frase.

Vi cómo una lágrima le resbalaba por la mejilla antes de que se apresurara a secarla.

Me limité a asentir; el nudo en la garganta me impedía pronunciar palabra.

—Lo siento mucho, Hunter. —Respiró hondo, mirándome con esa mezcla de tristeza e impotencia que conocía tan bien.

—Está bien —murmuré, aunque nada lo estaba—. Ha descansado.

Romeo guardó silencio. Me dio un leve apretón en el hombro y se marchó.

La puerta se cerró tras él, y el sonido resonó en la sala como un recordatorio cruel de la soledad que quedaba.

El velatorio no duró mucho. Bastaron unas horas para un adiós que parecía imposible de pronunciar.

No me separé de ella ni un instante. Permanecí sentado a su lado, sosteniendo su mano fría, como si el calor de mi piel pudiera, por milagro, devolverle la vida.

Observé cada detalle: el contorno sereno de sus labios, las líneas suaves alrededor de los ojos, el cabello peinado con el mismo esmero que siempre había tenido en vida.

Intenté memorizarlo todo, grabar aquel rostro en mi mente como quien intenta retener agua entre los dedos.

Pero no sirvió de nada.

Se había ido.

Y con ella, una parte de mí también.

Cerré los ojos y apoyé la frente sobre su mano, sintiendo el escalofrío que me recorrió entero. Era la constatación dolorosa de que el tiempo no vuelve, de que las promesas tardías nunca se cumplen.

Bajé la cabeza y besé su frente con la delicadeza que tantas veces temí mostrar en vida. El contacto fue frío, pero simbólico: una petición muda de perdón, una despedida tardía.

—Aunque me falten las palabras... —murmuré, con la voz quebrada—, te amé incondicionalmente.

El silencio respondió por ella.

Me incorporé despacio, respirando hondo, intentando encontrar fuerzas donde ya no quedaban.

—Adiós, mamá. —Las palabras salieron bajas, rasgadas, pero sinceras.

Y en ese instante comprendí que el verdadero adiós no se pronuncia con la boca.

Se siente —muy dentro, en ese lugar donde empieza a nacer la nostalgia.



Todo ocurrió demasiado deprisa.

O quizá el tiempo simplemente había perdido el sentido desde el momento en que vi a mi madre salir del hospital hasta aquel en que el ataúd descendió a la tierra fría.

La verdad es que no recordaba nada con claridad: los rostros iban y venían, las voces se confundían en un murmullo distante. Era como estar atrapado en una pesadilla en la que el cuerpo se mueve por inercia mientras la mente se niega a comprender lo que sucede.

Nunca había vivido algo así.

Jamás había enterrado a alguien de mi familia.

Y la única palabra que podía describirme era perdido.

Marcus estaba a mi lado, firme, en silencio. Su presencia era un consuelo mudo, aunque ninguno de los dos tuviera fuerzas para hablar.

Rompió el silencio con un susurro:

—Ha descansado, hermano.

Asentí, pero no pude responder.

Mi mirada seguía fija en la lápida recién cerrada, en las flores colocadas con esmero, en el último vestigio físico de quien me dio la vida.

Pensé en todos los momentos vividos con ella —las risas, los consejos, los abrazos breves que no supe valorar lo suficiente.

Por un instante quise creer que todo era una pesadilla. Que bastaría con despertar para verla viva de nuevo, quejándose de mi forma meticulosa de hacer las cosas o diciéndome que debía comer bien.

Pero mi mente me arrancó enseguida de aquel espejismo cruel.

No, Hunter. Esto es la realidad.

Y la realidad, como siempre, era más dura que cualquier fantasía.

—Hunter, di algo. —Marcus me observaba con preocupación.

Negué con la cabeza, sintiendo un nudo en la garganta.

—No hay nada que decir. —Inspiré hondo, intentando contener la emoción—. Se acabó, Marcus. La vida de nuestra madre... —La frase se deshizo en silencio, y cerré los ojos, notando la culpa pesar en el pecho como plomo.

—No te culpes —intentó consolarme.

Como si eso fuera posible.

Me había culpado ya por toda una vida.

Le prometí que cambiaría, que estaría más presente, y ahora jamás tendría la oportunidad de cumplir aquella promesa.

La ironía del destino es cruel: nos hace desear tiempo cuando ya es demasiado tarde.

El sonido de las palas llenando el hueco de la tumba me devolvió a la realidad.

Vi la tierra caer sobre el ataúd, capa tras capa, hasta que todo desapareció.

Quise decir algo, cualquier cosa, pero las palabras simplemente no existían.

El vacío dentro de mí era más grande que cualquier discurso.

Había fallado.

Como hombre.

Como hijo.

Y ese fallo era irreparable.

Cuando cayó el último puñado de tierra, me quedé allí, inmóvil, sintiendo el viento frío golpearme en la cara.

El olor húmedo de la hierba, el murmullo distante de las voces en duelo... todo parecía ocurrir en otro mundo, demasiado lejos del mío.

—Estamos contigo, Hunter —rompió el silencio Kenypher al acercarse—. Descansa hoy. Nosotros nos ocuparemos de todo.

Asentí, aunque su voz me llegaba como a través de un cristal espeso.

Mi mente estaba lejos, fragmentada, incapaz de aferrarse a nada.

—No... será mejor que yo... —empecé a decir, pero John me interrumpió.

—¡Tú no decides nada! —Su tono fue firme, cargado de algo entre rabia y lealtad—. La seguridad correrá por nuestra cuenta, y hoy vas a descansar. ¿Entendido?

Le miré, sorprendido por la intensidad de su mirada, pero no logré responder.

—Entiendo y respeto que seas nuestro jefe —continuó—, pero esta vez harás lo que Kenypher y yo hemos decidido.

Marcus asintió, en un gesto silencioso de aprobación.

—Tiene razón, Hunter. No hay motivo para que te preocupes por nada más que por tu duelo ahora.

Apreté el aire en los pulmones, sintiendo la presión aumentar. John tenía razón. Marcus también. Pero la idea de descansar me resultaba casi absurda.

—De acuerdo. —La palabra salió baja, casi inaudible.

Parecieron aliviados, pero dentro de mí nada se calmó.

Porque, en el fondo, sabía lo que me esperaba:

el silencio de la casa, el vacío de los días que vendrían, el peso de una ausencia que el trabajo —por mucho que lo intentara— jamás conseguiría llenar.

STEPHANIE TORRES

Ver a Hunter en aquel estado fue como presenciar a alguien caer por un precipicio sin poder tenderle la mano.

El hombre que solía enfrentarse al mundo con firmeza, con la mirada segura y una postura inquebrantable, estaba allí: roto, devastado, completamente despojado de cualquier defensa.

El cementerio seguía resonando dentro de mí. El sonido de la tierra cayendo sobre el ataúd, el aire frío, su mirada vacía frente a la lápida. Nunca lo había visto tan perdido. La madre de Hunter había muerto de un paro cardíaco —un golpe inesperado, según John—. Pero no era solo la muerte en sí lo que lo destruía; había algo más profundo detrás de su silencio, algo que lo consumía por dentro.

Cuando regresamos a casa, se dejó caer en el sofá sin pronunciar una sola palabra. Permanecimos así durante largos minutos, con el sonido apagado del viento colándose por la ventana como único ruido entre nosotros.

—Descansa, Hunter —susurré, acercándome despacio—. Lo necesitas. Olvídate del mundo, al menos por hoy.

No respondió. Mantenía la mirada fija en un punto cualquiera de la pared, inmóvil, como si estuviera atrapado en algún lugar de su propia mente.

Desde el entierro no me había separado de él. No por obligación, sino porque quería estar allí. No tenía a muchas personas con quien compartir aquel dolor, y de algún modo sabía que mi presencia le servía de sostén silencioso.

—No quiero hacer nada —murmuró al fin, con la voz ronca—. No hoy. Yo... —se llevó una mano al rostro, y entonces ocurrió.

El hombre que siempre lo controlaba todo simplemente se derrumbó.

Mi reacción fue inmediata. Me acerqué, pasé los dedos por su pelo y lo atraje hacia mí. Dejó caer la cabeza en mi regazo y empezó a llorar: un llanto denso, doloroso, que me partió en dos.

—¡La maté! —dijo, con la voz rota y el cuerpo en tensión.

—No digas eso —balbuceé, con el corazón latiéndome desbocado.

—Mi madre murió por mi culpa. Por mis errores.

—Hunter, no hables así. No podías preverlo...

Alzó la mirada, y lo que vi en sus ojos me heló.

—¡La abandoné, Stephanie! —gritó, con un desgarró brutal—. El día que tuvo el ictus, yo... estaba drogado. ¿Tienes idea de lo que es eso? —Intentó mantener el contacto visual, pero enseguida se encogió, escondiendo el rostro entre las manos.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

No por la confesión, sino por el dolor que encerraba.

—Hunter... —susurré, sin saber qué decir.

Inspiró hondo, intentando recomponerse.

—Me perdí durante un tiempo. —Su voz sonó baja, quebrada—. El éxito se me subió a la cabeza y acabé alejándome de todo. De la gente. De ella. —Se levantó y empezó a caminar por el salón, como si los recuerdos pesaran demasiado para quedarse quieto—. Mi madre ya se había desmayado tres veces ese mes. Marcus y yo acordamos no dejarla

sola nunca. Nos turnábamos. Pero aquel día... —Se pasó las manos por el pelo, nervioso—. Aquel día fallé.

Cerré los ojos un instante, sintiendo la garganta arder.

—La dejaste sola.

—No solo eso. —Soltó una risa amarga, empapada en lágrimas—. Estuve fuera dos horas. Y cuando volví... iba colocado, drogado, alucinado. —Las palabras salían de su boca como cuchilladas—. La encontré tirada en el suelo del salón. Intenté hacer algo, pero... —se detuvo, tragando el llanto.

Se me encogió el corazón. Nunca lo había visto tan vulnerable.

—Tranquilo, por favor —le pedí, acercándome.

—Yo... no hice nada, Stephanie. —Se pasó una mano por la cara—. Me desmayé. No pude. —Su voz se quebró—. Estaba tan drogado que perdí el conocimiento. Solo desperté horas después, con Marcus sacudiéndome. Ya era demasiado tarde. El médico dijo que el tiempo que pasó sin recibir ayuda lo empeoró todo. —Lloraba sin reservas, sin escudos—. Era mi turno de cuidarla... mi día.

Su dolor era asfixiante.

Y yo, por mucho que quisiera, no tenía el poder de curarlo.

—Hunter, por favor, no te castigues tanto.

—¿Cómo no hacerlo? —replicó, exasperado, pasándose las manos por el pelo—. El médico dijo que, si la hubieran atendido antes, los daños habrían sido reversibles. Podría haberla oído otra vez... podría haberle dicho que la quería, haberla mirado a los ojos, haber hablado con ella.

Me quedé sin palabras.

Nada de lo que dijera podría hacer desaparecer aquel dolor.

—Siempre fui el más cercano a ella —continuó, con la voz quebrada—. El hijo que le decía “te quiero” todos los días, que veía la tele con ella, aunque odiara los programas que le gustaban. —Soltó una risa leve, pero el recuerdo lo hizo llorar de nuevo—. Y, al final, fui el mismo hijo que no estaba allí cuando más me necesitó.

Me acerqué y le tomé las manos.

—No eres el error que cometiste, Hunter.

Me miró, y por un instante, el hombre destrozado dio paso a una mirada cansada, pero más serena.

—Tengo que controlarme —dijo, secándose las lágrimas—. Tengo que afrontarlo. No puedo seguir hundiéndome en el arrepentimiento.

Asentí, con firmeza.

—Eres fuerte. Lo vas a lograr, estoy segura.

Respiró hondo, intentando recuperar el aliento.

—Stephanie... —murmuró, cerrando los ojos un instante—. Gracias por todo.

Me quedé inmóvil.

—Puede que no lo parezca —prosiguió—, pero he aprendido a valorarte. Me equivoqué al juzgarte. —Esbozó una sonrisa débil—. Me quedé atrapado en la primera impresión, y estaba equivocado. Eres... especial.

Sus palabras me alcanzaron de lleno.

Durante un momento, el silencio entre nosotros fue distinto: no pesado, sino lleno de algo nuevo, una conexión inesperada y sincera.

Aún lloraba, pero ya no estaba solo.

Y en ese instante supe que me quedaría a su lado todo el tiempo que hiciera falta, aunque eso significara cargar con una parte de su dolor.



Hunter ya no parecía el mismo hombre.

Los días se arrastraban desde el entierro, y toda la casa parecía respirar su ausencia: la energía, el humor, la ironía que solían llenar el aire habían desaparecido.

Su voz, antes firme y cortante, era ahora apenas un susurro.

En cinco días terminaría su contrato con mi padre. Cinco.

Y por más que intentara apartar ese pensamiento, me perseguía como una sombra incómoda.

No volveré a verlo.

La frase se repetía en mi cabeza una y otra vez, como una sentencia inevitable.

Hunter era un hombre que vivía en movimiento, trabajaba por todo el país, siempre rodeado de compromisos, y saber que pronto se marcharía me oprimía el pecho de una forma que ni yo misma conseguía explicar.

Pero no era solo la nostalgia anticipada lo que me atormentaba. Era la preocupación.

En los últimos días me había dado cuenta de cuánto se estaba consumiendo. La culpa por la muerte de su madre parecía corroerlo por dentro. Hablaba poco, comía menos todavía y, cuando conseguía dormir, lo hacía con ese semblante cansado de quien no encuentra descanso ni en los sueños.

Salí de mi habitación y fui hacia la terraza.

Allí estaba él, quieto, inmóvil, mirando el cielo nublado como si buscara alguna respuesta entre las nubes.

El viento le agitaba el pelo, y por un instante tuve la impresión de ver a un hombre completamente distinto del que había conocido meses atrás.

—Hola —dije, intentando romper la barrera invisible que nos separaba.

Hunter giró ligeramente el rostro, solo lo justo para saludarme con un leve gesto.

Esa distancia silenciosa dolía más que cualquier palabra dura.

Me acerqué un poco, con cautela.

—Soy pésima intentando consolar a alguien. Pero... —me interrumpí, suspirando—. Da igual.

—¿Pero qué, Stephanie? —preguntó sin apartar la vista del horizonte.

Tardé unos segundos en contestar.

—No puedo verte así y fingir que todo está bien. Sé que no eres de abrirte con nadie, pero... no puedo mirarte y fingir indiferencia. Tienes una mirada... no sé, quizá desolada. —Me mordí el labio, preguntándome si había ido demasiado lejos—. A pesar de nuestras provocaciones, he aprendido a convivir contigo. Y, aunque no lo admitas, te considero un amigo.

La palabra me pareció demasiado pequeña para lo que en realidad sentía. Pero era lo más seguro que podía decir.

Hunter respiró hondo. Pensé que me rechazaría, pero, en lugar de eso, se volvió hacia mí con una media sonrisa cansada.

—No te preocupes tanto por mí. Me las arreglaré, como siempre he hecho.

—Quiero ayudarte —insistí—. Verte culpándote así... me duele.

Soltó una risa breve, sin rastro de humor.

—Gracias por preocuparte, pero los dos sabemos que la culpa fue mía. Lo que pasó con mi madre... —se detuvo, tragando saliva— ...fue consecuencia de un error que no tiene arreglo.

Sabía que discutir con él sería inútil. Hunter era obstinado, testarudo y, cuando se trataba de dolor, levantaba murallas a su alrededor.

—¿Puedo quedarme contigo? —pregunté en voz casi tímida—. Hacerte compañía.

Me observó durante unos segundos largos, como si tratara de comprender el motivo de mi petición.

Al final, asintió despacio.

—Puedes, Stephanie. —Su voz sonó ronca—. En el fondo... creo que lo necesito.

Me senté a su lado. Permanecimos en silencio unos minutos, compartiendo la misma vista gris.

—Perdí a mi madre siendo pequeña —confesé, rompiendo el silencio. Él me miró con atención—. Creo que me faltó tener una figura materna. Mi padre trabajaba todo el día y tuve que aprenderlo todo sola. A veces me pregunto si sería distinta si ella se hubiera quedado.

—Eso nunca lo sabrás. —Su respuesta fue firme, pero no fría.

Asentí.

—Es verdad.

Volvió la mirada al cielo y murmuró, casi en un suspiro:

—Mi madre ha descansado. Ahora sé que ningún dinero del mundo compra la felicidad.

—¿Por qué dices eso? —pregunté, confundida.

—Porque me lo gasté todo intentando alargar su vida. —Cerró los ojos y respiró hondo—. Pero lo que necesitaba no eran medicamentos. Era a mí.

Se me encogió el corazón.

—¿Y qué habrías hecho diferente?

Giró el rostro hacia mí, y la emoción en sus ojos, vidriosos, fue más sincera que cualquier palabra.

—Me habría quedado con ella. —La voz se le quebró—. Después del ictus, lo que necesitaba era cariño. Y yo le di ausencia. Intenté compensarlo con fisioterapeutas, médicos, comodidad... pero eso no sustituye a un hijo presente. —Se pasó una mano por el pelo, frustrado—. Fallé dos veces, Stephanie. La primera, el día que la dejé sola. La segunda, cuando tuve miedo de mirarla a los ojos después.

Tragué saliva, luchando contra las lágrimas.

—Hunter...

—Cargaré con esto el resto de mi vida. —Su voz era firme ahora, pero la mirada seguía herida—. Pero también llevaré conmigo la promesa que le hice en el hospital. —Hizo una pausa—. La de proteger a quienes de verdad me importan.

Toqué su mano con cuidado.

—Olvida el trabajo por un momento. Piensa en ti.

Esbozó una media sonrisa.

—Me volvería loco si lo hiciera. —Me miró, y la intensidad de su mirada me dejó sin aire—. No lo entiendes. El trabajo es lo que me mantiene en pie. No por el dinero —aunque sí, forma parte—. Es porque amo lo que hago.

Sonreí con suavidad.

—¿De verdad amas proteger a una mujer que compra durante diez horas seguidas? —bromeé, recordando el episodio del centro comercial—. Eso es sadismo, no vocación.

Él arqueó una ceja.

—Nadie tiene el trabajo perfecto.

Y, por primera vez en días, Hunter sonrió de verdad. Una sonrisa discreta, cansada, pero auténtica, y bastó para que algo dentro de mí se encendiera.

Sin pensarlo demasiado, me acerqué y lo abracé. Sentí la rigidez de su cuerpo ceder, y por un instante, el hombre que siempre lo controlaba todo se dejó sostener.

—Puedes contar conmigo para lo que sea —susurré.

Respondió en voz baja, casi rozando mi oído:

—Y tú conmigo, princesa.

Me aparté lo justo para poder mirarle.

—Toda princesa necesita una niñera, ¿no?

Sonrió, con la mirada más ligera.

—De acuerdo. —Y, por un instante, el mundo pareció menos gris.



CAPÍTULO 25

«Las sorpresas nunca se acaban...»

HUNTER SMITH

—Hoy es tu último día —dijo Stephanie, con la voz más baja de lo habitual, casi un susurro que pareció perderse en el aire entre nosotros.

—Sí. —Respondí, sintiendo el peso de la palabra resonar por dentro.

Los días habían pasado rápido, demasiado rápido.

Al menos durante aquel último mes, el tiempo parecía haberse acelerado, como si quisiera arrancarme de allí cuanto antes.

Y aun así, no estaba preparado.

Dicen que, cuando pierdes a alguien a quien amas, el tiempo se ralentiza, se arrastra, se empeña en recordarte el vacío.

Pero en mi caso fue justo lo contrario. Desde que mi madre se fue, todo pareció precipitarse: una sucesión de días grises, un torbellino de emociones que no lograba controlar.

La rutina de protección había sido tranquila. Sin contratiempos, sin sustos.

Pero aquella calma me inquietaba.

La última semana de un contrato siempre traía consigo esa tensión silenciosa, esa sensación de que algo podía torcerse cuando menos lo esperas.

Sin embargo, no pasó nada. Nada más que el silencio.

Y en ese silencio, traté de no pensar en la muerte de mi madre.

Pero era imposible. En cada pausa, en cada instante de quietud, su recuerdo regresaba: nítido, cruel.

Sabía que tenía que aceptar que se había ido, que nada de lo que hiciera traería de vuelta el tiempo que desperdicié.

Pero aceptar no es lo mismo que olvidar.

—Creo que me vas a echar de menos —rompió Stephanie el silencio con un tono provocador—. Sobre todo mis provocaciones. —Me guiñó un ojo, acompañando el gesto con una mueca divertida.

Por primera vez en días, una risa se me escapó. Pequeña, pero real.

Esa forma suya de ser, ligera, espontánea hasta el extremo, tenía el don de desarmarme cuando menos lo esperaba.

—Me he acostumbrado a ti —le devolví la broma—. ¿Era eso lo que querías oír?

—Más o menos. —Fingió pensarlo—. Quería que dijeras lo especial, carismática, simpática y guapa que soy...

Negué con la cabeza, sonriendo de medio lado.

—Modesta, desde luego, no eres. —Ironizé—. Espero que tengas cabeza cuando no esté cerca.

—Me sobra. —replicó con esa sonrisa confiada que, paradójicamente, decía justo lo contrario.

Por un momento, el silencio volvió. Y antes de que pudiera pensarlo, las palabras se me escaparon:

—Te voy a echar de menos.

Salió demasiado rápido, sin filtro. Y aun así, era la verdad.

Desde el principio, Stephanie me había descolocado.

Con sus preguntas, sus opiniones sin freno, su risa fácil y ese caos ordenado que parecía acompañarla a todas partes.

Irritante, sí. Pero viva. Más viva que cualquiera a mi alrededor.

Aprendí a respetarla.

A entender que era exactamente lo que parecía: transparente, espontánea, un huracán de emociones y verdades dichas sin pensar.

Y, entre tanta confusión, comprendí que no quería alejarme de ella.

—Yo también te voy a echar de menos —respondió, y esta vez su tono fue distinto.

Serio. Cálido. Verdadero.

Sus ojos se encontraron con los míos, y algo dentro de mí se estremeció.

Por un segundo, me olvidé de respirar.

Le tendí una tarjeta, intentando mantenerme firme.

—Este es mi móvil personal. —La cogió, y nuestros dedos se rozaron apenas un instante, lo suficiente para dejarme tenso—. El contrato termina mañana, pero si sientes que te están vigilando o te amenazan, llámame. No sabemos qué puede pasar cuando tu padre asuma la empresa. Más vale prevenir.

—De acuerdo. —Asintió—. Te mandaré un mensaje para que guardes mi número. —Sonrió, inclinando el rostro—. Y espero que no te hagas el difícil si decido llamar sin motivo. —Me guiñó un ojo, arrancándome otra media sonrisa.

—Hunter... gracias por todo.

—No hace falta que me lo agradezcas. Solo hice mi trabajo.

—Sí, pero lo hiciste de la mejor forma posible. —Su sonrisa vaciló, dejando entrever una emoción que intentó disimular—. Puede que no lo parezca, pero te estoy muy agradecida.

—Ahora tendrás tu libertad de vuelta. Supongo que la valoras mucho.

—Sí... la valoraba. —Suspiró—. Pero he aprendido a dar valor a otras cosas también.

Durante un momento intentó sostenerme la mirada, pero no pudo.

Había algo en sus ojos que me desarmaba: una ternura silenciosa, casi melancólica.

Se dio la vuelta, el cabello moviéndose suavemente con el viento que entraba desde la terraza.

—Cuídate, Hunter.

Me quedé allí, inmóvil, observando cómo se alejaba.

Y por primera vez en mucho tiempo, sentí el peso de una despedida real.

No la de un trabajo.

Sino la de alguien que, sin darme cuenta, se había convertido en parte de lo que aún quedaba de mí.

—

STEPHANIE TORRES

Estaba dividida entre dos sentimientos opuestos —alegría y tristeza—, como si el final de aquellos tres meses me hubiera dejado en medio de una encrucijada emocional.

Alegre, porque por fin volvería a tener mi propio espacio.

Podría salir cuando quisiera, respirar sin tener a alguien vigilando cada paso, recuperar el control de mi rutina y de mis decisiones.

Pero, al mismo tiempo, una tristeza silenciosa se filtraba entre las grietas de esa libertad.

Triste por no tener a Hunter a mi lado.

Era extraño admitirlo, incluso para mí misma.

Pero me gustaba su presencia: esas conversaciones que siempre empezaban con ironías y acababan en provocaciones disfrazadas de broma.

Me gustaba la forma en que me miraba cuando creía que yo no me daba cuenta, la calma contenida que irradiaba incluso cuando todo a su alrededor parecía un caos.

Hunter era un misterio constante, y quizá por eso resultaba tan difícil dejarle marchar.

El comienzo de todo había sido un completo caos.

Cuando mi padre me comunicó que tendría un guardaespaldas particular, la rabia me consumió de una forma que nunca había sentido.

Me sentí invadida, controlada, prisionera.

Pero lo que realmente me destruyó fue perder la plaza en la universidad.

Ver aquel sueño —que había construido con tanto esfuerzo— deshacerse entre mis dedos como la arena.

No había nada más frustrante que verte obligada a detenerte cuando lo único que deseas es seguir adelante.

En el fondo, el problema nunca fue la seguridad.

Fue lo que representaba: la pérdida de mi autonomía, de mi libertad, de mi propio ritmo.

Y, para rematarlo, tener a Hunter cerca al principio solo empeoró las cosas.

Le veía como otro obstáculo más, alguien pagado para controlarme, un símbolo viviente de la imposición de mi padre.

Pero con el tiempo... todo cambió.

Empezó a romper la coraza que había construido a mi alrededor.

Con su mirada atenta, sus respuestas directas, su voz grave que siempre sonaba tranquila, incluso cuando yo intentaba provocarle a propósito.

Poco a poco me di cuenta de que el problema no era él.

Era yo. Y la confusión que despertaba en mí.

Ahora, con el fin del contrato, solo quedaba el vacío.

El silencio de la casa parecía más grande, el tiempo pasaba despacio, y me sorprendía recordando pequeños detalles absurdos: el sonido de su voz, la forma en que cruzaba los brazos cuando le sacaba

de quicio o esa sonrisa casi imperceptible que aparecía cuando le desafiaba demasiado.

Intenté convencerme de que era mejor así.

Que era el momento de centrarme en lo que realmente importaba: mis estudios, mi futuro, mi vida.

Necesitaba reencontrarme, recuperar el control que perdí cuando dejé que Hunter entrara —aunque solo fuera por un instante— en mi mundo.

Pero, por mucho que me repitiera eso, había una parte de mí que no quería olvidar.

Que en el fondo aún esperaba que él se acordara de mí.

Porque yo sabía que nunca podría olvidar lo que hizo por mí...

Y, sobre todo, cómo me hizo sentir.



Mi padre llegaría a Los Ángeles aquella noche.

Solo pensarlo me dejaba inquieta, una mezcla de expectativa y agotamiento emocional.

Hablábamos por teléfono cuando, tras unos minutos de conversación banal, soltó lo que parecía ser el verdadero motivo de la llamada:

—Stephanie, quiero que vengas mañana a mi toma de posesión —dijo con un entusiasmo que traspasaba la línea.

—Claro, papá —respondí de forma automática, sin tener siquiera tiempo de asimilar sus palabras.

Su voz sonaba vibrante, cargada de orgullo. Por fin había conseguido lo que tanto había soñado: el puesto que llevaba años persiguiendo, el reconocimiento que, para él, lo significaba todo.

La empresa siempre había sido el gran amor de la vida de mi padre.

A veces pensaba que la veía como a una hija más obediente, más previsible, más digna de atención que yo.

Y, de algún modo, aprendí a aceptar eso.

Durante años lo observé entregarse por completo al trabajo, sacrificando cenas, cumpleaños y momentos que podrían haber sido nuestros.

Mientras él se hundía en contratos y reuniones, yo aprendí a arreglármelas sola.

A convivir con su ausencia, a crecer sin esperar ni su abrazo ni sus consejos.

Tal vez por eso me convertí en quien soy: alguien que no soporta depender de nadie.

La independencia se convirtió en mi armadura.

Y los estudios, en el camino que elegí para llegar hasta allí.

Cada libro, cada título, cada meta alcanzada era, de alguna forma, una manera silenciosa de demostrarle —y de demostrarme— que podía hacerlo.

Que podía ser suficiente.

—Será por la tarde. Cuando llegue, hablaremos con calma, hija.
—Su voz sonó más serena entonces, aunque seguía cargada de ese tono de autoridad disfrazado de ternura.

—De acuerdo —respondí, intentando sonar ligera.

Charlamos unos minutos más de trivialidades —el tiempo, el vuelo, el evento— hasta que colgó.

Me quedé con el teléfono en la mano unos segundos, escuchando el eco distante de mi propia respiración.

Debería estar contenta. Orgullosa, incluso.

Pero lo que sentí fue... alivio.

Un alivio extraño, incómodo, que no sabía cómo explicar.

Quizá porque era la primera vez en mucho tiempo que volvía a formar parte de mi vida y, al mismo tiempo, el recuerdo de todo lo que no fuimos regresaba con él.

O quizá porque, en el fondo, sabía que su presencia sacaría a la luz sentimientos que había aprendido a esconder.

Respiré hondo y miré el reloj.

Mañana estaría aquí.

Y aún no sabía si estaba preparada para reencontrarme con él... o para enfrentar todo lo que ese reencuentro significaba.

HUNTER SMITH

—Creo que están dando gracias a Dios por irse —dije, intentando arrancar conversación mientras observaba a los hermanos llenar las maletas con la naturalidad de quien ya sabe que el siguiente gesto es ponerse en marcha.

—Necesito vacaciones —murmuró Kenypher, sin mirar a nadie, la voz cargada de cansancio pero con una alegría contenida.

—A mí me ha gustado estar aquí. Me quedaría más tiempo si hiciera falta —replicó John, siempre en su papel de contradecir, y yo sonreí. John era de los que casi siempre pensaban distinto a su hermano —quizá el noventa y nueve por ciento de las veces— y ya me había acostumbrado a ese juego entre ellos.

—Estaremos al menos dos meses sin hacer nada, ya lo sabéis. —Comenté, recordando nuestra rutina. Trabajábamos por ciclos: un mes intenso, otro tranquilo; a veces dos meses seguidos de trabajo y después dos de descanso. Había excepciones —propuestas irrechazables que nos sacaban del sofá y nos lanzaban a meses sin dormir—, pero en general procurábamos no desgastarnos.

Se entendía: algunos trabajos te consumen de un modo visceral. Este no había sido uno de esos, aunque había requerido atención. Aun así, necesitábamos descanso.

—¡Me voy a las Bahamas! —anunció Kenypher con su sonrisa pomposa habitual—. Me llevo a dos mujeres para que me hagan compañía.

John puso los ojos en blanco. —Y yo me quedo en casa viendo series. Mejor que gastarme la pasta en esas cosas. Yo valoro mi Netflix.

Y allá iban los dos, esa contradicción ambulante que siempre me hizo gracia.

—Descansad como queráis. Si pasa algo raro, os aviso. — Advertí. Para mí, “raro” significaba una propuesta irrechazable —de esas que nos harían dejar novelas, playa o Netflix y volver al curro seis meses seguidos. Ya había pasado. Sabía de lo que hablaba.

Se despidieron con un apretón de manos firme, un gesto corto, y pidieron un Uber en cuanto el equipo de seguridad de Andrew apareció en la calle. Yo me quedaría hasta el final del día: todavía quedaba la última parte del pago por cobrar.

En la habitación recogí mis cosas con la tranquilidad de quien está acostumbrado a dejar y volver a casas ajenas. La casa me parecía pequeña y, a la vez, dejaba un regusto a hogar temporal —señal de que había hecho bien mi trabajo. Metí la última camiseta en la maleta cuando mi teléfono personal empezó a sonar.

Pensé que sería John por algún olvido en el coche.

—¡Hunter Smith! —contesté en automático.

—¿Quién habla? —vino la voz al otro lado; no era John. Sonaba neutra, contenida, casi ensayada.

—Nadie —respondí, y noté una pausa medida—. Solo quiero darte una breve información. Considéralo un consejo de amigo.

Me hormigueó el cuero cabelludo. ¿Cómo había conseguido esa persona mi número? Me pasé la mano por la cara buscando una explicación plausible, pero la llamada cortó cualquier raciocinio.

—¿Quién eres y... —empecé.

—Mañana por la tarde —me interrumpió sin dejar que terminara—. Sé que los guardias de Andrew pasarán por la calle San Pedro a las quince horas. Haremos lo que tanto hemos esperado. Te

aconsejo que intentes convencer a Andrew de que no acepte el cargo; si lo hace, él y su adorada hija pagarán caro. Eso es todo.

Fue breve. Directo. Y colgó sin más ceremonia.

Me quedé de pie, con la maleta abierta a mis pies y la tarjeta del hotel olvidándose en el suelo. Respiré corto. La información reverberó dentro de mí como una alarma encendida en el pecho: alguien sabía demasiado —sabía los movimientos de seguridad, cuándo estaríamos más vulnerables, conocía San Pedro—, y tenía suficiente para lanzar una amenaza velada.

Por un instante, el jardín soleado de fuera —el coche del Uber marchándose, el césped ordenado— pareció irrelevante. El mundo se estrechó hasta esa voz. Pensé en avisar a Andrew de inmediato, en reunir a mi equipo, en reforzar rutas, horarios y controles. Pensé en su hija —en la fragilidad de aquella amenaza y en la frialdad con la que fue formulada.

Cerré la maleta con un movimiento decidido. En la garganta me quedó un sabor metálico de presentimiento. El descanso prometido para los próximos dos meses dejó de ser una idea cómoda: se convirtió en algo que había que proteger. Y supe, con la calma cortante de quien ya ha visto demasiado, que la noche no había terminado ahí.



—Stephanie ya no sería oficialmente mi responsabilidad —dije para mis adentros—, pero no podía dejar algo así pasar de largo. Había

una voz en el pecho que me obligaba a actuar, no a mirar el problema con indiferencia. Tenía que hacer algo.

Al entrar en la sala, encontré a Andrew rodeado de todo su equipo de seguridad. Stephanie también estaba allí; al verme no apartó la mirada. Había algo en sus ojos que me apretó el pecho: una mezcla de expectación y miedo contenido que reconocía demasiado bien.

—Hunter, tengo que darte las gracias por todo... —empezó ella, y la gratitud sonó tan frágil que casi preferí callar para no romper ese instante.

—¡No hay tiempo para eso! —corté sin ceremonia, porque no había minutos para gestos elegantes—.

La voz me salió demasiado firme y noté las miradas clavarse en mí como cuchillos.

Conté, sin rodeos, la llamada que había recibido unos minutos antes. Hablé rápido —instinto más que raciocinio—, describiendo la amenaza y mencionando la calle y la hora que me habían dado. Puse en cada frase la urgencia que sentía.

Andrew frunció el ceño, pero Ludovic, el jefe de seguridad, intentó restar importancia.

—Hunter está preocupado, pero todo está bajo control, jefe. Nuestro equipo sabe manejar contingencias. —La frase sonó automática, estudiada, y me irritó aún más.

—¿De verdad? —vociferé, con el rostro encendido.

Andrew guardó silencio un segundo que se me hizo eterno. La oferta de Ludovic de no cambiar nada flotó en el aire; se me secó la boca.

—Ya te han pagado —dijo Andrew, duro—. A partir de ahora me encargo yo de la seguridad y de mi hija.

Mi instinto profesional reaccionó antes que el orgullo. No pondría en riesgo a nadie de mi equipo, ni por contrato ni por dinero. Propuse acompañarles; me ofrecí incluso a trabajar gratis mañana, si fuera necesario. Casi nadie tiene acceso a mi móvil personal. Aquella llamada no era una broma.

—¿Trabajarías gratis mañana? —preguntó Andrew, con escepticismo evidente.

—Sí. —Contesté corto—. No creo que sea una broma.

Hubo un silencio tenso. Entonces Andrew miró a Stephanie. Vi el conflicto cruzar su rostro: como empresario quería el control; como padre vacilaba en exponer a su hija. Fue entonces cuando Marcus intervino —o mejor dicho, habló en voz de un aliado inesperado.

—Papá, Hunter sabe de lo que habla. Cada vez que ha tenido una corazonada, algo iba mal. Confío en él. —La declaración fue firme y directa, y sentí cómo, por dentro, me relajaba un poco: la confianza de Marcus pesó más que cualquier argumento técnico.

Andrew me miró largo rato. Intenté leerle la mente y solo encontré orgullo y terquedad, dos ingredientes peligrosos cuando hablamos de seguridad. Respeté su silencio y esperé.

—He tomado mi decisión —anunció por fin—. Agradezco tus servicios, Hunter, pero mi equipo y yo seguiremos solos. Eso es todo.

Fue como si me hubiera arrancado el aire del pecho. Por un segundo pensé en insistir, en exponer el contenido de la amenaza con todo lujo de detalles, en enseñarle la pantalla de mi móvil, en forzar un cambio de planes. Pero la obligación profesional y el respeto a la jerarquía me contuvieron. No puedes obligar a un hombre a aceptar que es vulnerable.

Miré a Stephanie —los labios le temblaban, los ojos vidriosos— y por un instante deseé quebrar la decisión de Andrew con mi propio cuerpo. Sentí un impulso bruto de decir: «Si dais un paso en la calle San

Pedro a las quince horas, voy con vosotros y no permito que un solo cabello sea tocado». Pero las palabras ya no bastaban; hacían falta acciones, y Andrew había elegido otro camino.

STEPHANIE TORRES

Vi la desaprobación en el rostro de Hunter en cuanto mi padre rechazó su propuesta. Había algo en su mirada —una mezcla de frustración contenida y resignación— que me hizo querer disculparme, aunque no tuviera culpa alguna. Cuando todos salieron de la sala, el silencio se volvió denso. La luz tenue de la tarde se filtraba entre las cortinas, dibujando sombras en su rostro, y por un instante sentí que el tiempo se detenía.

Me acerqué, dudosa, pero decidida.

—Perdona por no haber conseguido convencer a mi padre —murmuré, con la voz más baja de lo que pretendía—. Supongo que sabes que no me habría escuchado.

Hunter alzó los ojos hacia mí. Su mirada, firme pero serena, me revolvió el estómago.

—Estaré cerca de ti. Es una promesa. —Su voz sonó grave, segura, como si nada en el mundo pudiera desviarle de lo que decía—. No te preocupes tanto.

Esa calma suya me desconcertaba. Debería haberle dado las gracias, o quizá alejarme, pero la curiosidad —o algo más fuerte— me empujó a insistir:

—¿Por qué haces esto? Tu trabajo... ha terminado.

Durante un momento solo me observó, y la ausencia de respuesta fue más intensa que cualquier palabra. El aire entre nosotros se volvió espeso, cargado de algo que no sabía nombrar. Por fin habló, en un tono bajo, casi íntimo:

—Me preocupas. Y siempre te dije que había algo raro. Confío mucho en mi intuición, y después de esa llamada...

No esperé a que terminara. Antes de que la razón pudiera intervenir, simplemente me incliné y lo besé.

El contacto de sus labios fue un impacto: cálido, urgente y, al mismo tiempo, increíblemente tierno. Sentí el corazón acelerarse, la piel erizarse, y la certeza de que, si me apartaba, el suelo desaparecería bajo mis pies. Era como si toda la tensión acumulada entre nosotros por fin hubiera encontrado una salida.

Cuando nos separamos, Hunter respiraba con fuerza. Se llevó la mano a la boca, como si intentara recuperar el control.

—Princesa... ¿por qué has hecho eso? —preguntó, con un deje de irritación, desviando la mirada.

Sonreí, aunque el corazón me latía desbocado.

—No estoy acostumbrada a que la gente se preocupe por mí. Y, en el fondo... tú te preocupas. Tu trabajo ha terminado, pero sigues aquí. Creo que entiendes lo que quiero decir.

Hunter no respondió. Solo alzó la mano y rozó mi mejilla con el pulgar, en un gesto lento, casi reverente. Sus ojos, ahora sombríos, revelaban una batalla interna que nunca llegaría a comprender del todo.

Quería saber qué pasaba por su cabeza. Quería entender ese silencio, ese autocontrol que lo hacía aún más enigmático. Pero, en el fondo, sabía que podía confiar en él. Que si el mundo se derrumbaba, él sería el primero en protegerme.

—Mañana estaré allí —dijo al fin, su voz recuperando la firmeza—. No te pasará nada.

Sus palabras me golpearon como una promesa y una despedida al mismo tiempo. Sabía perfectamente lo que significaban. Después de la toma de posesión de mi padre, Hunter dejaría de formar parte de mi vida. Y, aunque nunca lo dijera en voz alta, lo sentía: cuando se marchara... sería para siempre.

HUNTER SMITH

Seguía el coche del equipo de Andrew a una distancia calculada, atento a cada movimiento, cada curva, cada frenazo repentino. El evento sería al aire libre —una pésima idea para alguien que tiene enemigos al acecho.

Muy listo, Andrew, pensé con una media sonrisa amarga. Decía odiar llamar la atención, y sin embargo ahí estaba, a punto de subirse a un estrado frente a cámaras y una multitud.

Mantuve la vista fija en el vehículo donde viajaban él y Stephanie. No podía permitirme distracciones. Sabía que, si algo pasaba, lo ideal sería estar lo bastante cerca para reaccionar, pero lo suficientemente lejos para no llamar la atención.

Necesitaba estar dentro de ese coche.

Aceleré con discreción, manteniéndome a unos diez metros de distancia. El tráfico avanzaba despacio, y el reloj en mi muñeca marcaba exactamente las tres cuando el coche giró en la esquina de la calle mencionada en la llamada. Un escalofrío me recorrió la nuca.

Nada ocurrió.

Durante unos segundos permanecí en alerta, listo para actuar. Pero el coche siguió su camino y, unos minutos después, se detuvo frente a la sede de la empresa. Todo dentro de lo previsto —al menos por ahora.

Cuando Andrew bajó, su postura era la de siempre: confiada, impasible, calculada. Stephanie, en cambio, parecía nerviosa, aunque decidida. Mis ojos la encontraron entre los flashes y el movimiento de la

multitud. Ella me buscaba. Y cuando por fin me vio cerca de la entrada, sonrió.

Aquel gesto me golpeó como un puñetazo en el pecho.

Respondí con otra sonrisa, casi involuntaria, y comprendí lo peligroso que era eso. No solo porque ella estaba vigilada, sino porque yo mismo empezaba a perder el control. Me sentía un idiota: un hombre entrenado, frío, acostumbrado a misiones de riesgo, comportándose como un adolescente enamorado solo porque ella me había mirado así.

Respiré hondo. Céntrate, Hunter.

No estaba allí por ella. ¿O sí?

Intenté apartar los pensamientos y recuperar el foco. Stephanie no era mía. Estaba allí únicamente para protegerla. Nada más.

El discurso de Andrew se prolongó durante media hora. Ningún movimiento sospechoso. Ningún ruido fuera de lugar. Ni durante el trayecto, ni a la llegada, ni durante el acto. Y eso, precisamente eso, me inquietaba. Demasiada calma.

Cuando el evento terminó, Andrew bajó del estrado acompañado de Stephanie y rodeado de guardaespaldas. Seguí el mismo recorrido, observándolos hasta que subieron de nuevo al coche. Esperé unos segundos y encendí el motor.

Les seguí hasta la mansión.

En cuanto aparcaron, bajé de mi coche y me acerqué, todavía en alerta. Los guardias me vieron enseguida: las manos les volaron a la cintura, preparados para reaccionar. Levanté las mías en un gesto de rendición.

—Solo quería asegurarme de que habíais llegado bien.

Andrew se volvió hacia mí, visiblemente molesto.

—No hace falta. ¿Qué te dije ayer, Hunter? ¡Tu trabajo ha terminado!

Intenté mantener la calma.

—Solo quería comprobar que Stephanie estuviera bien. Además, puedo estar aquí, trabaje o no. Es una vía pública.

Bufó, cruzándose de brazos.

—¿Ya te has quedado tranquilo? Confío en mi equipo.

—Sí —contesté simplemente, aunque mi mirada se desvió hacia Ludovic, de pie justo detrás, con ese aire arrogante de quien se cree intocable.

Antes de que pudiera decir nada más, Stephanie intervino.

—Por favor, ¿puede dejarnos un momento a solas?

—Hija... —empezó Andrew, intentando oponerse, pero ella lo interrumpió.

—Papá, te lo pido. Ya está, estamos bien.

Dudó un momento, pero al final cedió. Los guardaespaldas y su padre entraron en la casa, dejándonos solos en la entrada.

Por un instante, solo el sonido del viento llenó el silencio entre nosotros. Stephanie dio un paso hacia mí, los ojos humedecidos, y susurró:

—Gracias. No sé ni cómo darte las gracias.

Negué con la cabeza.

—No hace falta. Menos mal que me equivoqué.

Nos quedamos mirándonos. Largos segundos. Ese tipo de mirada que dice lo que las palabras no alcanzan.

Odiaba las despedidas. Siempre se me dieron fatal. Pero con Stephanie era distinto. Había algo en ella que derribaba cualquier armadura que intentara mantener.

—Bueno... supongo que esto es un adiós —murmuró, apartando la vista, intentando disimular lo que sentía.

—Sí. —Tragué saliva—. Cuídate, princesa. Por desgracia, ya no volverás a tener una niñera como yo.

Soltó una risa suave, un sonido dulce y breve que me desarmó por dentro.

—Cierto. Y tampoco quiero.

Entonces se acercó y me abrazó —un abrazo largo, fuerte, intenso—, de esos que dicen todo lo que ninguno de los dos se atrevería a confesar.

Por un momento dejé la razón a un lado y simplemente sentí: el olor de su pelo, el calor de su cuerpo, el corazón acelerado golpeando contra mi pecho.

Creo que, en el fondo, lo necesitaba tanto como ella.

Cuando se apartó, vi que tenía los ojos brillantes, pero aun así sonrió.

Me quedé allí, quieto, observándola entrar.

Al final, me había equivocado: el peligro había pasado.

Pero, de algún modo, no logré sentir alivio.

Porque, aunque Stephanie estuviera sana y salva, algo dentro de mí ya estaba hecho pedazos.



CAPÍTULO 26

«La vida está hecha de decisiones, y la mayoría de las veces no podemos volver atrás.»

HUNTER SMITH

1 MES DESPUÉS

Necesitaba trabajar.

Esa frase resonaba en mi cabeza como una orden, repitiéndose en bucle hasta que el cuerpo empezó a reaccionar. Siempre había vivido movido por el impulso de hacer, de actuar, de ocupar el tiempo; la ociosidad nunca había ido conmigo. Las vacaciones eran un mal necesario, una pausa para reorganizar el caos, pero bastaban diez días

de descanso para sentir la urgencia de volver a la rutina, de volver a sentirme útil.

Por suerte, tenía una propuesta sobre la mesa: salario alto, responsabilidades a la altura de las que había tenido con Andrew. Aun así, el correo seguía sin respuesta. Algo dentro de mí dudaba, como si una parte del instinto —ese mismo que tantas veces me había salvado— intentara retenerme.

Era absurdo. Yo era la contradicción hecha persona. Quería trabajar, pero seguía allí, tirado en el sofá, viendo cualquier película de esas que pasan desapercibidas incluso cuando las tienes delante.

Y entonces venía ella.

Siempre ella.

Stephanie.

No había pasado un solo día, en las últimas cuatro semanas, sin que su rostro apareciera entre mis pensamientos. Había estado con muchas mujeres —algunas inolvidables, otras apenas pasajeras de un momento—, pero nada se comparaba a la intensidad que ella había dejado en mí.

Por más que lo intentara, no conseguía apartarla. Algunos días llegué a coger el móvil y casi marqué su número. Casi.

Pero nunca tuve el valor de pulsar el botón verde.

Sabía lo que pasaría si lo hacía. Con cada llamada, con cada palabra, me hundiría un poco más en ese caos al que algunos se atreven a llamar sentimiento. Y si seguía así, pronto sería demasiado tarde para dar marcha atrás.

La echaba de menos de una forma absurda. Sus provocaciones, su sarcasmo disfrazado de dulzura, esos gestos espontáneos de afecto

—sobre todo después de la muerte de mi madre. Stephanie tenía una forma extraña de llegar hasta mí cuando nadie más podía hacerlo.

Y, por algún motivo, quería devolvérselo. Quería cuidar de ella, no como parte de un contrato, sino porque... simplemente lo necesitaba.

Pero los sentimientos nunca fueron lo mío. Siempre he sido un desastre para mostrar cualquier cosa que se saliera de mi control. Tal vez fuera miedo, tal vez orgullo. Al final, daba igual.

Cerré los ojos, intentando dormir un poco, cuando unos golpes fuertes y rápidos resonaron en la puerta.

Mi cuerpo reaccionó antes que el pensamiento. Cogí el arma del cajón de la mesilla y me acerqué en silencio.

Por la mirilla vi a Romeo. Tenía el rostro pálido, tenso, un sudor frío deslizándose por la sien.

—¡Sé que estás ahí, Hunter! —gritó, casi sin aliento—. ¡Abre ya, es urgente!

Abrí de un tirón y entró sin pedir permiso, cruzando el pasillo como si algo le persiguiera.

—¿Qué pasa? —pregunté, cerrando la puerta tras él—. ¿Stanley ha descubierto dónde estás?

Romeo negó con la cabeza, los ojos muy abiertos.

—¡No es eso! Pon la tele. Canal 234. ¡Rápido!

Cogí el mando y obedecí. En la pantalla aparecía un reportaje: sirenas, cintas de aislamiento, periodistas con los micrófonos temblando bajo la lluvia. En la parte inferior, un rótulo en letras rojas:

«El presidente de una gran empresa del sector tecnológico muere tiroteado».

El estómago se me heló.

—Romeo... ¿qué significa esto?

No respondió de inmediato. Se quedó mirándome, con una sombra en la mirada, antes de soltar un suspiro pesado.

—Será mejor que lo veas tú mismo.

Volví la vista hacia la televisión. La reportera hablaba con nerviosismo, relatando los detalles del ataque. El nombre de la víctima apareció en la esquina inferior de la pantalla.

Andrew.

Y, con él, un único pensamiento estalló en mi mente.

Stephanie.

—¿Sabes algo? —pregunté, con la voz más áspera de lo que pretendía—. ¿Alguna pista, lo que sea?

Romeo se pasó una mano por el pelo, jadeante.

—¡Los han quemado a todos, Hunter! ¡A todos!

—¿Cómo que los han quemado? —dije, intentando procesarlo—. El reportaje no mencionó...

—Olvídate del reportaje y escúchame. —Se acercó, el sudor deslizándose por su cuello—. Había doce personas en total. Todos asesinados y después quemados. Excepto Andrew. Iba con once guardaespaldas.

Once.

Mi mente volvió al día de la toma de posesión, a la imagen de ellos en la casa. Hice el recuento mental y algo no encajaba.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Romeo, alerta.

—Que eran doce. —Las palabras salieron lentas, pesadas—. Andrew tenía doce guardaespaldas, no once.

Romeo me miró fijamente, y el silencio entre nosotros fue más elocuente que cualquier respuesta. Pensábamos lo mismo.

—Hunter, no me digas que...

—Tengo que comprobarlo. —Di un paso, pero él me agarró del brazo con fuerza.

—¡No hace falta! —replicó—. Stephanie ya no es asunto tuyo.

Tenía razón. Técnicamente, no lo era. Pero había algo que él no entendía: aquello ya no tenía nada que ver con el deber.

—Necesito entender lo que está pasando, Romeo. Puede que ella esté...

—¡Para! —me interrumpió, exasperado—. Nunca te dejas llevar por los sentimientos. ¿Por qué lo haces ahora?

Durante un momento no respondí. El silencio fue mi única confesión.

Al fin, lo miré a los ojos y dije, en voz baja, casi un susurro:

—Porque ella significa más para mí de lo que imaginas.

Y en ese instante comprendí que ya no había marcha atrás. Stephanie no era solo alguien a quien había protegido.

De algún modo, era lo que quedaba de mí.



Permanecí a cierta distancia, observando el entierro de Andrew bajo un cielo gris que parecía compartir el mismo luto. La llovizna caía despacio, empapando la tierra y haciendo el aire aún más denso. Mis ojos recorrieron la multitud hasta encontrar a Stephanie: quieta, inmóvil, junto a Luiza y Evelyn, muy cerca del ataúd.

No se movía. No hablaba.

Su mirada estaba fija en un punto que parecía engullirlo todo a su alrededor: el cuerpo de su padre cubriéndose de tierra.

El único lazo familiar que le quedaba en el mundo estaba siendo sepultado ante sus ojos y, por más que intentara imaginar lo que sentía, ninguna suposición me parecía suficiente.

O quizá sí.

Mi último mes había sido una sucesión de días grises, idénticos a aquel. Desde que mi madre se fue, su habitación seguía como un santuario silencioso: cada detalle intacto, cada recuerdo observándose como un fantasma. Sabía lo que era perder el suelo bajo los pies. Sabía lo que era despertarse sin tener ya un motivo para seguir respirando.

Y, aun así, yo tenía a Marcus. Ella, no.

Permanecí allí, discreto, esperando hasta que la mayoría de la gente se dispersó. Stephanie y sus amigas fueron las últimas en marcharse. Cuando empezaron a alejarse, supe que era el momento.

Respiré hondo y caminé hacia ella.

Cada paso pesaba demasiado, y cuando estuve a unos metros, levantó el rostro y me vio. No conseguí descifrar su expresión: una mezcla de sorpresa, agotamiento y algo parecido al alivio. Las ojeras profundas, la piel pálida y los ojos enrojecidos revelaban la magnitud del dolor que intentaba ocultar.

—Iremos al coche, Steph. Te esperamos allí —dijo Evelyn, lanzándome una mirada fugaz antes de añadir—: Me alegra que hayas venido, Hunter.

Asentí en silencio. En cuanto se alejaron, quedamos solo los dos, envueltos en un silencio más ensordecedor que el llanto que había llenado el lugar unos minutos antes.

—Stephanie, solo quería decir... —empecé, pero no pude terminar.

Ella me interrumpió de la forma más inesperada: se acercó y me abrazó con fuerza, con desesperación, sollozando contra mi pecho.

Por un instante me quedé inmóvil. Luego, cedí.

—Lo siento de verdad —murmuré, devolviéndole el abrazo con firmeza. Permanecimos así largos segundos, quizá minutos. Temblaba, y sentí el peso de su cuerpo apoyándose en mí, como si yo fuera el único lugar seguro que le quedaba.

Nunca he sido bueno consolando a nadie. Hay algo en mí que se bloquea ante el dolor ajeno, como si el sufrimiento de los demás me recordara el mío propio. Siempre he sido frío, contenido, y la única mujer que había despertado en mí una ternura genuina fue mi madre. Hasta Stephanie.

—Está bien. Al menos... estás aquí —dijo ella, bajando la cabeza, todavía entre sollozos.

Tragué saliva. Quise decir algo más, pero las palabras me parecían inútiles frente a aquello.

—He venido a decirte que voy a ayudarte en todo lo que necesites estos días —afirmé en voz baja, pero con decisión.

Ella levantó el rostro, los ojos enrojecidos.

—¿Y tu trabajo?

—Estoy de vacaciones —respondí sin dudar—. O algo parecido. Tengo asuntos más importantes ahora.

Stephanie me miró como si intentara leer lo que se escondía detrás de mi expresión. Siempre había tenido esa habilidad incómoda de ver más allá de lo que yo me esforzaba por ocultar.

—Tenías razón —dijo al fin, soltando un suspiro tembloroso—. Cuando me advertiste de que mi padre podía estar en peligro.

—No era solo él, Stephanie. —Miré a mi alrededor, atento a cualquier movimiento—. Esto va más allá de tu padre.

Frunció el ceño, desconcertada.

—¿Qué quieres decir?

—Creo que tú también podrías estar en peligro.

—El asunto era con mi padre. Yo... no tengo nada que ver con la empresa.

Tenía razón, pero el peligro rara vez actuaba con lógica.

—aun así, es mejor no arriesgarse. —Mi voz sonó más dura de lo que pretendía—. Créeme, con el tiempo, irán a por todo y por todos los que puedan representar una amenaza.

Stephanie respiró hondo, la mirada perdida.

—Hunter... ¿qué puedo hacer?

La pregunta quedó suspendida en el aire. La miré, sintiendo una presión en el pecho.

—Quédate conmigo —respondí, acercándome un poco más—. Al menos por ahora.

—¿Quedarme contigo? —repitió, vacilante.

—Sí. —Le puse una mano en el hombro, en un gesto contenido pero firme—. Te protegeré, Stephanie. Con mi propia vida, si hace falta.

Me sostuvo la mirada durante un largo instante, como si buscara en mis ojos alguna sombra de duda, alguna vacilación. Pero no la había.

Y en ese momento comprendí que, aunque el entierro de Andrew marcaba un final, también era el comienzo de algo que no sabía si sería capaz de controlar, algo que tenía que ver con mucho más que el deber.

Tenía que ver con ella.

Y con todo lo que ya no podía evitar sentir.

STEPHANIE TORRES

Oír a Hunter decir, con esa seriedad cortante, que me protegería hizo que el corazón se me desbocara de una forma que no pude controlar.

Había algo distinto en su voz: un peso, una urgencia, como si estuviera dispuesto a atravesar el infierno solo por cumplir lo que acababa de prometer.

Pero yo conocía el precio de sus palabras.

Y no podía aceptarlo.

—Te lo agradezco, pero... no tengo cómo pagarte —murmuré, intentando mantener la calma, aunque sentía la garganta oprimida.

Él me sostuvo la mirada, y sus ojos —intensos, decididos— no titubearon.

—No quiero ni necesito ningún pago, Stephanie —dijo con un tono firme, casi impaciente, como si la sola idea del dinero le resultara ofensiva.

Hunter estaba distinto. Algo ardía dentro de él —quizá rabia, quizá miedo—, pero, por encima de todo, había una urgencia que aún no comprendía.

Lo observé con atención: los músculos tensos, la mandíbula apretada, la mirada fija en mí. Ni un atisbo de duda. Hablaba en serio.

—¿Por qué arriesgar tu vida por mí? —pregunté, sintiendo el pecho encogerse—. No lo entiendo...

Él respiró hondo, como quien se decide a revelar algo que lleva demasiado tiempo guardando.

—Prometí proteger a las personas importantes de mi vida. —Su voz sonó baja, ronca, pero firme—. Y tú te has convertido en una de ellas.

Antes de que pudiera reaccionar, tomó mi mano. Su contacto era cálido, firme, y al mismo tiempo, sorprendentemente suave. Con la otra, rozó mi rostro; el pulgar se deslizó por mi mejilla en un gesto que me desarmó por completo.

Fue imposible mantener el control. Su simple toque atravesó todas mis defensas y me dejó sin aire.

Había algo en su mirada —una fuerza silenciosa, una sinceridad brutal— que me hizo creer en cada palabra.

—¿Y desde cuándo me he convertido en una de esas personas importantes? —pregunté con una media sonrisa temblorosa, intentando disimular el torbellino que llevaba dentro.

—No tengo ni idea. —Respondió sin pensarlo, rápido, directo—. Pero lo eres.

Su franqueza me alcanzó de lleno.

Aparté la vista un instante, intentando mantener el control.

—Hazlo por ti, Hunter. No por una promesa. No te sientas obligado a quedarte a mi lado por algo que dijiste en el pasado.

Siempre he odiado parecer frágil, y detestaba aún más la idea de ser vista como alguien que necesitaba ser salvada.

Él dio un paso adelante, acortando la distancia entre nosotros.

—Creo que no lo entiendes —dijo, apretándome la mano con suavidad—. Lo hago por ti, sí... pero también por mi madre, y por mí

mismo. La promesa solo me recuerda quién soy.

Bajé la cabeza, intentando asimilar sus palabras. El dolor por la pérdida de mi padre seguía latiendo en mí como una herida abierta, y a veces tenía la sensación de estar viviendo una pesadilla de la que no lograba despertar.

Hunter, en cambio, parecía más real que nunca.

Más humano.

—Por favor —continuó él, ahora con la voz más baja—, déjame ayudarte. Al menos hasta estar seguro de que no estás metida en todo esto.

—¿Y si lo estoy? —pregunté, alzando el rostro, intentando desafiarle, aunque por dentro solo quedaba miedo—. ¿Por qué involucrarte en algo que podría perjudicarte?

Él esbozó una media sonrisa, sin rastro de humor.

—Ya te lo he dicho. Eres importante. —Hizo una breve pausa, como si cada palabra le exigiera contención—. Y te demostraré cuánto me importas, si me dejas hacerlo.

Aquella promesa me dejó sin defensas. Respiré hondo, intentando que la voz no me temblara.

—Sabes... estuve esperando un mensaje tuyo. Cualquiera. Un “hola”, un “¿cómo estás?”. —Sonreí, avergonzada, notando el calor subir a mis mejillas—. Un mes es mucho tiempo para tanto silencio.

Él suspiró, pasándose la mano por el pelo.

—Siento haberte decepcionado. Me desconecté de todo durante días. Y cuando pensé en llamarte... tuve miedo.

—¿Miedo de qué? —pregunté en un hilo de voz.

—De encariñarme. De no poder mantenerme alejado después.
—Sus ojos se encontraron con los míos, llenos de una honestidad dolorosa—. Creo que lo entiendes.

Y lo entendía. Más de lo que me habría gustado.

Hunter ya no era el mismo hombre que conocí meses atrás. Aquel profesional frío, imperturbable, había dejado paso a alguien que hablaba con el corazón, sin máscaras, sin defensas.

—¿Por qué miedo, Hunter? —insistí.

Él sonrió de medio lado, una sonrisa breve, melancólica.

—Porque prácticamente no tengo a nadie. Solo a mi hermano y a unos pocos amigos. Y entonces apareciste tú... una excepción a la regla. Y, aunque he intentado resistirme, te has vuelto especial.

Sentí un nudo en la garganta.

—Si tú no tienes a nadie, imagínate yo. —Suspiré, mirándole durante unos segundos que parecieron eternos—. Quiero pedirte un favor.

—Pídemelo —respondió sin dudar.

—Si vas a estar presente, por favor, quédate. —La voz me tembló un poco, pero continué—. Puede que suene egoísta, pero no quiero enfrentar este dolor sola. Mi familia ya no está, y me aferro a lo que queda para no venirme abajo. Soy fuerte, Hunter, lo sé. Pero tú... tú me descolocas. Y no sé hasta qué punto eso es bueno. Así que, si vuelves a entrar en mi vida... no me dejes.

Durante un instante, el silencio lo invadió todo. Solo el sonido del viento y de nuestra respiración agitada llenaban el espacio entre nosotros.

Hunter me sostuvo la mirada, profunda, firme, con una intensidad que me hizo estremecer de arriba abajo. Luego dio un paso

hacia mí, lo justo para que su voz saliera en un susurro entre ambos:

—No voy a dejarte. —Sus ojos brillaron, y su tono fue el de una promesa solemne—. Es una promesa, Stephanie.

Y por primera vez en mucho tiempo, quise creer en alguien.

HUNTER SMITH

Aún no sabía cómo iba a encargarme de la seguridad de Stephanie con el equipo a medio gas. Era como intentar montar un puzle al que le faltaba la mitad de las piezas. Y lo peor era que ni siquiera estaba seguro de que las que quedaban encajaran.

John y Kenypher estaban fuera de la ciudad y no volverían hasta la semana siguiente. Hasta entonces tendría que apañármelas —solo, o casi. Romeo seguía conmigo, pero mantenerlo cerca era un riesgo enorme. Si Stanley descubría que estaba en la ciudad, sería una sentencia de muerte.

Si volvía a quedarme con Stephanie, Romeo tendría que asumir el trabajo de campo. Claro que solo si él quería, porque aquello no era exactamente un trabajo. Era una misión suicida.

—Algo no encaja —dijo Romeo, rompiendo el silencio mientras observaba por la ventana el exterior de mi casa—. He estado dándole vueltas a todo lo que me contaste y no tiene sentido.

Sabía que estaba inquieto, aunque intentara disimularlo. Romeo nunca había sido un hombre ingenuo. Tenía la mente afilada, capaz de anticipar problemas antes incluso de que surgieran.

Le conté lo de la llamada que recibí justo después de terminar el trabajo con Andrew —algo que había mantenido solo para mí hasta ese momento. Quería su visión, fría, calculada, quizá más objetiva que la mía.

—No tenemos información suficiente —concluyó, frunciendo el ceño—. Pero dime una cosa, Hunter... ¿cuál fue el motivo de la falsa alarma? ¿Por qué te llamaron para decirte que algo ocurriría si al final no pasó nada aquel día?

Tenía varias teorías, pero ninguna lo bastante sólida. Todavía no. No antes de conocer los nombres exactos de los cuerpos calcinados.

—Sé que estás pensando en algo —insistió.

Crucé los brazos y aparté la mirada.

—Solo es una hipótesis. Una idea que no consigo sacarme de la cabeza.

Romeo se giró, impaciente.

—Hunter, te estás metiendo demasiado en esto. Y no hay margen para errores. —Su voz sonó más firme—. ¡Dímelo ya, de qué se trata!

Suspiré hondo.

—Creo que tiene que ver con alguien de su equipo.

—¿Cómo?

—Piénsalo conmigo —empecé, caminando de un lado a otro—. Quien me llamó sabía cada uno de mis pasos. Sabía que avisaría a Andrew, que se pondría en guardia y que todos verían mi desesperación aquel día. Aunque no me dejara actuar, sé que aquello le dio vueltas en la cabeza.

Romeo me observaba en silencio, siguiendo mi razonamiento.

—Y cuando no pasó nada —continué—, Andrew se relajó. Empezó a confiar más en Ludovic, su jefe de seguridad, que...

—...acabó consiguiendo que dependiera aún más de su propio equipo —completó Romeo, chasqueando los dedos.

Asentí, tenso.

—Exacto. Pero aún hay algo que no encaja. Yo estaba protegiendo a Stephanie, no a él. Hay un cabo suelto en toda esta historia, algo que todavía no logro ver.

—¿Y cuál sería el motivo de quemarlos? —preguntó Romeo, con la voz cargada de incredulidad.

—Identificación —respondí sin vacilar—. Un cuerpo calcinado tarda semanas en ser reconocido. A veces, solo por la dentadura. Si había alguien infiltrado en el equipo, esa persona salió viva —o mejor dicho, salió limpia. El único superviviente sería, en realidad, el responsable de todo.

Romeo abrió mucho los ojos, asimilando la gravedad de aquello.

—Pero lo atraparán cuando identifiquen los cuerpos.

Negué con la cabeza, incrédulo.

—Cuando lo identifiquen, ya será demasiado tarde. Todo habrá terminado. Habrán cumplido su objetivo. Andrew no asumirá nunca la presidencia.

Romeo guardó silencio unos segundos antes de murmurar:

—Te olvidas de algo. Con su muerte, todo pasa automáticamente a Stephanie. Es la heredera.

Se me detuvo la respiración por un instante.

—Exactamente. Eso es lo que me preocupa. —Me pasé la mano por el pelo, frustrado—. Si tengo razón, y si Andrew ya sospechaba de algo, puede que intentara protegerse de alguna forma.

Romeo se irguió.

—Y si se protegió... —empezó, pero ya sabía a dónde quería llegar.

—Puso todo a su nombre —terminé, sintiendo el peso de mis propias palabras.

—Es decir —concluyó Romeo, tenso—, que Stephanie es ahora el nuevo objetivo.

El silencio que siguió fue asfixiante.

Sentí el estómago dar un vuelco. No quería admitirlo, pero tenía razón. Todo apuntaba a eso.

Y en ese momento, más que nunca, comprendí que mi promesa de protegerla ya no era una cuestión de elección.

Era una necesidad.

Era instinto.

Y, tal vez, era amor.



CAPÍTULO 27

«Se necesitan movimientos bruscos...»

STEPHANIE TORRES

Caí en la cama completamente deshecha, sin fuerzas ni siquiera para secarme las lágrimas.

Todo lo que había estado conteniendo desde el funeral —cada recuerdo, cada dolor tragado— explotó de golpe, inundando mi habitación en forma de sollozos desesperados.

Intenté ser fuerte, lo juro.

Pero en aquel momento... simplemente no pude.

Mi padre.

Mi única familia.

A pesar de la distancia, de las largas ausencias y de las cenas en silencio, siempre había estado ahí cuando de verdad importaba. Fue él quien me sostuvo la mano en las dudas más difíciles, quien me animó a estudiar, quien creyó en mí incluso cuando yo ya no lo hacía. Pagó mis estudios, financió mis viajes, insistió en que aprendiera a valerme por mí misma en el mundo... y, paradójicamente, ahora tendría que hacerlo de verdad. Sola.

La empresa siempre fue el gran amor de su vida. Empezó allí con veinticinco años, con ese brillo en los ojos que mezclaba ambición y propósito. Lo entendía. Entendía cuánto le definía todo aquello. Pero odiaba la forma en que el trabajo lo consumía, cómo lo alejaba un poco más de mí con cada año que pasaba.

Y ahora ya no quedaban dudas: había sido esa obsesión la que lo mató.

—Papá... —susurré, mirando al techo, como si pudiera escucharme—. Si hubiera podido convencerte de no aceptar esa presidencia...

La voz se me quebró.

El silencio de la habitación respondió por él. Tantas preguntas. Tantas posibilidades que ya no existirían.

El “sí” se convirtió en un eco cruel en mi cabeza, repitiendo cada escena que me gustaría haber cambiado.

Todos tienen un propósito en la vida —era lo que siempre decía—. Y el suyo, al parecer, fue vivir para la empresa.

Recordé las mañanas en las que lo veía salir a las siete, impecable con el traje, y las noches en que regresaba agotado, cuando

yo ya estaba a punto de dormirme.

De adolescente, aquello me dolía. Más tarde aprendí a sobrellevarlo. Llené el vacío con amigos, estudios, fiestas... pero, en el fondo, ninguna distracción sustituía su presencia.

Y aun así, mi amor por él nunca cambió.

Le quería. De una forma pura, incondicional —como solo una hija que ha esperado toda la vida oír un “estoy orgulloso de ti” puede querer.

Pasé el resto del día perdida entre recuerdos. Los buenos y los amargos.

Reviví cada instante: él enseñándome a montar en bicicleta en el parque, su risa cuando me caí por primera vez; mi graduación en el instituto, cuando intentó disimular las lágrimas; su mirada preocupada cuando le presenté a mi primer novio, y aquel sermón disfrazado de “charla madura”; la emoción el día en que me aceptaron en la universidad.

Pequeños fragmentos de un amor silencioso —ese tipo de amor que no necesita decirse en voz alta porque está presente en cada gesto.

Cuando el sol empezó a ponerse, me levanté despacio y caminé hasta su habitación.

El aire allí era más denso, como si el tiempo se hubiera detenido desde la última vez que durmió en esa cama.

Me acerqué a la mesilla.

Sobre ella, una pequeña foto enmarcada: yo, aún bebé, entre los brazos de él y de mi madre.

Pasé los dedos sobre el cristal, y un escalofrío me recorrió la piel.

Aunque apenas conservo recuerdos de ella, la sonrisa de mi madre es algo que nunca he olvidado. Tenía solo tres años cuando murió, pero la forma en que él hablaba de ella... hacía que siguiera viva de algún modo.

Mi padre nunca permitió que el tiempo borrara su memoria.

Jamás le oí una palabra negativa sobre ella. La amó hasta el final —y quizá la amó demasiado.

Recordé las veces en que lo vi llorar en silencio, escondido tras cualquier excusa.

No era un hombre de lágrimas: siempre con el semblante serio, la espalda erguida, la mirada de quien carga el mundo sobre los hombros.

Pero bastaba mencionar su nombre... y se desarmaba. Era como si todo el acero que lo formaba se fundiera en cuestión de segundos.

El cáncer se la llevó demasiado pronto, y con ella se fue también una parte de él.

Tal vez por eso, cuando volví a mirar aquella foto, entendí que, de algún modo, él también llevaba mucho tiempo despidiéndose.

Y ahora solo quedaba yo, intentando recomponer los pedazos de lo que quedaba de los dos.



No recordaba la hora exacta en que me quedé dormida. Solo sabía que, cuando abrí los ojos, el reloj digital del móvil marcaba justo las 13:00.

La habitación estaba sumida en un silencio extraño, y durante unos segundos me pregunté si el mundo ahí fuera seguía existiendo.

El cuerpo me pesaba.

La cabeza me latía.

Y lo único que quería era seguir allí, escondida bajo las sábanas, lejos de cualquier recuerdo capaz de arrancarme de aquel breve letargo.

El cansancio había ganado, aunque en realidad no era solo físico. Era un agotamiento que venía del alma, como si cada pensamiento, cada intento de seguir adelante, drenara la poca energía que me quedaba.

Cogí el móvil, más por reflejo que por voluntad, y casi solté un suspiro incrédulo al ver la pantalla encendida.

Sesenta y cinco llamadas perdidas.

La mayoría eran de Evelyn y Luiza, como ya imaginaba.

Pero había cinco de otro nombre.

Hunter.

Me quedé mirando aquellas letras unos segundos, con el corazón desbocado. El cuerpo reaccionó antes que la mente: la garganta se me secó, los dedos me temblaron levemente, y una parte de mí —la parte que intentaba silenciar— quiso devolver la llamada en ese mismo instante.

Pero no tuve tiempo.

El móvil vibró entre mis manos, sacándome del ensueño. Esta vez, el nombre que parpadeaba en la pantalla era familiar e inevitable.

Luiza.

Suspiré hondo antes de contestar.

—Amiga... —su voz sonó cargada de angustia—. Perdona que insista, ¿vale? Es que... me he preocupado.

—No pasa nada —respondí, intentando sonar tranquila, aunque la voz me saliera ronca, temblorosa.

—En un rato iremos para allá —anunció, sin rodeos.

—No creo que haga falta. Estoy bien, de verdad. —Intenté dar firmeza a las palabras, pero sabía que sonaba todo menos convincente.

—No era una sugerencia —replicó, con esa firmeza tan suya—. Evelyn y yo vamos a quedarnos contigo unas horas, y punto.

Sonreí débilmente, rendida. Era imposible decirle que no cuando usaba ese tono tan decidido.

—Vale... pero te aviso que estoy hecha un desastre. Despeinada, desarreglada y probablemente un poco aterradora.

Se echó a reír, y ese sonido me trajo un calorcito en el pecho.

—Te queremos igual. —Hizo una breve pausa—. Llegamos enseguida. Un beso.

—Un beso —murmuré, justo antes de que colgara.

Dejé el móvil sobre el pecho y me quedé allí, mirando el techo. Una pequeña sonrisa se me escapó, involuntaria.

A pesar de que todo se venía abajo, con el luto aún sujetándome por los tobillos y la incertidumbre acechando cada pensamiento, aún

me quedaba algo valioso: ellas.

Mis amigas.

Y, por un momento, sentí que quizá el amor —ese que no exige nada a cambio, el que se manifiesta en la presencia— era lo único capaz de mantenerme en pie.



—Traemos palomitas —anunció Luiza al entrar, con una sonrisa que intentaba disimular la preocupación.

—Y chocolate —añadió Evelyn, levantando la bolsa como si fuese el mejor remedio del mundo.

No habían tardado ni una hora en llegar, y cuando las vi en la puerta, sentí el corazón encogerse y, al mismo tiempo, aliviarse.

—Imagino que tu día de ayer fue agotador —dijo Luiza, dejando las cosas sobre la mesa del salón.

—Un poco —murmuré, sin atreverme a mirarlas.

El recuerdo del funeral me golpeó como una ola fría, sofocante. Las flores, las miradas, el ataúd. Todo seguía tan nítido en mi mente que parecía haber ocurrido apenas unos minutos antes. Antes de darme cuenta, una lágrima resbaló por mi mejilla.

—Amiga... —Evelyn se acercó, la voz entrecortada.

—Todavía no me creo que haya perdido a mi padre —confesé, y las palabras salieron entre sollozos—. He perdido a mi única familia.

El llanto me venció sin freno. Luiza me atrajo hacia sus brazos y, enseguida, sentí las manos de Evelyn uniéndose al abrazo. Permanecimos así unos largos segundos, en silencio, respirando al unísono —tres corazones intentando consolarse mutuamente.

Mi mente era un torbellino. Los recuerdos, los sentimientos, la nostalgia... todo se mezclaba, robándome el aire. Llorar era el único alivio posible y, por mucho que intentara parecer fuerte, sabía que, tarde o temprano, el dolor acabaría saliendo a la superficie. Y ese era el momento.

Pero, en el fondo, una vocecita dentro de mí insistía en que resistiría, que de alguna manera superaría aquella angustia.

—Luiza, pon Netflix en el salón —dijo Evelyn, secándose las lágrimas con la palma de la mano y forzando una sonrisa—. Y, por favor, hoy nada de dramas. Quiero una comedia romántica de las tontas. Stephanie necesita reírse un poco.

—Déjame a mí —respondió Luiza, más animada, cogiendo el mando.

No pude evitar esbozar una pequeña sonrisa.

—No sé qué haría sin vosotras.

—Tu vida no tendría sentido —replicó Evelyn, arqueando una ceja con fingida seriedad—. Y lo sabes.

Minutos después, las palomitas estallaban en la sartén, el dulce aroma del chocolate fundido llenaba el aire y, por primera vez en días, el ambiente parecía ligero.

Pusieron Notting Hill, y mientras la película avanzaba, sentí que la risa brotaba en mí de forma tímida, casi contenida. Pero era real.

Durante dos horas dejé la tristeza suspendida y simplemente existí allí, entre mis dos mejores amigas, riéndome de escenas cursis y de comentarios absurdos.

Después de la película, seguimos charlando —de todo, menos de la pérdida. Sabían que necesitaba respirar, y supieron respetar ese silencio.

—Me pareció bonito que Hunter apareciera en el entierro de tu padre —comentó Luiza, distraída, mientras terminaba el resto del chocolate.

Evelyn arqueó las cejas, con un brillo malicioso.

—A mí también.

Suspiré, intentando disimular el calor que me subía a las mejillas.

—Confieso que me sorprendió. Él... parece que se preocupa.

—¿Parece? —Evelyn soltó una risita traviesa—. A mí esa carita nunca me engañó. Yo, por ejemplo, no me importaría que me protegiera un hombre así.

Luiza le dio un codazo, poniendo los ojos en blanco.

—Evelyn, contrólate. La que necesita cuidados es Stephanie —dijo con una sonrisita cómplice—. Y, por lo visto, Hunter se encargará de eso.

Me eché a reír, intentando ocultar lo mucho que aquel comentario me removía por dentro.

—Sois insoportables, las dos.

Pero, en el fondo, el recuerdo de nuestra conversación volvió a mí con fuerza: su mirada firme, el roce de sus manos, la promesa que aún resonaba en mi mente.

Sí... parecía que realmente se preocupaba.

—Bueno —Luiza se estiró y se levantó del sofá—, tienes que mantener la cabeza ocupada, amiga. Y no solo con dos locas invadiendo tu casa.

—Sí, te hemos robado la tarde y encima te hemos obligado a ver una película con nosotras —bromeó Evelyn.

—Me ha gustado —admití, casi en un susurro—. Me habéis hecho olvidar, aunque solo fuera por un instante.

Evelyn me abrazó con fuerza.

—Para eso estamos las amigas.

—Cuídate, Steph —dijo Luiza, dándome un beso rápido en la mejilla—. Y recuerda: estamos siempre cerca.

—Gracias por venir. De verdad. Significa mucho para mí —respondí, emocionada.

Cuando se fueron, el silencio volvió a llenar la casa, pero de otro modo: menos asfixiante, más llevadero.

Regresé a mi habitación y cogí un libro, intentando distraer la mente. Aún no había pasado de la primera página cuando el móvil vibró sobre la mesilla de noche.

Cogí el móvil y miré la pantalla.

Mensaje de Hunter.

Sé que estás en casa. Estoy en tu puerta y no me iré hasta verte.

El corazón me dio un vuelco. Cerré el libro con las manos temblorosas y me acerqué a la ventana. A través de la cortina, lo vi.

Hunter estaba fuera, apoyado en su coche, con las manos en los bolsillos y la mirada fija en la puerta de mi casa.

Por un instante, se me olvidó respirar.

Podía querer aislarme del mundo —y lo estaba intentando con todas mis fuerzas—, pero allí, al otro lado, había alguien dispuesto a demostrarme que no tenía por qué hacerlo sola.

Y ese alguien... era él.

HUNTER SMITH

Cuando Stephanie abrió la puerta, no esperé a que dijera nada: simplemente la abracé.

Con fuerza, en silencio, como si aquel gesto fuera lo único capaz de evitar que el mundo se derrumbara a nuestro alrededor.

Se encajó en mí como si aquel espacio ya le perteneciera.

No dijimos nada.

Y tampoco hacía falta.

Permanecemos así durante largos minutos, respirando el mismo aire, compartiendo el mismo silencio. Sentí su corazón latir con fuerza contra mi pecho, y el mío siguió el mismo compás: inquieto, pero tranquilo por tenerla allí.

Cuando por fin nos separamos, entramos en su casa. El ambiente aún conservaba el olor de las flores y el eco de las visitas de los últimos días. Todo me resultó extrañamente familiar, y eso me incomodó más de lo que estaba dispuesto a admitir.

La casa era su reflejo: ordenada, sencilla, acogedora. Pero, después de todo lo que había ocurrido, ya no era un lugar seguro.

Aun así, no había otro sitio en el que pudiéramos quedarnos — no mientras mi equipo siguiera incompleto.

Pensé en todo lo que sabíamos hasta ese momento y, siendo sincero, no esperaba que se movieran tan rápido. Si realmente estaban implicados en la muerte de Andrew, era poco probable que actuaran contra Stephanie tan pronto. Sería una imprudencia.

Pero en ese juego, la imprudencia era lo que más abundaba.

—Y yo que tenía la esperanza de mudarme en el segundo semestre —dijo ella, con la voz baja, casi un susurro.

La miré, sorprendido y, al mismo tiempo, aliviado al verla hablar de algo que no fuera su padre. Era reconfortante verla intentar respirar entre los recuerdos.

—¿Otra beca? —pregunté con una media sonrisa.

—Sí. —Se encogió de hombros—. Solo quería... llevar una vida normal, ¿sabes? Ser una mujer corriente, que persigue sus sueños y los cumple. Pero ahora... —hizo una pausa, respirando hondo— ahora puede que esté realmente en peligro. Y todo lo que quería era estudiar. Seguir mi sueño.

Había tristeza en sus palabras, pero también frustración. El brillo de sus ojos —aquel que vi la primera vez que nos conocimos— parecía apagado.

Recordaba perfectamente lo que hablamos en el cementerio, y yo también. Su dolor era visible, incluso cuando intentaba ocultarlo.

Perder a un padre así, de forma tan abrupta y violenta, habría destrozado a cualquiera.

Y yo sabía bien lo que era vivir sin suelo bajo los pies.

Cuando murió mi madre, perdí el rumbo. Pensé que el tiempo curaría, pero el tiempo solo me enseñó a convivir con el vacío.

Entonces, el trabajo era lo único que me mantenía en pie. Aun así, nada llenaba el silencio de las mañanas en casa, ni el peso de las noches solitarias. Ni siquiera el gimnasio —el único lugar donde solía liberar todo— servía ya de nada.

Suspiré y miré a Stephanie.

—Supongo que ya te habrás dado cuenta de que soy pésimo consolando a la gente —admití, intentando suavizar el ambiente—.

Pero estoy aquí por ti, como te prometí.

Le cogí una mano y la apreté con firmeza. Su tacto siempre me desarmaba, siempre me recordaba que, por mucho que intentara ser racional, ya no podía mantener las distancias.

Los ojos de Stephanie se llenaron de lágrimas.

—Tú y mis amigas sois lo único que me queda. —La voz le tembló—. De verdad, gracias por estar aquí ahora.

Antes de que pudiera decir nada, se inclinó y me abrazó. El gesto fue tan espontáneo como necesario. Sentí el perfume suave de su pelo, el calor de su cuerpo y, por un instante, todo lo que me quedaba era el impulso de no dejarla escapar nunca más.

El corazón se me desbocó.

Era inevitable.

—Hoy voy a ausentarme unas horas —dije, aún con la voz baja, sin apartarme del todo—. Tengo que resolver algunos asuntos pendientes para garantizar tu seguridad. Confía en mí, todo saldrá bien.

Asintió, con los ojos todavía húmedos.

—Confío.

Y aquella palabra —tan sencilla, tan sincera— bastó para derribar cualquier defensa que quedara en mí.

Deseaba a esa mujer.

Y protegería cada parte de ella con mi propia vida.

Más tarde, ya en casa, mi mente seguía ardiendo entre planes y precauciones. Llamé a dos viejos aliados, Jason y Donald, hombres en los que confiaba con los ojos cerrados.

Durante tres meses, ellos y Romeo habían sido mis brazos sobre el terreno. Si quería continuar con la protección de Stephanie, necesitaba tenerlos de nuevo a mi lado.

Cuando llegaron, el ambiente fue directo, sin rodeos.

—El asunto tiene que ver con la continuidad de la protección de Stephanie —empecé—. Voy a ocuparme de ella gratis. No pretendo que hagáis lo mismo, así que quiero proponer un acuerdo: os pagaré una cantidad justa a cada uno...

—Puedes dejarlo ahí —me interrumpió Jason, cruzándose de brazos—. Cuenta con nosotros.

—Jason... —intenté replicar, pero levantó la mano.

—Suscribo sus palabras —añadió Donald, con firmeza—. Si no fuera por ti, ni siquiera tendríamos trabajo después de tantos años. No necesitamos cobrar nada. Confiamos en lo que haces, Hunter.

Guardé silencio unos segundos, asimilando el peso de aquellas palabras.

Era raro encontrar una lealtad así, sobre todo en un mundo donde casi todo tenía un precio.

Sentí que algo dentro de mí volvía a encajar. Por primera vez desde la muerte de Andrew, una chispa de esperanza se encendió de nuevo.

Mi equipo estaba de vuelta.

Y esta vez, no pensaba fallar.

No con Stephanie.



Había quedado con Romeo en mi casa aquella noche.

No era la mejor de las ideas, y lo sabía. El simple hecho de que estuviera en la ciudad ya suponía un riesgo enorme. Stanley tenía ojos en todas partes y, si decidía seguirle la pista, solo sería cuestión de tiempo que acabara encontrándome.

Aun así, Romeo insistió. Dijo que era urgente. Y el tono de su voz —grave, cargado, inusualmente serio— me convenció de que no había margen para negarme.

Cuando entró, la tensión ya estaba instalada.

—¿Alguna novedad? —pregunté, directo, sin rodeos.

Negó despacio con la cabeza, se quitó la chaqueta y se apoyó en la encimera de la cocina.

—Ninguna. Y, en mi opinión, no la habrá —respondió, cruzándose de brazos—. Creo que lo sabes tan bien como yo.

—¿Qué insinúas? —pregunté, entornando los ojos.

Romeo soltó un suspiro cansado, con la mirada fija en mí.

—Que los que hicieron eso con el padre de ella no son unos cualquiera, Hunter. Estamos hablando de peces gordos. Dinero, poder, conexiones... y lo peor: nada que perder. —Se acercó, observando mi rostro como quien analiza cada reacción—. Si de verdad quieres respuestas, tendrás que buscarlas en quien sabe cómo conseguirlas.

El aire se volvió más denso.

—Ya sé lo que estás sugiriendo —murmuré, con la voz más baja—. Pero no puedo ir tras Stanley. Quiere matarte, ¿o ya lo has olvidado?

Romeo sonrió con ironía.

—Stanley quiere matar a media ciudad. Eso nunca ha impedido a nadie hacer negocios con él.

Lo miré en silencio, con la mandíbula tensa.

Stanley.

Aquel nombre bastaba por sí solo para poner a cualquiera en alerta.

El hombre era una leyenda... o una maldición, según a quién le preguntaras.

Tenía el don de conseguir información imposible, cosas que ni la policía se atrevía a tocar. Trabajaba por libre, sin lealtad hacia nadie, solo hacia el dinero. Y cuando se pagaba su precio, el resultado llegaba rápido. Siempre llegaba.

Pero el precio... ese era más alto que cualquier cifra.

Stanley tenía sangre en las manos.

Literalmente.

—Eres un buen conversador, Hunter —rompió Romeo el silencio con ese tono provocador que solo él sabía usar—. Si hace falta, sé que harás lo correcto.

Puse los ojos en blanco y di un paso hacia él.

—Espero que no estés insinuando que sería capaz de entregarte solo para conseguir una información. Porque, si es así, te aseguro que

vas a salir de aquí con un buen moratón.

Él se echó a reír, con ese descaro habitual.

—Nunca subestimes a un hombre enamorado... —dijo, arqueando una ceja.

Mi cuerpo se tensó.

—¿De qué estás hablando?

—De ti, por supuesto. —Esbozó una media sonrisa, se apartó y metió las manos en los bolsillos—. ¿De quién si no? Tú, Hunter... el hombre que juraba no implicarse, el que siempre decía que los sentimientos eran una debilidad. Y mírate ahora.

—Eso que estás diciendo... —intenté replicar, pero me interrumpió antes de que terminara.

—Es la pura verdad. —Su mirada era provocadora, casi divertida—. No lo niegues.

Solté un suspiro profundo y me pasé una mano por la nuca.

Tenía razón.

Y el cabrón lo sabía.

Desde que conocí a Stephanie, algo en mí se había ido desmoronando —capa tras capa, como si cada mirada suya fuera capaz de desmontar todo lo que yo creía ser.

Yo, que siempre había vivido de control, de previsión, de distancia emocional, ahora estaba completamente expuesto.

Y lo peor era que lo sabía.

Romeo notó mi silencio y soltó una carcajada baja.

—Ay, Hunter... estás jodido. —Me dio una palmada en el hombro antes de dirigirse a la puerta—. Y lo peor es que ni siquiera puedo culparte. Es el tipo de mujer por la que cualquiera arriesgaría la vida.

Me quedé quieto, viéndolo marchar, mientras la puerta se cerraba lentamente tras él.

Romeo se equivocaba en muchas cosas.

Pero aquella noche, por desgracia, no en esa.



Decidí seguir el consejo de Romeo...

No me sentía cómodo en un sitio así.

Aun así, allí estaba, frente a Stanley, que me miraba con una curiosidad enorme. A pesar de ser muy buscado en la ciudad, no renunciaba a frecuentar el barrio donde había crecido, así que encontrarlo era, en teoría, sencillo.

Pude ver que le rodeaban varios matones, pero no hicieron nada al verme. Sabían de mi historial, y además yo iba armado. Por si acaso —aunque eso no cambiara gran cosa—.

—Hunter Smith... ¿a qué debo el honor de su visita? —dijo él.

—Negocios. Solo eso.

—Entiendo. ¿Y por qué cree que haremos negocios, si se puede saber? —replicó.

No entendí su punto. En ocasiones había necesitado información, y a cambio de dinero Stanley me la había conseguido.

—No comprendo.

Stanley se acercó, vigilado por los suyos, que no eran pocos.

—Abusas de mi inteligencia. ¿De verdad piensa que no sé que su amigo anda por la ciudad?

—No vengo por él —evité el tema—. Romeo no trabaja conmigo desde hace tiempo, y si está tan bien informado, ya lo sabrá.

Me miró y esbozó una sonrisa.

—Sí, eso lo sé, pero también me ha llegado que habéis estado viéndoos.

—Como usted mismo ha dicho, es mi amigo.

Era peligroso estar allí, pero sabía que Stanley no era tan impulsivo como para liarse a tiros en plena calle. Me conocía; aunque yo soy de perfil tranquilo, tenía amigos que no lo eran.

—Bien... dime qué necesitas y luego hablamos de Romeo.

Le expliqué con detalle la información que buscaba y cómo quería que me la consiguiera.

—Lo más importante son los datos de la empresa: socios, accionistas, todo lo que encuentres. También quiero que investigues al equipo que trabajaba para Andrew. Los doce miembros.

—¿Algo más?

—Sí. Lo más importante: quiero información sobre una persona en concreto.

—¿Quién?

—Andrew Torres —dijo al fin—. Y la quiero ya.

Necesitaba entender en qué líos estaba metido el padre de Stephanie.

—¿Por qué tanta preocupación? —murmuró, como si ya lo supiera—. No hace falta que me respondas. Sé que protegías a una mujer y, si tengo que adivinar, será la hija del hombre que murió quemado.

No dije nada.

—Ya lo he entendido todo —se rió—. Al final hay un corazón latiendo ahí —señaló mi pecho con un dedo.

—No cambies de tema.

Stanley miró a ambos lados, observó algo, y después habló:

—Esto va a salir caro. —Encendió su puro y me clavó la mirada.

—¿De cuánto estamos hablando?

—50.000 dólares para empezar.

Olvidé mencionar que sus precios eran desorbitados, pero iba a llegar hasta el final.

—Trato hecho.

—¿Tan fácil? De verdad que estás desesperado.

—Necesito la información cuanto antes.

Stanley dio dos pasos y quedó a centímetros de mi rostro, analizándome con calma.

—La cuestión es: ¿vale esta mujer todo ese dinero para que Hunter Smith lo pague de su bolsillo?

No comprendía nada...

—No. Vale mucho más —respondí, fijando la mirada en la suya—. ¿Sabe cuál es mi miedo? No encontrar nada. Eso sí que me aterra.

—No te calientes la cabeza por eso. Yo haré mi parte, pero tú me deberás otra. —Pronunció el nombre como quien deja caer una piedra. —Romeo.

—Harás lo que te pedí y luego hablamos de eso —dije con firmeza.

—Solo eso no basta, Hunter.

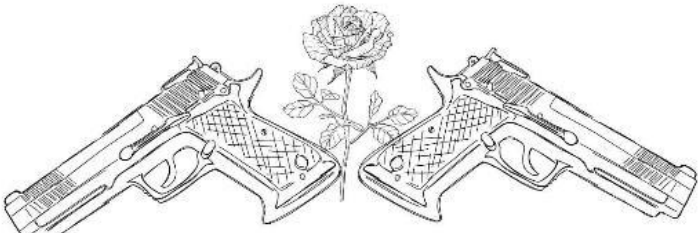
—Quiero esas respuestas ya.

—Mi interés no es solo el dinero. —Arrojó lo que quedaba del puro al suelo, molesto.

—Trae la información y luego hablamos de tus otras exigencias —fui tajante.

—Como quieras. Trae mi dinero. No quiero líos contigo.

Me apañaría con Stanley después, pero había algo de lo que estaba seguro: jamás entregaría a mi amigo.



CAPÍTULO 28

«Y cada día nos enfrentamos a una nueva sorpresa...»

HUNTER SMITH

Como era de esperar, no ocurrió nada fuera de lo normal durante esa última semana.

— Bien, eso es todo, equipo.

John y Kenypher estaban frente a mí, en el salón de la casa de Stephanie. Les había explicado detalladamente lo ocurrido, desde la tragedia con Andrew hasta la ayuda que necesitaba de ambos.

— Quiero un millón de dólares para proteger a Stephanie —dijo John, muy creído.

Solo dio tiempo a ver el codo de su hermano golpearle el vientre.

— Eh... era una broma —gimió, contrariado.

— Mirad, si es por el pago, os aseguro...

— Mi hermano y yo no vamos a cobrártelo. Ni tenemos motivo para ello —dijo Kenypher, fulminando a su hermano con la mirada.

— Ahora, hablando en serio... tiene razón. Somos un equipo y hasta hemos trabajado gratis alguna vez. No hay motivos para hablar de dinero, Hunter —dijo John—.

— Te ayudaremos este mes —concluyó.

— Gracias. De verdad. He dado el primer paso y he reunido a todo el equipo.

— Tenemos que revisar algunas cosas. Supongo que sabes que su casa no es el lugar adecuado para quedarnos, Hunter —dijo Kenypher.

— Sí, es una de mis preocupaciones. Voy a solucionarlo, y rápido. Solo necesito la información que Stanley se comprometió a entregarme; creo que para mañana todo estará resuelto, así que podremos ir a un lugar seguro.

— ¿Es buena idea confiar en Stanley Ruben? Quiere matar a Romeo.

— No tenemos alternativas. Necesito saber rápido contra quién estamos luchando.



La protección de Stephanie, quisiera o no, se hacía de otra manera.

Ya no era necesaria esa frialdad impersonal de los meses anteriores, y en parte, eso era algo bueno.

Stephanie estaba algo distinta. En muchos momentos la veía triste, cabizbaja, incluso desanimada. Lo único que no había cambiado eran los libros, porque siempre tenía uno entre las manos.

Necesitaba mantener la mente ocupada, y al menos en eso hacía lo correcto. Por mucho que me metiera con ella, burlándome de su lectura, lo hacía solo para molestarla... aunque también leía demasiado, así que no podía criticarla mucho. No renunciaba a ello.

En ese instante nuestras miradas se cruzaron, pero ella no dijo nada. La princesa era una maestra en observarme fingiendo indiferencia, apartando la vista o fingiendo que su mirada hacia mí era pura casualidad.

— ¿Qué pasa?

— Nada.

— Dilo, Stephanie.

— Protegiéndome otra vez. Parece un déjà vu —suspiró, mirando al techo, como si estuviera pensando en algo.

— Puedo asegurarte que no quería tener que protegerte de nuevo. Eso solo demuestra que algo va mal.

— Sí.

Pasaron unos minutos en silencio. Yo hojeaba una revista, y al girar la cabeza me di cuenta de que Stephanie había dejado su libro a un lado y me observaba fijamente.

¿Por qué tengo la sensación de que va a hacerme una pregunta?

— ¿Por qué nunca llevas traje? La mayoría de los guardaespaldas lo usan, y tú nunca lo haces.

Lo sabía...

— Nunca me ha gustado tanta formalidad. Con o sin traje, puedo hacer lo que mi trabajo exige. Básicamente.

— Estarías elegante con traje —comentó, apoyando la mano en la barbilla.

— Princesa... estaría elegante con cualquier cosa. Incluso sin nada.

— Y estoy de acuerdo.

Sonreí.

— Dime, ¿qué te pareció Alex, mi amigo?

Solo mencionarlo bastó para que me enfadara.

— Recordarte con otro tío no me hace ninguna gracia.

— Bien, así sientes en carne propia lo que yo pasaba contigo cerca —replicó, riéndose a carcajadas.

— Me lo merezco, lo reconozco —admití.

— Los hombres... ¿por qué sois tan tontos? —suspiró con fuerza, negando con la cabeza.

— ¿De qué hablas?

— Es mi amigo gay. Lo traje solo para provocarte. Nada más.

— Entonces... ¿no pasó nada entre vosotros?

— Digamos que... nos gustan las mismas cosas.

Me llevé la mano a la cabeza y no pude evitar reírme unos segundos.

— Qué guardaespaldas tan inútil soy.

— Quería conocerte, verte. Hablé muy bien de tus... dotes, por decirlo así —me guiñó un ojo.

— Tú y tus habladurías.

— Te has acostumbrado. Sé que te gusta que te adulen. A mí también me gusta.

Sabía que ya había roto las reglas dos veces, pero me daba igual. Incluso sin proponérselo, ella conseguía provocarme. Aun así, debía centrarme en lo principal: su protección.

— Es verdad —suspiré—. Espero que todo vuelva a la normalidad pronto.

— Yo también. Lo necesito, de hecho.

— Stephanie, tengo que pedirte un favor. Evita salir mientras tanto, y no recibas a nadie, aunque sea alguna amiga. Sé que es un favor complicado, pero será solo por poco tiempo.

— Vale.

Me sorprendió que aceptara tan rápido.

— Antes dudabas de que corrieras peligro, ahora... supongo que ya sabes lo que pienso. Puedes contar conmigo para lo que necesites, no te daré problemas, al fin y al cabo no es tu obligación hacer de mi niñera.

— No, pero quiero hacerlo. Voy a cuidar de ti.

— ¡Qué mono! —dijo poniendo una carita adorable.

Esta chica...



Volví al mismo lugar donde me había encontrado con Stanley por primera vez.

El plazo que me había dado para obtener respuestas había llegado a su fin, y estaba bastante intrigado por saber si había descubierto algo. Necesitaba respuestas.

— ¿Has descubierto algo importante? —pregunté nada más llegar, soltando lo obvio.

Vi una leve sonrisa curvarse en su rostro.

— ¿Acaso parezco un aficionado?

Noté que sostenía un gran dossier entre las manos.

Al menos una buena noticia...

— De acuerdo. —Abrí la pequeña bolsa que llevaba conmigo—. Aquí tienes todo tu dinero. —Se la lancé.

Tenía que mostrarle confianza, sobre todo sabiendo que podía haber descubierto algo que me sirviera.

— ¡Comprobadlo! —ordenó a sus hombres, que enseguida cogieron la bolsa.

Pocos minutos después, confirmaron que todo estaba en orden.

— Antes hablemos un momento.

— Solo dame lo que te pedí. No hace falta hablar de esto. Creo que...

— Si quieres seguir con vida tú y tu equipo, será mejor que me escuches con atención —me interrumpió, tomando asiento a continuación—. Siéntate ahí. —Señaló la silla y obedecí.

— No entiendo a dónde quieres llegar.

— La gente con la que te estás metiendo es muy peligrosa, Hunter. Más de lo que imaginas. Y puedo asegurarte que están bien organizados.

— Necesito nombres.

— Joseph Hutchinson. Él lo controla todo. Fue quien ordenó el asesinato de Andrew Torres.

— ¿Estás seguro de eso? —pregunté, incrédulo.

— Sí. Todo está aquí. —Levantó el dossier—. Pero hay más, mucho más...

La ventaja de Stanley era que conseguía datos enseguida, incluso de personas influyentes. Lograba acceder a información confidencial.

— Pero también tengo una mala noticia. El padre de tu protegida la ha liado. Y bien gorda.

— ¿Qué tipo de lío?

— Además de enfrentarse a gente peligrosa, ¿te parece poco? El miedo le llevó a quedarse con el 51 % de las acciones de la empresa tras asumir la presidencia. Le asustaron las amenazas y, básicamente, firmó su propia sentencia de muerte. —Soltó una carcajada—. Supongo que sabes quién será la dueña de esas acciones, ¿no?

Stephanie. Su única pariente viva...

— ¿Cómo sabes todo esto?

— Eso no te incumbe. Lo importante es que lo he conseguido — dijo, alzando la voz.

— Stanley...

— Recibiste una llamada diciendo que a las tres de la tarde iban a matar a los dos, ¿verdad?

¿Hasta eso sabía?

— Cierto.

— Sé quién te llamó, y sé más cosas...

— Entonces dilo.

— Ludovic, el jefe de seguridad de Andrew. Creo que ya has atado los cabos.

— Sí.

Mi sospecha era acertada, y apostaría la cabeza a que era el único que no estaba entre los once que fueron quemados.

— Otra cosa. Andrew estaba pensando en contratarte el mes siguiente, pero Ludovic le convenció de no hacerlo.

Eso lo explicaba todo. La llamada, su forma de manipularme...

Ludovic me había tomado por un idiota, y por lo que parecía, gracias a mi información “falsa”, Andrew no contrató mis servicios al mes siguiente.

— Otro detalle. Joseph Hutchinson se encargará de acelerar el proceso para que los bienes de Andrew pasen cuanto antes a Stephanie, y tiene poder para hacerlo. Hasta entonces, digamos que están “protegidos” en teoría, pero cuando todo salga a la luz... su hija tendrá problemas, venda o no las acciones. Y tú sabes perfectamente a qué me refiero.

— Básicamente, si no las vende, irán a por ella. Pero si las entrega, también la eliminarán para no dejar cabos sueltos. Ninguna prueba, nada que los relacione.

— Eres listo. Supongo que ya sabes que deberías largarte de ahí y dejar que esa mujer se apañe sola.

— ¡Jamás haré eso! —grité—. Iré hasta el final por ella.

— Si quieres suicidarte, allá tú.

— En cuanto al asesinato de Andrew, ¿qué tienes?

— Sobre eso, nada todavía. Necesito más tiempo.

Durante un instante, repasé mentalmente todo lo que me había dicho.

Jamás habría tenido acceso a esa información por mi cuenta. No era investigador, sino un simple guardaespaldas que usaba la cabeza la mayor parte del tiempo. Romeo tenía razón: lo mejor había sido acudir a Stanley, por muy peligroso que fuera.

Se levantó, entregó el dossier a uno de sus hombres y luego volvió a sentarse en la misma silla.

— Hay más cosas en ese dossier. Hay información más importante que no te he contado. Habla de la vida de Joseph y de lo que empleó para intentar persuadir a Andrew; también menciona algunos asuntos de la empresa y, lo más importante: hay pruebas que podrían incriminarlo respecto a Andrew, pero no del asesinato, que quede claro.

— Entonces entrégame el dossier.

— No. Hay una cosa más que necesito de ti.

— ¿Romeo...?

— Tu amigo es muy listo y ya se ha librado de mí varias veces. Su habilidad para esconderse es magnífica, lo reconozco. Incluso aquí en la ciudad no consigo seguirlo durante mucho tiempo, así que... tendrás que traerlo hasta mí.

— No lo haré —contesté, tajante.

— Es una pena...

— Stanley...

— Tienes veinticuatro horas para traer a Romeo. Si no, olvídate de esas pruebas. Eso es todo.

Se dio la vuelta y sus guardaespaldas me rodearon.

— Hasta mañana, Hunter.

Unos instantes después sus hombres lo siguieron.

¿Qué hacer ahora?

No entregaría a Romeo. Esa era la única certeza que tenía.



Al llegar a casa de Stephanie, me senté en la cama y me quedé reflexionando sobre las palabras que me habían dicho.

Me estaban chantajeando, y la condición para tener las pruebas en mis manos era entregar a mi mejor amigo.

Tenía que resolver ese enigma. Lo único que tenía claro era que jamás traicionaría a alguien en quien confiaba, y mucho menos a quien confiaba en mí.

Fui al salón, y justo entonces Stephanie salió del dormitorio, cruzándose conmigo.

— ¿Qué pasa?

Por lo visto no era muy bueno ocultando mis expresiones, porque debía de tener cara de preocupación.

Sin escapatoria.

— Estoy intentando seguir algunas pistas para descubrir la verdad sobre la muerte de tu padre. Entender la motivación, entre otras cosas.

— Y, por lo que veo, has descubierto algo que no te ha gustado.

Observé el rostro de Stephanie.

Tenía derecho a saber parte de lo que había descubierto.

— Tu padre compró la mayoría de las acciones, el 51 % de la empresa, y supongo que entiendes quién tendrá el control ahora que ha fallecido. Por lo visto se sintió amenazado por los inversores, ya que la compra se hizo después de asumir el cargo de presidente, hace unos veinte días. Eso podría haber motivado el asesinato. Aunque ya no pueda seguir siendo presidente, el propietario de la mayoría de las acciones tendrá un gran poder sobre la empresa. En este caso, tú.

Stephanie se sentó y cerró los ojos casi de inmediato.

— Pronto tendrás la opción de vender las acciones. Eres lista y sabes lo que eso implica —añadí.

— Tendré que decidir si vendo o no la parte de mi padre a quien lo asesinó. Ni siquiera puedo vivir mi duelo en paz.

— Lo siento, Stephanie. De verdad. Quisiera que nada de esto estuviera ocurriendo, que siguieras con tu vida sin mirar atrás, pero ahora mismo es imposible. Hay gente peligrosa moviéndose a tu alrededor.

No dijo nada. Solo apretó las manos y bajó la mirada.

Era difícil saber lo que pasaba por su cabeza.

Cada uno afronta la pérdida de manera distinta, y sabía que estar encerrada en casa le afectaba. Le estaba robando, de alguna forma, su libertad. Y precisamente ahora...

— No tienes la culpa de nada, Hunter.

— Si sirve de algo, de momento estarás a salvo. Al menos hasta que los bienes de tu padre pasen a tu nombre. El único problema es que la legislación estadounidense es rápida, y como ellos tienen poder, pueden acelerar el proceso.

— Bueno... ¿hay alguna esperanza de que todo acabe bien? —Su expresión se volvió enigmática—. De... no sé, no tener que esconderme

tanto tiempo. Quiero que seas sincero conmigo, Hunter. Por favor.

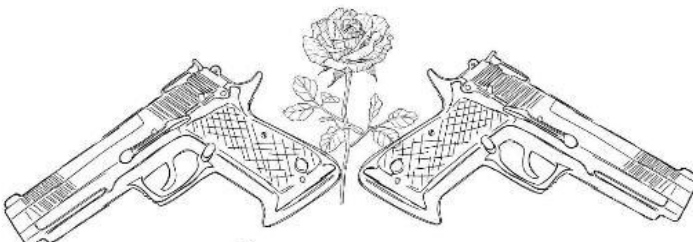
Pensé bien antes de responder.

No podía decirle abiertamente que las personas que habían cometido semejante atrocidad contra su padre eran extremadamente peligrosas. No quería alarmarla más de lo necesario.

— Sí. Me aseguraré de ello, Stephanie. Tu bienestar es lo que más me importa ahora.

— Entonces... confío en ti. —Se acercó despacio y me besó.

Devolví el beso, y no sé por qué, pero en ese preciso instante comprendí que no podría volver a estar sin Stephanie a mi lado, ni siquiera cuando todo terminara.



CAPÍTULO 29

«Algunas sorpresas nos pillan de lleno...»

HUNTER SMITH

No dormí bien.

Por desgracia, no se me ocurrió nada para convencer a Stanley de que me proporcionara la información que necesitaba.

Tenía la cabeza hecha un lío; se me acumulaban los asuntos y, además, corríamos contra el tiempo.

Hice algunos ejercicios matinales allí mismo. No quería dar excusas para ir al gimnasio y dejar a mi equipo y a Stephanie vulnerables.

Stephanie...

Simplemente no me la podía sacar de la cabeza.

Nunca me había pasado algo así con ninguna mujer. Ni siquiera cuando me enamoré años atrás fue de esta manera. Lo que esa chica le hacía a mi cabeza no tenía explicación.

Me sentía en la obligación de protegerla y sabía que era por mis sentimientos, que seguían creciendo día tras día.

Jamás imaginé que sería el tipo que pensara en una mujer casi todo el santísimo día; incluso solía criticar a los que lo hacían, y sin embargo me encontraba atado a ella. Y quería quedarme así.

—¿Dónde está? —le pregunté a John, que estaba en el pasillo.

—En su habitación.

—Vale.

Me dirigí a mi cuarto, pero enseguida vi a Kenypher acercándose.

—Hunter... Romeo está aquí —dijo.

—¿Qué...? ¡Le dije que no apareciera! —levanté la voz, enfadado.

—Lo dejé entrar. Romeo tenía... aspecto preocupado —respondió con cierta reticencia.

—¿Qué ha pasado?

—No lo sé con certeza, pero tiene que ver con Stanley. Está esperándote en el salón.

Avancé a grandes zancadas hacia la sala.

Vi a Romeo mirando al vacío, esperándome. Cuando me vio, no mostró reacción alguna.

—Romeo... ¿qué te dije sobre venir aquí? ¡Stanley quiere tu cabeza!

—No te preocupes, ya está muerto. Fue hace pocas horas y...

—¿¡Cómo!? ¿Qué has hecho? —no le dejé acabar; le agarré la camisa, fuera de mí—. ¡Se me iba a ocurrir algo!

No me creía que Romeo hubiera matado al hombre.

—¿Yo? ¡Nada! Algo no encaja, y si tengo que arriesgar, creo que quien mató al padre de Stephanie fue eso.

—¿Pero cómo saben que Stanley les estaba investigando? —pregunté en voz alta, soltándole.

—Alguien infiltrado... no lo sé.

—No. No tienen relación entre ambos.

—No dije infiltrado allí, sino aquí —dijo con tanta naturalidad que me heló.

—¿En nuestro equipo?

—O alguien que tiene acceso a la casa. Nunca se sabe.

—Dentro de un rato vas a pensar que Ruth tiene algo que ver.

—No, ella no.

Ruth era la mujer que limpiaba la casa de Stephanie cada quince días. Tenía casi sesenta años y era tan discreta que casi no la veíamos.

—Hunter... no quiero acusar a nadie, es lo primero que me vino a la cabeza. Fue todo tan rápido. Piensa: ¿cómo supieron que fuiste a buscar a Stanley? ¿Y por qué lo mataron en menos de veinticuatro horas? Alguien sabía que intentarías algo para conseguir esas pruebas. Y tú lo contaste...

—A todo mi equipo.

Me negaba a creer que hubiera un infiltrado entre nosotros.

—¿Cómo te enteraste de su muerte?

—Digamos que fue tema de rumor por la mañana.

—Pensarán que fuiste tú. Es aún más peligroso que andes por la ciudad así.

—¿Quiénes, Hunter? ¿De verdad crees que queda alguien de su equipo? —dijo, con cierto tono burlón.

—¡No puede ser!

—Todos sus matones fueron asesinados —precisó—. Al menos ahora estoy libre.

—Romeo... si tú tienes algo que ver en esto, más vale que lo digas ahora.

Mi amigo me miró a los ojos. Lo conocía bien, aunque tras la terapia estaba algo distinto; aun así, no quería desconfiar de él.

—¿De verdad crees que yo iría allí y masacraría a todo el mundo, Hunter? ¿Soy Rambo o qué? No lo niego: me habría gustado hacerlo, pero no fui yo.

Sí, aquello encajaba con lo que había pasado en el pasado. Romeo había hecho algo en contra de mi voluntad y había pagado las consecuencias; eso generó una enemistad feroz con Stanley que había durado hasta entonces. O sea...

—Digamos que él empezó primero, y ya sabes por qué estoy en terapia. Aquello fue solo un ajuste de cuentas. Y ni siquiera fue el uno por ciento de lo que merecía.

Respiré hondo.

—¿Cómo murieron? ¿Fue en el lugar donde estuve la última vez?

—Sí. Por lo que he oído, los ataron y les cortaron la garganta. Eso es lo único que sé.

¿Cómo podía ocurrir algo así en plena ciudad con tanta facilidad?

Tenía que tomar una decisión, y esa decisión involucraba a mi equipo.



Cinco horas.

Ese fue el tiempo que me tomé para pensar en cómo saldríamos de aquel aprieto.

Me gustaría decir que había ideado un plan perfecto, que funcionaría y que se haría justicia, pero aún no tenía ni idea de qué hacer. Literalmente.

Tenía algunos amigos investigadores, pero todos trabajaban fuera de la ciudad, y meterlos en este asunto podría poner también en peligro sus vidas.

No quería que muriera nadie por mi culpa. Stanley era ladrón, usurero y asesino; aun así, era una persona, y por su implicación acabó muerto.

Me desperté de mis pensamientos al oír el teléfono. Al contestar, volvió a escucharse esa voz.

—Hunter Smith... de nuevo husmeando donde no te llaman.

—No sé de qué hablas.

—No nos gusta que rastreen nuestras vidas. Considéralo una advertencia.

—¿Qué queréis de Stephanie?

—Estamos esperando un documento, y tú sabes cuál es. Hablaremos en breve.

Colgó.

No había forma de rastrear la llamada. Ya lo había pensado: no hablaban más de quince segundos por teléfono.

Sabía qué documento aguardaban. Actuarían cuando, ante la justicia, todo estuviera a nombre de Stephanie, y eso podía darme un tiempo extra para pensar.

Normalmente ciertos procesos tardan en resolverse, pero sé que la gente detrás de la muerte de Andrew movería cielo y tierra para acelerar los trámites.

Mi teléfono volvió a sonar y pensé que serían ellos otra vez, pero era Marcus.

—Hermano... ¿puedes verme? Necesito decirte algo importante.

No era buena idea salir de allí, pero tampoco podía invitarlo y meterlo en el lío.

—Tiene que ser ahora —dijo.

—¿En nuestra casa?

—Sí.

—Voy.

Cogí el coche y me dirigí a nuestra casa. Al llegar vi algunas maletas en el suelo.

—Voy a viajar por un tiempo. Necesito quitarme de la cabeza lo que pasó con mamá.

—¿A dónde vas?

—A España. Me quedaré en Europa unos meses. Ya sabes que era mi sueño antes de que todo esto ocurriera.

Mi hermano quería recorrer el mundo, conocer culturas y gente. Yo, de algún modo, lo había retenido porque mamá no podía quedarse sin cuidados y yo... bueno, fallé con ella. Con él.

Me puse en el centro de todo, pensando que, con dinero, mi hermano cuidaría de ella y así aliviaría el dolor que sentía. Me costó darme cuenta de que esa actitud no ayudaba en nada.

—Espero que estés bien. Te privé de mucho —admití.

—No pienses eso. Fue una fatalidad y no dejaré de quererte por ello. Todos cometemos errores y yo ya te perdoné. Mamá también.

Bajé la mirada, pensativo. Podría haber estado destrozado, pero recordé el gesto de ella la última vez que la visité en el hospital. Sí: me había perdonado. Solo me faltaba perdonarme a mí mismo.

—Está bien.

—Te quiero, hermano. —Se acercó y me abrazó. Le devolví el abrazo.

—Yo también te quiero, Marcus. Cuídate y no te metas en líos. No estaré ahí para protegerte.

—Ahora soy un hombre pacífico.

Recordé cuando éramos pequeños. Marcus era problemático y yo solía sacarle las castañas del fuego. Echaba de menos esos tiempos.

—Te echaré de menos.

—Yo también —contestó.

El camino hasta la casa de Stephanie fue duro. Pensé mucho en Marcus. Nuestra unión había sido muy fuerte durante años, pero se fue debilitando cuando entré en el negocio de la seguridad privada.

Mi hermano era programador y trabajaba desde casa. En estos últimos años fue él quien más tiempo pasó con nuestra madre, el que más la ayudó. Sabía que lo mejor para él era viajar y abrir horizontes; él también había pasado por el mismo dolor que yo. No podíamos medir la tristeza por la pérdida de mamá, ni siquiera quería hacerlo.

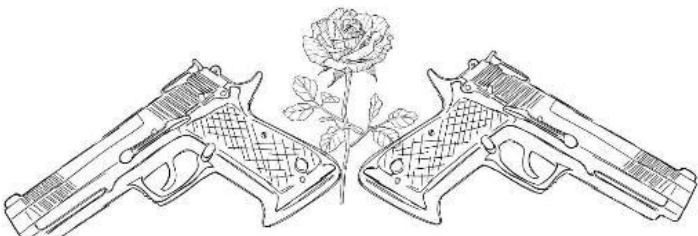
Al llegar me di una ducha que me reavivó. Tenía que volver a centrarme en proteger a Stephanie. Fui al salón con la esperanza de encontrarla, pero no estaba.

Sentado, repasé mil asuntos, sobre todo en qué estaba haciendo la ausencia de su padre en su cabeza. Stephanie fingía fortaleza en muchos momentos, pero por dentro estaba destrozada. Y no era solo eso: sabía que corría riesgos por ser la hija de Andrew.

Respiré hondo. Quería ayudarla. Lo necesitaba.

El gran problema era que tenía las manos atadas y la persona que podía darme información clave estaba muerta. Era complicado...

No sé por qué, pero me quedé fijando la mirada en un punto de la sala de Stephanie, casi hipnotizado. Y entonces, de un vistazo, tuve una idea: vislumbé algo que podría ayudarnos.



CAPÍTULO 30

«Hay ciertas noticias que nos sacuden de tal manera que nos quedamos sin reacción, sin saber cómo actuar...»

HUNTER SMITH

Reuní a mi equipo fuera de la casa. Necesitaba contarles la idea que había tenido y lo que había descubierto aquel día.

Hablamos durante unos treinta minutos.

Romeo, John, Kenypher, Jason, Donald y yo.

Para este trabajo no contacté a los demás miembros no fijos, como los operadores de las cámaras que había instalado antes, ya que esta vez no pusimos nada y las cámaras ya no estaban en funcionamiento.

Tuvimos una conversación bastante larga, en la que salieron a la luz varios temas importantes. Tenían que salir.

Había algo esencial que debía decirles, y quería conocer la opinión de cada uno. Como siempre decía, éramos un equipo, y teníamos que apoyarnos mutuamente.

Después de la charla, nos dispersamos y cada uno volvió a su puesto. Yo regresé al salón; Stephanie estaba allí, viendo la televisión.

Me senté a su lado.

Seguía inquieto y preocupado, aún más después de haber conseguido una información muy valiosa sobre su padre.

—¿Qué pasa?

—Solo... cosas.

—Estás preocupado.

—Mucho, Stephanie.

Nuestras miradas se cruzaron.

—¿Y por qué no puedes contármelo? ¿Es algo grave? —preguntó rápido, con una mezcla de nervios y curiosidad.

Pensé bien en cómo responder. Alarmar a la princesa no sería lo más sensato, pero en algunos aspectos debía ser honesto.

—He hablado con mi equipo y hemos revisado varios puntos sobre tu seguridad. Escuché las opiniones de todos, y acabé detectando un error que me tiene bastante intranquilo.

—¿Qué tipo de error?

Solté un suspiro profundo.

—Hay alguien infiltrado —dije por fin—. En mi equipo.

Sus ojos casi se le salieron de las órbitas cuando lo dije.

—Pero... ¿cómo lo has descubierto?

—Por una frase. Uno de ellos dijo algo que lo delató. Aun así, fingí no darme cuenta.

Stephanie miró hacia el exterior, donde estaban los hermanos, y luego volvió a mirarme.

—Hunter... ¿quién es?

—No puedo decírtelo todavía. Primero necesito investigar otras cosas.

Stephanie parecía aturdida; se levantó del sofá y se llevó las manos a la cabeza, en estado de shock.

Hice lo mismo y me acerqué a ella.

—¡No dejes que se note que lo sabes! —le dije, sujetándola por los hombros—. Voy a idear un plan, pero quiero que sepas que estoy aquí y no pienso abandonarte. ¡Saldremos de esta juntos!

STEPHANIE TORRES

¡No podía creer lo que Hunter acababa de decirme! ¿Y si estaba conviviendo con alguien que había ayudado a matar a mi padre?

Me llevé las manos a la cabeza y una sensación de desesperación me invadió. Volví a llorar.

Estos días no me reconocía. Lo sé, suena confuso, pero era la pura verdad: las lágrimas se habían convertido en parte de mí.

Hunter se acercó, me atrajo hacia su pecho y me abrazó con fuerza, depositando un beso en mi frente.

—Lo entiendo, es una noticia que no esperabas... ni yo tampoco —dijo con tono grave.

—Perdona por ser tan llorona... es que... estas noticias... solo empeoran las cosas —murmuré, intentando limpiar las lágrimas que caían por mi cara.

—Por eso necesito que confíes en mí —respondió, sujetándome el rostro con ambas manos—. Mírame, por favor. —Respiró hondo, sin apartar los ojos de los míos—. Ahora, más que nunca, necesito tu confianza. Confía en mí. No haré nada que te perjudique, pero lo que voy a hacer a partir de ahora será arriesgado, no te voy a mentir. Trata a John, Kenypher, Romeo, Jason y Donald igual que siempre, por favor. Todo forma parte de algo más grande. He tenido una buena idea, así que te lo pido de nuevo: ¡confía en mí!

La manera en que Hunter hablaba me tranquilizó, de algún modo.

Le creía. Hunter me había dado pruebas de que era un hombre de fiar, y ni siquiera tenía por qué estar a mi lado en aquel momento.

—Confío en ti.



Después de quedarme un rato en mi habitación, bajé al salón y vi a Hunter leyendo algo distinto. Como siempre, la curiosidad pudo más que yo.

—¿Qué es eso que tienes en la mano?

—Puede sonar raro, pero es mi diario.

Sonreí.

Me acordé del cuaderno.

Cuando entré en su habitación para curiosar entre sus libros, me topé con él, pero al ver el nombre de su madre escrito en una de las páginas, lo cerré enseguida.

—También lo vi cuando estuve en tu cuarto mirando tus libros.

—¿Lo leíste? ¿Algo siquiera? —entrecerró los ojos.

—No, yo... vi el nombre de tu madre y entendí que era algo muy personal. Me centré solo en los libros, lo juro.

Nos quedamos en silencio.

No estaba segura de haber dicho bien aquello. Como siempre, hablaba más de la cuenta, y Hunter podía pensar que había leído parte del diario, cosa que no había hecho.

—Escribe. Puede ayudarte con el dolor —dijo al fin, esbozando una ligera sonrisa.

—¿Cómo dices?

—Tenía una costumbre. —Se acomodó en el sofá antes de continuar—. Después del accidente de mi madre, solía leerle. Lo hice durante un tiempo, pero dejé de hacerlo, y ni siquiera sé por qué. Sé que a ella le gustaba. —Hunter bajó la mirada, fijándola en el suelo.

—¿Y qué leías exactamente?

—Bueno, en realidad, le escribía. Le contaba lo que hacía en el trabajo, cómo me sentía en ciertos momentos, o simplemente algo sobre ella. Creo que me entiendes...

—Hunter... ¿no te cansas nunca de sorprenderme? Lo que acabas de decir es... muy romántico.

Negó con la cabeza.

—Era para mi madre. La amaba, la amo... no sé ni cómo decirlo ahora. —Parecía confuso, y al levantar la vista noté cierta tristeza reflejada en su rostro.

—Fue muy bonito lo que hiciste por ella, aunque dejaras de hacerlo ahora que...

—Todavía lo hago —susurró, interrumpiéndome.

Me quedé dudando ante sus palabras.

¿Qué quería decir con eso?

—Sigo escribiendo, y lo guardo para mí. Dondequiera que esté, tengo la esperanza de que lea las palabras que dejo en el papel. Volví a hacerlo poco antes de que muriera, y sigo escribiendo. Me hace bien. Me da fuerza. Me hace sentir más cerca de ella.

No sé en qué momento una persona empieza a enamorarse de otra, o incluso cuándo comienza a amarla, pero era imposible ignorar los gestos de Hunter. No solo conmigo, sino con todo lo que le rodeaba. Ser reservado y evitar hablar de amor no significa que alguien carezca de sentimientos, y tardé en comprenderlo. Hunter tenía un gran corazón, y con el tiempo entendí lo especial que era.

—Intenta hacer lo mismo. No sé, quizás te ayude —dijo, sacándome de mis pensamientos.

—No... no creo que sirva para eso —admití.

—Solo lo sabrás si lo intentas, ¿no crees?

—Sí, pero... hay personas que saben escribir, expresar lo que sienten... y yo no soy así. No sé ni cómo explicarlo.

—¿Qué te parece si hacemos un trato? Yo te leo lo que escribí ayer para mi madre, y tú intentas escribir algo, lo que sea. No importa si tardas, lo importante es empezar. Eso ya es un paso.

Lo miré fijamente a los ojos.

Algunas de sus palabras me descolocaron, lo confieso. Pero me gustaba ese lado suyo, tan sensible.

—¿De verdad me leerías lo que escribiste? —mantuve la mirada, buscando en él la menor duda.

—Si es para ayudarte, sí. No soy muy de compartir estas cosas; prefiero guardarlas, pero lo haré por una razón. No puedo hacer mucho respecto a tu padre, lo sabes, pero si esto puede reconfortarte, ten por seguro que lo haré con gusto.

—Acepto —respondí sin pensarlo.

—Entonces cumpliré mi parte del trato. Pero, por favor, no te rías.

—Jamás lo haría.

Hunter abrió su diario y fijó la mirada en una página concreta. Sus ojos se quedaron unos segundos clavados en ella, y enseguida una sonrisa cálida se dibujó en su rostro.

«Mamá, hay tantas cosas en mi cabeza...

Mis pensamientos me traicionan la mayoría de las veces. Siento que vivo en una pesadilla constante, y durante las veinticuatro horas

del día intento aferrarme a algo que alivie el dolor en mi pecho».

«Me perdonaste, pero aún necesito perdonarme a mí mismo.

Siempre te conté lo que vivía, mis aventuras, mis miedos e incluso mis ambiciones profesionales, pero fui terriblemente torpe al esconder, una y otra vez, lo que mi corazón ansiaba decirte. No te di el amor que necesitabas cuando más lo requerías, y hoy me arrepiento profundamente de ello. Daría cualquier cosa por volver atrás en el tiempo...

Aunque escriba una parte de lo que siento, mis palabras no se comparan con el torbellino de recuerdos que me asaltan ahora mismo. Ni siquiera sé qué pensamiento predomina; solo puedo decirte que no dejo de pensar en ti y en esos ojos rasgados que se iluminaban cuando me sonreías. Era tan fácil hacerte sonreír, y eso me alegraba de una manera que aún no sé explicar.

Tú conoces mi interior y sabes que no soy un hombre dado a mostrar afecto. Al menos, no lo he sido últimamente... precisamente contigo. Ese fue mi mayor error.

Ojalá te hubiera dicho más veces “te quiero”, “eres especial”, “gracias por cuidarme todos estos años”. Pero, por desgracia, no fueron esas las palabras que escuchaste. Me quedé callado. Me aferré a los recuerdos del pasado.

Sin embargo, he aprendido una gran lección de todo lo que la vida me enseñó. Prometo valorar a quienes de verdad me importan, y no lo haré solo por ti, lo haré también por mí. La promesa que te hice es una motivación más, y puedes estar segura, madre, de que te haré sentir orgullosa, aunque ya no estés a mi lado.

Sé que sigues conmigo, en mis pensamientos, donde siempre permanecerás.

Tu hijo,

Hunter.»

Me quedé sin palabras.

Créeme, volví a llorar. Lo sé, prometí intentar ser fuerte, pero al escucharlo...

—Bueno, esas fueron mis palabras —dijo.

Analiqué el rostro de Hunter. Estaba visiblemente conmovido al leer lo que había escrito.

—Es una locura, pero ahora tengo más ganas que nunca de besarte.

—No es ninguna locura. —Se acercó un poco más y me acarició la mejilla.

Sus palabras me desarmaron. Toqué sus labios con suavidad, saboreando cada instante. Pasé una mano por su rostro, aún emocionada.

No sé en qué momento este hombre llegó tan hondo en mí, pero me descubrí completamente enamorada de Hunter. Lucharía por tenerlo a mi lado, de eso estaba absolutamente segura.

—Dondequiera que esté tu madre, sé que se sentirá feliz al saber que su hijo escribió palabras tan hermosas, Hunter. Se siente orgullosa de ti. No te castigues más. Perdónate. Lo necesitas.

Hunter miró hacia su derecha, pensativo. Unos segundos después volvió a mirarme y sonrió.

—Haré lo posible, Stephanie. Eso te lo prometo.



«Ha llegado el momento de tomar decisiones importantes.»

HUNTER SMITH

¡Llegó la hora de poner mi plan en marcha!

Salí a la calle y compré dos móviles, uno de ellos de prepago. No podía dejar cabos sueltos que permitieran que supieran lo que decía por teléfono. No tenía ninguna duda de que el suyo estaba pinchado.

Al llegar a la casa de Stephanie, pensé mucho en lo que haría y tomé una decisión. No era un plan perfecto, había riesgos, pero debía ser audaz. Al menos por ahora.

—Hunter, tenemos que salir de esta casa cuanto antes. Estamos muy vulnerables —dijo John, con el rostro serio.

—Estoy de acuerdo —asintió Kenypher.

Miré a los dos hermanos y me mantuve en silencio.

—He tomado una decisión. Nos quedaremos aquí hasta que el juez transfiera toda la herencia de Andrew a nombre de Stephanie.

—¿¡Cómo!? —Kenypher negó con la cabeza, en desacuerdo.

—Eso está mal —se sumó su hermano.

—Tengo que coincidir con ellos, Hunter —fue el turno de Romeo—. Estamos demasiado expuestos, y son peligrosos. Ya lo han demostrado dos veces.

—Sí, lo son. Pero yo lo soy aún más cuando quiero —apunté—. Esa es mi decisión.

—¿En qué estás pensando?

—Tengo un amigo que puede ayudarnos. Ya me sacó información valiosa hace un tiempo, y me han dicho que ha vuelto a la ciudad.

—¿Y por qué no lo dijiste antes? —preguntó Romeo, algo alterado—. Estamos corriendo riesgos innecesarios.

—No lo conté porque estamos peleados. Pasó algo en el pasado que ahora no viene al caso. Tengo que convencerle de que nos eche una mano y voy a llamarle ya al móvil. Si Thierry acepta verme, iré a verle en persona hoy mismo.

En la sala anduve de un lado a otro mientras marcaba el número de Thierry, el investigador que podía ayudarnos. Cuando atendió, hablamos durante cinco minutos.

—Voy para allá ahora —dije y colgué.

Romeo, John y Kenypher me miraban sin decir nada.

—¿Ha ido bien? —preguntó Romeo.

—Sí. Ahora tengo que preparar unas cosas.

Rápidamente fui a mi cuarto y cogí mi segunda arma. Preparé una de mis mochilas y metí una chaqueta negra oscura; luego volví al salón.

—Romeo, encárgate de todo hasta que vuelva —dije.

—De acuerdo.

¡El plan comienza ahora!



Resolví mis asuntos pendientes después de reunirme con Thierry. Necesitaba actuar rápido.

Al volver, noté que todo mi equipo me observaba, claramente deseando saber qué había averiguado o si el encuentro había ido bien.

—¿Cómo fue, Hunter? —preguntó John.

—Puedo decir que fue un buen comienzo. Fui a un bufete de abogados, a unos kilómetros de aquí, donde él estaba.

—¿Tu contacto trabaja allí?

—Sí. Está empleado en el lugar. Será bastante difícil identificarlo; el edificio tiene treinta y cinco plantas y muchas oficinas. No hay manera de que sepan con quién estoy hablando.

—¿Y realmente está dispuesto a colaborar? —preguntó Kenypher.

—A cambio de una buena suma, sí.

No dijimos nada más.

Pasaron unos minutos y mi nuevo móvil empezó a vibrar. Era Thierry.

—Dime. —Esperé unos segundos en la línea—. ¿Pasado mañana? De acuerdo.

Colgué.

—Ahora sí, todo empieza a moverse, chicos —dije a mi equipo, con una confianza absoluta.

—Mantenlos al tanto, por favor —pidió Kenypher.

—Por supuesto.

Fui a la cocina y vi a Stephanie asaltando la nevera. La princesa me miró con cautela, con medio bocadillo en la boca. Estaba monísima, no lo voy a negar.

—¿Qué pasa?

—Tenía hambre. Y mucha.

—Entiendo. ¿Hay algo que quieras preguntarme?

Sabía reconocer su rostro “curioso”, y esa mirada suya lo confirmaba todo.

—Bueno... más que una pregunta, es un comentario. Tu amigo es raro. Lo he observado mejor mientras no estabas, pero tranquila, no he dado el cante ni nada. Puede que no lo parezca, viniendo de mí, pero he sido muy discreta.

Señaló con la cabeza a Romeo, que estaba distraído, mirando por la ventana.

Seguía con nosotros y dormía en la habitación del padre de Stephanie. En teoría ya no corría peligro, ya que el equipo de Stanley, incluido él mismo, había sido eliminado.

La tomé del brazo y la aparté un poco, alejándonos de él.

—¿Raro en qué sentido? —pregunté, intrigado.

—No sé. Tiene cara de pocos amigos, más que tú, y mira que es difícil. No habla mucho, ni se abre con nadie.

—Tiene un pequeño problema con la confianza. Pasó por algo que... bueno, le hizo cuestionar a todo el mundo a su alrededor.

—¿Y tú confías en él? —entrecerró los ojos, buscando la menor duda en mi expresión.

Guardé silencio.

Nuestra amistad venía de lejos. Romeo me había salvado varias veces, y yo a él. Solo cambió un poco después de un suceso...

—Sí, es como un hermano para mí.

—¿Y puedo saber qué pasó?

Todos en el equipo conocían el pasado de Romeo; al fin y al cabo, llevábamos muchos años trabajando juntos. Después de que se

alejara, me habían preguntado mil veces si lo aceptaría de nuevo si algún día quisiera volver. Terminé confiando en lo que el doctor Karl me había dicho dos meses atrás y tomé mi decisión de reincorporarlo.

—Traición. Ese fue el problema que lo desencadenó todo — respondí al fin.

—¿En relación contigo?

—No. Romeo fue traicionado por otra persona, y le dieron tres puñaladas por la espalda. Ya entonces le había advertido que no aceptara cierto trabajo.

Stephanie abrió mucho los ojos y estuvo a punto de hablar, pero se contuvo, confundida.

—¿Pero... qué ocurrió?

—Te lo explicaré de forma resumida. Romeo estaba entusiasmado con el trabajo que hacía. Éramos una buena pareja profesional, ya que trabajábamos codo con codo, pero mientras yo valoraba mis vacaciones, él quería trabajar todos los días posibles. No por dinero, sino por placer. Durante uno de nuestros meses de descanso recibió una oferta para proteger a un hombre adinerado en Alabama, llamado Cojan. Romeo aceptó y trabajaba en pareja con Bernard, pero el último día hubo un plan para robar al hombre que debía proteger. Cuando se lo contaron a Romeo, se negó a participar y dijo que se marchaba, que no quería verse involucrado. Pero cuando se dio la vuelta... bueno, las tres cicatrices que tiene en la espalda dicen el resto.

—¿Le dispararon así, sin más? —preguntó ella, atónita.

—Sí. Y todo lleva a Stanley, el tipo que lo perseguía hasta hace unos días. Bernard era uno de los hombres de confianza de Stanley, y todo fue por orden suya. En aquel entonces Stanley no tenía tanto dinero. Después de que Romeo, milagrosamente, se recuperara, juró vengarse de ambos.

—¿Y lo consiguió?

—Bueno... mató a Bernard. En cuanto a Stanley, tuvo algunos problemas, ya que no podía acercarse demasiado por la cantidad de guardaespaldas que tenía, y acabó vengándose de otra manera: se acostó con su mujer y luego publicó vídeos y fotos de ella en todas las redes sociales posibles. Ya lo sé, fue una venganza bastante absurda, pero Romeo sabía que Stanley adoraba a Judith, así que... pasó lo que pasó. No lo culpo. Después de lo que vivió, ni siquiera sé cuál habría sido mi reacción.

—¿Y los disparos? ¿Cómo logró sobrevivir?

—Como te he dicho, fue un milagro. Romeo estuvo agonizando allí durante horas, y Bernard lo dio por muerto. Fui yo quien lo salvó, después de que no respondiera a una de mis llamadas. Decidí entrar por la fuerza en la casa de Cojan y lo encontré en el suelo, inconsciente. Lamentablemente, el hombre al que protegían estaba muerto, y todos sus objetos de valor habían desaparecido.

—Y desde entonces Romeo se convirtió en un hombre peligroso —determinó Stephanie.

—Siempre lo fue. Nunca dejó de serlo —respondí con tono serio.

—¿Y qué pasó después?

—Romeo intentó volver al trabajo, pero... —me detuve, recordando algunos de sus actos—. Se volvió una persona completamente inestable. Le quedaron secuelas y se transformó en otro hombre.

Stephanie escuchaba con atención. Realmente era una historia intensa cuando se contaba con todos los detalles, pero no pensaba profundizar más. No era necesario.

—Constantemente creía que alguien lo seguía, y si cualquier persona lo miraba fijamente, casi la mataba. Agredía a desconocidos durante los servicios, convencido de que eran amenazas para sus protegidos; sudaba frío, temblaba... Había demasiados síntomas, sería imposible enumerarlos.

—¿Y qué hiciste?

—Lo aparté. No hace falta decir que quiso matarme, pero nos considerábamos hermanos, y le expliqué que no estaba bien, que el estrés postraumático lo estaba destrozando. Entonces hablé con alguien a quien había protegido tiempo atrás en Finlandia, Karl. Es psicólogo, así que le pedí ayuda. Romeo siguió un tratamiento hasta hace poco y después regresó a Los Ángeles. Cuando tu padre me pidió que te protegiera, Romeo no formaba parte de mi equipo al principio, pero acabó uniéndose después de hablar conmigo. El problema era que no podía dejarlo demasiado expuesto, ya que Stanley vivía aquí. En resumen, le di un voto de confianza y respondió bien. Eso es todo.

—Ya veo... —murmuró ella, pensativa.

—No te preocupes —le dije, acariciándole el rostro mientras me quedaba un momento contemplando su belleza—. Todo va a salir bien. Muy pronto podrás salir adonde quieras sin miedo a que te sigan o a correr ningún peligro.

—¿De verdad lo crees, Hunter?

La besé sin decir palabra. Necesitaba que confiara en mí en los duros momentos que estaban por venir.



Fui a hablar con Romeo que, como había dicho Stephanie, estaba muy pensativo y apartado.

—¿Qué pasa? —pregunté, y mi amigo me miró brevemente.

—Nada.

—Te conozco mejor de lo que crees.

Romeo esbozó una sonrisa burlona y luego miró hacia el salón, donde estaban Kenypher y John.

—¿John y Kenypher están haciendo demasiadas preguntas o son imaginaciones mías?

Fijé la vista en los dos hermanos y, acto seguido, volví a mirar a Romeo.

—Sí, realmente lo están haciendo —respondí con seriedad.

—Hmm... —murmuró, volviendo la mirada hacia el exterior de la casa.

—No te preocupes.

—No lo estoy. Quien necesita protección, y por tanto debería preocuparse, es tu mujer.

—Stephanie no es mi mujer.

—Pero quieres que lo sea. No intentes engañarme, también te conozco bien.

Sonreí.

Me había pillado.

Sí, a esas alturas no cabía duda de que Stephanie me bastaba. Lo que estaba haciendo por ella no lo haría por ninguna otra mujer, y el

simple hecho de no tenerla cerca me oprimía el pecho. Así que sí, definitivamente la quería como mi mujer.

—Sí, me conoces bien.

No dijimos nada más. Me quedé a su lado, observando la calle frente a la casa de Stephanie.

—¿Ya tienes un nombre? —preguntó.

—Todavía no —mentí.

En realidad, lo sabía desde hacía tiempo, desde que Stanley me lo había dicho.

Joseph Hutchinson.

Aun así, no podía revelarlo todavía. Llegado el momento, usaría ese nombre, pero debía mantenerlo en secreto hasta que fuera necesario.

—Entiendo.

Me fui a mi habitación y me tumbé en la cama.

Parte de mi plan ya estaba en marcha, pero aún necesitaba pensar en más alternativas.

De reojo, vi la puerta abrirse. Stephanie estaba allí, de pie, mirándome.

—¿Necesitas algo?

—Sí. Si tengo que resumirlo... te necesito a ti.

Se tumbó en la cama, observándome con esos ojitos suyos.

—Ya no hace falta que duermas aquí. Mi cama es grande, ¿sabías?

—Qué mujer más descarada... —la abracé, cubriendo sus labios de besos.

—Un poco. Lucho por lo que quiero... o por quien quiero.

Sonreí, aunque mi mente seguía cargada de preocupaciones.

Nos estábamos arriesgando al quedarnos en esa casa, y lo sabía.

—Tengo la cabeza hecha polvo, y sé que no te estoy prestando la atención que mereces —le dije, acariciándole la mejilla.

—Si es para que todo acabe bien, puedo aguantar un poco más. Pero me da miedo...

—Ya te lo he dicho... —la interrumpí—. No te pasará nada.

—No, Hunter. No iba a decir eso —desvió la mirada—. Me da miedo... por ti. Antes no me importaba tanto, pero si te pasa algo por mi culpa, no me lo perdonaré.

—Eh... —deslicé los dedos por su cabello—. No te preocupes. Me paso la vida protegiendo a la gente, estoy acostumbrado. Pero esto es distinto. Lo que me preocupa es lo que tú te has convertido para mí.

—¿Y qué me he convertido?

La miré fijamente y sonreí.

Romeo tenía razón. Ya no había forma de apartarme de ella. No ahora. Esa mujer removía en mí los sentimientos más profundos.

—En alguien a quien he aprendido a amar.

Stephanie se sonrojó y soltó una risita nerviosa.

—¿Estás diciendo que...?

—Sí, exactamente. Te amo. He tardado en entender lo que significaba este sentimiento, pero ahora lo tengo claro. Nunca se lo había dicho a ninguna mujer, excepto a mi madre. Las únicas personas a las que les dije “te quiero” antes que a ti fueron mi hermano y mi madre. Así que...

Stephanie me besó de inmediato, con fuerza.

—Quiero que sepas que... yo también te amo. Escucharte decirlo me ha dado valor para confesar lo que llevaba guardado dentro. No sé cuándo empezó, pero... pasó.

—Quédate conmigo. Todo saldrá bien —le dije, sujetando sus manos antes de abrazarla.

Entonces comprendí el poder de un sentimiento así. Haría lo que fuera por proteger a la princesa.

Mi princesa.



Durante los cinco días siguientes hice el mismo recorrido en tres ocasiones: desde la casa de Stephanie hasta el enorme bufete de abogados donde tenía a mi informante.

Alternaba los días: uno salía, al siguiente me quedaba en casa, y así hasta que se completara el tiempo necesario para reunir la información que había pedido. Siempre llevaba mi mochila y dos armas. Tenía que tomar todas las precauciones posibles.

Sabía que obtener ciertos datos llevaría tiempo.

Aun así, seguía tranquilo con el plan, ya que, ante la justicia, Stephanie aún no había heredado nada de su padre. Cuando eso ocurriera, entonces sí tendría motivos para preocuparme.

Pese a todo, mi margen se estaba agotando, y temía que, en breve, los asesinos del padre de Stephanie encontraran la forma de acelerar los trámites judiciales. Cuando había dinero de por medio, no se podía confiar en nadie.

—¿Todo bajo control?

—Sí. Es raro, la verdad —comentó John.

—No son del tipo que se dejan ver. Hacen el trabajo y desaparecen —añadió Kenypher.

—Coincidió —asentí.

—¿El plan está funcionando, Hunter?

—Sí. Solo necesito una prueba más.

Sí, solo una más. Y Thierry estaba decidido a conseguirla.

—Perfecto. Ya dije que me gustaba esta casa, pero empiezo a cambiar de opinión —dijo John, esta vez con seriedad.

—Todo se resolverá. —Me alejé de ellos y regresé a mi habitación.

Mientras repasaba mentalmente el plan, oí cómo la puerta se abrió de golpe. Pegué un salto al ver a Stephanie pálida como la cera. Algo había pasado.

—Stephanie.

—Creo que tenemos un problema.

—¿Qué tipo de problema?

—El abogado de mi padre ha llamado a mi móvil. Creo que sabes lo que significa...

—Ahora, ante la justicia, todos los bienes de tu padre están a tu nombre, incluidas las acciones que compró —completé por ella.

Tal como había previsto, habían acelerado el proceso, aunque mucho más rápido de lo que imaginaba. Justo cuando pensábamos que estábamos a salvo...

Definitivamente, ya no me quedaba mucho tiempo.



No habían pasado ni treinta minutos desde que Stephanie hablara conmigo cuando mi móvil empezó a sonar.

—Hunter... ¡cuánto tiempo!

—¿Por qué me llamáis otra vez?

La misma voz...

—Ya lo sabes. Hemos hecho unos pequeños ajustes y, por fin, Stephanie es la dueña de todo. Queremos que nos venda las acciones.

—Eso no va a pasar.

—No era una petición. Tienes veinticuatro horas para convencerla. De lo contrario, las cinco personas que hay en esa casa pagarán las consecuencias. —Colgó.

Salí de mi habitación.

Busqué a Romeo por la casa y, en cuanto lo vi, lo llevé aparte. Aún no podía confiar esas palabras a nadie más.

—¡Han llamado! Todo está ya a su nombre.

Romeo cerró los ojos, negando con la cabeza.

—Ahora sí que tenemos un problema.

—Sí. No van a ceder, querrán las acciones a toda costa para hacerse con el control de la empresa.

—¿Y por qué no las vende? ¿Para qué más sangre? —exclamó.

—¡Vamos, Romeo! Sabes que, las venda o no, para ellos el resultado será el mismo. Pero he pensado en algo. Te voy a contar mi plan.

Durante veinte minutos le expliqué lo que tenía en mente. Era el momento de decidir.

—Ese es el resto del plan, Romeo.

—Esto tiene que ser una broma de mal gusto —se burló.

—No lo es. La vida de nuestro equipo y la de Stephanie están en tus manos. Mañana tendré el resto de las pruebas, Romeo.

—¿Y qué? ¿Acaso formo parte de Fast & Furious y no me he enterado, Hunter? —soltó, nervioso.

—No te atrevas. No puedes fallar —repliqué con dureza. Necesitaba el apoyo de mi amigo.

—Piénsalo mejor.

—¡Romeo! —le sujeté por los hombros—. Solo tienes que entregar los documentos al FBI —dije, alzando la voz.

—Ni siquiera tienes esos documentos. Estás confiando en que tu informante los consiga, ¿pero y si no lo hace?

—Lo hará. Pero necesito saber una cosa: ¿confías en mí? ¿Harás lo que te he pedido?

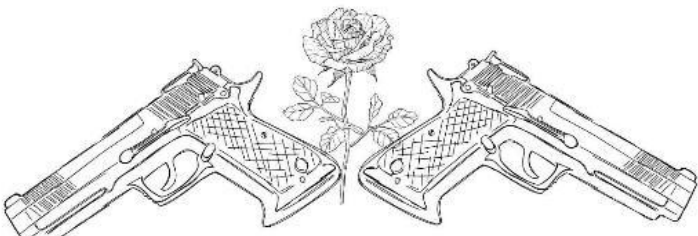
—Sabes que puedo morir en el proceso, ¿verdad?

—Por desgracia, sí.

Romeo miró a ambos lados y sonrió con ese gesto burlón al que ya me había acostumbrado.

—Por fin algo con adrenalina. Estaba harto de vigilar calles y casas. Cuenta conmigo, Hunter.

Sonreí. Sabía que podía confiar en mi amigo.



CAPÍTULO 32

«Por unos instantes nos sorprendemos con la inteligencia humana.»

HUNTER SMITH

Romeo estaba fuera de la casa de Stephanie.

Le había pedido algunas cosas y ese día pondríamos el plan en marcha. Ya no nos quedaba tiempo: las veinticuatro horas que nos habían dado por teléfono estaban a punto de agotarse.

Reconozco que la idea era arriesgada, pero podía salvarnos. Solo necesitaba que una persona creyera en mí.

—¿Conseguiste lo que te pedí? —pregunté cuando Romeo llegó.

—Mira en el garaje. Ahí tienes tu furgoneta —respondió, dedicándome una sonrisa maliciosa.

Hice lo que dijo y me encontré con la furgoneta blanca de cristales tintados, tal como la había solicitado.

—¿Conseguiste el año y el modelo que pedí?

—Renault Master, color blanco, año 2019, cuatro puertas, motor 2.3 y veinte plazas.

—Perfecto.

Jason y Donald, mis fantasmas, ya estaban en la casa de Stephanie. Ellos también formaban parte del plan.

—Aún falta algo. Crucemos los dedos para que Thierry haya conseguido lo que le pedí.

Cogí mi mochila y salí de la casa a toda prisa. Tenía que llegar rápido al bufete de abogados. A partir de ese momento, debía ser meticuloso.



Tras permanecer unos treinta minutos en el edificio, volví.

En ese momento traía entre las manos un dossier voluminoso. Sería, por tanto, una carrera contra el tiempo.

—¡Estos son los documentos que incriminan a Ludovic! —le estampé la carpeta llena de papeles en el pecho a Romeo—. Confío en ti. ¡Entrégalo todo al FBI! John, Kenypher y yo protegeremos la casa mientras haces lo que hemos pactado.

—Espero que tengas razón en todo. Porque si nos equivocamos...

—No nos equivocaremos. Ludovic no puede saber que vamos a entregar estas pruebas al FBI. ¡Así que vete lo antes posible!

ROMEO ARCHER

¡Hunter realmente me dejó alucinado con su plan!

El hombre era una caja de sorpresas. ¡Un suicida!

Salí de la casa a toda prisa y me puse al volante. Jason y Donald subieron a la parte trasera de la furgoneta y coloqué la carpeta que me habían entregado en el asiento de al lado.

Al girar la llave, esperé un momento, fijándome en el retrovisor. Aún no sabía si nos seguían, pero a los pocos segundos distinguí por el espejo un coche negro y arranqué.

Al cruzar la primera manzana vi que otro vehículo del mismo modelo estaba detrás del primero.

—¡Nos están siguiendo! —me dije.

Aceleré a tope y recorrí Beverly Boulevard hasta el final. En el retrovisor pude comprobar que eran dos coches negros los que hacían cola detrás de mí. Dos Honda Civic, modelo nuevo.

Hunter tenía razón.

La distancia era prudente; no se acercaban. El sitio al que debía ir quedaba bastante lejos, y parecían saberlo, así que no hicieron maniobras bruscas. Al menos todavía no.

Tomé Genesee Avenue y entré en el aparcamiento de The Grove, uno de los centros comerciales de la ciudad. Tenía que hacer algo antes de retomar la ruta...

Estuve apenas un minuto en el parking y salí decidido. Pensé que los había despistado, pero al incorporarme a la avenida vi que el mismo coche volvía a mi estela. No habían entrado en la plaza; me habían esperado a la salida.

¡Esto se ponía interesante!

Aún tenía que llegar al punto que me habían indicado. Menos mal que Hunter había escogido un coche rápido: ellos iban en un Honda Civic potente. Lo que no entendía era por qué mantenían la distancia conmigo.

La persecución ya llevaba más de quince minutos, y en los últimos instantes se habían acercado: estaban a unos cincuenta metros como mucho del furgón.

Decidí probar algo distinto y me metí en un solar lleno de vehículos para desguace. El terreno era enorme, casi tres kilómetros en mi estimación, pero el problema era que no veía salida clara.

Intenté bordear la maraña de coches abandonados para volver al punto por el que había entrado, pero acabé rodeado cuando uno de los coches negros se plantó delante y el otro cerró por detrás.

Me habían acorralado.

Los tipos del coche que se puso en frente bajaron al instante y me apuntaron con las armas, obligándome a levantar las manos.

—¡Baja del coche y tírate al suelo! —ordenaron.

Obedecí y me tumbé. En cuestión de segundos tres tipos se acercaron a la parte trasera de mi furgón y, al abrirla...

—¡FBI, quietos! —Aproximadamente diez agentes del FBI saltaron fuera del furgón —el que yo conducía— y redujeron a los hombres al instante.

Además, dos vehículos aparecieron por detrás de los coches de los atacantes, pillando al resto por sorpresa.

—Me he manchado la ropa —me quejé, incorporándome con irritación.

—¿Tu jefe, Hunter, necesita ayuda en la casa? —preguntó el comandante de la operación.

—Por ahora no —respondí, echando un vistazo rápido a los detenidos. No estaba él entre ellos.

Hunter tenía que tomar una decisión...

HUNTER SMITH

—¡Romeo me está llamando!

Puse el manos libres.

Estaba liado y tenía que reunir unas cosas y meterlas en la mochila. Tenía que ser rápido.

—¿Ha funcionado el plan? —pregunté, efusivo.

—Sí —respondió Romeo y me alivió—. El equipo de Ludovic ha sido detenido, y estamos a salvo.

—¡Perfecto!

—Hay un problema.

—¿Qué pasa?

—Él no estaba con ellos. Tienes que pasar al plan B, Hunter. ¡Es ahora!

—¿Qué ocurre, Hunter? ¿Qué plan es ese del que ni mi hermano ni yo sabemos? —preguntó John.

Ignoré su intervención por un momento.

—Un plan que hemos urdido Romeo y yo. Mi informante ha descubierto quién mató al padre de Stephanie.

—¿Cómo? —Stephanie abrió los ojos, sorprendida.

—¿Y cuál es el nombre del asesino del padre de Stephanie? ¿Por qué no nos lo dijiste? —exigió John, irritado.

—Joseph Hutchinson, pero... —miré a los hermanos— ...eso ya lo sabíais, ¿no?

—¿De qué demonios estás hablando? —intervino Kenypher, anticipando a su hermano.

Saqué una de mis armas del coldre y la apunté a los dos.

—Quiero que os quedéis quietos. No hagáis movimientos bruscos o disparo.

Me hice obedecer.

—¿Qué significa esto, Hunter? —intentó razonar John.

—Stephanie, coge las dos esposas que están encima de la cama.

No contesté a su pregunta, sin apartar la vista de ninguno de los dos. Sabía lo inteligentes y peligrosos que podían ser.

—Hunter... —Stephanie quedó desorientada, sin saber qué hacer.

—Rápido, por favor. No podemos perder tiempo.

Ella salió corriendo hacia el dormitorio y volvió pocos segundos después con las esposas en la mano.

—¡Los dos! Quedaos donde estáis y dejad vuestra arma en el suelo, despacio. Luego empujadlas hacia mí con el pie.

Ambos obedecieron; pronto las armas quedaron bajo mi control.

—Hunter... —John intentó avanzar hacia mí y pegué un tiro cerca de su brazo, que solo alcanzó la pared.

—¡Os dije que os quedarais quietos! —los fulminé con la mirada.

Miré hacia Stephanie: estaba pálida, paralizada.

—No te preocupes. Todo saldrá bien —le dije—. ¡Vosotros dos! Quiero que vayáis ahora mismo junto a esa ventana —les indiqué—. Luego sujetad las esposas a la barandilla de hierro.

—Hunter, piénsatelo... —dijo John.

—¡Cállate de una puta vez, John! ¡Haced lo que os ordené!

John miró el agujero de bala en la pared y comprendió que aquello no era una broma. Tras unos segundos, ambos hicieron lo que les pedí.

—¡Y pensar que confié en vosotros durante tantos años! —dije, escupiendo las palabras.

—¡No hemos hecho nada! —gritó Kenypher—. ¡Estás loco! Romeo te está manipulando.

—Sé muy bien lo que he oído y, sobre todo, lo que he visto recientemente.

—¿Cómo?

—¡Sois unos sinvergüenzas!

No vi venir el movimiento; John se lanzó hacia mí, intentando abalanzarse. Las esposas le impidieron avanzar, pero me miraba como si quisiera matarme.

—¡Te vas a hacer daño en las manos con esas cosas! ¡En la cárcel las vas a necesitar! —bramó.

—¡Te mato, Hunter! —vociferó—. ¡Es la peor estupidez que has hecho en toda tu vida!

Sonreí con sarcasmo, como ya me tenía acostumbrado a verlo.

Cogí el teléfono y marqué a Romeo.

—¿En cuánto tiempo llegáis?

—En menos de treinta minutos.

—¡Rápido! Stephanie y yo tenemos que salir de aquí inmediatamente. Ludovic no puede sospechar.

—Tranquilo. La policía llegará en aproximadamente veinte minutos. Eso es lo que nos han dicho.

—¡No podemos esperar! ¡Son peligrosos!

—Vete a un sitio concurrido y seguro.

—De acuerdo.

Colgué el móvil y busqué el motivo de tanto empeño en protegerme.

—¡Stephanie! Reúne tus cosas. Tenemos que salir de aquí en cinco minutos. Estamos sin personal, y si Ludovic viene, será nuestro fin.

Ella se fue a su habitación y yo me encerré en la mía para meter en la mochila lo imprescindible.

Pensé que Ludovic vendría con su equipo, pero no fue así.

Me entretuve más de la cuenta en mi cuarto, pero Stephanie ya me esperaba en el salón. Vi de reojo a Kenypher y John hablando; dejaron de hacerlo en cuanto me vieron.

—¿Lo tienes todo listo?

—Sí, Hunter.

—Vámonos.

Dimos unos pasos y entonces se oyó un fuerte estruendo: la puerta principal fue derribada. Cuando cayó, dos hombres entraron por ella, y a uno le conocía muy bien...

—¡No tan rápido, Hunter Smith!



—Los dos. Pegados a la pared —dijo Ludovic, empuñando el arma hacia mí—. Dejad vuestra arma en el suelo y empujadla hacia mí.

Hicimos lo que nos ordenó y di una patada a mi pistola en su dirección.

Estábamos en el exterior de la casa; aun así, la gente de la calle no podía vernos.

—Sé lo listo que eres, Hunter Smith. Pensé que montarías algo para mi equipo. Pero te voy a contar un secretillo: ¡ellos no saben nada! El FBI no sacará información de ahí. ¡Esta persecución ha sido tiempo perdido!

—Ellos entregaron los papeles. Estoy seguro.

—¿Papeles, Hunter? ¿De verdad crees que con todo el poder que tiene mi jefe lo que hayas conseguido lo va a incriminar? Con el tiempo que has tenido para recabar datos, te aseguro que no tienes nada.

Analiqué al tipo frente a mí. Él miró entonces hacia atrás, a John y Kenypher, y negó con la cabeza al verlos esposados.

—Os habéis autoboicoteado. Habeis esposado a dos tíos que no tienen nada que ver conmigo. Solo me habéis facilitado la entrada.

Miré a John y Kenypher; guardaron silencio.

—¿Qué quieres? —pregunté, desoyendo su afirmación.

—¡A ella! —respondió, mirando a Stephanie—.

Una rabia inmensa me subió por la cabeza; di un paso hacia él.

—Cuidado... ¿quieres que te recuerde que estoy armado? —se burló.

—¡Lo sé todo! Estás en un buen lío, te guste o no. Sé lo de Joseph Hutchinson.

La cara de Ludovic se endureció.

—Sí. Él fue el autor intelectual del asesinato de Andrew y del resto de mi supuesta cuadrilla. Fue por orden suya que maté a Stanley y a sus hombres. Es cierto, ¿y qué? ¿Hay pruebas? Sé que no, así que no intentes engañarme. Conozco vuestros métodos.

—¿Y todo esto por qué? —vociferé—. ¿Todo por un simple puesto en una empresa?

—¿Un simple puesto? Ernest Mobile es la tecnológica de EE. UU. que más ha crecido en la última década. Joseph lo sabe y lo ha movido todo por la compañía; solo no contaba con la traición de gente influyente que quiso poner a Andrew de presidente en vez de a él.

—¡Lo que haces es un error! —grité.

—No lo es —replicó.

—Fuiste tú desde el principio... la que mandaste a Hillary a la discoteca para que hablara conmigo y me desviara.

—Solo quería ponerte a prueba. Nada más. Como el resto de mi equipo, ella no sabía nada. ¿Entregarla a la policía ayudó en algo? No.

—¿Y eso de “ponerte a prueba” en qué te ha ayudado?

—En todo. Sobre todo en mis próximos movimientos. En el fondo sabía que no dejarías a Stephanie; lo vi el día que te defendió frente a mí. Estaba enamorada, y tú también.

Miré a Stephanie y esbocé una sonrisa.

—El amor mata, y vas a sentirlo en tus propias carnes.

Él miró el reloj.

—Bueno, no tenemos tiempo —dijo—. Te oí decir que la policía venía. No vamos a asumir riesgos. Ven, Stephanie. Tienes que firmar unos papeles. Y tú, Hunter, es hora de despedirse.

Tiré del brazo de Stephanie y la coloqué detrás de mí.

—¡Qué bonito! —dijo—. —Apuntó el arma a mi cabeza—. No voy a repetirlo.

Miré a Ludovic y a su compinche, que hicieron lo mismo.

—Hunter... tengo miedo —susurró ella, con la voz tensa.

—Stephanie, perdóname por ponerte en esto, pero ha sido necesario —contesté sin apartar la mirada de los dos hombres.

—¿Necesario, Hunter? Podías haber evitado todo si te hubieras largado, pero volviste a defenderla y te has suicidado.

—Creo que no lo entiendes. ¡Yo quería exactamente esto que está pasando ahora mismo! —sonreí y solté una carcajada.

—¿De qué coño te ríes?

—De vuestro error. Estás justo donde quería que estuvieras, Ludovic.

—¿De qué hablas?

—El mayor fallo que cometiste fue dar la espalda a los dos mejores tiradores que he conocido.

—¿Qué...? —apenas tuvo tiempo de reaccionar cuando sonaron dos disparos y los hombres cayeron seguidos.



—¡Habla! Soy un gran actor, ¿no, Hunter? —se jactó John, haciendo un bailecito ridículo mientras su hermano negaba con la cabeza.

—¡Basta ya, John! —cortó Kenypher, intentando frenar a su hermano.

—Fuisteis muy convincentes. Gracias por eso.

—Confieso que me asustó tu disparo cuando estaban esposados. Eso no estaba en el guion. ¡Eso no quedará así!

Sonreí. Era cierto.

—¿Qué diablos está pasando aquí? ¡Estaban esposados! —preguntó Ludovic, gimiendo de dolor al instante por el disparo en el hombro derecho.

—Sí, lo estaban. Pero tenían la llave para salir.

—¿Qué mierda estás diciendo? —gruñó.

—Todo ha sido un teatro, ¿no lo entiendes todavía? Y no solo hoy, Ludovic. Lleva tiempo siendo así. Todo para descubrir la verdad.

—Hunter... ¿por qué no me dijiste nada? —intervino Stephanie.

—Perdona, no podía contarte nada —dije, tomándole las manos—. Lo hiciste muy bien, y ahora estás a salvo. Para siempre.

Tras mis palabras, Ludovic empezó a reírse descontroladamente, mirándome con desprecio.

—¡Eres idiota, Hunter! Sé que mi gente no dirá nada porque no saben nada; sigues en la casilla de salida.

—¿Estás seguro? —pregunté, inclinándome sobre él.

—No hay pruebas contra mí ni contra Joseph. ¡Es tu palabra contra la mía! —se carcajeó, retorciéndose en el suelo.

Me acerqué y le di un par de palmaditas en la cara.

—No hace falta que lo niegues. Ya no. Las imágenes hablan por sí solas.

—¿Qué imágenes?

Sonreí.

—Un hombre desesperado hace cualquier cosa para librarse, ¿no? Cuando escuchaste el nombre de Joseph Hutchinson, te cegaste y viniste aquí; viste por las cámaras que no había nadie de mi equipo en la casa —o mejor dicho, que dos estaban esposados porque supuestamente los había señalado—.

—Espera... ¿sabes de las cámaras?

—Ah, sí. Me llevó un tiempo, pero descubrí que las instalaste aquí en la casa. Esa fue tu ruina.

—Eso no demuestra nada.

—No, no lo hacen tus cámaras. Sí lo hace el teléfono que compré recientemente. —Señalé hacia una maceta, a nuestra derecha—. Si miras bien, verás un móvil ahí, y ha estado grabando todo lo que ha pasado aquí desde hace un rato. Ese es el punto ciego de tus cámaras; lo coloqué ahí. Como no tenía acceso a las grabaciones de ese punto en concreto, no sospechaste nada. He tenido tiempo de sobra para estudiar el alcance de tus cámaras.

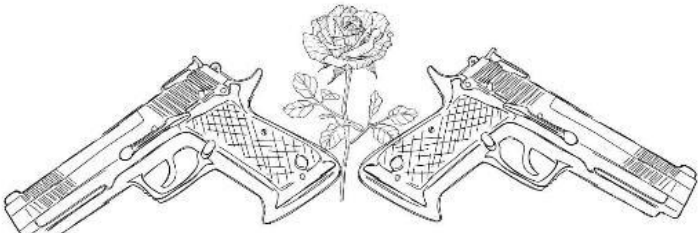
—¡Eso es imposible! ¡Es una farsa! —gritó.

—No solo pronunciastes el nombre de tu jefe, sino que dijiste a voz en grito todas las personas que te ordenó matar, incluido Andrew.

Se oyeron sirenas en la calle.

El FBI había llegado.

—Te daré un consejo —me acerqué aún más—. Nunca vuelvas a subestimarme. Soy más listo de lo que crees, a pesar de ser un simple guardaespaldas.



CAPÍTULO 33

«La vida está hecha de momentos únicos, y algunos de ellos son verdaderamente sorprendentes...»

STEPHANIE TORRES

No hace falta decir que no entendí absolutamente nada de lo que había pasado en mi casa.

Los dos hombres fueron detenidos por los numerosos agentes que entraron y, tras hablar unos minutos con Hunter, se marcharon. Por lo visto, los disparos no habían sido mortales: ambos habían recibido una bala en el hombro.

—No entiendo nada —dije en cuanto Hunter y yo nos quedamos a solas.

—Te lo explicaré desde el principio —respondió con una sonrisa.

—¿Cómo se te ocurrió todo esto?

—Pura suerte... y un poco de competencia —se encogió de hombros.

—Viniedo de alguien tan inteligente como tú, no me lo creo —fui directa.

—Pues créetelo. Voy a contarte con detalle lo que pasó. —Se sentó y comenzó—: El plan inicial era irnos a una finca, a unos kilómetros de la ciudad. Todo estaba preparado, sobre todo después de obtener aquella información de Stanley. Había decidido sacarte de aquí lo antes posible.

—De acuerdo.

—Pero cambié de idea cuando, por casualidad, vi una pequeña luz roja en tu casa.

—¿Cómo dices? ¿Una luz roja? —pregunté, totalmente desconcertada.

—Sí. Un día me senté en el salón, pensativo. ¿Sabes cuando te quedas mirando a la nada, con la mente en blanco, fijando la vista en un punto? Así estaba —explicó—. Y en ese momento, durante una fracción de segundo, vi un puntito rojo delante de mí. Fui lo bastante listo para no reaccionar ni acercarme. Fingí no haberlo notado, porque sospeché que podía tratarse de una cámara. He trabajado para mucha gente y reconozco bien el destello que emiten. Fingiend normalidad, pasé varias veces por el mismo sitio y confirmé que tenía razón. En un principio solo vi esa, pero con el tiempo fui descubriendo más por la casa.

—Espera... ¿desde cuándo están aquí? ¿Y por qué demonios no me dijiste nada? —pregunté, todavía llena de dudas.

—A la primera pregunta, no tengo respuesta. Pero sé que las colocaron después de mi trabajo con tu padre, porque la vez anterior revisé la casa a fondo. En cuanto a la segunda... preferí no decírtelo.

—¿Y qué hiciste cuando las encontraste?

—Al principio, nada. Necesitaba tiempo para pensar —respiró hondo—. La verdad es que, aun sabiendo que estaban ahí, no tenía ni idea de cómo actuar.

Escuchaba con toda mi atención, aunque aún no entendía cómo podían aquellas cámaras ayudarnos.

—Stephanie, no solo nos veían, también nos escuchaban. Las cámaras estaban colocadas estratégicamente, y conté cinco en total: una junto al tiesto de las plantas, otra en el dormitorio de tu padre, la que te he mencionado en el salón, otra en el pasillo que conecta los cuartos y la última en la cocina. Analizándolas con cuidado, me di cuenta de que tenían un fallo en su posición. Había muchos puntos ciegos, zonas donde no alcanzaban a grabar, ¿entiendes? Es decir, no captaban toda la casa. Por ejemplo: tu habitación, la mía, gran parte del patio... Así que, después de pensarlo bien, en lugar de quitarlas, hice lo contrario. Las dejé ahí y fingí no saber nada —sonrió, seguro de sí mismo—. Dime una cosa: ¿nunca te pareció raro que siempre hablara con el personal de seguridad en el patio, justo junto a la salida de tu casa?

—No. Recuerdo que hablaba con ellos aquí también, incluso compartía planes con todos en el salón.

—Ahí es donde te equivocas. —Hunter cerró los ojos un instante, como si rememorara algo—. Solo dije lo que las personas que tenían acceso a las cámaras querían oír. Todas las conversaciones sobre el plan fueron una farsa. Al menos, las que tuvieron lugar aquí dentro, sí. Les hice creer muchas cosas, y su error fue confiar en mis palabras, las que salían de esta misma sala.

—Eso es demasiado complejo, incluso para mí —sonreí, pensativa—, pero creo que empiezo a captar la idea.

—Intentaré resumírtelo. Stanley fue asesinado mientras buscaba pruebas de que tu padre había sido eliminado por alguien que pretendía asumir la presidencia de la empresa, ¿cierto? Stanley descubrió que tu padre había comprado el 51 % de las acciones de Ernest Mobile tras convertirse en presidente. En aquel momento me contó poco, apenas de palabra, pero sé que había encontrado mucho más, porque tenía un dossier enorme en las manos. El día en cuestión me pidió que le entregara a Romeo a cambio de esa carpeta, cosa que jamás habría hecho. Sin embargo, durante aquella conversación me dio un nombre: Joseph Hutchinson. Y también descubrí que Ludovic estaba implicado. Es decir, llevaban tiempo trabajando juntos. Un día después de hablar conmigo, Stanley fue asesinado, y fue entonces cuando comprendí que quienes iban detrás de ti sabían que Stanley había estado investigando, y que eran mucho más peligrosos de lo que imaginaba: no dudaron ni un segundo en matar a uno de los delincuentes más temidos de Los Ángeles. Eso me confirmó que los nombres que me dio eran ciertos.

—Entiendo. Así que Stanley consiguió información real.

—Escúchame, Stephanie. Soy guardaespaldas, no investigador. Me habría resultado casi imposible reunir pruebas contra gente tan poderosa. No antes de que me mataran.

—Y todo esto, por mi culpa —dije, abrumada.

—Ya estábamos metidos hasta el cuello —respondió al fin—. Si te pasaba algo, vendrían también a por nosotros.

—¿Y cómo ideaste todo esto, paso a paso?

—Primero: fingir. Hablé con mi equipo en el patio, lejos de una de las cámaras, y les conté lo que Stanley me había dicho. También les hablé de las cámaras. Un día antes me había asegurado de revisar el exterior de la casa, por si había más. Les expliqué la idea inicial, que

todavía no estaba del todo definida, y todos me animaron. Hice algo arriesgado, lo admito: se lo conté todo.

—¿Por qué arriesgado?

—Por la posibilidad de que hubiera un infiltrado. Romeo me advirtió de eso, pero confié en mi instinto. No creí que nadie de mi equipo trabajara con Ludovic, y mucho menos que fueran ellos quienes instalaran las cámaras.

—Entiendo.

—Segundo: mentí, y mucho. Cuando estábamos dentro de la casa me aseguré de hablar de lo bien que iba la operación, de las pistas que supuestamente teníamos... Pero lo más importante fue decir que había conseguido otro investigador, lo cual era una completa mentira. Salía de la casa y me dirigía a un punto concreto para encontrarme con... nadie.

—¡Espera! ¿El famoso bufete de abogados...?

—¿Recuerdas que compré dos teléfonos? —me interrumpió.

—Sí.

—Uno era un móvil de prepago, con el que, supuestamente, hablaba con Thierry. Pero Thierry... no existía. Así de simple. Todo era un montaje. En efecto, iba a un despacho privado y me quedaba allí unos treinta minutos, pero era pura fachada. Quería hacer creer que había contratado a otro investigador para ayudarnos, e inventé un nombre exótico porque sabía que ellos buscarían a algún Thierry en ese bufete y no encontrarían a nadie. Aun así, dentro del despacho llamaba desde ese móvil de prepago a alguien, porque no podía arriesgarme. Mi teléfono personal podía estar pinchado. Con el nuevo llamé a un viejo conocido del FBI que había trabajado conmigo en seguridad hace años. El segundo teléfono que compré era de los mejores del mercado en calidad de audio y vídeo, y fue el que coloqué junto al tiesto de las plantas para grabar la confesión de Ludovic.

Estaba al borde de un ataque de nervios de tanta ansiedad por escuchar el resto del plan.

—Mi plan no era perfecto. Si algo salía mal, todo se iría al traste. Para ejecutar la primera parte, me aseguré de decir bien alto que teníamos todas las pruebas necesarias para incriminar al asesino de tu padre. Llevaba pequeños dossiers a tu casa después de mis “visitas a nadie”, pero dentro no había absolutamente nada. Solo papeles sin importancia.

—Diste a entender que habías reunido pruebas.

—Sí, pero en realidad no teníamos ninguna, solo su nombre. Aun así, sabía que eso bastaría para asustarle, porque mencioné a Ludovic. En ese momento dije que iríamos al FBI, que entregaríamos los “documentos” y demostraríamos que sabíamos quién había asesinado a tu padre. Por eso hice que Romeo fuera hasta el punto estratégico.

—Pero podrían haber matado a Romeo, a Jason y a Donald.

—Sí, pero ahí entra el resto del plan A. En el aparcamiento del centro comercial iban a cambiar la furgoneta por otra idéntica, mismo modelo, misma matrícula, solo que en ese otro vehículo iban agentes del FBI. Solo necesitaba que Romeo fuera lo bastante rápido en el cambio, porque él conduciría ambos coches, cada uno en un tramo distinto, ¿entiendes?

—Sí, para que los asesinos no sospecharan nada, ya que sabían que Romeo estaba al volante, y por eso debía conducir el segundo coche.

—Exacto.

—¿Y cómo sabíais que los seguirían cuando salieron de mi casa?

—Jason y Donald. Mis agentes de campo detectaron un movimiento extraño en una casa a cincuenta metros de aquí. No son los

mejores por casualidad: enseguida me avisaron de que las personas allí eran sospechosas. Tenía que arriesgarme, y acertaron. Ambos vimos cómo, apenas salió la furgoneta de tu casa, otro coche pasó a toda velocidad por la calle. Eran ellos.

—¡Dios mío!

—Me la jugué tres veces, Stephanie: cuando confié plenamente en mi equipo; cuando pedí a Romeo que hiciera el intercambio de vehículos; y cuando los atraje hasta tu casa.

—Pero ¿qué sentido tenía que Ludovic pusiera cámaras aquí? Eso es lo que no entiendo.

—En mi opinión, esas cámaras estaban desde que tu padre volvió a casa. Necesitaban seguirle los pasos, porque en ese momento Andrew ya era el presidente de la empresa.

—¿Y después de la muerte de mi padre? ¿Por qué mantenerlas aquí? Eso podría servir como prueba en su contra, y siendo tan poderosos, podrían haberlas retirado sin problema.

—Sí, y ahí es donde entro yo en la historia.

—¿Tú?

—Sí. Ludovic vio lo insistente que fui el día antes de que Andrew tomara posesión del cargo, y sabía que haría lo posible por protegerte, ya que me preocupé por ti y por tu padre incluso después de haber terminado mi trabajo. Creo que, al verme en tu casa cuidándote, Ludovic me consideró una amenaza y no desconectó las cámaras, por decirlo así. Necesitaba controlar mis movimientos, porque sabía que no dejaría de protegerte, y entendía que, tarde o temprano, iría tras las pistas del asesinato de tu padre.

—Lo que todavía no entiendo es por qué Ludovic se arriesgó viniendo aquí, por qué se expuso tanto, si ni siquiera fue con su equipo a perseguir a Romeo y a tus otros agentes.

—Porque aún no había escuchado el nombre de Joseph Hutchinson —explicó Hunter con absoluta confianza—. Cuando por fin lo mencioné, la primera parte del plan se completó y sus cómplices ya estaban arrestados por el FBI. Ahí fue cuando Ludovic cometió su error. En realidad, desde el momento en que puso un pie en esta casa, la segunda parte del plan ya había empezado.

—Es demasiada información...

—Ludovic empezó a sospechar que algo no encajaba en cuanto Romeo me llamó. Por eso puse la llamada en altavoz, la misma en la que mi amigo dijo que sus compañeros habían sido detenidos. Estoy seguro de que Ludovic intentó comprobarlo, llamando a alguien, pero no consiguió respuesta. Fue entonces cuando la segunda parte de mi plan entró en juego.

—Cuando dijiste el nombre Joseph Hutchinson —añadí.

—Exacto. Ludovic se dio cuenta de que yo tenía información.

—Pero no la tenías —dije, y él sonrió—. Lo engañaste por completo.

—Otra vez, exacto. Solo tenía el nombre, pero eso bastó para atraerlo y... bueno, ya sabes lo que pasó después. Días atrás había planeado con John y Kenypher que los esposaría y dejaría la llave con ellos mismos. Casi todo lo que pasó en esta casa no fue más que teatro, Stephanie.

—Al hacerlo con los hermanos diste a entender que yo estaba desprotegida, que solo estabas tú. Él creyó de verdad que habías cometido un error al esposar a John y a Kenypher. Ludovic se delató cuando confesó haber matado a esa gente por orden de Joseph, y tú dejaste grabando el móvil que habías comprado.

—Exactamente.

—¡Joder! ¡Qué planazo!

Me quedé mirando el rostro de Hunter.

Ya sabía que era inteligente antes de escuchar toda aquella historia, pero oírlo explicarse, entender su estrategia, me dejó impresionada de una manera difícil de describir. Comprendí entonces por qué lo consideraban el mejor guardaespaldas del país. No se limitaba a hacer su trabajo; iba mucho más allá. Y eso me había salvado la vida. Nos había salvado la vida.

—Te mereces un beso. Uno de los buenos.

—Entonces, ¿a qué esperamos? —dijo él. Y con la ligereza de una pluma me alzó en brazos y me llevó al dormitorio.

Por fin podía tener aquello que tanto había deseado durante los últimos días, sin miedo a lo que pudiera ocurrir a mi alrededor.



Diez días habían pasado sin que me diera cuenta.

Era increíble volver a sentir la libertad de ir y venir a donde quisiera.

Antes no valoraba lo suficiente algo tan simple, pero después de todo lo que viví para llegar hasta aquí, esa sensación tenía un sabor distinto, el de una verdadera conquista.

Jamás imaginé que mi padre moriría por culpa de la empresa, y mucho menos que Hunter seguiría protegiéndome aun sin recibir nada

a cambio. No sé si estaba bien pensar así, pero de algún modo sentía que tenía una deuda con él.

Todo lo que había hecho, el riesgo que asumió, el plan que prácticamente elaboró solo... todo contribuía a ese sentimiento. No tenía ninguna obligación de quedarse conmigo, y aun así lo hizo. Por eso empecé a admirarlo todavía más.

Sé que soy una mujer complicada, de carácter fuerte, y que rara vez cedo en las discusiones. Sin embargo, Hunter fue uno de los pocos hombres capaces de sacar lo mejor de mí, de hacerme ver la vida con otros ojos. Le doy gracias cada día por haberlo conocido, y haré todo lo que esté en mis manos para que siga formando parte de mi vida, más que nunca...

En ese momento, Hunter estaba en casa. Se había instalado allí durante esos días. En mi mano derecha llevaba algo que necesitaba enseñarle.

—Tengo que decirte algo, Hunter.

—¿Qué necesitas, amor?

Había algo distinto en Hunter. Sus gestos. Sus sentimientos.

Ahora los mostraba sin miedo.

No me gustaba que me vieran como “la mujer que cambió la forma en que Hunter veía el amor”. Prefería pensar que solo le había abierto los ojos, porque sé que su corazón siempre fue enorme, y no solo conmigo.

Incluso la forma en que cuidaba de su equipo me hacía pensar en lo especial que era, sobre todo cuando se ponía en el lugar de los demás.

Hunter estaba empezando a mostrarle al mundo lo bueno que era, y eso me llenaba de alegría.

—Quiero leerte algo. Por fin seguí tu consejo sobre aquello que hablamos hace un tiempo —dije, un poco nerviosa—. Escribí unas palabras sobre mi padre.

Creí que me saldría bien, pero me encontré frente a una hoja en blanco durante mucho rato, sin saber cómo empezar ni qué decir.

—Estoy orgulloso de ti, Stephanie —dijo, y al instante me sonrojé, recordando algunos momentos con mi padre—. Sé que tus palabras salen del corazón.

—Sí.

Abrí el pequeño papel que sostenía en la mano y contemplé las líneas que había escrito. Respiré hondo y empecé a leer.

«Papá,

Durante varios días me quedé mirando esta hoja en blanco.

No sabía cómo ni por dónde empezar. No por falta de sentimientos, nada de eso. Siempre me he considerado buena explicando cosas, sobre todo en la universidad, pero expresar emociones sobre el papel ha sido, y sigue siendo, todo un desafío.

Me he aferrado a nuestros buenos momentos. Sé y entiendo que muchas cosas cambiaron en tu corazón cuando mamá se fue, y trato de imaginar, a través de tus ojos, lo que pasaba por tu cabeza.

Era muy pequeña y no lo entendía del todo... pero ahora tengo una ligera idea de lo que viviste.

Recuerdo nuestras conversaciones y cómo se te quebraba la voz cada vez que hablabas de ella. Puedo decir con total certeza que daría cualquier cosa por haber pasado más tiempo con mamá después de mi infancia. Por desgracia, sé que eso nunca será posible; se marchó demasiado pronto y ni siquiera tuve la oportunidad de hablar con ella».

Sé que fuiste un padre que no estuvo muy presente durante mi adolescencia ni al comienzo de mi vida adulta, pero en cierto modo entiendo que necesitabas seguir tu camino, tus sueños. Nunca imaginé que esa búsqueda te costaría la vida, y mi corazón se encoge cada vez que recuerdo lo que ocurrió...

Bueno, quería decirte algo sencillo, palabras que expresan lo que siento en lo más profundo de mi pecho.

Te quiero, papá. Siempre te querré. Es simple, pero tan inmenso...

Dondequiera que estés, espero que cuides de mí. Jamás olvidaré los momentos que compartimos, y quiero que sepas que en esta vida todo sirve de aprendizaje. Tú me enseñaste muchas cosas valiosas sobre todo. Quiero darte las gracias por tu apoyo en prácticamente todo lo que hice, desde el primer empujón para aprender a montar en bici hasta el día de mi graduación. Ningún dinero del mundo podría comprar gestos como esos, y me siento de verdad agradecida por haber tenido la suerte de tenerte como padre.

Así que... eso es todo. Siempre estarás en mis pensamientos, y sobre todo, en mi corazón.

Te quiero.

Stephanie.

—¡Sabía que lo conseguirías! —Hunter me abrazó, besando la parte superior de mi cabeza y estrechándome contra su pecho.

—Fue difícil, pero cada segundo que pasé escribiendo esa carta valió la pena —le devolví el abrazo, feliz de tenerlo a mi lado—. Hay otra cosa. Hice una pequeña prueba y...

—¿La universidad? No tengo la menor duda de que has aprobado —me interrumpió, y no pude evitar sonreír.

No lo había entendido.

—No... otra prueba.

—¿Qué tipo de prueba? —preguntó, curioso.

—Bueno... resumiendo, estoy embarazada.

HUNTER SMITH

Creo que me quedé unos diez segundos observando el rostro de Stephanie, intentando entender por qué estaba bromeando... pero no, no lo parecía en absoluto.

—¿Esto va... en serio?

—Sí. Llevaba un tiempo con la sospecha y ahora que me he hecho la prueba... bueno, ya lo sabes —dijo, algo avergonzada.

—No sé qué decir.

No recuerdo haberme quedado tan sin palabras en toda mi vida.

Hicimos el amor sin protección solo una vez, y fue la tercera, algo que jamás me había pasado con ninguna mujer.

Sonreí, negando con la cabeza. Dios tiene un sentido del humor peculiar, pero...

—Parece que estás enfadado.

—No es eso. Es que... voy a ser padre... —miré hacia arriba, pensando en quién sabe qué—. Nunca imaginé que podría tener un hijo, así que estoy... no sé, confundido, abrumado, feliz, todo a la vez. Pero hay algo que sí puedo asegurarte. —Le tomé las manos—. Seré el mejor padre posible... de Hunter Jr.

—¡Ni de broma! —me soltó las manos de inmediato y me dio un buen manotazo—. ¡Con ese nombre ni se te ocurra acercarte a mi hijo o hija!

Eché a reír, atrayéndola de nuevo entre mis brazos.

—Stephanie, no estoy enfadado, solo sorprendido. Pero te juro que esta noticia me ha llenado el corazón de alegría y... de esperanza. Seré un buen padre, te lo prometo.

Stephanie era tan frágil y, al mismo tiempo, tan fuerte...

Había pasado por tanto hasta llegar donde estábamos. La princesa me había cambiado como hombre, y necesitaba darle las gracias por estar conmigo.

Es cierto que muchas veces era quisquillosa, terca y provocadora, pero ¿qué puedo decir? Los dos éramos así, discutíamos como el perro y el gato, aunque a medida que el sentimiento crecía, empecé a mirarla de otro modo, y menos mal que las cosas acabaron así.

Todavía no sé si fue su manera tímida de tratar ciertos temas o ese fuego inagotable que tenía en la cama lo que me hizo enamorarme tan deprisa. En el fondo creo que fueron ambas cosas, junto con mil razones más, así que no tengo por qué justificarme. Solo sé una cosa: mis sentimientos por ella son reales... y crecen un poco más cada día.



CAPÍTULO 34

«Es difícil describir lo que siente un hombre cuando está completamente rendido ante una mujer...»

HUNTER SMITH

¡Tres meses!

Ese fue el tiempo que tardó en salir a la luz todo lo relacionado con Andrew y Joseph Hutchinson. En aquel momento, todos los implicados estaban entre rejas, y, por lo visto, la condena de Joseph sería ejemplar. Todo apuntaba a cadena perpetua.

El FBI analizó una por una las cámaras, y me confesaron que ellos mismos se habían quedado impresionados con la calidad y la sofisticación del sistema. No necesitaban más que un cable para

funcionar, y por eso la intención era que pasaran desapercibidas. Mi suerte fue aquel destello de luz; de no ser por eso, jamás habría descubierto qué las conectaba. Sin lugar a dudas.

La rivalidad entre Andrew y Joseph venía de lejos, y había mucho más de lo que imaginaba.

El orgullo acabó con Andrew, sobre todo después de hacerse con la mayoría de las acciones de la empresa. Ambos querían la presidencia, pero el padre de Stephanie no contaba con que Joseph no iba a quedarse de brazos cruzados.

El FBI descubrió varios asesinatos vinculados a él, sin contar el de Andrew y su equipo. No sé qué métodos usaron, pero consiguieron que todos hablaran, incluso Ludovic.

Había estado infiltrado en el equipo de Andrew durante seis años.

¡Seis años!

Solo así puede entenderse la magnitud de lo que estaba ocurriendo, teniendo en cuenta que Andrew llevaba más de una década como vicepresidente de Ernest Mobile.

Una guerra de poder fue lo que desató todo.

Joseph era uno de los accionistas y confiaba en que, tras la renuncia del antiguo presidente, él ocuparía el cargo. Pero eso no sucedió, y ya podéis imaginar el resto.

Aunque llegué a pensar que Andrew tenía algo turbio, las investigaciones demostraron lo contrario. Estaba limpio, pero murió por no ceder.

El mundo empresarial puede ser la perdición de un hombre, sobre todo cuando su ambición lo empuja a enfrentarse con la persona

equivocada. Andrew decidió llegar hasta el final para cumplir su sueño de convertirse en presidente... y acabó pagando con su vida.

En cuanto al resto, puedo decir que mi vida había cambiado.

Los bienes de Andrew pasaron a manos de Stephanie, y lo primero que hizo fue vender la casa en la que habían vivido. Decía que necesitaba romper con las ataduras del pasado, que su vida empezaría a cambiar en cuanto dejara ciertas cosas atrás. Y hablando de dejar atrás...

Stephanie vendió también sus acciones de la empresa.

No quería conservar nada que le recordara el origen de tantas desgracias, nada que estuviera ligado a la muerte de su único familiar.

En lo que respecta a nosotros, por fin disfrutábamos de un poco de paz.

Ya no teníamos que preocuparnos por asesinos rondando ni por si alguien nos observaba en la calle. Éramos libres para movernos, y descubrí lo mucho que valoraba esa libertad: iba al centro comercial cada semana y se pasaba allí, como mínimo, cinco horas dando vueltas.

Yo quería morirme...

Pero mi amor por esa mujer era más fuerte que aquel pequeño suplicio.

Sí, ya no escondía lo que sentía, ni pensaba hacerlo.

Si tuviera que pasar por todo aquello otra vez, lo haría sin dudar. Stephanie me mostró una parte de mí que no conocía, y le estaré eternamente agradecido por haber insistido, por haberme desafiado una y otra vez.

Era inútil luchar contra lo que sentía; al contrario, lo dejaba salir, a plena vista de todos. Confieso que me sentía un hombre mucho mejor.

¿Veis? Ya hablo como los protagonistas de las novelas que ella lee.

La vida es una caja de sorpresas, y doy gracias a Dios por haberme dado la oportunidad de formar una familia. Aprendí a valorar la importancia de tener cerca a alguien a quien amas.

—¿Preparado, amor?

—No, pero vamos allá —dije, mirando aquella enorme fachada.

Por fin habíamos llegado a la clínica. Era uno de los momentos que más había esperado en meses, porque Stephanie y yo, al fin, íbamos a tener nuestra respuesta.

STEPHANIE TORRES

—¡Enhorabuena! ¡Es una niña!

Vi a Hunter quedarse blanco. No reaccionó, se quedó completamente paralizado ante la noticia.

—Os dejaré a solas —dijo la doctora antes de marcharse.

—Di algo, Hunter —pedí, desbordando alegría y emoción.

—Perdona mi torpeza, es que... jamás se me pasó por la cabeza tener un hijo. Ni siquiera pensé que sería capaz de amar a alguien más aparte de mi madre y mi hermano. No sé qué decir.

Vi cómo sus ojos se humedecían. Hunter respiró hondo, intentando contenerse, pero juraría que una lágrima le resbaló por la mejilla.

—Espera... ¿estás llorando?

—No. Se me ha metido algo en el ojo —intentó disimular, aunque no lo consiguió.

—Qué tierno... un hombre tan grande llorando por alguien tan diminuto.

—¡Para ya, Stephanie! —giró la cabeza y se secó el rostro con la mano.

—Ni hablar —me burlé—. Solo pienso en el día en que tenga su primer novio...

—¿¡Qué!? ¡Eso es inadmisible! —soltó indignado.

—Vaya, qué palabra más intensa.

—Es que...

—Cariño, el mundo es así. Prepárate mentalmente, porque nuestra hija crecerá y llegará algo llamado pubertad. Ya lo entenderás con el tiempo —terminé, dándole un par de golpecitos en el pecho.

—No me lo puedo creer.

Ni siquiera había nacido y Hunter ya estaba celoso. No sabía si reír o llorar.

—Ahora tenemos que decidir algo importante: el nombre de nuestro bebé.

—He estado pensando en Mary, Lucy, Elizabeth... —empezó a decir—. ¿Te gusta alguno?

—No. —Cerré los ojos, luego lo miré con una sonrisa—. En realidad, tenía otro en mente.

—¿Cuál?

—Genevive. En honor a tu madre. ¿Qué te parece?

Vi el instante exacto en que el hombre se derrumbó ante mis ojos.

Hunter se cubrió el rostro con ambas manos y lo ocultó.

Me acerqué y lo abracé, acariciando su cabello mientras lo oía sollozar.

Sabía lo importante que había sido su madre para él, y siendo una niña, deseaba que llevara su nombre.

Hunter no imaginaba hasta qué punto lo amaba, cuánto valoraba todo lo que había hecho por mí. Haría lo imposible por

demostrárselo, por estar a su lado y apoyarle siempre que pudiera.

—Stephanie... no me hagas esto —dijo, limpiándose el rostro empapado—. Vas a hacer que parezca que estoy todo el día llorando.

—¿Parezca? Estás llorando todo el día. Hoy ya van dos veces y aún es por la mañana.

Sabía que a veces le daba pudor mostrar sus emociones, pero no me importaba. Me encantaba verle así.

Claro que había momentos para todo, y cuando su lado más salvaje salía a relucir entre cuatro paredes, sabía perfectamente cómo disfrutarlo. Pero verle tan vulnerable por nuestra hija me llenaba de ternura.

—Tenemos otro asunto pendiente. Ahora que todo se ha solucionado... ¿vas a seguir trabajando como guardaespaldas?

No sabía muy bien qué pensar.

Hunter siempre había dejado claro lo mucho que amaba su trabajo, y me costaba imaginarlo haciendo otra cosa. Fuera cual fuera su decisión, sabía que debía respetarla.

—No. Lo he decidido, voy a retirarme.

—Espera... dijiste que te apasionaba lo que hacías —comenté, sin terminar de creer lo que oía.

—Sí, pero os amo más a vosotras dos —afirmó con firmeza, acariciando mi vientre. Vi un brillo especial en sus ojos en ese instante.

—¿Y la promesa que le hiciste a tu madre? ¿La de proteger a las personas que contrataran tus servicios?

—Por lo visto, me han contratado para otra cosa: cuidar de las dos mujeres de mi vida. Y conociéndote, sé que vas a necesitar ayuda, porque eres torpe y distraída.

—¡Idiota! Te odio —le di varios manotazos.

—Y yo te amo, princesa. Más de lo que imaginas.

Y fue en ese momento cuando comprendimos, una vez más, que el amor nos completaba de una manera que nunca habríamos podido imaginar.

HUNTER SMITH

Estábamos en el centro comercial, y justo frente a nosotros había una escalera enorme.

—Ten cuidado con los escalones.

—Hunter... ya te lo he dicho. ¡Estoy embarazada, no inválida! —protestó ella cuando le cogí de la mano.

—¡Deja de ser tan cabezota! Solo es por precaución.

Puso los ojos en blanco.

—¿Vas a estar así todo el tiempo?

—Sí. Acostúmbrate —respondí con tono firme.

—Vale... —volvió a poner los ojos en blanco—. Tenemos asuntos más importantes de los que hablar.

Entonces me miró con una expresión traviesa.

Ya me olía lo que venía.

—¿De qué estás hablando? —pregunté, de inmediato preocupado.

—Sabes que ahora que te has jubilado te tocará cuidar de nuestra hija a tiempo completo, ¿no? No he renunciado a mi sueño, voy a hacer el máster.

Me imaginé cuidando de un bebé y todas las escenas que me vinieron a la cabeza eran desastrosas.

¿Mi experiencia con bebés? Cero.

Genevive no duraría una semana conmigo...

—Es arriesgado. Yo... no lo sé.

—Confío en ti. Por increíble que parezca, me has protegido bastante bien —se burló, y yo puse cara de desaprobación—. Te ayudaré al principio y te enseñaré lo básico, luego será cosa tuya. Tendrás que cambiar de apodo: de Hunter, la bestia, a Hunter, el tierno. Al menos con nuestra hija.

—Sigo pensando que es una idea pésima.

—Hunter... serás un buen padre. El mejor.

—¡Ah, venga ya! Mírame. —Le mostré las manos—. Estas manos han golpeado a tanta gente que ni siquiera las recuerdo todas. Además, sé que tendré miedo de dejarla caer. Mejor no sigo.

—Tranquilo. No es tan terrible —dijo con ternura—. Te ayudaré. Siempre estaré a tu lado. Daremos amor a nuestra hija, y ella será amada incondicionalmente.

—De eso no me cabe duda —asentí, acariciando su vientre.

Llevaba meses pensando en algo y, después de darle muchas vueltas, comprendí que había llegado el momento de tomar una decisión. No solo por lo que sentía cada vez más por la princesa, sino por muchas otras razones, sobre todo por nuestro bebé. La emoción que sentí al verla en aquella pantalla superó todo lo que había imaginado, y estaba deseando tenerla en brazos, aunque me aterraba la idea de dejarla caer. Era un pensamiento estúpido, pero el miedo estaba ahí.

Stephanie no tenía ya familia, pero ahora tenía la oportunidad de construir una. Nuestra hija sería el centro de todo. No me imaginaba

lejos de ellas, ni quería. Todo aquello, sumado a la noticia del embarazo, me llevó a tomar una decisión importante.

—Stephanie, te quiero. Mucho.

—Y yo a ti, Hunter. A pesar de que fuiste un imbécil al principio.

—Y tú, una testaruda.

Sonreí, le tomé la cara entre las manos y la besé.

—Quiero pedirte algo.

—¿Qué cosa, amor?

Respiré hondo y... me arrodillé. Lo había visto en varias películas románticas.

Sí, estoy aprendiendo a ser romántico, gente.

—Hunter...

—¿Quieres casarte conmigo?

—Pero... si ni siquiera estamos saliendo.

—¡Ayúdame a ayudarte, princesa! No me rompas el momento. Esto que estoy haciendo me cuesta muchísimo.

Sonrió y, un segundo después, empezó a llorar.

¡A ver quién las entiende! Lo digo y lo repito: las mujeres son bipolares.

—Yo... acepto. Claro que acepto.

Me levanté de un salto, la cogí en brazos y giré con ella como un loco.

Estaba seguro de que los tres seríamos muy felices. Sería un hombre presente, tanto para ella como para nuestra hija. Nunca pensé que llegaría a sentir algo así, pero tenía claro que protegería a Stephanie y a Genevive con mi vida.

Puedes apostar por ello...

STEPHANIE TORRES

Por la mañana había quedado con las chicas en que nos veríamos por la noche en la playa.

El paisaje en Venice Beach a eso de las siete era una maravilla.

—Qué gusto da salir y disfrutar de la libertad —dije, cerrando los ojos mientras respiraba aquel aire salado y observaba todo a mi alrededor.

Por fin podía salir de casa sin preocuparme de que alguien me vigilara... aunque llevaba conmigo a una personita muy especial.

—Te hacía falta esto, amiga. Después de todo lo que pasaste... madre mía, ni quiero recordarlo —dijo Evelyn, contemplando el horizonte con los ojos brillantes.

—Ni yo.

Había pasado por tantas cosas que lo único que podía hacer era dar gracias a Dios por seguir viva y con salud.

Pensar que todo comenzó por una simple lucha de poder... A veces me preguntaba hasta dónde puede llegar el ser humano con tal de tener el control absoluto entre las manos.

—¿Y qué vais a hacer ahora que vais a tener un bebé, amiga? —preguntó Luiza, curiosa.

—¿En qué sentido?

—Como pareja, ya sabes... ¿vais a vivir juntos?

—Bueno, sobre eso... tengo una noticia que contaros. —Una sonrisa se me escapó sin remedio.

—Uy, ya empieza.

—Hunter... me ha pedido que me case con él.

Un coro de gritos histéricos casi me dejó sorda. Me abrazaron de todas las maneras posibles y me apretaron hasta casi dejarme sin aire.

—¡Hunter sí que te quiere! ¿Ni siquiera habéis llegado a salir oficialmente y ya te ha pedido matrimonio? —exclamó Evelyn, la primera en reaccionar.

—Dale un respiro al pobre hombre —replicó Luiza entre risas—. ¡Si nunca ha tenido novia! Hunter no debe ni saber lo que es eso.

—No tenéis remedio las dos —dije, riéndome, y ellas enseguida me siguieron.

—Si no soy una de las madrinas, rompemos la amistad —bromeó Evelyn, fingiendo enfadarse.

—Por supuesto que las dos seréis las madrinas. Y los padrinos... serán John y Kenypher. Ya lo tengo todo pensado.

—¡Yo me quedo con el barbudo con cara de psicópata! —se adelantó Luiza.

—Y yo con el risueño adorable —añadió Evelyn, guiñándole un ojo a su amiga.

Al menos en eso estaban de acuerdo.

Seguimos charlando hasta pasadas las nueve. Me había olvidado completamente del móvil y, al mirar la pantalla, vi cinco llamadas perdidas y diez mensajes nuevos.

—¿Qué pasa, amiga?

—Hunter me escribe cada media hora: “¿Te encuentras bien?”, “¿Cómo está nuestra hija?”. Le ha costado horrores dejarme salir sola — les confesé, provocando una carcajada colectiva.

—Ay, qué mono.

—Es un detalle precioso —dijo Evelyn, sonriendo.

A mí también me gustaba, aunque disimulaba un poco.

—Si antes ya se preocupaba por mí, ahora ni te cuento. Me da miedo pensar en lo que vendrá después. Va a ser un pegote con nuestra hija. Y no sé por qué, pero tengo la absoluta certeza de que no me equivoco.

—Por lo que contaste, se sintió muy culpable por lo que pasó con su madre. Así que, quiera o no, intentará compensarlo de alguna manera. Y ahora que tiene la oportunidad de formar una familia, hará lo que sea por cuidarlos a los dos.

—Totalmente de acuerdo, Stephanie.

—No me quejo, lo quiero así. He aprendido no solo a confiar en Hunter, sino también a amarlo tal como es. La vida lo ha hecho de esa manera, y sé que sus instintos son los de un hombre profundamente protector. Eso fue lo que salvó mi vida. Nuestras vidas.

Miré mi vientre, que crecía a un ritmo vertiginoso.

Nunca pensé en ser madre tan pronto, pero ahora, con un bebé dentro de mí, podía decir que jamás había sentido algo tan gratificante en toda mi vida.



CAPÍTULO 35

*«Las decisiones que tomamos a lo largo de la vida
reflejan el momento presente de todo lo que hemos
vivido.»*

HUNTER SMITH

Los meses fueron pasando lentamente.

Stephanie ya estaba de siete meses y, al día siguiente, sería nuestra boda.

Descubrí que a muchas mujeres les encanta casarse embarazadas. Al menos, a algunas.

Estaba harto de ver a Stephanie devorar revistas y vídeos de YouTube de mujeres que decidían casarse con la barriga ya enorme. Incluso hubo una que se casó con nueve meses de embarazo.

Sí, me obligó a ver algunos de esos vídeos. Algunas bodas duran más que una película, y confieso que me quedé dormido en más de una.

Stephanie estaba demasiado sensible, otra cosa que jamás entenderé de las mujeres embarazadas. Yo era un completo desastre con bebés, embarazos y todo lo que tuviera que ver con eso.

Ya os lo imaginabais, ¿verdad?

En cuanto a mis amigos... seguían con el mismo trabajo de siempre. Yo era el único del grupo que estaba “retirado”, por así decirlo.

Romeo se había convertido en el responsable de mi equipo y notaba una mejora constante en su comportamiento. Algunos traumas no eran fáciles de superar, pero con un buen seguimiento había avanzado mucho. Cada dos meses viajaba a Finlandia para verse con Karl y, por lo que contaba, estaba progresando poco a poco.

John, Kenypher, Jason y Donald seguían trabajando al máximo. Los hermanos continuaban picándose entre ellos, como de costumbre, y sospecho que lo harán hasta el día en que se jubilen. Mis fantasmas seguían siendo igual de discretos, la base silenciosa de toda operación que realizábamos en torno a la protección de nuestros clientes.

“Realizábamos”...

A veces se me olvidaba que ya no formaba parte oficialmente del equipo. Bueno, en realidad sí lo hacía, porque los ayudaba cada vez que podía, pero ya había tomado mi decisión.

Tendría una hija preciosa, y quería demostrarle que su padre estaría presente en su vida. Sabía muy bien lo que significa tener una familia sólida, y no pensaba repetir los errores del pasado. Daría valor a quien de verdad lo mereciera.

Pensaba a menudo en mi madre. Esperaba que estuviera orgullosa del hombre en el que me había convertido. A veces hablábamos de la posibilidad de que yo tuviera hijos —algo que entonces parecía imposible—, pero la vida siempre encuentra la forma de sorprendernos.

Mi hermano vivía en España y llevaba unos meses saliendo con una chica llamada Bella. Me prometió que vendría a la boda, y aquella noticia me hizo una ilusión enorme.

Cometí muchos errores con Marcus; prácticamente lo obligué a quedarse cuidando de nuestra madre cuando todo ocurrió. Fui injusto, lo sé, pero con el tiempo entendí mis fallos. Todo sirvió de aprendizaje, y hoy soy un hombre mejor.

Lo cierto es que estaba convencido de que no pegaría ojo esa noche. Estaba demasiado nervioso, deseando que llegara el momento de casarme con Stephanie.



Creo que nunca había estado tan nervioso en mi vida. Ni siquiera en los trabajos más peligrosos que hice. El momento se acercaba...

Habíamos alquilado una pequeña finca a las afueras de la ciudad; queríamos algo íntimo, sencillo. Por el número de invitados, todos entendieron lo que buscábamos: éramos menos de cien personas.

En cuanto comenzó la ceremonia, los nervios se apoderaron de mí.

¡Venga, contrólate!

Sentía las miradas de todos sobre mí, y eso no ayudaba en absoluto. Más bien lo empeoraba. Sobre todo cuando vi a John haciendo de las suyas, como siempre.

Por un instante, el corazón se me aceleró. Vi a Stephanie cruzando el césped, caminando hacia mí. Llevaba un vestido blanco largo y, al mirarla bien, casi me da algo.

Tan valiente para unas cosas y tan cobarde para otras...

En realidad, ni siquiera sabía si era miedo lo que sentía. Tal vez no era la palabra adecuada: estaba tenso, simplemente. Casarme nunca había estado en mis planes.

La ceremonia transcurría con normalidad, pero yo solo tenía ojos para ella.

Stephanie, con aquella tripita asomando, estaba preciosa...

De verdad me había convertido en uno de esos hombres que las mujeres tanto idolatran en los libros, y no tenía ni idea de cómo disimularlo.

En mi humilde opinión, el momento del “sí, quiero” fue el mejor. El más emotivo. Confieso que no suelo llorar, pero por aquel entonces no sé qué me pasaba: tenía las emociones a flor de piel y ya me había rendido a ellas.

—Prometo hacerte la mujer más feliz del mundo —le dije, besándole las manos.

—Y yo prometo darte más trabajo del que imaginas —contestó, besándome los labios antes de sonreír.

¿Habré hecho bien en casarme?



—¿Quién diría que Hunter Smith acabaría casándose algún día?
—comentó Romeo con una ironía evidente.

—Si mi yo del pasado hablara con mi yo del presente, se reiría en su cara, te lo aseguro.

—Tendrás una familia preciosa, Hunter. Stephanie te tendrá a ti y a Genevieve, y sé que todo irá bien. A pesar de tu rudeza, serás un buen padre.

—¿Y tú, Romeo?

—Estoy demasiado ocupado trabajando —respondió, esquivando la cuestión—. No quiero mujeres que me den más problemas de los que ya tengo.

—Aun así, todos necesitamos a alguien con quien compartir los buenos momentos...

—¡Madre mía! Mi amigo ha perdido la cabeza. ¡Escúchate! Menos mal que yo nunca llegaré a ese punto —dijo con sorna.

—Nunca digas nunca. He aprendido que las cosas más inesperadas suceden cuando menos lo esperamos.

—Sí, claro...

De pronto sentí que alguien me abrazaba por detrás. Y no, no era Stephanie.

—¡Mi querido exjefe! —bromeó John tras el abrazo—. Que sepas que todavía tengo grabada la imagen de la bala en la pared cuando me disparaste.

Me eché a reír.

—Supéralo. Sabías que no iba a darte.

—Lo sé. ¡Eres un pésimo tirador! —replicó, convencido.

—Y tú hablas demasiado, hermano —intervino Kenypher.

—Dime una cosa, Hunter... ¿crees que algún día me dará la razón? Mi hermano es un caso perdido.

Esta vez fue Romeo quien estalló en carcajadas.

—Sois polos opuestos, así que... no.

—¿Y qué me dices de las amiguitas de Stephanie, eh? Juraría que me echaron más de una miradita.

—¿Ellas?

—Sí, las dos —insistió John—. ¿Has visto la cara de mi hermano? Nadie en su sano juicio se fijaría en alguien tan malhumorado.

—¡Déjame en paz, tío! —gruñó Kenypher, frunciendo el ceño.

—Siempre hay una loca para todo —comenté.

—En eso tengo que darte la razón.

A lo lejos vi a mi hermano, que sonrió en cuanto me vio. Era la señal perfecta para escabullirme.

—Con vuestro permiso, voy a hablar con Marcus —dije, apartándome del grupo—. Hermano... —Lo abracé con fuerza.

—¿Cómo estás?

—Muy bien.

—Te presento a Bella, mi novia —dijo, presentándose a la mujer que lo acompañaba.

—Encantado, Bella.

—El placer es mío —respondió ella, una mujer alta y rubia de sonrisa amable.

—Queríamos felicitarte. No solo por la boda, sino también por la hija que está en camino. Me alegra aún más saber que llevará el nombre de mamá.

—Fue idea suya —dije, señalando con la cabeza hacia donde Stephanie hablaba animadamente con unas invitadas—. Yo tenía otros nombres en mente, lo confieso.

—Espero de verdad que seas feliz. Después de todo lo que has pasado...

—Hemos pasado —lo corregí enseguida—. Los dos perdimos a mamá, Marcus.

—Pero fuiste tú quien cargó con la culpa durante años.

—Sí, lo sé.

Durante mucho tiempo llevé ese peso en el corazón, pero ahora estaba en paz. Todavía me dolía no haber hecho lo correcto aquel día, pero pensaba que, allá donde estuviera, estaría orgullosa del hombre en que me había convertido. Le agradecía todo lo que había hecho por mí, y su perdón fue lo que me permitió seguir adelante. Si no fuera por ella

y por Stephanie, estoy seguro de que sería un hombre completamente distinto.

—Bueno, eso es todo. Enhorabuena, de verdad. Espero que nos veamos más a menudo. Quiero que vengas a visitarnos.

No lo dije, pero Marcus y Bella vivían juntos, y por lo que veía, la relación marchaba muy bien.

—Cuenta con ello, hermano.

Lo abracé de nuevo, fuerte. Marcus era una persona extraordinaria, y daba gracias por tenerlo en mi vida.

—Cuídate, Hunter.

—Tú también, hermano.

STEPHANIE TORRES

—¿Es o no es la embarazada más guapa que has visto en tu vida? —preguntó Evelyn.

—¡Guapísima! —asintió Luiza con la voz temblorosa.

—Pero vosotras dos seguíis tratándome como si fuera una niña...

En los últimos meses me habían mimado tanto que llegué a pensar que querían algo a cambio.

Mis amigas estaban siempre conmigo, y Hunter ya se había acostumbrado a su presencia. Creo que incluso le gustaba, porque había momentos en los que no me entendía.

La verdad, ni yo a mí misma.

—¿Nos perdonas por ser tan pesadas y por estar tan felices con tu embarazo? —bromeó Evelyn, haciéndome reír a carcajadas.

—Claro. Pero ahora quiero hablar de otra cosa. —Hice una pausa—. Os he visto cuchicheando y sonriendo cuando estabais con John y Kenypher.

—Yo no sé nada.

—Ni yo —añadió Evelyn.

—¡Falsas!

Las tres estallamos en risas.

—Kenypher es muy serio, pero sabe conversar.

—Y John no para de hablar de series, y... bueno, por eso me encantó charlar con él. Se emociona tanto que suelta todos los spoilers sin querer.

—¡Madre mía...!

—En serio, hubo una serie que él estaba viendo y que yo había terminado hacía tiempo, pero es tan mono que le pedí que me contara de qué iba solo para oírle hablar con esa emoción —dijo Evelyn, prácticamente derretida.

—Por Dios... están locos los dos, hacéis buena pareja —comentó Luiza con sorna.

—¡No es culpa mía que sea un encanto! Igual que este bebé va a serlo. —Me acarició la barriga y empezó a hablar con voz de niña.

Ya tardaba...

—Seré la mejor tía del mundo para Genevive.

—Y Hunter, el padre más celoso del planeta, eso seguro.

—Tienes razón, amiga —dijo Luiza con una sonrisa maliciosa—. Me da que será muy celoso con ella. Prepárate, porque esa niña no tendrá novio hasta los veintiuno.

Reímos con su comentario.

Y no me habría extrañado que tuviera razón. Si era celoso conmigo, imaginaos con nuestra pequeña...

Mejor no pensar en eso todavía. Primero tenía que nacer, y ya veríamos cómo se comportaba el papá Hunter.

—Y hablando de él, mira quién viene hacia aquí —anunció Evelyn sonriendo.

—¡Mi guapísimo marido!

—Te dejamos tranquila. Voy a hablar con mi enciclopedia de series. Besos a las dos. —Y se alejó contoneándose.

—Está loca —murmuró Luiza.

—Y tú también.

—Sí, y voy a hacer lo mismo. Hasta pronto, amiga.

Cuando Hunter se acercó, posó sus labios en los míos y después me besó la frente con ternura.

Me encantaba ese lado suyo, tan cariñoso en los momentos justos.

—¿Cómo está mi mujer?

—Vaya, ¿y ese tono posesivo...? —hice una pausa y sonreí—. Me encanta.

Sonrió.

En los últimos meses, había aprendido a reconocer esa sonrisa suya. Era algo que se había vuelto habitual, igual que esa facilidad para emocionarse cada vez que hablábamos de nuestra hija.

Por supuesto, seguía teniendo sus momentos de locura: cuando me daba codazos en la cama para comprobar si seguía viva, cuando no me dejaba levantar ni una caja, o cuando decía que sentía dolores normales y él ya quería llevarme al médico.

Todo, absolutamente todo, era motivo de urgencias para él.

Aun así, aquel hombre tan duro estaba cambiando. Bueno, al menos fuera de la cama... porque allí... mejor dejémoslo a vuestra imaginación.

—Ahora tengo dos mujeres en mi vida. —Acaricié mi vientre con una sonrisa boba.

Estaba segura de que Hunter amaría a Genevive tanto como yo, o incluso más. Esos tipos duros se deshacen en cuanto aparece un bebé, pero preferí no decírselo. Lo descubriría por sí mismo muy pronto.

—Y más trabajo, eso seguro.

—No pasa nada. Aprenderé a hacer las tareas domésticas por ella —dijo, sonriendo.

—¿Por ella? —crucé los brazos—. Ya...

—Por las dos. ¿Mejor? —me besó.

—Mucho mejor.

Hunter me miró intensamente, como si buscara las palabras adecuadas.

—Gracias por todo. Me has cambiado como hombre, y ahora voy a ser padre. No sé ni cómo explicarlo, pero lo que siento es más real de lo que jamás imaginé.

—No tienes que darme las gracias —respondí, ya con la voz temblorosa—. Estoy aprendiendo a ver la vida de otra forma, y sé que seremos muy felices.

—No me cabe duda —dijo, acariciándome el rostro.



—Hunter, este es Álex, aunque ya os conocéis.

—¡Hola! —mi amigo le echó un vistazo de arriba abajo y enseguida dejó a mi marido visiblemente incómodo.

—Como te dije, es mi amigo gay, el que fingió ser hetero para provocarte... y conocerte.

—Stephanie habló muy bien de ti en su momento. Quería comprobar si era para tanto y, bueno... —Álex guiñó un ojo—. Has pasado la prueba, y con ese modelito acabas de subir puntos.

Ver a Hunter tan avergonzado no tenía precio.

—Encantado de conocerte... y de saber que eres gay. Quiero decir... lo siento. —Se trabó, rojo como un tomate—. Creo que me has entendido.

Álex no se rió. Pegó un grito. Mi amigo era puro espectáculo.

—Tranquilo, lo he entendido. Y quiero felicitaros a los dos. —Se puso serio de repente—. Cuídala bien, Steph. Si no, te reviento a hostias. Hago muay thai. Es solo un aviso.

Esta vez fue Hunter quien sonrió.

—No te preocupes. Es la mujer de mi vida, y la protegeré siempre —dijo, mirándome con ternura.

—Ay. Qué. Mono. —Álex se llevó las manos al pecho. No tenía remedio.

—Voy a dejar a los tortolitos tranquilos, pero que sepáis que os vigilo.

Asentimos y se fue a reunirse con el resto de los invitados.

—Qué personaje.

—Es un amor de persona. Le tengo muchísimo cariño...

—¿Cariño? —mi marido frunció el ceño.

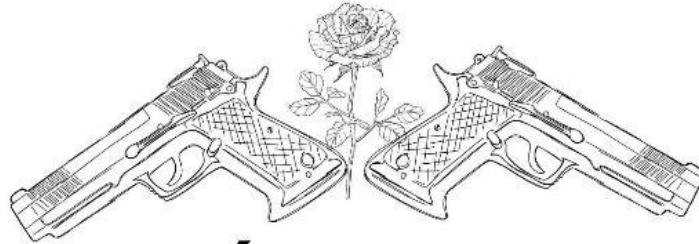
—¡Ay, por Dios! Es una forma de hablar. —Crucé los brazos.

—Ya, claro. No entiendo vuestras expresiones modernas.

—Normal, cariño. Eres un viejito —le piqué.

Hunter negó con la cabeza y enseguida lo abracé. Casi al mismo tiempo, miramos mi vientre y sonreímos.

Sabía que nuestra hija sería amada con toda el alma, y que haríamos lo imposible para que esta unión durara para siempre.



CAPÍTULO 36

*«¡La definición de padre embobado se ha actualizado
con éxito!»*

HUNTER SMITH

1 AÑO DESPUÉS

Stephanie no había renunciado a su viejo sueño y estaba cursando el máster que tanto deseaba. Me alegré muchísimo cuando consiguió plaza en la ciudad y así pudimos quedarnos en Los Ángeles.

En ese último año no tenía tiempo para casi nada. Entre una cosa y otra estaba centrada en los estudios. Mi princesa era persistente, hay que decirlo: cuando quería algo, nadie podía pararla.

Y yo... bueno, me convertí en el ama de casa. En parte, que quede claro.

Lo digo porque la mayor parte del tiempo la pasaba con Genevive.

Aunque era todavía muy pequeña, me entretenía un montón. Era un gustazo hacerla reír, y confieso que me emocionaba cada vez que lograba sacarle una sonrisa. Me encantaba besar a mi hija y hacerle cosquillas. Puedo decir que incluso se me había quitado el miedo a cogerla en brazos.

—¿Quién es el bebé más bonito del mundo?

Genevive sonrió cuando le hice unas muecas y le hablé con voz achuchable.

—Ahora di: ma-má.

Me miró con curiosidad y acto seguido se rió. Nunca había visto a una criatura tan alegre.

—Ma-má —repetí yo—. Vamos, hija. Ayuda al papi.

—Pa-pa.

¿¡Pa-pa!?

—Amor de mi vida... —me quedé en seco, respirando hondo, preocupado.

No sabía qué pensar. Me alegraba que dijera “papá”, pero... no sé si era lo correcto.

—No me malinterpretes, hija, estoy contento, pero tu madre me va a matar. Ahora di, ma-má.

—Pa-pa.

¡Stephanie me va a matar!



Cuando Stephanie llegó a casa, fui directo hacia ella, la abracé y la besé enseguida.

—Hola, amor de mi vida —dije, y ella me miró con cierta desconfianza.

—¿Qué has hecho, Hunter?

—¿Yo? Nada. ¿Acaso no puedo expresar los muchos sentimientos que llevo en el corazón?

Ya, lo sé... sonó exagerado.

—Ya...

—Qué desconfianza tan absurda. ¡De verdad! —intenté parecer serio.

—Quiero ver a nuestra bebé. La he echado de menos.

—Está en el dormitorio.

Duerme, Genevive. Por favor, te lo pido solo esta vez...

—Ay, pero qué cosita más rica. —Stephanie apenas entró en el cuarto y ya tenía a nuestra hija en brazos, llevándola a la cama. Por desgracia, estaba despierta.

Miré a Genevive; ella me miró a mí.

Era como si habláramos en código, aunque apenas tenía un año.

—¿Sabes, pequeña? Mamá te echaba de menos.

—Pa-pá.

¡Demasiado tarde! Sabía que me iba a delatar...

Digamos que yo pasaba la mayor parte del tiempo con Genevive, pero cuando su madre llegaba de la universidad, se volvían inseparables. Y no hace falta decir que Stephanie se pasaba el día repitiendo “mamá” una y otra vez.

—¿Qué has dicho, hija?

—Pa-pá.

—¿Has oído lo que ha dicho Genevive? —me preguntó enfadada, fulminándome con la mirada mientras acomodaba a la niña sobre la almohada.

—Yo... no la he escuchado bien.

—¡Ah, sí que la has oído! —Y me soltó un bofetón que resonó en la habitación.

—Pa-pá.

Tranquila, hija, por favor...

Y cuando pensé que ya era suficiente, hizo un ruidito con la boca, como si lanzara un beso. Normalmente yo le daba muchos besitos y hacía ese mismo sonido. Sí, Stephanie me iba a matar.

—Espera un momento... ¿Le está mandando un beso al papá?

Sonreí, incómodo.

—Pa-pá... —repitió, haciendo el ruidito otra vez.

—Ay, Hunter Smith, ¡te voy a matar! —gritó ella mientras yo prácticamente saltaba fuera de la cama.

—¡Tranquila!

—¡Ha dicho “papá” primero! —me dio otro golpe—. ¡Luego le manda un beso al papá! —otro más—. ¡Y “mamá”, ni por asomo! ¡Por eso me has abrazado antes, falso!

—Pa-pá, pa-pá.

Lo que vino después fue una sucesión de “ataques” por parte de Stephanie, mientras nuestra hija solo empeoraba la situación. Cuando no decía “papá” ni mandaba besos, se reía de la paliza que yo estaba recibiendo.

—¿Y tú? ¿Te hace gracia, eh? —se acercó a Genevive, que no paraba de reírse—. Vas a aprender a decir “mamá”, ya lo verás... —La volvió a coger en brazos, llenándola de besos y haciéndole cosquillas—. ¿El beso de mamá también vale? ¿O solo los del papá? —me lanzó una mirada asesina.

La volvió a besar y Genevive empezó a gritar de alegría.

La verdad, no sabría decir cuál de las dos era más celosa. Era difícil distinguirlo.

—¿Por qué crees que ha dicho “papá” primero?

—Adivina —dijo, molesta—. Te pasas el día con: “el papá por aquí, el papá por allá, el papá va a hacer esto, el papá va a hacer lo otro...”

—¿Y a qué vienen esos celos?

—¡Rhum!

La abracé.

En el fondo sabía que estaba feliz, solo un poco celosa.

—Esto me recuerda cuando era tu niñera —dije, sonriendo.

—Ahora eres la niñera de nuestra hija —bromeó ella.

Miramos a Genevieve, tan frágil y, al mismo tiempo, tan fuerte, tan llena de vida. Nunca había sido padre y no creí que tendría paciencia ni habilidad para cuidar de una niña. Pero con el tiempo... se gana tanto amor por ese pequeño ser que ya no hay palabras que lo describan.



—Es preciosa, ¿verdad?

Y sí, me he convertido en ese padre idiota, tonto y completamente embobado.

—Se parece mucho a Stephanie —comentó uno de los instructores del gimnasio.

Y aquello me rompió el corazón...

De cada diez personas, once decían que Genevive era igualita a Stephanie.

Sentía un pequeño pinchazo de celos y, para qué negarlo, ni siquiera lo disimulaba.

—He venido a enseñárosla. Digamos que no he estado muy presente últimamente.

—Lo entendemos, la vida de niñera es dura —bromeó.

—Muy gracioso. —Miré el reloj—. Vámonos, que tu madre me ha obligado a ir a un sitio.

Nos dirigimos a casa de Evelyn, una de sus amigas.

La reunión del “club de las chicas”, como lo llamaban. Sí, justo eso.

El libro de hoy lo conocía de sobra, pero, como siempre, la atención se centró completamente en nuestra hija.

Cada día la llevaba conmigo, y siempre era la misma historia: un grupo de mujeres rodeándola y yo ahí, muriéndome de celos, mientras Stephanie parecía no darle importancia.

—Se parece a...

—Ya lo sé —interrumpí a una de sus amigas—. A Stephanie.

—No iba a decir eso. Tiene tus ojos.

—¿De verdad lo crees? —pregunté, ilusionado.

—No. Era solo para alegrarte el día. Es igual que Stephanie.

Por supuesto...

La reunión fue rápida esta vez, quizá porque la protagonista absoluta era la pequeña que tenía en brazos y que acababa de... bueno, digamos que tuve que llevarla al baño para arreglarla.



El día se hizo eterno. Fue agotador.

Empecé a entender de verdad a esas madres que se pasan el día cuidando de bebés y niños. Aquello dejaba a cualquiera sin fuerzas.

Cuando llegué a casa, me di una ducha reparadora.

Ser padre de una niña tan movida no era nada fácil. La energía de esa pequeña era tan desbordante que ni siquiera sé cómo explicarlo. Solo viviendo con ella uno lo entendería.



Había pasado un mes. Stephanie estaba a punto de terminar el máster.

Noté lo feliz que estaba, y esa alegría se reflejaba en todo lo que la rodeaba. Además de cariñosa, se había convertido en una mujer cómplice, que aprovechaba cada instante posible con nuestra hija.

—Alguien se ha retrasado hoy... —dije al verla pasar por el salón.

—Sí, tenía que hacer algo.

—¿El qué?

Stephanie no dijo nada, pero su expresión se volvió seria.

—Conozco esa cara. Aquí hay algo.

—Tengo que darte una noticia importante, Hunter. —Desvió la mirada, visiblemente preocupada.

—Ya lo sé, vas a intentar hacer el doctorado.

—Estoy embarazada... otra vez —me interrumpió.

—¿Cómo?

Esa sensación otra vez...

—Sí, lo has oído bien. Me he hecho la prueba hace un rato y... bueno, ya sabes. Positivo.

Empecé a reírme sin poder evitarlo, incrédulo ante mis propios pensamientos.

¡Dos veces!

—¿Y de qué te ríes?

—¿Te has parado a pensar que solo hicimos el amor dos veces sin protección y te has quedado embarazada las dos?

—Eso... es verdad. —Pareció hacer memoria.

Me acerqué a Stephanie y le tomé las manos, besándolas con ternura.

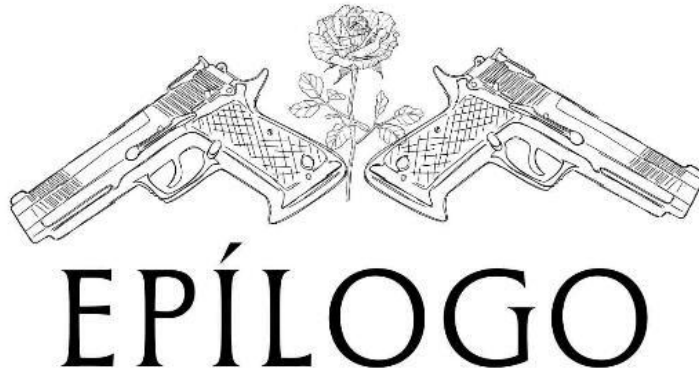
—Vamos a establecer una regla: ¡nada de hacerlo sin preservativo! A este paso, vamos a tener que abrir una guardería.

Nos echamos a reír y la abracé, acariciando su vientre.

La historia volvía a repetirse, y esta vez, por fin, podría ponerle a mi hijo el nombre de Hunter Jr.

Es broma... claro.

EPÍLOGO



«¿Cuántas más mujeres, más problemas?»

HUNTER SMITH

5 AÑOS DESPUÉS

Ahora que he cumplido los cuarenta... ¡me he jubilado!

Bueno, en realidad, creo que esa palabra era demasiado grande y no encajaba del todo con mi situación.

Digamos que soy padre a tiempo completo. Sí, suena raro, lo sé.

Después de aquel episodio de hace cinco años con la familia de Stephanie, decidí dejar mi trabajo como guardaespaldas. Pero, desde entonces, descubrí que había otras cosas que podía hacer sin alejarme de mi familia. Ya era bastante conocido en aquella época y, tras toda la repercusión del golpe que sufrió Andrew, terminé siendo todavía más famoso.

Todos los responsables de aquello fueron condenados a cadena perpetua, incluidos Ludovic y Joseph. La investigación fue larga y complicada, pero finalmente todo se resolvió.

En cuanto a mi trabajo actual...

De vez en cuando doy asesorías, participo en conferencias, organizo equipos de seguridad e incluso viajo un par de veces para coordinar tácticas de combate cuerpo a cuerpo.

No os preocupéis, eso no me quita casi tiempo, y lo máximo que paso fuera de casa son un par de días, con suerte. Sobre todo ahora, que la carrera académica de Stephanie va viento en popa. Está terminando el máster y espera empezar a dar clases el año que viene.

Tuve una gran sorpresa cuando Stephanie me dijo que estaba embarazada otra vez. Al principio pensé que no podría con otra niña, y reconozco que tuve mis pequeños dramas internos.

Con la llegada de Katie tuve que redoblar la atención, porque resultó ser bastante más traviesa que su hermana. Y decir “bastante” es quedarme corto. Era una diablilla.

Katie tenía carácter. Se parecía físicamente a Stephanie y era igual de temperamental que su madre. Una niña más impetuosa que Genevive, y cuando le decías que no, esos ojitos negros parecían querer devorarte vivo. Katie no era de llorar, pero sí de imponerse, y, lo confieso, a veces hasta me daba miedo. En broma la llamaba Samara, como la niña de The Ring. Creo que se nota mi nivel de pánico.

Además, empezó a hablar muy pronto, y adivinad cuál fue su primera palabra... mamá. Sí, ya lo he dicho: eran iguales.

Genevive estaba a punto de cumplir seis años, y Katie acababa de soplar las velas de su cuarto cumpleaños. Apenas año y medio las separaba, aunque no lo pareciera.

No sé si es lo normal entre hermanas, pero se pasaban el día discutiendo. Si no lo hacían, era porque algo raro estaba pasando.

—¡Papá! —dijo Genevive acercándose a mí.

Estábamos en el salón. Era imposible que viera la tele sin que mis hijas se me subieran encima, pero no me importaba, me encantaba.

—Dime, cariño.

—¿Sabías que mamá ha dicho que eres nuestra niñera?

—¡Sí, papá! —añadió Katie.

Ya estaba acostumbrado, como siempre...

—Bueno, no deja de ser verdad. Pero... ¿queréis que os cuente un secretito? —me acerqué a las dos.

—¡Sííí! —respondieron al unísono.

—Yo fui la niñera de vuestra madre, pero no se lo digáis. ¡Es un secreto!

Secreto, ni hablar. En el fondo quería que se lo contaran.

—¡No se lo diré!

—¡Yo tampoco!

Ajá, claro... sé perfectamente que lo harán, pequeñas granujas.

—¿A qué jugamos ahora, papi? —preguntó Genevive.

—A dormir. ¿Qué te parece?

Últimamente estaban más hiperactivas que nunca. Seguirles el ritmo era más agotador que proteger a alguien en servicio.

—¡No! Duermo demasiado —se quejó mi hija mayor.

—Vaya... ¿y desde cuándo te volviste tan adulta?

Katie soltó una carcajada, y enseguida su hermana la miró con cara de pocos amigos.

—Katie tiene mi muñeca, ¿lo sabías, papi? Y no quiere devolvérmela —dijo, mirándola fijamente.

—¿Es verdad, hija? —pregunté.

No sabía distinguir las muñecas, lo admito, un fallo mío.

—Ajam —respondió con la mayor tranquilidad del mundo.

—Tienes la tuya, cariño. ¿Por qué cogiste la de tu hermana?

—No quiero la mía, quiero la suya.

Perfecto, ya empezamos...

—¿Lo ves, papi? ¡Devuélveme mi muñeca, Katie! —le gritó, enfrentándola.

—¡No!

Y bastó eso para que estallara la guerra.

—Niñas... —ni siquiera pude terminar la frase antes de que Genevive intentara arrancar la muñeca de las manos de Katie, que tiraba en sentido contrario.

—¡Suéltala!

—¡Es mía!

Definitivamente, esto era un castigo divino por culpa de Stephanie.

Tardé casi cinco minutos —y algunas lágrimas de por medio— en poner paz entre ellas.

La verdad, me estaba volviendo un experto en mediar peleas. Se me daba incluso mejor que a Stephanie, que tenía menos paciencia y acababa soltándoles un par de azotes a cada una.

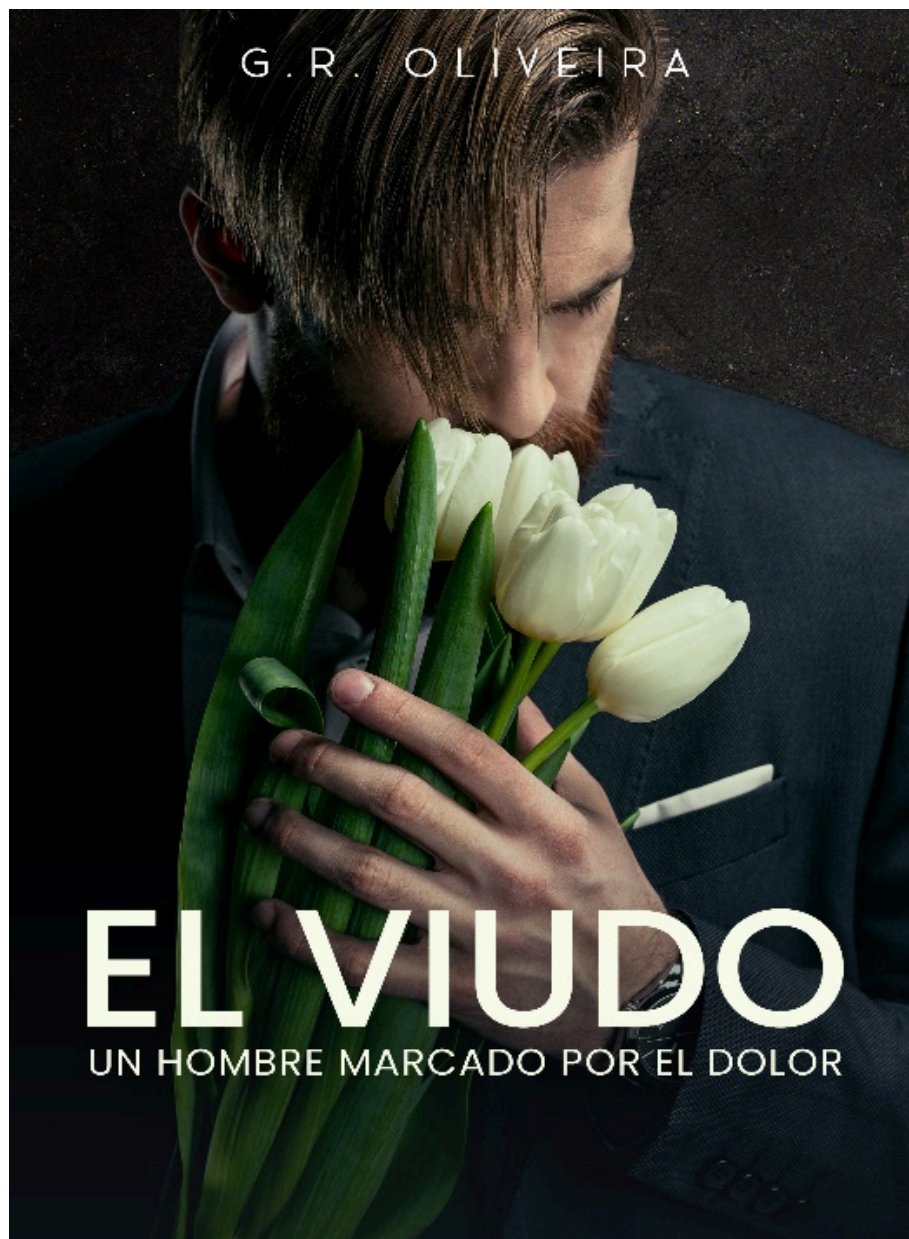
A pesar de las discusiones y los rifirrafes, lo que reinaba en nuestra casa era el amor. Era un padre feliz de tenerlas como hijas, y no podía imaginar mi vida sin ellas. Como muchos padres, era celoso y algo posesivo, y a veces pensaba en el día en que quisieran tener novio. Ay, esos pobres chicos iban a sufrir, porque no permitiría que mis princesitas se liaran con cualquiera. ¡Ni pensarlo!

Aprendí con mis dos niñas que, por muy bonitos que sean los regalos, los accesorios o cualquier otra cosa, los niños siempre acaban queriendo el juguete del otro.

Al menos había descubierto algo valioso, algo que guardaría para siempre: la familia es el mayor tesoro de un hombre. Y desde ese momento supe que haría todo lo posible por seguir siendo el protector de las tres mujeres de mi vida.

FIN.

¡Lee también!



Link: <https://www.amazon.es/dp/B0FGQGM8H1>

¿Con qué ojos mirarías la vida si perdieras a tu esposa y a tu hija en un accidente de coche?

Colin Adams es un hombre marcado por uno de los mayores sufrimientos del mundo: el dolor de enterrar a un hijo.

Tras la gran tragedia que golpeó a su familia, decidió cerrarse por completo a todo y a todos. Ni siquiera Joshua, su único hijo vivo, consigue acercarse a él. Atormentado por la culpa día tras día, prefiere aislarse y descargar sobre las pocas personas que aún lo rodean todo el odio y el rencor acumulados en su pecho.

A pesar de ello, Colin vive en una gran mansión que necesita alguien que la administre, una tarea aparentemente imposible, ya que ha despedido a las últimas diez mujeres que lograron obtener el puesto.

Isabelle Campbell ha pasado por situaciones muy complicadas a pesar de su corta edad.

Madre soltera, lucha a diario para educar a su hija y apoyar económicamente a su madre. Por una jugada del destino, encuentra la oportunidad perfecta para solucionar sus problemas financieros: trabajar como ama de llaves en la mansión del arquitecto más famoso de Miami. Lo que no sabe desde el principio es que su nuevo jefe es un hombre arrogante, rudo y controlador, que hará hasta lo imposible para complicarle la vida en su trabajo.

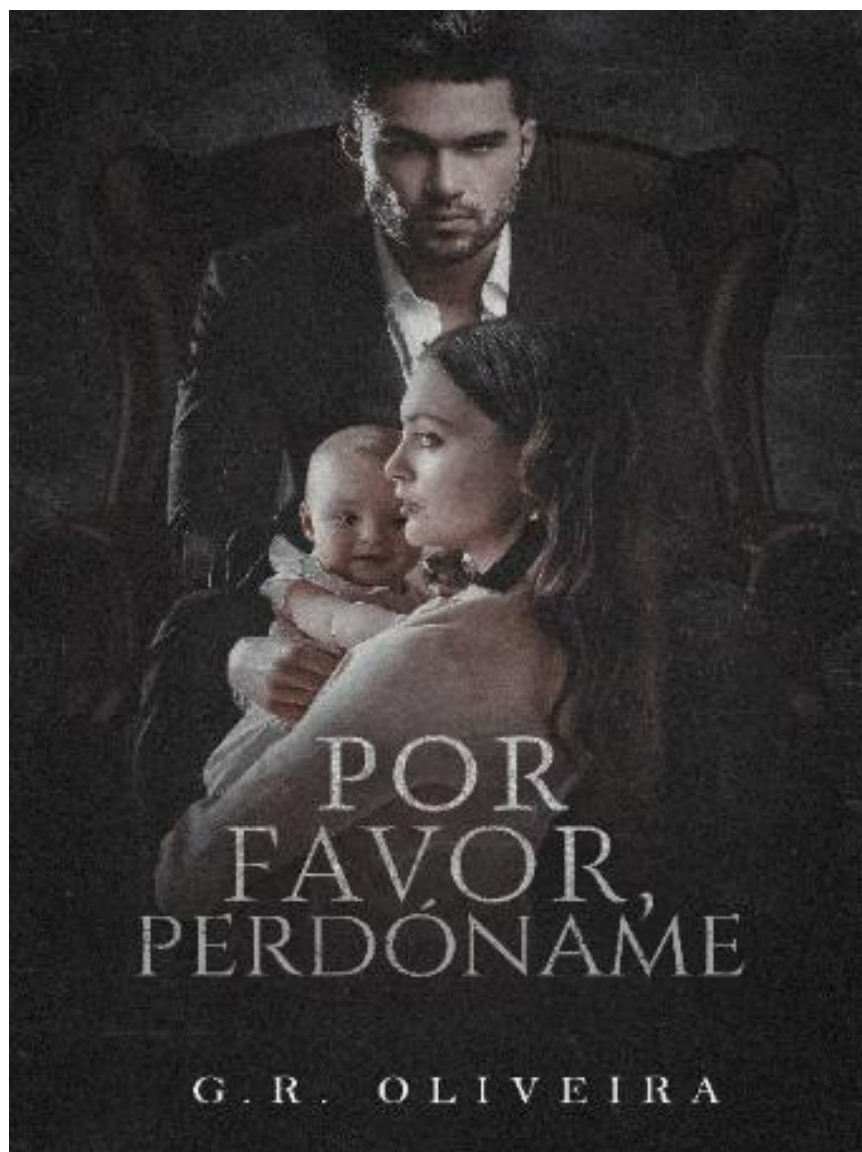
En el fondo, Isabelle sabe perfectamente que Colin es un tirano, pero también un hombre atractivo y tan sexy como el pecado...

«Hay momentos en nuestras vidas en los que sentimos que todo se viene abajo, perdemos el suelo bajo nuestros pies y nos planteamos constantemente abandonar. Lo que nos cuesta mucho comprender es que siempre existe una luz en medio de la oscuridad y que depende únicamente de nosotros buscarla para cambiar nuestras vidas. Prepárate

para una historia que llegará a tu corazón y que nos demuestra que el perdón es necesario y que lo imposible es cuestión de opinión.»

LIBRO AUTOCONCLUSIVO

¡Lee también!



Link: <https://www.amazon.es/dp/B0FF2CWPVT>

**DIFERENCIA DE EDAD + JEFE/SECRETARIA + FAST BURN + PADRE
SOLTERO + EMBARAZO INESPERADO**

DIEGO BITTENCOURT

Durante mucho tiempo pensé que el poder y el dinero lo eran todo. Construí un imperio, hice enemigos y amigos en el mundo de los negocios, y todo eso me costó más de lo que estaba dispuesto a admitir. Cuando conocí a Maria Gabriela, vi en ella a una mujer que me desafiaba, que no se doblegaba ante mi poder. Y fue precisamente esa fuerza la que me atrajo y, al mismo tiempo, me llevó a comportarme como el monstruo que jamás pensé que sería. Lastimé a la mujer que amaba, y eso es un peso que cargo cada día. Mi historia no necesita un villano, porque yo mismo me convertí en él...

MARIA GABRIELA

Cuando acepté el empleo en Amacel Corporation, mi único objetivo era aprender y crecer profesionalmente. Tenía sueños, planes y toda una vida por delante. Pero me involucré emocionalmente con mi jefe, Diego Bittencourt, un hombre que, tras su encanto, escondía un lado frío y calculador. Lo que comenzó como una atracción irresistible se transformó en una pesadilla que me dejó marcada. Ser humillada, desacreditada y, además, tener que lidiar con un embarazo inesperado fue más de lo que imaginé poder soportar. Pero sobreviví, y ahora tendría mi venganza...

LIBRO AUTOCONCLUSIVO

FRAGMENTO:

«—¡Te lo voy a decir por última vez: usé preservativo!

—Los preservativos no son cien por cien efectivos, y...

—¡Escúchame bien, Maria Gabriela! Si vuelves a hablarme de una prueba de paternidad o de que ese hijo es mío, te aseguro que voy a convertir tu vida en un infierno, ¡y eso es algo que no querrás para ese bebé! Y a partir de ahora, no quiero volver a verte delante de mí, ¿me he explicado bien?

Tragué las lágrimas y le sostuve la mirada con firmeza.

—Será un placer no volver a ver tu cara nunca más, ¡imbécil!

Salí del salón dando pisotones, pero en el fondo sabía que algún día me vengaría. Ahora, después de sus palabras, estaba dispuesta a bajar hasta el infierno si hacía falta para demostrar que él era el padre de ese bebé, o yo ya no me llamaría Maria Gabriela Oliveira.»

¡Lee también!



Link: <https://www.amazon.es/dp/B0FC6RHDG5>

**DIFERENCIA DE EDAD + VIUDO + PADRE SOLTERO DE GEMELOS
ADORABLES Y TRAVIESOS + JEFE Y EMPLEADA + SLOW BURN +
HOMBRE PROTECTOR**

JULIANA ROCHA

Me enamoré de un hombre que no sabe amar. Él me miró, me deseó, me tuvo, pero jamás me escogió.

Entre madrugadas silenciosas y promesas que nunca llegaron, fui perdiéndome a mí misma intentando encontrar un espacio en su mundo. **Esperé gestos que nunca llegaron.** Aguanté ausencias que me dolían como puñaladas. Fingí estar bien para no tener que suplicar por algo que debería surgir de forma natural: **amor.**

Fui todo lo que podía ser, pero no fue suficiente. **Ahora estoy cansada, herida,** tratando de recoger los pedazos de una mujer que solo quería ser amada de verdad. Y quizá, por primera vez, **necesito elegirme a mí misma...**

VITTORIO DEL CASTILLO

La alejé de mí. No porque no la quisiera, sino porque la deseé demasiado. Después de perder a mi esposa, me prometí a mí mismo que jamás permitiría que nadie volviera a entrar. **Que proteger a mis hijos y mantener el control sería suficiente.**

Juliana apareció con aquella sonrisa torpe, la lengua afilada y una calma que hacía demasiado tiempo que no existía en mi vida. Me devolvió las ganas de sonreír. Me hizo querer estar en casa, no solo por mis hijos, sino por ella. **Y eso me destrozó por dentro, porque sentí que estaba traicionando una promesa, como si abrir de nuevo mi corazón significase borrar el recuerdo de la mujer que un día perdí.**

Hoy, mis hijos me preguntan si volveré a amar a otra persona. Y la única respuesta es que tal vez ya lo haga. Pero quizás me haya dado cuenta demasiado tarde...

LIBRO AUTOCONCLUSIVO

FRAGMENTO:

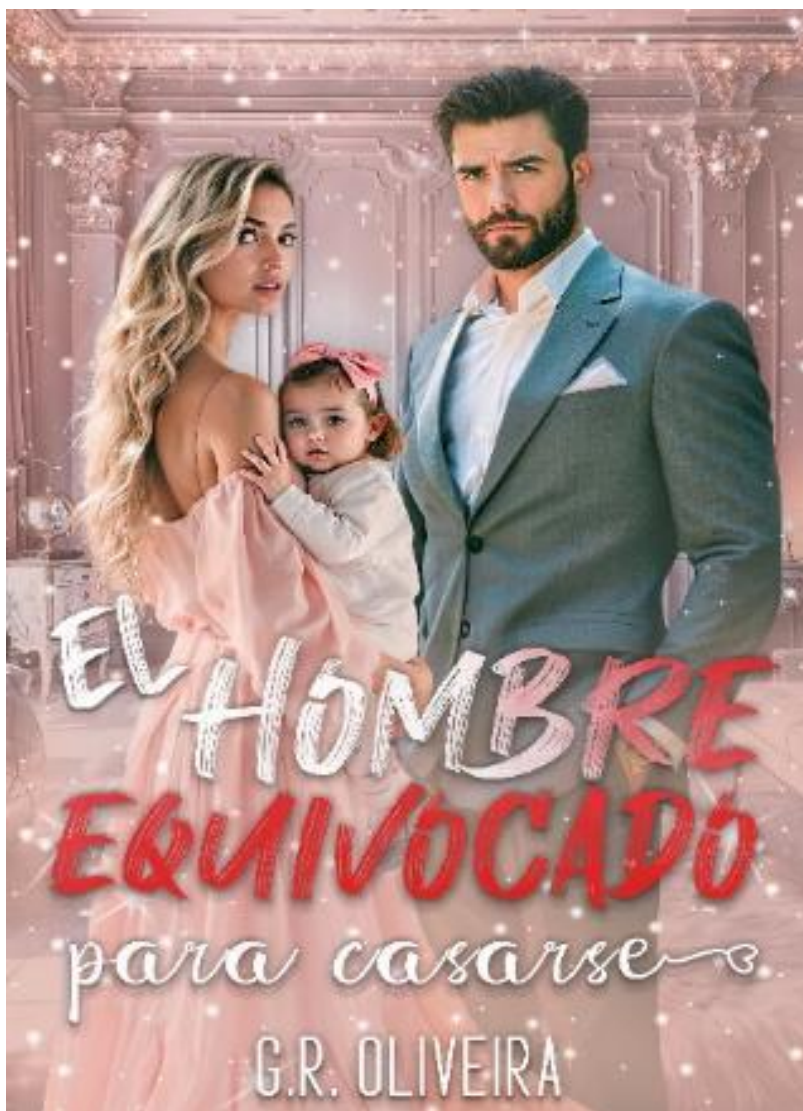
«— Yo no soy ella, Vittorio. Y tú tampoco eres el mismo de entonces. Quizá haya llegado el momento de dejar de vivir como si todavía estuvieses atrapado en aquel día.

— Simplemente no puedo.

Negué con la cabeza, dejando finalmente escapar las lágrimas, consciente de que todo lo vivido había sido en vano.

— Te amé. Y me arrepiento de cada segundo de ello. Solo... vete, Vittorio. Ya no quiero preocuparme más por ti».

¡Lee también!



Link: <https://www.amazon.es/dp/B0F9MKPLZQ>

CEO + DIFERENCIA DE EDAD + EMBARAZO INESPERADO + SLOW BURN + FAMILIA ENCONTRADA + SEGUNDAS OPORTUNIDADES + CONVIVENCIA FORZOSA + MATRIMONIO POR CONTRATO

«Él dudó de la verdad. Ahora es ella quien duda del perdón.»

LUNA BELMONT

Lo amé con cada fibra de mi ser. Creí en las promesas susurradas en la oscuridad, en los besos robados a escondidas y en el futuro que juró que construiríamos juntos. Pero todo aquello se hizo pedazos justo en el momento en que más lo necesitaba.

Embarazada, asustada y sola, busqué a Roman Lockwood para decirle que iba a ser padre. **¿Y qué recibí a cambio? Acusaciones, humillaciones y desprecio. Me dijo que mentía, que era imposible.** Me miró a los ojos y me llamó traidora.

Ahora, años después, el destino lo ha puesto de nuevo frente a mí. Solo que esta vez ya no soy aquella chica enamorada que confiaba ciegamente en su amor. **Soy la mujer que aprendió a sobrevivir sin él, que crio sola a nuestra hija y que juró que jamás volvería a permitir que Roman Lockwood la destruyese.**

ROMAN LOCKWOOD

He construido un imperio, he conquistado todo lo que un hombre podría desear... y, por el camino, **perdí lo único que realmente importaba.**

Durante años estuve convencido de que Luna me había engañado, de que aquella niña no podía ser mía. **Me aferré al rencor, a la traición que creí haber sufrido, al orgullo que me impedía ver más allá del dolor.**

Pero entonces llegaron los resultados. **Y la verdad me golpeó como una sentencia definitiva: ella nunca mintió; Antonella era mi**

hija. Ahora, todo lo que creía saber se ha derrumbado, y tengo que enfrentarme al hecho de haber destruido a la mujer que un día amé.

LIBRO AUTOCONCLUSIVO

FRAGMENTO:

«Él quería castigarme.

Tragué la rabia, el dolor y el orgullo. Entonces le dije lo que sucedería cuando la verdad saliese a la luz.

—Te pondrás de rodillas delante de mí cuando descubras que Antonella es tu hija. Me suplicarás que te perdone. Y cuando llegue ese día, Roman... —Respiré hondo, conteniendo la emoción, intentando no llorar—, te humillaré como tú me estás humillando ahora mismo.

Él simplemente sonrió y respondió:

—Buena suerte con eso.»

¡Lee también!



Link: <https://www.amazon.es/dp/B0F8WCH2ZP>

DIFERENCIA DE EDAD + EMBARAZO INESPERADO + JEFE Y EMPLEADA + SEGUNDAS OPORTUNIDADES + GRUMPY x SUNSHINE + FAMILIA ENCONTRADA + SLOW BURN + PROTAGONISTA ABANDONADA + NIÑO ADORABLE Y TRAVIESO

CAMILA PEREIRA

Dicen que el tiempo lo cura todo. **Mentira.**

El tiempo no ha borrado las noches que pasé llorando, ni los días en que me preguntaba dónde estaría él, si se acordaría siquiera de mí. El tiempo no hizo más fácil cargar sola con la responsabilidad de criar a un hijo.

Frederico Villanova fue el único hombre al que amé. Y también fue el mismo que me rompió el corazón sin mirar atrás. Ahora ha vuelto, y no solo ha descubierto que tenemos un hijo, sino que insiste en formar parte de su vida. Y lo que es aún peor... insiste en formar parte también de la mía.

El problema es que he aprendido a protegerme. He aprendido a no esperar nada de nadie. Y si hay algo que no puedo permitirme es dejar que regrese para destruirme otra vez...

FREDERICO VILLANOVA

El mayor error de mi vida fue marcharme. Cuando me fui de Brasil, no sabía que estaba abandonando mucho más que un amor. No sabía que estaba dejando atrás una parte esencial de mí mismo.

Ahora, después de tantos años, he regresado y me he encontrado con un niño que lleva mis rasgos y una mirada que me desmonta. **He vuelto para reencontrarme con la mujer a la que amé y jamás olvidé, pero que ahora me mira como si yo fuera el peor error de su vida.**

Y quizás lo sea.

Pero si algo he aprendido es que ninguna fortuna vale tanto como una segunda oportunidad. Y pienso luchar por ella.

Por mi hijo.

Por la mujer de mi vida.

Por nosotros.

LIBRO AUTOCONCLUSIVO

FRAGMENTO:

«—¡Tenías la obligación de decirme que era mi hijo!

Solté una risa amarga. El pecho se me encogía de pura rabia.

—Ah, claro. ¿Y tú no tenías la obligación de quedarte? ¿No tenías la obligación de, no sé... al menos decir adiós?

El silencio cayó entre nosotros como una tormenta.

—Es mi hijo —susurró Federico, y esta vez no había rabia en su voz, tan solo incredulidad.

Cerré los ojos un instante, sintiendo que el dolor me asfixiaba por dentro.

—Sí, lo es. Pero no creas que puedes aparecer ahora y actuar como si nada hubiese pasado. Intenté avisarte, pero me bloqueaste por todos lados. Estuve un año, ¡UN AÑO!, intentando localizarte, hasta que comprendí que ni mi hijo ni yo te necesitábamos.»

NOTA DO AUTOR

NOTA DEL AUTOR



Espero que hayáis disfrutado de esta lectura y que os hayáis divertido con una historia más. Muchas gracias por vuestra confianza.

Si os ha gustado la historia, os agradecería mucho que dejarais una valoración.

Vuestra opinión es muy importante para mí en este camino, porque me ayuda a seguir aprendiendo y mejorando con cada libro, para ofreceros experiencias cada vez mejores.

¡Muchísimas gracias a todos los que habéis dado una oportunidad a esta historia! ¡Espero que también disfrutéis con las próximas!

[INSTAGRAM](#)

[FACEBOOK](#)
